



Leandro Fernández de Moratín

**Orígenes del Teatro Español
TOMO III**

Seguidos de una colección escogida de piezas
dramáticas anteriores a Lope de Vega

(Continuación del Tomo II)

Coplas para cantar

Qué, ¿su oficio ha Juan dejado?
Sí que le dejó, déjole a fe.
Pues dime, ¿por qué? Yo te lo diré:
porque ha perdido más que no ha ganado.
Fue primero esgrimidor 5
Juan, y habiendo carestía,
cuando todo se subía,
su oficio bajó, y peor
vendió su mercadería.
Hallándose tan medrado, 10

dijo: Nunca tal pensé
deste oficio tan honrado.
Pues dime, etc.

Luego en ser poeta dio
de coplas al mundo hartaba. 15
Él mismo se las cantaba,
y aún alguna vez pagó
a quien se las escuchaba.
El triste quedó empeñado
al cabo deste abecé, 20
poeta necesitado.
Pues dime, etc.

Después desto comediante,
el pobrete vino a ser;
en esto se echó a perder 25
osando salir delante
infinito bachiller.
Dijo el uno: ¡Qué afectado!
Otro respondió: No sé
a qué sale este cuitado. 30
Pues dime, etc.

Aprendiz de tabernero
por la costa se ponía;
pero nadie le quería,
aunque a falta de otro cuero 35
un lugar henchir podía.
Medio está desesperado,
no sin causa, pues que ve
que es de todos desechado.
Pues dime, etc. 40

Oficio de sacristán
tomara de buena gana
no se lo consiente Juana,
porque le es contrario a Juan
levantarse de mañana. 45
Ya dice muy mesurado:
a que quiera me porné
la fortuna le ha postrado.
Pues dime, etc.

Dice que si las señoras 50
le quieren por pajecico,
servirlas ha a todas horas,
que es barbado ya y bonico.
Está dellas confiado
que le harán cualquier mercé: 55
es buen mozo, y muy callado.
Pues dime etc.

A la guerra de otra suerte
amenaza que se irá,
y que, si muriere allá, 60

a las damas de su muerte
la culpa les echará.
No se carguen tal pecado,
digan si le llamaré,
que está preso a su mandado. 65
Pues dime, etc.

Guillen de Castro

Los mal casados de Valencia

PERSONAJES

DON ÁLVARO ELVIRA, dama.
HIPÓLITA, su mujer.
GALINDEZ, escudero.
VALERIAN, caballero.
PIERRES, criado.
DOÑA EUGENIA, su mujer.
DOS PAJES.
LEONARDO, caballero, hermano de Hipólita.
UN ALGUACIL.
ALGUNOS MINISTROS.

Acto I

Salen VALERIAN e HIPÓLITA.

VALERIAN Téngote infinito amor,
escucha.

HIPÓLITA Bueno sería.
Esto merece quien fía
de ti su hacienda y honor,

pues alargando el poder, 5
con infame presupuesto,
dejas de mirar por esto,
y miras a su mujer.
Refrena tu libertad,
o vete de mi presencia, 10
que entre amigos, el ausencia
es prueba de la amistad.
No advirtieras, alevoso,
que quien de ti se ha fiado
está ausente, y es honrado, 15
es tu amigo, y es mi esposo?
¿No ves, aún estando ciego,
tu locura y tus antojos?

VALERIAN¿Qué importa, si de tus ojos
vi salir rayos de fuego? 20
Y aunque los vi, tales fueron
que la huida me estorbaron,
porque en mi pecho se entraron
tan presto como salieron.
Pues si me siento abrasar 25
con ellos el pecho mío,
esclavo de mi albedrío,
¿qué haré?

HIPÓLITAMorir y callar,
amistad de tantos años
olvida tu pecho injusto, 30
por el fin de sólo un gusto
principio de muchos daños.
Vete, que sin duda imitas
al más traidor corazón.

VALERIANNNo encarezcas mi traición, 35
porque mi amor acreditas.

HIPÓLITAS¿De qué suerte?

VALERIANEscucha un poco,
espera.

HIPÓLITA¿Qué he de escuchar?

VALERIANA mí me quiero alabar,
en prueba de que estoy loco. 40
¿Soy bien nacido?

HIPÓLITASí.

VALERIAN¿Estoy
obligado a tu marido?

HIPÓLITASí.

VALERIAN¿Y honrado habrelo sido?

HIPÓLITASí.

VALERIANPues mira lo que soy.
Y tu corazón se ablande, 45
de tan grande amor movido,
que en lo mucho que ha vencido,
echarás de ver que es grande.
Y si esto adviertes, verás
que mi gusto satisfaces, 50
cuando más traidor me haces,
porque le acreditas más.

HIPÓLITASuelta.

VALERIANDichoso traidor.

HIPÓLITA¿Y yo desdichada, ay triste!

VALERIANPues en mi traición consiste 55
la fineza de mi amor.

(Sale GALINDEZ, escudero viejo.)

GALINDEZ Hoy se acaba de tu ausencia
el pesar.

HIPÓLITA ¿Qué dices?

GALINDEZ Vi.

HIPÓLITA ¿A quién?

GALINDEZ Sosiégate.

HIPÓLITA Dí.
¿No dices?

GALINDEZ Que está en Valencia 60
Don Álvaro mi señor.

HIPÓLITA ¿Con qué flema!

GALINDEZ Llegá agora.

HIPÓLITA ¿Tú le has visto?

GALINDEZ Sí, señora.

VALERIAN ¿Y está en casa?

GALINDEZ Sí, señor.

VALERIAN Perdido soy.

HIPÓLITA Ve.

VALERIAN Advierte, 65
que no sepa.

HIPÓLITA
Calla, loco,
no lo estimo yo tan poco,
que le obligue desta suerte.
Que la que sabe tener
por sí, su honor defendido, 70
sin obligar al marido,
es honrada, y es mujer.

GALINDEZ
Ya no te queda lugar
de salir a la escalera.

HIPÓLITA
Hasta la calle quisiera 75
para abrazalle bajar.

(Salen DON ÁLVARO, y ELVIRA en hábito de paje.)

ELVIRA
¿Casado?

DON ÁLVARO
Y arrepentido,
disimula.

ELVIRA
¿Y no es mejor
acabarme?

DON ÁLVARO
De tu amor
mi libertad ha nacido. 80
Perdona.

HIPÓLITA
Señor.

DON ÁLVARO
Señora.

HIPÓLITA
Mil gracias doy a los cielos.

ELVIRA
Agora muero de celos.
(Aparte.)

VALERIANDe envidia me abraso agora.
(Aparte.)

DON ÁLVAROPerdonadme si primero 85
mis brazos no habéis tenido.

VALERIANVos seáis muy bien venido,
ya vuestros brazos espero.

DON ÁLVARO Tomad, que pocos son dos,
y agradecedme infinito 90
que deste cuello los quito
para dároslos a vos.

VALERIANVenturoso él que la goza.
(Aparte.)
Pues, Don Álvaro.

HIPÓLITOAh, traidor.

VALERIAN¿Cómo os ha ido?

DON ÁLVAROMejor 95
que imaginé.

VALERIANEs Zaragoza
un cielo.

ELVIRAAy, patria querida.

DON ÁLVAROHermoso jugar.

VALERIANFamoso.

DON ÁLVAROAquella calle del Coso
he llorado a la partida. 100

VALERIAN¿Qué cosas habrán pasado
por vos?

DON ÁLVAROExtrañas, a fe;
después os las contaré
con espacio, y con cuidado.

VALERIANA Dios.

DON ÁLVARO¿Os vais?

VALERIANLuego vengo 105
con mi mujer.

DON ÁLVARO Bien hacéis.

VALERIANY del gusto que tenéis
tendrá parte.

HIPÓLITAMucho tengo,
con todo le crecerá
esa merced.

VALERIANPues yo voy 110
muriendo.

ELVIRARabiando estoy.

HIPÓLITAGracias a Dios que se va.

DON ÁLVARO¿Pues cómo tan triste estáis?

HIPÓLITAHarta causa me habéis dado,
pues el Coso habéis llorado, 115
algo en el Coso dejáis.
Hay muchas damas...

ELVIRA ¡Ay Dios!

HIPÓLITA En Zaragoza.

ELVIRA ¡Ay fortuna!

HIPÓLITA Y temo que más de alguna
lo habrá sido para vos. 120
¡Qué de gusto habréis tenido
con ellas!

DON ÁLVARO Que iguale al vuestro
no hay ninguno.

ELVIRA Eres maestro
de engaños, a que he venido.

HIPÓLITA ¿Y qué, no he sido ofendida 125
de vos?

ELVIRA Terribles enojos.

HIPÓLITA Juraldo.

DON ÁLVARO Por vuestros ojos.

HIPÓLITA Jurad más.

DON ÁLVARO Por vuestra vida.

HIPÓLITA Y por la vuestra jurad.

DON ÁLVARO ¿Luego la vuestra no es mía? 130

HIPÓLITA Sí, mi bien.

DON ÁLVARO Pues, mi alegría,
dadme crédito.

HIPÓLITA Escuchad.
Que con todo no lo creo
que mozo, y en Zaragoza,
alguna ocasión forzosa 135
dio lugar a un mal deseo.
¿Qué habéis hecho?

DON ÁLVARO He negociado.

HIPÓLITA ¿Todo negociar ha sido?

DON ÁLVARO He paseado.

HIPÓLITA Y servido
a damas.

DON ÁLVARO No.

HIPÓLITA ¿Ni hablado? 140

DON ÁLVARO Ni hablado.

HIPÓLITA A más de dos
habréis mirado.

DON ÁLVARO No, a fe.

HIPÓLITA Yo lo dudo.

DON ÁLVARO Y yo lo sé.

HIPÓLITA¿No, de veras?

DON ÁLVARO No, por Dios,
y dejadme por los cielos, 145
que tan sin tiempo y tan juntas
me cansan tantas preguntas,
tanto enfado, y tantos celos,
ahora llego.

HIPÓLITA Y te alborotas.

DON ÁLVARO Dejárades...

HIPÓLITA ¿Pena fiera! 150

DON ÁLVARO Que me quitara, siquiera,
las espuelas y las botas.
Quita, Antonio, esas espuelas.

HIPÓLITA Quitalas, y con razón
las pondré en mi corazón 155
para irme.

ELVIRA Quitarelas.

HIPÓLITA Para no cansarte más
irme; el alma desmaya
de pena.

DON ÁLVARO Contigo vaya
la congoja que me das. 160
Llorando va; o matrimonio,
yugo pesado y violento,
si no fueras sacramento,
dijeras que eras demonio.

ELVIRA Tú lo fuiste para mí, 165
¿parécete, fementido,
que tu mal término ha sido
de caballero?

DON ÁLVARO No, y sí.
No, porque he sido dichoso,
de una mentira ayudado; 170
y sí, porque enamorado,
no es falta el ser mentiroso.

ELVIRA Siempre afrenta viene a ser
el mentir, villano.

DON ÁLVARO Mira
que no afrenta una mentira, 175
cuando engaña a una mujer.
Porque en su misma hermosura
halla disculpa su engaño.

ELVIRA ¡Qué buen argumento! El daño
crece, y la paciencia apura. 180
Siendo casado, traidor,
divertirme el pensamiento,
ofrecerme casamiento,
y ofenderme en el honor,
y haberme, infame, traído, 185
donde rabio, lloro y peno;
propio efecto del veneno
que por la vista he bebido,
fue buen término, es buen trato,
y decirme que esta casa 190
siendo, ¡el alma se me abrasa!
Que es de tu prima, ingrato.

DON ÁLVARO Verdad dije.

ELVIRA ¿Puede ser
que a esta cólera resisto?

DON ÁLVARO Porque esta mujer que has visto, 195
es mi prima y mi mujer.

ELVIRA Pues tal rabia me provoca,
las voces pondré en el cielo.

DON ÁLVARO Porque ralles, en el suelo
pondré mil veces la boca. 200
Sosiégate.

ELVIRA ¡Hay tal traición!

DON ÁLVARO Escucha; traidor he sido,
mas tu belleza ha tenido
por disculpa mi traición.
Mira mi disculpa en ti: 205
y perdóname, también,
¿por qué el ser casado, a quién
le dé pena, mas que a mí?
Pues te aseguro que es tanta,
y tanto ofenderme pudo, 210
que del matrimonio el ñudo
llevo siempre en la garganta.
Y pues tu amor me obligó
a recibir tus mercedes,
desátale tú si puedes, 215
y seré el dichoso yo.
Que disimules espero,
mi bien, si el mío previenes.

ELVIRA Fuerza en las palabras tienes,
¡Ay, embaidor, hechicero! 220
Muerto y engañado me han
porque hasta el alma se entraron
mas una vez me engañaron,
y otras mil me engañarán.

DON ÁLVARO Quisiera para pagarte: 225
Valerian y su mujer
han llegado.

ELVIRA ¿Qué he de hacer?
Si es forzoso el adorarte.

(Salen VALERIAN y DOÑA EUGENIA.)

DOÑA EUGENIA Temblando a los ojos voy

de un enemigo adorado: 230
después de ser bien llegado;
perdonad; que muerta estoy
en subiendo una escalera.

VALERIANYa se os parece en la cara.

DON ÁLVARODescansad.

DOÑA EUGENIA Yo descansara 235
si en vuestros brazos pudiera.

DON ÁLVARO¿Queréis algo?

DOÑA EUGENIA¿Mi señora
Hipólita dónde está?

DON ÁLVAROAvisaréla y saldrá;
creo que está llorando agora. 240

VALERIAN¿Qué, son celos, celos son?

DON ÁLVAROEstá del todo insufrible.

VALERIAN¿Por eso se entró?

DON ÁLVAROEs terrible
ya sabéis su condición.

VALERIANPues Doña Eugenia ha venido 245
cansada.

DON ÁLVAROEntrad vos por ella.

VALERIANSí haré, que muero por vella.
(Vase.)

DOÑA EUGENIA En buen ocasión te has ido.
¿Cómo haré que solo quedes?
(Aparte.)
¿Hay buen agua?

DON ÁLVARO Ve al momento 250
a traella.

ELVIRA Soy de viento.

DOÑA EUGENIA Hay ocasión cuando puedes.

DON ÁLVARO Pues, señora, ¿hate pasado
el cansancio?

DOÑA EUGENIA Agora es más:
tócame el pulso, y verás 255
cómo lo tengo alterado;
llega, toca.

DON ÁLVARO Ya estoy viendo
que anda libre, y que es liviano.

DOÑA EUGENIA ¡Ay de mí! Dame la mano,
y verás que estoy ardiendo. 260

DON ÁLVARO Cosa extraña ya esto pasa
de límite, mala estás
y eres mala.

DOÑA EUGENIA Aprieta más,
si no es que mi ardor te abrasa.

DON ÁLVARO Eso temo; ¿aún tus antojos 265
duran?

DOÑA EUGENIA Llegá.

DON ÁLVARO No es razón.

DOÑA EUGENIAA tocarme el corazón.

DON ÁLVARO Ya te lo veo en los ojos.

DOÑA EUGENIA Pues mi mal averiguado,
¿por qué el remedio dilatas 270
que está en tu mano?

DON ÁLVARO¿Eso tratas?

DOÑA EUGENIACruel eres.

DON ÁLVAROSoy honrado.
Mil veces te respondí
a eso, que no ha lugar,
que porfías.

DOÑA EUGENIAQuiero hallar 275
entre mil noes, un sí.
Por si en alguna ocasión
le alcanzare desta suerte;
como el que saca una suerte,
entre mil que no lo son. 280

DON ÁLVAROPues no cansarte es mejor,
cuando resuelto, te digo
que soy de tu esposo amigo,
y nunca he sido traidor.
Y aproveche el prevenirte 285
por remedio a tus locuras,
que esa suerte que procuras
siempre en blanco ha de salirte.

DOÑA EUGENIABien me tratas.

DON ÁLVAROEste trato
es muy propio de quien soy. 290

DOÑA EUGENIA ¿Estás resuelto?

DON ÁLVARO Sí, estoy.

DOÑA EUGENIA Pues ¿cómo es posible, ingrato,
que tú que con mil mudanzas
pones el seso en los pies,
y siguiendo a cuantas ves, 295
a cuantas puedes alcanzas,
sin dejar un solo tilde,
cuando la ocasión te llama,
desde la altanera dama
hasta la fregona humilde, 300
haciendo este efecto en ti
tu natural condición,
hagas piedra el corazón
solamente para mí?

DON ÁLVARO Aunque con tal libertad 305
seguir mis gustos pretendo,
ha de entenderse, no habiendo
obligación de mi amistad:
que con ella, es trato injusto,
y es afrenta el ser traidor, 310
y en habiendo ley de honor,
es ninguna la del gusto.
Si es una fe prometida
la buena amistad, porque
el que la rompe no ve 315
que en efecto es fe rompida.
Y para mí indicios da,
siendo de la fe enemigo
el que la rompe a un amigo,
de que a Dios le romperá. 320

DOÑA EUGENIA Bravo amigo, dame que
pruebe de las penas más
tu pecho, y luego serías
un hereje de esta fe.
Della mil veces reniego, 325
que es en mi daño; estoy loca.

DON ÁLVARO Ya viene el agua.

DOÑA EUGENIA Y es poca
para apagar tanto fuego.

(Sale ELVIRA con un vaso de agua y una conserva.)

ELVIRA Esta conserva pedí,
y por eso habré tardado. 330

DOÑA EUGENIA Más tarde, hubieras llegado
más a tiempo para mí.
¿Es tu privanza este paje?

ELVIRA Agora que te he servido
dichoso diré que he sido. 335

DOÑA EUGENIA Buena cara y buen lenguaje.

DON ÁLVARO ¿No comes?

DOÑA EUGENIA He merendado.

ELVIRA Mira que estás encendida.

DOÑA EUGENIA Lo que perdí a la subida
desta escalera, he cobrado, 340
(Bebe del agua.)
que es el color.

ELVIRA Suerte ha sido,
¡ay de mí! Que no podré.

DOÑA EUGENIA ¿Qué dices?

ELVIRA Que suerte fue
poder cobrar lo perdido.

DOÑA EUGENIA Bien has dicho.

DON ÁLVARO Es bachiller. 345

ELVIRAY licenciado.

DOÑA EUGENIA Solene
bellaco parece, y tiene
voz y cara de mujer.

ELVIRA ¡En qué me has puesto, fortuna!
(Vase.)

DOÑA EUGENIA A quererme.

DON ÁLVARO ¿Perseveras 350
en tu intento?

DOÑA EUGENIA Aunque no quieras,
habré de serte importuna.
¡Ay, Don Álvaro!

DON ÁLVARO Seré
siempre honrado.

DOÑA EUGENIA Daré quejas
de ti al mundo, si no dejas 355
por esta seta, esta fe.

DON ÁLVARO Pues la conoces, advierte
que te pierdes, si eres cuerda,
y déjame.

DOÑA EUGENIA Aunque me pierda.

DON ÁLVARO ¿Qué has de hacer?

DOÑA EUGENIA Mi bien, quererte. 360

DON ÁLVARO Ya de límite ha pasado
tu locura.

DOÑA EUGENIA Estoy perdida.

(Salen VALERIAN e HIPÓLITA, sin ver a los otros.)

HIPÓLITA Refrénate, por tu vida.

VALERIAN No me deja mi cuidado.

DON ÁLVARO Suelta.

DOÑA EUGENIA Aguarda.

DON ÁLVARO ¿Quién tal dice? 365

VALERIAN Estoy loco.

DON ÁLVARO Extraña estás.

HIPÓLITA Haré, si porfías más,
que el mundo se escandalice.

(Vense los unos a los otros.)

DOÑA EUGENIA Señor mío.

HIPÓLITA ¡Ay cielos!

DON ÁLVARO Advierte,
¿Quién ha entrado?

DOÑA EUGENIA;Ay desdichada! 370

DON ÁLVARODisimula; ya me enfada
tardar tanto.

HIPÓLITA;Trance fuerte!
¿Si te ha oído?

VALERIAN;Qué fue el vellos
desta suerte?

DOÑA EUGENIAEspera.

HIPÓLITAEspera.

VALERIAN;Qué hay, Don Álvaro?

DON ÁLVAROQuisiera 375
sacalla por los cabellos,
¿por qué el no salir?

VALERIANEscucha.

DON ÁLVAROHipólita.

VALERIANYa salía.

DON ÁLVAROEs mucha descortesía
y mala crianza mucha. 380

DOÑA EUGENIAMuerta queda de cansada
por tenelle, mal lo hace.

VALERIANMuerto estuve.

HIPÓLITA Todo nace
de ser yo tan desdichada.
Mayor daño he recelado. 385

VALERIAN Mayor desdicha he temido.

DOÑA EUGENIA Sobrada suerte he tenido.

DON ÁLVARO Medio bien se ha remediado.

VALERIAN Ahora bien, yo estoy contenta
que de algún provecho fuese 390
el porfialle que abriese
la puerta de su aposento.

DON ÁLVARO Buen disparate encerrarse,
cuando tú haciéndole estás
merced.

HIPÓLITA A sabello, mas 395
buen término ha de esperarse
de una mujer como yo,
perdonad, señora.

DOÑA EUGENIA Bien;
ahora las manos se den,
y el que me dijere no, 400
espere mi desafío,
que siempre corta mi espada:
aunque en la lucha pasada
me dejaron muy sin brío.

VALERIAN Bien decís, yo soy juez 405
desta causa.

DON ÁLVARO Y yo me allano.

VALERIAN Llegad, y dadme esa mano.

HIPÓLITO Desposadnos otra vez.
Que es sin duda que conviene;
pues que dicen, y yo apruebo, 410
que es mejor hacer de nuevo
a lo que enmienda no tiene.

DON ÁLVARO Yerro a yerro añadirá,
si el primero no deshace;
que de nuevo no se hace 415
lo que deshecho no está.

HIPÓLITA ¿Queréis vos que se deshaga?

DON ÁLVARO ¡jalá pudiera ser.

(Sale huyendo ELVIRA, y tras ella GALINDEZ.)

¿Antonio?

GALINDEZ Le he de meter
por la barriga esta daga. 420

DON ÁLVARO Deteneos.

ELVIRA Es viejo loco.

GALINDEZ Es un rapaz.

VALERIAN Bueno es esto.

GALINDEZ ¡Qué desvergüenza!

ELVIRA ¡Qué gesto!

GALINDEZ Aun aquí me tiene en poco.

Por san Jorge.

ELVIRANo reserva 425
a los santos.

DON ÁLVARO Cortesía,
Galindez.

GALINDEZSeñor.

ELVIRASalía
con el agua y la conserva,
la conserva me tomó
por fuerza.

GALINDEZ; Yo, fermentido? 430

ELVIRAY en habiéndola comido...

DON ÁLVARO Sosegaos.

GALINDEZSeñor, mintió.

ELVIRABebiose el agua, y después
dijo que estaba caliente.
Yo entonces...

GALINDEZMil veces miente. 435

ELVIRAFiándome de mis pies,
di en el vaso una puñada,
porque él le volvió a la boca
y pesome que era poca
el agua.

DOÑA EUGENIAGracia extremada. 440

ELVIRAY huyendo vine do estás
a valerme.

GALINDEZ; Oh gran traidor!
En lo postrero, señor,
ha dicho verdad no más.
Es bellaco a maravilla. 445

VALERIANEl cuento ha sido extremado.

GALINDEZ; Las narices me ha dejado
sin olfato y sin ternilla.
Y si tú...

DON ÁLVARO No te alborotes;
Antonio pareceos bien: 450
yo mandaré que le den
muchas docenas de azotes.

GALINDEZY lo haré como tú quieras.

DON ÁLVARO En buen hora.

DOÑA EUGENIACuento rico.

ELVIRA; A qué de burlas me aplico 455
(Aparte.)
por disimular mis veras!

DON ÁLVARO Ahora pasemos la tarde
con algo.

VALERIANRebien dijiste.

HIPÓLITASentémonos.

DOÑA EUGENIANO estés triste,
señora, si Dios te guarde. 460

HIPÓLITA Pues a tu servicio estoy,
bien como quiera estaré.

DON ÁLVARO La mano le besaré.

HIPÓLITA Sí cierto.

ELVIRA Infelice soy.

VALERIAN ¡Qué de envidia!

DOÑA EUGENIA ¡Qué, de fuego! 465

VALERIAN Me ofende.

DOÑA EUGENIA Me ha de abrasar.

DON ÁLVARO ¿A qué podremos jugar?

VALERIAN Inventa a tu modo el juego.

DON ÁLVARO El de las letras se emplea
bien, donde hay tanto saber. 470

VALERIAN Pero muchos ha de haber
que le jueguen.

DON ÁLVARO Así sea.

DOÑA EUGENIA Galindez jugar podrá.

HIPÓLITA Y sabrá bien.

DON ÁLVAROY Antoñuelo.

GALINDEZComo no lo sé recelo. 475

DON ÁLVAROSu discurso os lo dirá.

VALERIANSi queréis reír, un poco,
suba un lacayo gabacho.

DON ÁLVARO¿Es Pierres?

VALERIAN SOBRE borracho
tiene una punta de loco. 480

DON ÁLVAROSuba pues, llamalde, Antonio.

ELVIRAY aun en su mismo lenguaje;
Musiur Pierres.

VALERIANN o es el paje
mala pieza.

DON ÁLVAROE s un demonio.

GALINDEZA ése es bien que le iguales. 485

DON ÁLVARO Tomad letra.

DOÑA EUGENIA Escogeré
la primera, A.

DON ÁLVARO Y yo E,
que es segunda en las vocales.

VALERIAN Yo la tercera, que es I.

DOÑA EUGENIA¿No escogéis?

HIPÓLITAY cuál, ¡ay Dios! 490
La A que tomasteis vos
era propia para mí.

DOÑA EUGENIATomalda pues.

HIPÓLITANo la quiero,
poco importa; escojo pues.

DOÑA EUGENIAComo la primera es 495
topé con ella primero.

HIPÓLITAC no es mala.

GALINDEZAlgunas cosas
sé yo...

VALERIANTu intento penetra.

GALINDEZQue empiezan por esa letra,
no muy buenas.

DON ÁLVAROY forzosas. 500

VALERIANBuen gusto Galindez tiene,
tome letra.

GALINDEZTomaré.

DON ÁLVARO¿Viene Pierres?

GALINDEZT.

VALERIAN?

GALINDEZT.

(Salen ELVIRA y PIERRES.)

VALERIAN Y a buen tiempo.

ELVIRA Pierres viene.

PIERRES ¿Qué domana vostra encé? 505

VALERIAN Ven acá, ¿sabes leer?

PIERRES Obe paz.

VALERIAN Has de escoger
una letra.

PIERRES ¿He para qué?

VALERIAN Tómala, y luego verás
lo que con ella se hace, 510
que es un juego.

PIERRES Que mi place,
R.

DON ÁLVARO Trabajo tendrás.
Escoja, Antoñuelo, agora.

ELVIRA Lo peor escogeré
si lo pienso, tome D. 515

DON ÁLVARO Pues va de juego, señora.

DOÑA EUGENIA Tócame el ser la primera
di, señora.

HIPÓLITO No es razón.

DOÑA EUGENIA Pues yo salí de Aragón.

VALERIANO Dadme una prenda cualquiera. 520

DOÑA EUGENIA ¿Por qué?

VALERIANO Porque habéis errado,
pues Aragón no es lugar,
sino reino.

DON ÁLVARO No hay dudar.

HIPÓLITO Dalde prenda.

DOÑA EUGENIA Ya le he dado,
prosigo; llegué a Almería, 525
donde posada tomé,
y unos huéspedes hallé,
que él Antonio se decía,
y ella Ana, y un galán
que mi camino siguió 530
Álvaro.

VALERIANO Bien.

DON ÁLVARO No era yo.

VALERIANO Por Dios que celos me dan.

HIPÓLITO Y yo los tengo también.

VALERIANA los dos pienso vengar.

DOÑA EUGENIA Trajéronnos de cenar 535
por principio, ¡ay Dios! ¿Y quién
me ayuda? Alcachofas; luego
por medios, un anadino;
por postres, bien imagino,
almendras: agora llevo 540
a lo más dificultoso.

DON ÁLVARO ¿Al galán qué le dijiste?

DOÑA EUGENIA No sé qué me diga, ¡ay triste!
Que era como el agua hermoso.

VALERIAN ¿El agua es hermosa?

DOÑA EUGENIA Es clara, 545
que es la hermosura mayor.

ELVIRA Mas ésa dice mejor
en el trato, que en la cara.

HIPÓLITA Bien dice, por vida mía.

DON ÁLVARO ¿Es rapaz, di?

DOÑA EUGENIA Estoy en calma. 550

DON ÁLVARO ¿Dijístele?

DOÑA EUGENIA Como el alma
le dije que le quería.

GALINDEZ Bien, por san Jorge.

HIPÓLITA Eso pasa,
mucho sabes deste juego.

DOÑA EUGENIA Burlaste, más sí del fuego 555
con que el alma se me abrasa.

VALERIAN Tócame a mí.

DON ÁLVARO Por la mano.

VALERIAN De Ita salí, y llegué
a Illescas, donde posé
en la posada de Ircano. 560

DOÑA EUGENIA Venga prenda, errasteis.

VALERIAN ¿Cómo?

DOÑA EUGENIA No hay santo que así se diga.

DON ÁLVARO Dice bien.

VALERIAN Toma esta liga.

DOÑA EUGENIA Baste el guante, el guante tomo.

PIERRESEs el diablo nostra ama. 565

DOÑA EUGENIA Calla, loco.

VALERIAN Digo pues,
que era la huéspeda Inés,
ya me vengo; era la dama
Hipólita.

DON ÁLVARO Bien, por Dios.

VALERIANY no os maraville el ver 570
que quiero vuestra mujer,
pues la mía os quiere a vos.

GALINDEZ Buena venganza.

DON ÁLVARO Extremada.

HIPÓLITA Como imposible.

VALERIANY forzosa.

DOÑA EUGENIA Cosa de donaire.

ELVIRAY cosa 575
en el mundo bien usada.

PIERRESO pas pardi.

DON ÁLVARO Buenos van.

VALERIANE gente toda de humor.

DON ÁLVARO Vaya de juego.

HIPÓLITA Ah traidor,
¿sepamos qué cenarán? 580

DON ÁLVARO Como sois la convidada,
daos pena.

DOÑA EUGENIA Graciosa cosa.

DON ÁLVARO Que sois muy...

DOÑA EUGENIA Deja el golosa,
y añadid al muy, honrada.

DON ÁLVARO No habléis veras.

HIPÓLITO Lo que digo 585
también ha sido burlar.
¿Qué tuvimos de cenar,
Valerian?

DOÑA EUGENIA Bien.

VALERIAN Prosigo.
Por principios hubo inojo
marino; qué más diré, 590
hígado.

DON ÁLVARO Ya erraste.

VALERIAN ¿En qué?

DON ÁLVARO Por ache.

VALERIAN Gentil antojo.

DON ÁLVARO Ésa es la letra primera,
hígado.

VALERIAN Tienes razón,
mas sirve de aspiración. 595

DON ÁLVARO Pues pase, prosigue.

VALERIAN Espera.

DOÑA EUGENIA Las postres tienes de dar.

VALERIAN ¿Qué daré por postres? Doy
higos.

HIPÓLITA Su enemiga soy.

GALINDEZ Quien los coma ha de faltar. 600

HIPÓLITA Buena es la oferta.

DOÑA EUGENIA Extremada.

GALINDEZ Cosas blandas comerelas,
porque a la boca sin muelas,
todo lo blando le agrada.

VALERIAN Que es como el iris divino 605
hermosa la dama mía
le dije, y que la quería.

DOÑA EUGENIA ¿Cómo a quien?

VALERIAN Como imagino.

ELVIRA ¿Cómo tiene de explicarse
eso?

DON ÁLVARO ¡Ah rapaz!

GALINDEZ Preguntó 610
muy bien.

VALERIAN Lo que quiero yo
sólo puede imaginarse.

GALINDEZ Respondió discretamente.

DON ÁLVARO Harto bien dijo.

DOÑA EUGENIA En efecto,
tengo un marido discreto. 615

ELVIRA Bien ha dicho, si no miente:
que siempre...

DON ÁLVARO ¿No callarás?

ELVIRA En los negocios de amor
los que los dicen mejor
esos suelen mentir más. 620

DOÑA EUGENIA Pieza es de rey.

VALERIAN Bien decís.

HIPÓLITA ¿Has tú sido enamorado?

DON ÁLVARO Es bellaco.

PIERRESA clau pasado.

GALINDEZ Han visto el chisgaravís.

DON ÁLVARO Decid, señora.

HIPÓLITA Salí 625
de Çaragoza.

ELVIRA ¡Qué pena!

HIPÓLITA Llegué de allí a Cartagena.
Por huéspedes tuve allí
a Caín.

DON ÁLVARO ¡Extraño nombre!

HIPÓLITA Tengo siempre por mejor 630
un huésped que es matador
de mi gusto.

DOÑA EUGENIA Al fin es hombre.

VALERIAN Bien dice.

DON ÁLVARO Ya se encamina
a su tema, cosa brava:
¿la huésped se llamaba? 635

HIPÓLITA Llamábase Catalina.
Era Cosme mi enemigo.

DON ÁLVARO Ése es mi nombre segundo.

HIPÓLITA Pues ¿quién sino tú en el mundo
viniera a cenar conmigo? 640

DON ÁLVARO ¿Por eso escogido le has?

HIPÓLITA El que te sobró escogí,
porque yo tomo de ti
lo que sobra a las demás.

VALERIAN ¡Oh qué bien!

GALINDEZ Divina cosa. 645

DOÑA EUGENIA Eres en todo perfecta.

ELVIRA Eres honrada y discreta,
y por eso eres celosa.

DON ÁLVARO La vida por Dios me dais,
callad todos, por los cielos; 650
que me matará con ellos,
si el tenellos le alabáis.
Di el principio.

HIPÓLITA Calabazas.

DON ÁLVARO Buen principio.

HIPÓLITA De contino
cuando en el aire, mohíno, 655
torres fabricas y trazas,
me las das tú, cuando quiero
algo acaso preguntarte,
y estas mismas quiero darte.

VALERIAN Bien a fe.

HIPÓLITA Y después carnero. 660

GALINDEZ También esto toca historia.

HIPÓLITA Y en mi frente viene escrita.

VALERIAN ¿No tiene gracia?

DOÑA EUGENIA Infinita.

DON ÁLVARO Dios le dé infinita gloria.

HIPÓLITA Para sacaros de pena. 665

ELVIRA Ya eso es malicia.

HIPÓLITA Y no engaños.

DON ÁLVARO Dios os guarde muchos años.

DOÑA EUGENIA Dad los postres desta cena.

HIPÓLITA Celos fueron.

DON ÁLVARO Por los cielos,
la mayor verdad es esa; 670
porque jamás en mi mesa
se vio comida sin celos.

VALERIANA El manjar hacen sabroso
cuando por salsa les dan.

DOÑA EUGENIA ¿Qué le dijiste al galán? 675

HIPÓLITA Que era como el cielo hermoso.

DON ÁLVARO Con qué extremo lo encarece:

HIPÓLITA Y no es mucho encarecello,
pues le quiero como aquello
que él en mi más aborrece. 680

DON ÁLVARO ¿Y qué es eso?

HIPÓLITA El corazón.

DOÑA EUGENIA Bien quedan averiguados.

ELVIRA Las riñas de los casados

vísperas de paces son.
Que no tienen gusto igual 685
las almas al fin.

DON ÁLVARO Antonio,
deudas son del matrimonio.

HIPÓLITA Y a veces se cobran mal.

DON ÁLVARO Ahora yo comenzaré,
e tengo; saliendo pues 690
de Ecija, difícil es,
a Emaus.

HIPÓLITA Y a erraste.

DON ÁLVARO ¿Erré?

VALERIAN Bien ha dicho, pues llegaste
a Emaus, y ése es castillo
y no lugar.

HIPÓLITA Oí decillo, 695
por ventura.

DON ÁLVARO Yo erré, baste.

GALINDEZ Bien se pudiera acordar
de que iba ese camino
aquel sólo peregrino.

DON ÁLVARO Helo sido en ignorar. 700

HIPÓLITA En muchas cosas lo eres.

DON ÁLVARO Como tú en la condición.

HIPÓLITA Venga prenda.

DON ÁLVARO Tuyo son
cuantas tengo, y tú quisieras.
Toma.

HIPÓLITA Bastará el sombrero. 705

DON ÁLVARO El nombre del huésped era
Esteban.

DOÑA EUGENIA ¿Huésped?

DON ÁLVARO Espera,
Eufemia.

HIPÓLITA La dama espero.

DON ÁLVARO Ocasión me da la E
para vengarme.

VALERIANO Es así, 710
la que a mí me dio la I.

DON ÁLVARO Pues con todo no querré.
Que a las cosas de mi amigo,
burlando tengo respeto.

HIPÓLITA Dios te me guarde.

DON ÁLVARO En efeto, 715
que Elvira se llama digo.

ELVIRA De mi nombre se acordó,
(Aparte.)
ya el hacello agradecí.

DOÑA EUGENIA Para no nombrarme a mí
excusa no le faltó. 720

HIPÓLITA ¡Elvira! El nombre me admira,
¿es forastera decid?

GALINDEZ La una hija del Cid
se llama doña Elvira.

VALERIAN Sabe mucho de su historia. 725

PIERRE Tostems lege.

GALINDEZ Calla, enero.

ELVIRA Debió de ser su escudero,
y tendrale en la memoria.

GALINDEZ ¿Tan viejo soy, mancebito?
Todas te llaman potrilla. 730

DOÑA EUGENIA Pareceislo a maravilla.

GALINDEZA las obras me remito.

(Ríense todos.)

HIPÓLITA Jesús, ahora bien está;
¿qué cenasteis?

DON ÁLVARO No hallo nada.
Por principios ensalada, 735
y después, cansado me ha.

VALERIAN Casi casi te amohína.

DON ÁLVARO Di después, bien imagino:
si bien digo: un estornino,
y di por postres endrinas. 740

HIPÓLITA ¿Su hermosura? Ya la temo,
¿cómo le dijiste que era?

DON ÁLVARO Del sol la igualé a la esfera.

HIPÓLITA ¿Y quisístela?

DON ÁLVARO En extremo.

HIPÓLITA Siempre tus cosas lo han sido. 745

DON ÁLVARO Con sólo un yerro escapé,
que no fue poco.

ELVIRA Diré
yo agora, si eres servido.

DON ÁLVARO Di.

ELVIRA Salí de mi deseo.

DON ÁLVARO ¿En vez de lugar le pones? 750

ELVIRA Torres tiene, y torreones,
que las miro, y no las veo.
Y de allí llegué a mi daño.

VALERIAN Habla por alegoría.

DOÑA EUGENIA Bien dice, por vida mía. 755

ELVIRA Era el huésped Desengaño,
la huéspeda Dilación;
mala mujer.

DOÑA EUGENIA No hay dudar.

ELVIRA Dilata para matar
las glorias a cuyas son. 760
Era Desdicha mi dama,
que así lo quiso el galán.

HIPÓLITA Sepamos qué cenarán.

ELVIRA Cenaremos en la cana
muchos duelos con cuidado, 765
luego dolor con paciencia;
y para postres, dolencia,
que es el fin de un desdichado.

DOÑA EUGENIA ¿No tiene gracia?

HIPÓLITA Extremada.

DOÑA EUGENIA ¿Y a esa dama peligrosa 770
le dijiste...?

ELVIRA Que era hermosa
como mujer desdichada.

VALERIAN Gracioso rapaz, por Dios.

ELVIRA Luego por su vida y mía,
la juré que la quería. 775

VALERIAN ¿Como a qué?

ELVIRA Como a las dos.

DON ÁLVARO Es demonio.

GALINDEZ Con decoro
comienzo yo, si es que puedo.

DON ÁLVARO Vaya.

GALINDEZ Salí de Toledo,
de Toledo llegué a Toro. 780

VALERIAN Hay lindos vinos allí.

GALINDEZ Para quien llega cansado,
¿no es bueno el vino?

DON ÁLVARO Extremado.

GALINDEZ ¿Digo bien?

HIPÓLITA Muy, bien, decí.
Al huésped nombrar os toca. 785

GALINDEZ ¿El huésped quieren que nombre?
Terencio.

DOÑA EUGENIA ¡Qué propio nombre
para puesto en vuestra boca!
¿Y la huéspeda?

GALINDEZ Teresa.

ELVIRA Bien sería setentona. 790

GALINDEZ Era mi dama trotona.

HIPÓLITA Galindez, ¿qué dama es esa?

GALINDEZ Haránme desesperar,
viendo propiedad tan clara;
si esta dama no trotara, 795
no me pudiera alcanzar.

DON ÁLVARO Muy bien dice.

GALINDEZ Y claro es,
y aun claro decillo quiero;
que las que trotan primero,
se galopean después. 800

DON ÁLVARO Bueno está.

GALINDEZA la dama mía,
le di turmas.

VALERIAN Buen manjar;
y se las debisteis dar
solos.

GALINDEZ Con más compañía
que alguno; aunque me perdones. 805

DON ÁLVARO Galindez.

HIPÓLITA ¿Di, qué más diste?

GALINDEZ Di torreznos.

VALERIAN Bien hiciste,
¿qué fueron postres?

GALINDEZ Turrones.

ELVIRA¿Y pudiste tú cenar
dellos?

GALINDEZ¿Qué dices, por qué? 810

ELVIRAPues sin dientes, ¿no se ve
que no se pueden mascar?

DOÑA EUGENIAY más si son de Alicante.

GALINDEZEN todo el rapaz se mete.

ELVIRA¿Por qué no, viejo?

GALINDEZDarete. 815

VALERIANDéjale, y pasa adelante.
¿Qué le dijiste a tu dama?

GALINDEZQue era hermosa; ¡qué tormento!
¿Qué diré, si el pensamiento
en mil partes se derrama? 820
Direle, que...

DON ÁLVARONo es muy malo
el remedio, aprovechote;
date en la frente y cogote.

ELVIRAYo le daré con un palo.

GALINDEZ¿Cómo tengo de acertar? 825
¿Este pícaro no ves?

DON ÁLVARODéjale agora, y después
te lo mandaré azotar.

GALINDEZEra hermosa, como quien,

no topo con tal vocablo: 830
como llévete el diablo;
como un turco.

VALERIAN Bueno.

DON ÁLVARO Bien.

DOÑA EUGENIA ¿Cómo la quieres?

GALINDEZ La adoro,
como... ¿qué es esto? ¿Ha de haber
otro tanto en que entender? 835
Como un toro.

HIPÓLITA ¿Como un toro?
¡Qué disparate!

GALINDEZ No dudo
que ha sido dicho de fama.

DOÑA EUGENIA ¿Cómo así?

GALINDEZ Si es que no hay dama,
que al galán no haga cornudo, 840
y en toco me convertí
el día que fui su amigo.
Con lo que he dicho le digo
que la quiero más que a mí.

DON ÁLVARO Bravo argumento.

VALERIAN Y probado. 845
¿Ah, Pierres? ¿Duermes, gabacho?

PIERRESDolme el cap.

VALERIAN Estás borracho.

PIERRESNo del vio que tú me has dado.

VALERIAN¿Qué letra tomastes?

PIERRESErres.

VALERIAN¿Y aprendiste el juego?

PIERRESSÍ. 850

VALERIANPues comiéndale.

PIERRESSalí,
no sé de aonde a fe de Pierres.
Salí pues de Rosillón.

DON ÁLVARO¿Dónde llegaste?

PIERRESA Ruzafa.

GALINDEZQué bien habla la garrafa. 855

PIERRESMolt mellor quel viex meon.

ELVIRANo haya más.

DOÑA EUGENIA¿El huésped cómo
le llamaban?

PIERRESCom, Roldan.

ELVIRA¿Es francés?

GALINDEZ Fáltale el san.

VALERIAN Es nombre de fama.

PIERRE SE como. 860

HIPÓLITA Y la huésped, ¿qué dices
llamábase?

PIERRE No se coma;
cap de dius, llama da Roma.

ELVIRA Era chata de narices.

DOÑA EUGENIA ¡Ay Dios!

VALERIAN Borracho de fama. 865

GALINDEZ Prenda se le ha de tomar.

DON ÁLVARO Éste juega para errar.

DOÑA EUGENIA ¡Cómo se dirá la dama,
Pierres?

PIERRE Oh, bien que me agrada,
tengo vergoña; mas ela. 870

HIPÓLITA ¡Cómo se llama?

PIERRE Rafaela.

HIPÓLITA El nombre de mi criada.

DON ÁLVARO Que hasta este tuvo primor

para el escoger la letra.

DOÑA EUGENIA Todo el amor lo penetra. 875

VALERIAN Todo lo enseña el amor.
¿Y qué cenastes, di?

PIERRES Ruda.

DON ÁLVARO Buen manjar.

HIPÓLITA A risa obliga,
¿y después?

PIERRES No sé qué diga.

GALINDEZ Por nuestro Señor que suda. 880

VALERIAN Jamás ata, ni desata;
veldo cuál está afligido.

GALINDEZ Dale siquiera un ronquido.

PIERRES No, par diu.

ELVIRA ¿Pues qué?

PIERRES Una rata.

VALERIAN ¿Un ratón? Borracho estás, 885
¿y por postres?

PIERRES No sé quién,
daule rábanos.

CABRERA Muy bien.

ELVIRA Lo que tú comes, le das.

DOÑA EUGENIA Ahora di cuanto es hermosa
tu dama.

GALINDEZY al dios Machín 890
invoca.

PIERRE Como un rocín.

HIPÓLITA Bien cierto.

DOÑA EUGENIA Graciosa cosa.

VALERIAN Ahora di otro desatino,
¿quiéresla como...? Atendelo.

PIERRE Como un regoldo.

DON ÁLVARO ¿Un regüeldo? 895

ELVIRA De rábanos y de vino.

VALERIAN Cierta que probaste bien.

HIPÓLITA Mucho gusto nos ha dado.

DOÑA EUGENIA Pues el juego es acabado,
las penitencias se den. 900

HIPÓLITA ¿Y quién las dará?

DOÑA EUGENIA Yo digo

que vos las deis.

HIPÓLITA Yo que no.

VALERIAN Quien el yerro conoció,
ése sentencie el castigo.

DON ÁLVARO Bien dice.

DOÑA EUGENIA Pues yo que erré 905
la primera, pagar quiero
la penitencia primero.

VALERIAN Pues luego te la daré.
A Don Álvaro dirás
requiebros y amores luego, 910
pues le escogiste en el juego
por galán.

DOÑA EUGENIA Gracioso estás.

VALERIAN Eso mando.

DOÑA EUGENIA Es bien me enseñe
Hipólita, porque aprenda.

HIPÓLITA Pues lo en virtud desta prenda, 915
le mando que te desdeñe.

GALINDEZ Ha dicho a mil maravillas.

DON ÁLVARO Es discreta, yo lo acepto.

DOÑA EUGENIA ¿Habré de hacello en efecto?

VALERIAN De rodillas.

DOÑA EUGENIA¿De rodillas? 920
Señor galán desdeñoso,
no se me ponga tan grave;
es, si quiere que le alabe
como el mismo cielo hermoso.

DON ÁLVARO¿Qué decís?

VALERIANBien se autoriza. 925

DON ÁLVAROPalabra no he de escuchar.

HIPÓLITAMuy bien sabe desdeñar.

DOÑA EUGENIACon esto mi fuego atiza.
Deje ya de ser cruel,
porque el ser me restituya: 930
mire mi bien que soy suya,
y que me muero por él.
Cese ya tanto desdén.

DON ÁLVAROY yo soy, porque así es justo,
muy amigo de mi gusto, 935
y de mi amigo también.

DOÑA EUGENIA¿Está contento el juez
de lo hecho?

VALERIANCosa es clara;
y aún a ser otro pensara
que esto ha pasado otra vez. 940
Porque tanta propiedad
parece que ensayo tuvo.

HIPÓLITAExtremadamente anduvo
Doña Eugenia.

DON ÁLVAROAsí es verdad.

HIPÓLITAY aun burlando, no creyera 945
que a ser leal te acomodas.

DON ÁLVAROA ser de mi amigo todas,
con ninguna te ofendiera.

DOÑA EUGENIA De lograr mis esperanzas
ya la ocasión se me ofrece: 950
vengareme, pues parece
que hoy es día de venganzas.
A Hipólita amores di,
y toma tu prenda, ten.

DON ÁLVARODe mí te vengas también. 955

HIPÓLITAPues yo volveré por ti.

VALERIANYa sé que te pago mal.

DON ÁLVARONo importa que todo es juego.

VALERIANEn mi pecho todo es fuego,
(Aparte.)
como mi pena inmortal. 960
Digo, señora, que os quiero,
poco he dicho, que os adoro,
que por vuestra causa lloro,
que por vuestra causa muero.
El desdeñarme no es justo, 965
pues nadie te lo ha mandado.

HIPÓLITAQuien tiene en un pecho honrado
más fuerza que el propio gusto.
No sé bien volver por ti,
Don Álvaro.

DON ÁLVAROBien.

VALERIANMi gloria, 970

pues soy tuyo, en tu memoria
vuelve otro poco por mí.
Eres tigre y serafín
en crueldades y en belleza.

HIPÓLITAY ofrece honor mi nobleza 975
al corcho de mi chapín.
Para que venga a tener
esto el gusto merecido,
transfórmate en mi marido,
convertirme he en tu mujer, 980
pues tú me tienes amor,
y ella se le tiene a él.

GALINDEZBien dices, por san Miguel.
(Aparte.)

VALERIANEs discreta.

HIPÓLITAEres traidor.

VALERIANEstá ya mi penitencia 985
cumplida.

DOÑA EUGENIAHa sido extremada.
También parece ensayada.

VALERIANMas con harta diferencia.
¿Esta llaneza no miras
crecer nuestras amistades? 990

ELVIRAMucho me huele a verdades
(Aparte.)
Lo que parece mentiras.

DOÑA EUGENIA¿No hay más prendas?

HIPÓLITACreo que no,
que los demás que han errado
castíguelos su pecado. 995

DOÑA EUGENIA Hipólita, que no erró,
no habrá menester jueces.

HIPÓLITA Tengo yo en lo que imagino
el corazón adevino,
y así yerro pocas veces. 1000

DON ÁLVARO Como siempre te recelas.
Adivina tu cuidado;
casi la noche ha cerrado.

HIPÓLITA Buen descuido.

DON ÁLVARO Traigan velas.

DOÑA EUGENIA Mejor es irnos agora, 1005

(Levántanse.)

y descansa del camino.

DON ÁLVARO ¿Tan flaco soy?

DOÑA EUGENIA Imagino
que a ti te sirvo, señora.

HIPÓLITA Malicia es ésa.

DOÑA EUGENIA Ninguna.

HIPÓLITA ¿En efecto queréis iros? 1010

DOÑA EUGENIA Para volver a serviros,
y aún a seros importuna.

HIPÓLITA A hacerme merced tan cierta

como la gozo, y la espero.

VALERIAN Pierres, baja, y di al cochero 1015
que llegue el coche a la puerta.

DON ÁLVARO ¿Hablarémonos mañana?

VALERIANA la hora que tú quieras.

DON ÁLVARO Mas ya es de noche de veras.

VALERIAN ¡Ay, imagen soberana! 1020

DON ÁLVARO Traigan hachas.

DOÑA EUGENIA ¡Oh amor ciego!

ELVIRA Hachas, hachas.

GALINDEZ Hachas tengan.

(Éntrese ELVIRA, y sale GALINDEZ con hachas, y dáselas.)

VALERIAN Y los que quisieren, vengan
a encendellas a este fuego.

DOÑA EUGENIA Quedaos aquí.

HIPÓLITA Bueno fuera. 1025

DOÑA EUGENIA Ya esa es mucha cortesía.

HIPÓLITA Tengo de ir, por vida mía,
hasta la misma escalera.

(Éntranse todos.)

Acto II

Sale VALERIAN con una ropa de levantar, lavándose las manos, un PAJE dándole agua, y otro le da una toalla.

VALERIAN ¡Qué mala noche he tenido!

Traedme aguamanos luego;
loco me tiene este fuego
con lágrimas encendido.
No quisiera despertarme, 5
y no he podido dormir;
es imposible vivir
desta suerte, y no matarme.
Este papel tengo escrito
desta noche imaginado, 10
donde pinto mi cuidado,
y mis glorias solicito.
En versos doy a entender
las penas que estoy pasando;
que un enamorado, ¿cuándo 15
poeta dejó de ser?
Porque es de melancolía
y de amor propios efectos;
y es oficio de discretos
el amor y la poesía. 20
Bien que entiendo, apruebo, y toco,
que locos les llama el mundo;
¿pero qué ingenio profundo
no tiene punta de loco?
¿Con quién podría enviallos? 25
Que los versos tienen esto,
que si no se logran presto
da poco gusto el lograllos.

(Sácanle aguamanos, y mientras se lava, sale ELVIRA.)

ELVIRA Mil veces mis veras de
destas burlas obligada; 30
alma tiene enamorada
Galindez, gracioso viejo.
Siempre riendo me estoy
de que me dio este billete
para su dama, alcahuete 35
de viejo tan loco soy.
¡Oh Amor! Tus leyes tiranas,
tu fuego, cuando porfía,
ni con la nieve se enfría,
ni tiene respeto a canas. 40

VALERIAN ¿Qué es, Antonio? ¿Si podré
fiarme deste? Que tiene
buen ingenio.

ELVIRA Que ya viene
mi señora, avisaré.

VALERIAN ¿A mi mujer?

ELVIRA Señor sí. 45

VALERIAN Espera un poco; estoy ciego,
que viene Hipólita luego
a Doña Eugenia lo di.

(Entranse los PAJES que le servían.)

ELVIRA ¿Qué me querrá?

VALERIAN Bien podría
éste, mas temo algún daño. 50

ELVIRA Si diese algún desengaño
este a la sospecha mía.

VALERIAN¿Pues, Antonio, cómo os va
en esta tierra?

ELVIRAMuy bien.
Con tanta merced, ¿a quién 55
en extremo no le irá?

VALERIAN¿Y es la vuestra?

ELVIRAZaragoza.

VALERIANDe ahí os viene el ser discreto;
es paraíso en efecto
del que la habita y la goza. 60

ELVIRAHombres hay de discreción,
aunque parte no me dan.

VALERIANHarto discretos serán
los que como ves lo son.

ELVIRAMerced me quieres hacer. 65

VALERIANDigo verdad.

ELVIRACosa brava,
(Aparte.)
quien me detiene, y me alaba,
de mí se quiere valer.
Puedesme, señor, mandar.

VALERIANDios te guarde, hacello quiero. 70

ELVIRASi le doy deslizadero
será fácil resbalar:
ten de mí seguridad
que lograré mi deseo,
si te sirvo.

VALERIANEn eso veo 75
que pagas mi voluntad.

ELVIRAMándame, el temor desecha
que ya te leo en la cara.

VALERIANAy, Antonio.

ELVIRAYo jurara
que era cierta mi sospecha. 80
No dudes, que no habrá cosa
que yo no emprenda por ti.

VALERIAN¿Tu señora, Antonio, di,
no es gallarda?, ¿no es hermosa?

ELVIRADE sus honrados despojos 85
a honrarse la tierra viene;
y muchas disculpas tiene
quien pone en ella los ojos.

VALERIANCon eso, Antonio.

ELVIRASeñor.

VALERIANHaz, escucha, di si quieres. 90

ELVIRA¡Ay, Amor, qué niño eres,
qué furioso, qué hablador!
No te turbes.

VALERIANEstoy loco.
Vuelve, Antonio, por mi seso;
pues mis culpas te confieso, 95
cuanto tengo será poco,
para que atices mis penas,
¿qué dices, Antonio?

ELVIRADigo
que soy tu esclavo.

VALERIANY amigo
de mis esperanzas buenas, 100
si las logras.

ELVIRA¿Qué he de hacer
para eso?

VALERIANA tu señorar,
este papel: calla agora,
porque sale mi mujer.

(Sale DOÑA EUGENIA.)

DOÑA EUGENIA¿Secreto, y sin mí?

VALERIANEscuchad. 105

DOÑA EUGENIAA nuevo gusto os convida.

VALERIANSeñora, por vuestra vida.
Que le decía...

DOÑA EUGENIACallad,
que yo sabré dél agora
el fin de vuestra esperanza. 110

VALERIANÉsa es poca confianza
de quien vuestro gusto adora.

ELVIRABueno es esto.

VALERIANOidme a mí.

DOÑA EUGENIA Dejadme.

VALERIAN Tantos enojos;
mi vida por vuestros ojos. 115

DOÑA EUGENIA ¿Queréis no enfadarme?

VALERIAN Sí.

DOÑA EUGENIA Pues idos, que quiero saber
deste paje lo que ha sido.

VALERIAN Voime pues.

ELVIRA Este marido
es propio para mujer. 120

VALERIAN Antonio.
(Señálale que calle.)

ELVIRA Gracias señas.

VALERIAN Di la verdad.

ELVIRANiñería
es todo.

VALERIAN La pena mía
pudiera ablandar las peñas.

ELVIRA ¿Qué diré?

DOÑA EUGENIA ¿Qué atrevimiento! 125

ELVIRA Señora, pierda el cuidado.

DOÑA EUGENIA; Qué diferente has juzgado,
Antonio, mi pensamiento!
No fueron celos, ay cielos,
del marido que entretengo; 130
que de quien amor no tengo,
no es posible tener celos.
Y lo que aquí me ha sufrido,
es la causa deste efeto,
que marido muy sujeto 135
no se ha visto muy querido.
Quieren las mujeres hombres
que no siempre se enternezcan;
y que lo que son parezcan
en las obras, y en los nombres. 140
Y es muy cierto aborrecer
el que a sujetarse viene,
la que imagina que tiene
por marido una mujer.
Y así yo de ti me fío, 145
de ti mi remedio espero;
por un marido me muero
que es oposito del mío.
Es...

ELVIRAYa entiendo: mi señor.

DOÑA EUGENIAAy, Antonio, por él lloro, 150
sus libertades adoro,
su desenfado y valor.
Aquel seguir sin cansarse,
siendo perro en muchas bodas,
aquel quererlas a todas, 155
y a ninguna sujetarse.
El remitir a su espada
su cólera y su razón,
dando al uno el bofetón,
y al otro la cuchillada. 160
Tras esto el ser tan honrado,
como en mis cosas lo ha sido;
que nunca le vi rendido,
cuando le obligué rogado.
Esto me abrasa, por ser 165
de mi gusto, y no te asombres,
¡ay, Antonio! Que estos hombres
vuelven loca una mujer.
Estos son para queridos,

estos son para adorados, 170
que dan fuego a los cuidados,
y despiertan los sentidos.
Y así es laurel soberano,
venturosa alegre palma,
poner la cara y el alma 175
en la palma de su mano,
adorar su pensamiento,
dar crédito a sus razones,
y alentar mil ocasiones
para beber de su aliento. 180
Y no mi Narciso bello,
aninfado, y no feroz,
que lo espanto con la voz,
y con el pie lo atropello.
Cuando en cualquiera ocasión 185
teme el ver que me alborote,
como si fuesen su azote
los ñudos de mi cordón.
Sabe el cielo que no puedo
querello, cuando me aviso 190
de que adora lo que piso
mas que por amor, de miedo.

ELVIRA; Qué graciosa libertad,
aunque de celos me abrasa!

DOÑA EUGENIA Tu mano, Antonio, no escasa. 195
Ha de hacerme una amistad.

ELVIRA; Qué me mandas?

DOÑA EUGENIA Que le des
un papel.

ELVIRAA tu servicio
me tienes: gallardo oficio,
va con este tengo tres. 200

DOÑA EUGENIAY si esto a decirte vengo,
y mi libertad te admira,
para disculparme mira
las disculpas que yo tengo.
Las partes de tu señor 205

Son muchas.

ELVIRA Yo he de servirte,
mándame: estoy por decirte
que esas partes sé mejor.

DOÑA EUGENIA Y tú, Antonio, por los cielos,
cuanto gustes de mí espera, 210
y haz de suerte que me quiera.

ELVIRA ¡Ay!, que me abraso de celos.
(Aparte.)
Fía de mí (a ser curiosa
me obligan); para servirte,
dime tú...

DOÑA EUGENIA ¡Qué he de decirte? 215

ELVIRA Sería importante cosa
saber yo en qué estado están
tus amores.

DOÑA EUGENIA En ninguno;
que su desdén importuno,
mis ojos te le dirán. 220

ELVIRA ¡A desdenes te condena?

DOÑA EUGENIA Y por ellos pierdo el seso.

ELVIRA Harto has dicho, pues con eso
hiciste menor mi pena.
Don Álvaro mi señor 225
viene agora; el desengaño
espero ver.

DOÑA EUGENIA ¡Susto extraño!
¡Qué propio efecto de amor!

(Sale DON ÁLVARO.)

¿Darasle el papel agora?

ELVIRAHable tú que es mejor. 230

DOÑA EUGENIA Tanto miedo, y tanto amor.

DON ÁLVARO Tus manos beso, señora,
y tú, Antonio.

DOÑA EUGENIA Es como un oro,
y muy discreto por cierto.

DON ÁLVARO ¿Qué haces aquí?

ELVIRA He descubierto 235
unas Indias, un tesoro.
Y tú no tienes razón
de no enriquecerte en ellas.

DON ÁLVARO ¿Pues yo puedo merecellas?

ELVIRA Si las quieres, tuyas son. 240

DON ÁLVARO ¿Qué dices? ¿Y adónde están?

DOÑA EUGENIA En mi voluntad.

DON ÁLVARO ¿Qué dices,
señora?

DOÑA EUGENIA Espera, no atices
mi fuego.

DON ÁLVARO A Valerian
quiero hablar.

DOÑA EUGENIA Y lo que digo 245
haz de escucharme primero;
testigo del mal que muero
será Antonio.

DON ÁLVARO Buen testigo.

DOÑA EUGENIA Con él descansé mi pecho,
cansado de tus desdenes. 250

DON ÁLVARO ¡Qué buen secretario tienes;
(Aparte.)
si supieses lo que has hecho!

ELVIRA Señor, oye sosegado
estas razones suaves.

DON ÁLVARO Calla, rapaz, ¿tú no sabes 255
que tengo blasón de honrado?

DOÑA EUGENIA Sé cortesano.

DON ÁLVARO Villano
seré, que en cosas de amor,
está cerca de traidor
un término cortesano. 260

DOÑA EUGENIA Estoy por matarme, estoy
por matarme.

DON ÁLVARO Loca estás.

DOÑA EUGENIA ¿Que me dejas, y te vas?

DON ÁLVARO Que te dejo, y me voy.

DOÑA EUGENIA ¿Que me desprecias?

DON ÁLVARO No, es cierto. 265

DOÑA EUGENIA Espera, ¿no me conoces?
Recélate de mis voces,
que dirán que tú me has muerto.

ELVIRA ¡Qué libertad de mujer!
(Aparte.)

DOÑA EUGENIA Yo no he visto despreciarme, 270
y soy mujer; por vengarme,
hasta el alma he de perder.

DON ÁLVARO ¿Es posible lo que veo?
(Aparte.)
Ya la temo.

DOÑA EUGENIA Y más verás,
que una pena puede más 275
cuando la aprieta un deseo.
¿Quieres quererme, enemigo?

DON ÁLVARO No puedo.

DOÑA EUGENIA Mátame pues.

DON ÁLVARO Ni eso quiero; tú no ves
que soy de tu esposo amigo: 280
y aunque mi amigo no fuera,
te dejara de querer,
por verte que eres mujer
que me ruegas que te quiera.
Acaba ya de dejarme. 285

ELVIRA ¡Ay, afrenta de mujeres!
(Aparte.)

DOÑA EUGENIA Villano, pues que no quieres

ni quererme, ni matarme,
aborrece mi porfía,
sigue tu gusto, y advierte 290
que ocasiones de tu muerte
compraré con sangre mía.
Que ya mudando de empleo,
quiero que dé mi esperanza
las fuerzas a la venganza 295
que hasta aquí tuvo el deseo.
Matarte, villano, quiero,
guárdate de mi rigor;
que cual diestro esgrimidor,
señaló el golpe primero. 300

ELVIRAMi señora viene.

DOÑA EUGENIA¡Ay Dios!

(Salen por la una puerta HIPÓLITA y GALINDEZ; y por la otra VALERIAN, y encuéntrase al entrar con ellos, él con su mujer, y ella con su marido.)

HIPÓLITA¿Dónde vas?

VALERIANSeñora mía.

DON ÁLVAROA recibirte salía.

ELVIRA¿Qué encuentro para los dos!

VALERIAN¿Qué tienes?

DOÑA EUGENIAVente conmigo, 305
lloro de rabia.

VALERIANNNo llores.

DOÑA EUGENIAFiad de amigos traidores.

VALERIANYo soy el traidor amigo.

(Éntranse los dos.)

HIPÓLITA¿A tanto el enojo llega,
que sin esperar, se ha ido? 310

DON ÁLVAROTendrale con su marido.

HIPÓLITASorda estuve, y no estoy ciega,
quiero decir que no oí;
y que me advierten los ojos
la causa de sus enojos, 315
porque la contemplo en ti.

DON ÁLVARO¿De qué suerte?

HIPÓLITA¿Es mala prueba,
después de haberla mirado,
el mirar que te ha dejado
de los colores que lleva? 320

DON ÁLVAROGracioso antojo, por Dios.

HIPÓLITA¿Parécete que ha bastado
para pensar que ha pasado
el enojo entre los dos?

DON ÁLVAROPor tu vida que te engañas; 325
esa locura desecha.

HIPÓLITANo de balde esta sospecha
se ha imprimido en mis entrañas,
y ha hecho su fundamento
sobre quimeras pasadas. 330

DON ÁLVARO Tus sospechas mal fundadas
siempre estriban sobre el viento.

HIPÓLITA Tengo leal corazón.

DON ÁLVARO Ya me cansas.

HIPÓLITA ¡Ay de mí!

DON ÁLVARO ¿No sabes que nunca di 335
segunda satisfacción?

ELVIRA Todos los celos me ha dado
que le pide.

DON ÁLVARO Tantos celos.

HIPÓLITA Tanta pena.

ELVIRA Amargos duelos
querer a un hombre casado. 340

HIPÓLITA Hasta el alma se me abrasa.

DON ÁLVARO ¿Dónde vas? ¿En qué porfías?

HIPÓLITA A llorar desdichas mías,
en un rincón de tu casa.

DON ÁLVARO ¿Qué lloras?

HIPÓLITA No te asombres, 345
pues que tú mismo lo quieres.

DON ÁLVARO Así lloráis las mujeres
como escupimos los hombres.

¿Do vas?

HIPÓLITA Mi dolor profundo
me lleva muerta.

DON ÁLVARO ¿Qué dices? 350
¡Es bueno que escandalices
con tus locuras al mundo!
Haz tu visita, éntrate.

HIPÓLITA No quiero, que me congojas.

DON ÁLVARO Por vida de...

HIPÓLITA ¿Ya te enojas? 355

DON ÁLVARO Entra luego.

HIPÓLITA Yo entraré.

DON ÁLVARO Lo que yo digo ha de ser.

HIPÓLITA Y es muy justo.

DON ÁLVARO Ten cordura.

HIPÓLITA Di si puedo.

DON ÁLVARO Por ventura,
¿soy marido, o soy mujer? 360

GALINDEZ Pegados tengo los labios
de ordinario al paladar
en estas bregas.

HIPÓLITA ¿Pasar

se pueden tantos agravios?

(Éntranse HIPÓLITA y GALINDEZ; dejando solos a DON ÁLVARO y a ELVIRA.)

ELVIRA ¿Don Álvaro, que es aquesto? 365

¿A qué Bireno imitaste?

¿Con qué intento me engañaste?

¿En qué desdichas me has puesto?

Son, por ventura, venganzas
de mis primeros desdenes: 370

¿qué remedio les previenes,
a mis pobres esperanzas?

¿A qué, señor, me has traído?

La una te ha procurado;
y la otra me ha dejado 375

los celos que te ha pedido.

No te llorara estos duelos
si no te quisiera bien.

DON ÁLVARO Pídeme celos también,
seré terrero de celos. 380

ELVIRA Bien has dicho.

DON ÁLVARO Elvira mía.

ELVIRA Pues a tu mujer, ¡ay triste!

Mas tierno le respondiste
cuando celos te pedía.

DON ÁLVARO Por tu vida que te engañas, 385
esa locura desecha:

¡y qué penetrante flecha
arrojaste a mis entrañas!

ELVIRA Volverme a mi tierra quiero,
aunque allá llore tu ausencia. 390

DON ÁLVARO Apúrame la paciencia,

cuando tu consuelo espero.
¿En qué estriba tu accedía?
¿Qué te hice? ¡Cosa brava!
Si una mujer me rogaba; 395
Y otra celos me pedía
ya la una despedí,
y a la otra no escuché
¿Qué me quieres? ¿En qué erré?

ELVIRA Ofendiome lo que vi. 400
¿En efecto eres casado?

DON ÁLVARO Ahógame, ¿qué he de hacer?

Si no es matar mi mujer,
porque muera tu cuidado.
Pues vesla, por insufrible, 405
a mi gusto abominable;
en un tiempo me fue amable,
cuanto agora aborrecible.
Pero tanto procuró
con celos, con fuerza y brío 410
cautivarme el albedrío,
que libre el cielo me dio,
que aborrecido, rompí
sus conjuros y su encanto
y haré contigo otro tanto, 415
si haces otro tanto en mí.
Elvira, si te desvelan
mis gustos, y no te enfadan,
pide los peces que nadan,
pide las aves que vuelan. 420
Señálame las más bellas,
que atrevido te las mando,
pues cuando vayan volando,
volaré por ir tras ellas.
Los peces con una caña 425
si faltan iré a pescar;
y será más, que matar
al mayor señor de España.
Y pide, fuera del rey,
al señor, al matasiete; 430
que yo haré que le sujete
a tu gusto y a tu ley.
Pide estrellas las más bellas,
que esas serán tus despojos;
aunque quien tiene tus ojos, 435
no habrá menester estrellas.
Si los tesoros de Midas

me pides, ya los prevengo,
porque aunque yo no los tengo,
basta que me los pidas. 440
Porque tú los atesoras,
seré otro Caco, hurtarélos;
pero no me pidas celos,
ni me gimas, ni me llores.
Si con este presupuesto 445
me quieres, tu esclavo soy
y con esto, yo me voy,
para que pienses en esto.
Y al campo de aquí me iré,
de su anchura satisfecho; 450
porque se me ensanche el pecho,
y porque el aire me dé.
Que me congoja esta casa,
para mi cárcel esquiva.

ELVIRA Tu libertad me cautiva, 455
tu desenfado me abrasa.
No perderé tu amistad,
aunque en ella muerta quede.

DON ÁLVARO Por ninguna cosa puede
venderse la libertad. 460
(Vase.)

ELVIRA Más he de vengar si puedo
la muerte de mi esperanza;
para hacer una venganza.
Ha de valerme un enredo.
Todos con él probarán 465
destos pesares que paso;
y del fuego en que me abraso,
algunos se abrasarán.
Éste es Pierres; él llegó
para consolarme tarde. 470

(Sale PIERRES.)

¡Oh buen Pierres!

PIERRE Diu vos guarde,
vostre ami, Antonio, só.

ELVIRAY yo vuestro.

PIERRESVostransé
paz me haga un gran placer.

ELVIRA¿Y qué es, Pierres? ¿Qué he de hacer? 475

PIERRESEscóltate, os ho diré.
Yo só un chic enamorat.

ELVIRA¿Qué, es un chic?

PIERRESUn poc.

ELVIRAUn poco
enamorado, y muy loco.

PIERRESi aqueste billet portat, 480
Antonio, a mi domicela;
vole amie.

ELVIRA¿Quién es la dama?
¿Cómo se llama?

PIERRESSe llama
Rafela.

ELVIRAMuy bien, Rafaela,
yo lo haré, ¿qué me prometes? 485

PIERRESAlegremente del vin
beberemos.

ELVIRAYo hice, al fin,
mi cuatrinca de billetes.
Ya salen las damas; yo,
buen Pierres, te serviré. 490

PIERRESHe yo, Antonio, os seré
bon ami, he compañó.

(Vase. Salen VALERIAN, DOÑA EUGENIA, HIPÓLITA y GALINDEZ.)

VALERIANYo iré contigo, señora.

HIPÓLITAEso no he yo de sufrirte.

DOÑA EUGENIAMás me queda que decirte. 495

HIPÓLITAMe sea en mi casa.

DOÑA EUGENIAEn buen hora.

VALERIAN¿En efecto no queréis
que os acompañe?

HIPÓLITANo quiero,
ni es justo.

GALINDEZHidalgo escudero,
y muy honrado tenéis. 500
Hombre de canos y antojos,
y que su brazo os ofrece:
y no alguno que parece
que se os come con los ojos.
No me agrada su mirar. 505

HIPÓLITAAntonio, vente conmigo.

ELVIRAYa te sirvo, ya te sigo.

DOÑA EUGENIAAntonio, chito al callar.

ELVIRARazón es que te receles,
pues necia quisiste ser; 510
¡qué de cosas he de hacer
con estos cuatro papeles!

(Vanse, y quedan solos VALERIAN y DOÑA EUGENIA.)

VALERIANDe nuevo quiero saber
lo que el alma me enfurece.

DOÑA EUGENIA¿Tan difícil te parece 515
de atinar y de entender?

VALERIANHipólita lo estorbó.

DOÑA EUGENIAPues ya de nuevo te digo
que tu amigo no es tu amigo,
pues tu afrenta procuró.520

VALERIAN¿Don Álvaro?

DOÑA EUGENIA Que es un santo.

VALERIAN¿Ése procura tu amor?

DOÑA EUGENIAY aun por fuerza: es un traidor;
¿qué, te admiras?

VALERIANY me espanto.

DOÑA EUGENIA Y eso agora me preguntas; 525
cuando fuera cosa honrada
de la daga y de la espada
afilas cortes y puntas.
El dudallo te inquieta,
cuando en vez de hablarme aquí, 530
había de hablar por ti
la boca de una escopeta.

Esto fuera de provecho,
y no, ¿qué cruces son éstas?
Échale una cruz a cuestras, 535
de las que haces en tu pecho.
¿Qué paciencia habrá que espere
lo que tu flema le amaga?
Aconséjame que haga
lo que don Álvaro quiere. 540
Quédate mientras escarbas
tu encogido corazón,
¿qué mujer tiene afición
a estas mujeres con barbas?
(Vase.)

VALERIAN¿Qué intento puede tener 545
Don Álvaro en su esperanza:
si es ofensa, o si es venganza
procurarme la mujer?
¿Si supo que le ofendía?
Mas por cualquier ocasión, 550
he de tener su traición
por disculpa de la mía.
En parte quedo contento
de que no solo yo he sido
el traidor, aunque ofendido, 555
me combate un pensamiento.
En esto es bien que concluya,
mi casa quiero guardar,
mientras procuro afrentar,
para vengarme, la suya. 560
Quiero esforzar mi esperanza,
pues lo que era injusto, es justo;
y antes fuera solo gusto,
y agora gusto y venganza.

(Vase. Salen HIPÓLITA, GALINDEZ y ELVIRA.)

HIPÓLITAGalindez, no habéis andado 565
discreto.

GALINDEZNo hay discreción
con cólera.

HIPÓLITAUn pescozón

muy sin causa te habéis dado.

ELVIRA; A qué me ha traído el cielo!

GALINDEZ; Tratarme de viejo es poca? 570
Y por la calle me coca
como mona; estriparelo.

HIPÓLITA; Pase por burla esta vez
en mi presencia esa culpa:
aunque para mí os disculpa 575
vuestra caduca vejez.

GALINDEZ; Oh, reniego de Mahoma.

HIPÓLITA; Pasito, Galindez, quedo.

ELVIRA; Es un viejo, no hayas miedo,
que vaya por ello a Roma: 580
aquí hará la penitencia,
y tendrá la absolución.

GALINDEZ; Mequetrefe.

ELVIRA; Vejarrón,
no os remuerde la conciencia.

GALINDEZ; Por san Pedro.

HIPÓLITA; Calla, Antonio: 585
ah, Galindez.

GALINDEZ; Buen despacho,
a mí, o a este mochacho,
ha de llevar el demonio.
Es bueno que un matachín,
sin vergüenza y sin temor, 590
rapazuelo, bullidor,
monta en banco, o bailarín,

ha tomado por oficio
burlarse de mi experiencia.
Apúrame la paciencia, 595
y trabúcame el juicio.
El hombre que su decoro
con veras quiere guardar,
el paso no ha de mudar
aunque le persiga un toro. 600
Antes irse poco a poco,
y meter mano a la espada,
si le apretase.

HIPÓLITA Extremada
es la lección; éste es loco.

GALINDEZ Voy con esto a descansar. 605
(Vase.)

ELVIRA Fiad que me lo paguéis
cuando el paso no mudéis,
aunque le queráis mudar.

HIPÓLITA Antonio, escucha.

ELVIRA ¿Qué mandas?

HIPÓLITA Pues por testigo te hallo 610
de mi llanto que a escuchallo
hiciera las piedras blandas.
Ya estuviste a mis enojos
presente.

ELVIRA Sí, estuve.

HIPÓLITA Espera.

ELVIRA Y cuando no lo estuviera, 615
me le dijeran tus ojos.

HIPÓLITA Pues, Antonio, tú bien sabes

que es verdad lo que sospecho;
fíalo pues de mi pecho
con mil candados y llaves. 620
Mira la pena que paso,
que tú alivialla podrás.

ELVIRA De nuevo te abrasarás
en el fuego que me abraso.

HIPÓLITA De tu ingenio te aprovecha, 625
dime si es cierto mi daño,
que aunque es malo un desengaño,
es peor una sospecha:
Don Álvaro abrásase
por Doña Eugenia; di sí, 630
que della no lo creí,
y de ti lo creeré.

ELVIRA ¿Ella te lo dijo?

HIPÓLITA Ella,
sin preguntárselo yo,
de aquella boca arrojó 635
en mi pecho una centella.
Era yesca el corazón
y encendió en el aire fuego.

ELVIRA ¿Es posible que a ver llego
este extremo de traición! 640

HIPÓLITA Antonio, siéntome arder.

ELVIRA ¿Qué más desengaño quieres?
Malas somos las mujeres,
(Aparte.)
y pues lo soy, lo he de ser.

HIPÓLITA Di, Antonio, extrañas fatigas, 645
me aprietan un lazo al cuello:
que deseo no sabello
y quiero que me lo digas.

ELVIRA Deseo no lastimarte:
¡qué enredo que trazo, ay cielo! 650
(Aparte.)
Mas si ha de ser tu consuelo
señora, el desengañarte
en este papel podrás,
que para della ha de ser;
mas hásmele de volver. 655

HIPÓLITA Tú mismo le tomarás,
cuando a mí me dejé muerta
su más mínima razón;
pues son versos, suyos son,
y mi desventura cierta. 660

ELVIRA ¿No es bueno dalle el papel
(Aparte.)
que para ella venía,
y decille que lo envía
a Doña Eugenia?

HIPÓLITA ¡Ay cruel!

ELVIRA Su marido y su enemigo 665
(Aparte.)
desta suerte lo he de hacer;
que mi enemiga ha de ser
la que es la mujer de mi amigo.
Perdonármelo Dios,
pues a esto me aventuro; 670
porque mi paz aseguro
con la guerra de los dos.
Dame el papel, que ya viene
Don Álvaro mi señor.

HIPÓLITA Ya me le ha visto, ah, traidor. 675

ELVIRA Señora, matarme tiene.

HIPÓLITA Guardarete yo el secreto
que te ofrecí.

ELVIRA Yo me voy.
Muerta de congoja estoy.

(Sale DON ÁLVARO.)

DON ÁLVARO ¿Qué tenéis? Extraño efecto. 680
¿Por qué el papel escondéis?
¿Por qué le habéis escondido?

HIPÓLITA Porque vergüenza he tenido
por vos que no la tenéis.

DON ÁLVARO ¿Qué decís? Extraño efecto: 685
algo señala, por Dios,
tan diverso trato en vos,
y tan perdido respeto.
Ése rabioso temblor,
ése inquieto sosiego, 690
esas lágrimas de fuego,
ese mudado color,
ya de blanco en amarillo,
y ya de amarillo en rojo;
saber tengo vuestro enojo. 695
Si dilatáis el decillo.
Sacad luego ese papel
dalde acá.

HIPÓLITA Oíd.

DON ÁLVARO Acabad.

HIPÓLITO Vuestras infamias mirad,
y mis desdichas en él. 700
Hasta aquí, sólo he llorado
vuestro libre proceder;
pero agora, lloro el ver
que dejáis el ser honrado.
A mujer de vuestro amigo 705
procuráis, y le escribís
estos versos.

DON ÁLVARO ¿Qué decís?
¿Quién lo dice?

HIPÓLITA Yo lo digo.
Yo digo que sois traidor.

DON ÁLVARO Callad, loca.

HIPÓLITA Triste calma. 710

DON ÁLVARO Que habré de llegar al alma
de quien me llega al honor
cupo en mi cosa afrentosa,
ni tan sólo imaginada;
¿qué letra es ésta?

HIPÓLITA ¡Ay cuitada! 715

DON ÁLVARO Ay, sospecha rigurosa.
(Leyendo.)

Sin dormir toda la noche
estuvo, señora mía,
y cuando Febo ponía
los caballos en su coche, 720
quedé dormido, y soñaba
que tu deseo amoroso
de los brazos de tu esposo
a los míos te pasaba.

Mas despertome el cuidado 725
del amor, que es mi enemigo:
pues no me sufre contigo
este gusto, ni aun soñado.

Luego de envidia cruel,
abrasarme el alma vi; 730
viendo sueño para mí
lo que es verdad para él.

Goza del recién venido,
tan querido y deseado.
Pues pierdo por desdichado 735
lo que gana por marido.

Casi me deja sin brios
el dolor que me penetra:
sabes si es mía la letra,

los versos parecen míos. 740
Yo tan malos versos hago,
y tan buena letra escribo.

HIPÓLITA; Ay Dios, de milagro vivo!

DON ÁLVARO De cólera me deshago.
Si soy yo el recién venido 745
como viene escrito aquí,
el papel es para ti.

HIPÓLITA El engaño mío ha sido.

DON ÁLVARO Si es letra de un traidor
que entendí que era leal, 750
de Valerian.

HIPÓLITA; Hay tal!
No tengo culpa, señor.

DON ÁLVARO En mío el papel por dicha,
si es suyo cuanto hay en él;
¿quién te ha dado este papel? 755
¿No respondes?

HIPÓLITA Mi desdicha.

DON ÁLVARO Habla, por vida del cielo
de quien soy indigno yo.

HIPÓLITO Antoñuelo me le dio.

DON ÁLVARO ¿Y qué te dijo Antoñuelo? 760

HIPÓLITO Que era tuyo, ¡hay tal maldad!
En esto es bien que repares
y márame, si no hallares
que es esto pura verdad.

DON ÁLVARO Yo te creo, y cosa es clara, 765
que en ti tu disculpa viene;
que la mujer que la tiene,
se le ve escrita en la cara.
Y a ti sin podella ver,
mil créditos te daría, 770
pues basta ser mujer mía
para ser buena mujer.
Cuanto más que agora veo
lo que mi propio valor
me encubrid en aquel traidor, 775
capaz de tan mal deseo;
como el que a oscuras pasó
peligro que no temía
y a la luz que le da el día
mira lo que atrás dejó. 780
Pero qué mal considero;
no es discreción, ni nobleza,
el creer con ligereza
un papel que es tan ligero.
Que hay en ellos mil engaños, 785
y en éste los puede haber:
mas tú, Hipólita, has de ser
el reparo destos daños.
¿Qué pretensión ha tenido
contigo Valerian? 790

HIPÓLITA ¿Qué diré? Perderse han.
(Aparte.)

DON ÁLVARO ¿Hasla visto? ¿Hasla sabido?

HIPÓLITA Ay Dios, que le obligo a mucho,
si se lo digo; ay, cuitada.
(Aparte.)

DON ÁLVARO ¿Cómo te miro turbada? 795
¿No me entiendes?

HIPÓLITA Ya te escucho.

DON ÁLVARO ¿Sabes tú si te ha servido
Valerian?

HIPÓLITANo es mejor
negárselo.

DON ÁLVARODi.

HIPÓLITASEñor.

DON ÁLVARO¿Fue traidor, o fue atrevido? 800
¿Señalote sus antojos
con el alma, o con la boca?
Di.

HIPÓLITASEñor.

DON ÁLVAROSu pena loca,
¿Vístela escrita en sus ojos?
¿Conociste su cuidado? 805

HIPÓLITANegallo será mejor.
(Aparte.)

DON ÁLVARO¿No respondes?

HIPÓLITANo, señor,
que es tu amigo, y es honrado.

DON ÁLVARO Por no obligarme, anduviste
mas que te pregunto; baste, 810
que en ése no que dudaste,
muchos síes me dijiste.
Retírate en tu aposento
y disimula tu enojo.

HIPÓLITAMi muerte será el despojo 815
de tan grave sentimiento,
que su furia arrebatada
mil escándalos promete.
Señor, oye.

DON ÁLVARO Calla, y vete,
que ya sé que eres honrada. 820

HIPÓLITA Yo me voy, que a temer llevo
sus coléricos ensayos;
y es cierto que no engendra rayos
su cólera que es de fuego.
Dios lo guarde.

DON ÁLVARO Ha sido mucha 825
esta infamia, esta insolencia
mas gobierne la prudencia,
porque la cólera es mucha.
El colérico arrojado
es valiente solamente, 830
y el animoso prudente
es valiente, y es honrado.
Qué insolente desvarío
de un amigo; yo concluyo
en que al fin el pecho suyo 835
es antípoda del mío.
Conque su mujer me llame
venganza tomar podría;
pero la venganza es mía,
y no es bien hacella infame. 840
Para ver si es falso amigo,
es bien de todo apuralle
su delito, y después dalle
a su medida el castigo.
Disimularé si puedo, 845
porque disimulo mal,
que hasta en esto soy leal.
¡Qué desvergüenza y qué enredo!
¿A qué viene esta traidora,
ya cerca de anochecido? 850

(Salen DOÑA EUGENIA, GALINDEZ, PIERRES y ELVIRA.)

DOÑA EUGENIA Es discreto.

GALINDEZ Es atrevido.

ELVIRA Soy tu esclavo.

DON ÁLVARO Pues, señora,
¿qué es, que dais luz a esta casa
cuando el cielo se la quita?

ELVIRA Hemos de ir a una visita. 855

DON ÁLVARO ¿Dónde? El alma se me abrasa

DOÑA EUGENIA Una comedia esta noche
veremos, si vos gustáis,
Hipólita y yo; no os vais,
irémonos en mi coche. 860

DON ÁLVARO Muy bien, ¿y el particular,
adónde tiene de ser?

DOÑA EUGENIA En casa del mercader.

DON ÁLVARO ¿Qué mercader?

DOÑA EUGENIA Don Gaspar.
Sólo él, por excelencia, 865
ha merecido este nombre.

DON ÁLVARO Es muy gallardo.

PIERRESE Molt hombre.

GALINDEZY tiene buena conciencia.

ELVIRA En un mercader no es poco.

DOÑA EUGENIA Da de balde su caudal. 870

DON ÁLVARO Es muy rico, y principal.

DOÑA EUGENIA Cuerdo en todo, en guerras loco.

ELVIRA Con esa le adorarán.

DON ÁLVARO ¿Y cómo iréis?

DOÑA EUGENIA Embozadas.

DON ÁLVARO ¿Sabéis si admiten tapadas? 875

DOÑA EUGENIA A eso fue Valerian.

DON ÁLVARO Pues entre tanto veremos
si ir Hipólita querrá.

DOÑA EUGENIA ¿Qué está?

DON ÁLVARO Como suele está.

DOÑA EUGENIA Terribles son sus extremos. 880

DON ÁLVARO Ah, traidora, desta suerte
veré mi agravio.

DOÑA EUGENIA Este necio
me ha de pagar el desprecio,
no menos que con la muerte.

(Vanse DON ÁLVARO y DOÑA EUGENIA.)

ELVIRA A estos dos he de engañar. 885
Pues no nos oye ninguno;

bien pienso, el papel del uno,
al otro tengo de dar.

GALINDEZYo comedia, yo comedia,
voime a mi aposento, bueno; 890
bien con frío y con sereno,
mi jaqueca se remedia.

ELVIRAAunque me fuiste cruel...

GALINDEZ¿Muchacho, quieres que te coma?

ELVIRACalla, disimula, y toma 895
respuesta de aquel papel.

GALINDEZOh qué venturoso amante,
cuando aquesto merecí;
de hoy más, será para mí
este muchacho gigante. 900
He de besarle los pies,
y estoy, por Dios soberano,
para cortarme la mano
con que le di de revés.

ELVIRASus locuras son extrañas. 905

PIERRESA viex orat.

GALINDEZAy, Cupido,
letargo de mi sentido,
y aloque de mis entrañas.

ELVIRA¿Pues, Pierres?

PIERRESPues, compañó.

ELVIRAYa te traigo la respuesta 910
de tu papel, suerte es ésta
que te la procuro yo.

PIERRESOh mon señor Antoniue
resposta me habets portat,
ya está Pierres pus orat 915
que Galindez, viex caduc.
Si yo men vau a Francia
a la sopa de Jesús,
no tornaré may pus.

ELVIRASolenizas tu ganancia 920
cantando, y otros sus males
espantan, y aun a las gentes;
mas de causas diferentes
nacen efectos no iguales.

PIERRESYo te vull besar los pies, 925
al manco la man quim toca,
e los pits, encar la boca.

ELVIRACortesía a lo francés.
Bueno está.

PIERRESAntoñuelo mío.

ELVIRAEEn pago desto has de hacer 930
una cosa.

PIERRESOh paz per ver
la mía forza, y lo meu brio.

ELVIRAQuiero hacer una venganza
deste vicio, así me vengo;
¿tienes amigos?

PIERRESSí tengo, 935
O y ben del millor de Franza.

ELVIRAPues habráslos menester.

PIERRES¿He por qué?

ELVIRAPara ayudarte.
Tu amo viene, a esta parte
escucha lo que has de hacer. 940

(Sale VALERIAN.)

VALERIAN¿Qué de trazas imagino
para lograr mi esperanza!
Al gusto y a la venganza
alcanzo por un camino.
Disimular es mejor, 945
que ya en el mundo es forzoso
el medrar por mentiroso,
y el vivir como traidor.

ELVIRAVete pues, que luego voy.

PIERRESPardiu queu faré bailando. 950
(Vase.)

ELVIRASeñor.

VALERIANAntonio, luchando
con mil quimeras estoy!

ELVIRATodas las has de vencer.
A todos quiero engañar,
a éste le quiero dar 955
el papel de su mujer.

VALERIAN¿Qué dices, Antonio, hiciste
lo que te rogué?

ELVIRAPues no.

VALERIANRespuesta, dichoso yo.

ELVIRA Calla, toma, y no estés triste. 960
Y voime porque contigo
no me vean.

VALERIAN Soy dichoso.

(Vase ELVIRA.)

Cielo alegre, cielo hermoso,
cielo santo, cielo amigo.
Leerelo, más ya salen, 965
¡oh si tardaran un poco!
Quedaré de alegre loco,
si los cielos no me valen.

(Salen DON ÁLVARO, HIPÓLITA y DOÑA EUGENIA.)

DOÑA EUGENIA Ya tarda Valerian.

DON ÁLVARO Ya está allí.

VALERIAN ¿Habreme tardado? 970

DOÑA EUGENIA ¿Según habéis negociado,
van embozadas?

VALERIAN Sí van.

DON ÁLVARO Vamos pues, que es ya muy tarde,
y está oscuro, que es peor.

DOÑA EUGENIA Ay, enemigo.

HIPÓLITA Ay, traidor. 975

DOÑA EUGENIA Alegraos si Dios os guarde

DON ÁLVARO Hachas.

VALERIANO Lo que yo traía
basta.

HIPÓLITA Yo voy muriendo.

DON ÁLVARO Mi mujer os encomiendo.

VALERIANO Mientras miráis por la mía. 980

DON ÁLVARO Así encubro mi furor.

VALERIANO Así entabla mi esperanza;
darele afrenta en venganza.

DON ÁLVARO Matarele si es traidor.

DOÑA EUGENIA ¡Que su sangre no derrame! 985

HIPÓLITA Cuerdamente lo ha llevado
¡qué marido tan honrado!

DOÑA EUGENIA ¡Qué marido tan infame!

(Sale ELVIRA, PIERRES, y dos GABACHOS más, y sacan una escalera.)

ELVIRA Bien está; llama a esa puerta,
y la ventana saldrá. 990

PIERRES He la porta abierta está.

ELVIRA Poco importa que es abierta.

(GALINDEZ desde dentro.)

GALINDEZ ¿Quién llama? ¿Quién es? ¿Quién hay
que tan grandes golpes de?
Verélo

ELVIRATira.

GABACHO 1.º Sí haré. 995

ELVIRAClava el clavo.

GALINDEZ Ay, ay, ay ay,
que me ahogan, soberanas
vírgenes a quien invoco.

ELVIRATenelde, pues es tan loco,
ese rostro, y esas canas, 1000
Guardará bien su decoro
la vez que el toro le siga;
mude el paso, Jesús diga.

GALINDEZ Que me ahogan.

PIERRES Guarda el toro.

GALINDEZ Hucho, ho, ho.

ELVIRASi se inflama 1005
por sus fingidos amores;
reciba aquestos favores,
que los envía su dama.

PIERRES Viex orat.

GABACHO 2.º Meon.

GABACHO 1.º Potrilla.

GALINDEZ ¡Jesús!

ELVIRA Así le dejemos, 1010
que bajan, huid.

GALINDEZ Huiremos.

PIERRES Bien se ha fet.

ELVIRA A maravilla.

GALINDEZ Los demonios me arrebatan.

ELVIRA La industria me valga aquí.
Señores, salid, salid, 1015

(Vanse los GABACHOS.)

aquí, que a Galindez matan.

(Salen con las espadas desnudas DON ÁLVARO y VALERIAN, y sus mujeres.)

HIPÓLITA ¿Don Álvaro, dónde vais?

DON ÁLVARO Dejadme.

DOÑA EUGENIA No fue el primero
este marica.

GALINDEZ Yo muero.

DON ÁLVARO Galindez, ¿qué voces dais? 1020

VALERIAN Venga este hacha.

GALINDEZ Hanme dejado
cual veis, ahogado y muerto.

DON ÁLVARO Han os dejado por cierto
mal contento, y bien pintado.

DOÑA EUGENIA Jesús, a risa provoca. 1025

VALERIAN Galindez.

HIPÓLITA Yo la tuviera
pero vengo de manera.
Que traigo el alma en la boca.

GALINDEZ Desatadme.

DON ÁLVARO ¿Quién ha sido
de aquesta burla el autor? 1030

ELVIRA Algún bellaco.

GALINDEZ ¡Ah, traidor!

DON ÁLVARO A lo menos atrevido.

VALERIAN Tratarse ha deso después,
que mal en la calle estamos

DON ÁLVARO De la comedia a que vamos 1035
éste ha sido el entremés.

(Éntranse todos.)

Acto III

Salen DON ÁLVARO y ELVIRA.

DON ÁLVARO En llegándome al honor,
todo, Elvira, lo atropello;
no hay para mi rostro bello.
Obligaciones ni amor
que en mi pecho, sólo asiste 5
cuidado que nace dél:
¿quién te ha dado este papel,
que tú a Hipólita le diste?
La verdad he de saber,
o matarte, vive Dios. 10

ELVIRA Don Álvaro, entre los dos,
este medio has menester.
¿Amenázame?

DON ÁLVARO Y te adoro.

ELVIRA Eso me hubiera obligado.

DON ÁLVARO Vengo loco, y soy honrado; 15
no llores.

ELVIRA Con causa lloro.

DON ÁLVARO Sosiégate, que después,
dejarte sin queja espero,
como me digas primero
¿este papel cuyo es? 20

ELVIRA Valerian me le dio,
y porque yo se lo diese
a tu mujer, interese
y lisonjas me ofreció.
Muérese por ella.

DON ÁLVARO ¡Ay cielos! 25

ELVIRA Yo creyendo que sería
a los celos que tenía
menos daño añadir celos,
como tuyo se le di;
diciendo que lo llevaba 30
para Doña Eugenia.

DON ÁLVARO Brava
invención.

ELVIRA Muero por ti.
Soy tu amiga, y no lo soy
de tu mujer, cosa es clara;
y dile en que se abrasara, 35
como abrasando me estoy.
Tal me tiene el amor ciego,
que demonio vengo a ser,
pues gusto de ver arder
otras almas en mi fuego. 40
Si me disculpa mi amor,
perdóname, pues te digo
que ese amigo es falso amigo,
es infame, y es traidor.

DON ÁLVARO Perdono, porque perdones 45
mi cólera, tus engaños.
Amistad de tantos años,
carga de obligaciones,
¿puede haber humano amor,
que la aligere, o la tuerza? 50
O el honor no tiene fuerza,
o no hay en el mundo honor.
Mas no, que a tenelle vengo,
y con más fuerza, que falta;
pero quizá a todos falta, 55

porque yo todo le tengo.
Esta soberbia me dio
de experiencia el tiempo ingrato,
pues entre muchos que trato,
no hallo un hombre como yo; 60
que no haya un amigo honrado,
ni puede ser conocido,
sin velle recién nacido,
hasta dejalle enterrado.
Uno acude a su provecho, 65
otro a su gusto no más;
¿santa amistad, dónde estás?
¿Quién te tiene, qué te has hecho?
Mas al cielo te levanta,
por no merecerte el suelo, 70
y porque estás en el cielo
me atrevo a llamarte santa.
¡Valerian falso amigo!
Matarele, si no muero.

ELVIRAOye, señor.

DON ÁLVAROEste acero 75
dará fuerza a su castigo.

ELVIRABien merecido le tiene.
Pero colérico estás,
y erraraslo, si le das
el que tu rigor previene. 80
Sé cuerdo, si eres valiente,
como no adviertes y piensas
que las secretas ofensas
se vengan secretamente.

DON ÁLVAROAunque esta es mujer, está 85
en lo cierto, y así dejo
mi furor, que un buen consejo
no pierde por quien le da.

ELVIRASosiégate, y porque veas
que te adoro, haré de suerte 90
que en tu venganza y su muerte
tú solo testigo seas.
Esta noche le pondré
donde tú verás, si quieres,

que no todas las mujeres 95
son cobardes; esto haré,
si haces de mi confianza.
¿Qué dices?

DON ÁLVARO Digo que sí.

ELVIRA Pues que haces ausencia di,
si quieres hacer venganza. 100
Di que te vas a tu aldea
esta noche, y lo demás
quede a mi cargo; y verás
lo que tu enojo desea.

(Sale GALINDEZ a la puerta.)

DON ÁLVARO Es inmenso tu valor, 105
infinita tu hermosura,
extremo de mi ventura,
y reparo de mi honor.
Eres causa de mis bienes,
eres mis ojos al fin. 110

ELVIRA Entremos al camarín
donde tu escritorio tienes.

DON ÁLVARO Entremos.

GALINDEZ ¡Válame Dios!

DON ÁLVARO Por ti a mi enojo resisto.

GALINDEZ ¿Es soñado lo que he visto? 115
¿O son visiones los dos?

ELVIRA Entre mis dichosos lazos
te diré lo que he trazado.

DON ÁLVARO Descansará mi cuidado,
lo que estuviere en tus brazos. 120

(Sale del todo fuera GALINDEZ.)

GALINDEZ ¿Esto es España, o Sodoma;
oh, sagrada inquisición?
Mi amo y Antonio son
licenciados de Mahoma.
Por este agujero quiero 125
de la llave, verlo bien
mas separanle también
por sólo que es agujero.
Bien a fe, por Dios que luchan,
¡si es engaño, o son antojos! 130
Ya se hablan con los ojos,
Ya con las bocas se escuchan
con razón llaman nefando
este pecado de fuego.

(Sale HIPÓLITA.)

HIPÓLITA ¡Qué mal seguro sosiego! 135
Galindez, ¿qué estáis mirando?

GALINDEZ Hay, señora, grande mal.
Es nuestro amo...

HIPÓLITA ¿Qué?

GALINDEZ Señora,
es mal hombre.

HIPÓLITA ¿Cómo?

GALINDEZ Agora
está...

HIPÓLITA¿Dónde? ¿Hay cosa igual? 140

GALINDEZEs al fin...

HIPÓLITA¿Qué?

GALINDEZMal cristiano.

HIPÓLITA¿Por qué, ay triste?

GALINDEZPorque imita...

HIPÓLITA¿A quién? ¿Qué hay?

GALINDEZEs sodomita.

HIPÓLITA¿Qué dices, loco villano?

GALINDEZQue es mi amo un buja.

HIPÓLITACalla. 145

GALINDEZPues que me cierras la boca,
los ojos abre.

HIPÓLITAEstoy loca
de pesar, ¡ah vil canalla!
¡Oh enemigos no excusados!
¡Oh criados! ¡Oh traidor! 150

GALINDEZAntoñuelo y mi señor
verás por aquí abrazados
como la parra y el olmo,
y verás si le levanto
testimonio.

HIPÓLITA; Ay, cielo santo, 155
qué pesares tan a colmo!

GALINDEZLlega y mira.

HIPÓLITAYa lo he visto.
¡Ay, Galindez! Yo soy muerta.

GALINDEZDa mil coces a esa puerta,
alborota.

HIPÓLITA; Jesucristo! 160
Mas cordura es menester,
tenla tú, por vida mía.

GALINDEZServirte en todo querría.

HIPÓLITA; Ay, infelice mujer!
Ve, Galindez, por mi hermano, 165
y dile que venga luego.
(Vase.)

GALINDEZVoy volando.

HIPÓLITAAy, hombre ciego,
dejote Dios de su mano.
Él sabe que te adoré,
que estuve loca por ti: 170
mas si celos no sufrí,
¿cómo infamias sufriré?
¿Qué he de hacer? Yo soy perdida,
¡qué extremo grande, qué exceso!
Ay, mi Dios, guardadme el seso, 175
aunque me quitéis la vida.
Don Álvaro infame, ¡cielos!
Gran desdicha al fin es mía.
Yo que pasaba y sufría
tantas penas, tantos celos, 180
y el inquieto cuidado
de su libre proceder,
adorándole, por ver
que era noble y era honrado,

¿qué sentiré, cuando veo 185
que ni es noble, ni es humano.
Ni es honrado, ni es cristiano,
pues logra tan mal deseo?
La ofensa de Dios me pesa
con razón, más que la mía. 190

(Sale ELVIRA.)

ELVIRASobrada suerte sería
salir con tan grande empresa.
Allí está.

HIPÓLITLa causa infame
veo, del dolor que paso;
ya disimulo, y me abraso. 195

ELVIRAEsperaré que me llame.

HIPÓLITAMucho me aprieta la ira,
y la refreno.

ELVIRA¿Qué es esto?
De mil colores se ha puesto,
con sobrecejo me mira. 200
Sabrá ya que la engañé
con el papel, puede ser.
Si advierte que soy mujer.

HIPÓLITAllamarele.

ELVIRALlegaré

HIPÓLITAPor disimular sería 205
bueno llamarle; ah, traidor.
¿Qué haré?

ELVIRALlegar es mejor,
que es mucha flema la mía.

Señora.

HIPÓLITA Antonio.

ELVIRA ¿Qué tienes,
que ofreces indicios tales? 210

HIPÓLITA Mucha posesión de males,
poca esperanza de bienes.

ELVIRA Algun ángel habla en ti.
Que tus desdichas te advierte.

HIPÓLITA ¿Qué dices?

ELVIRA Tu mala suerte 215
me lastima.

HIPÓLITA ¿Cómo así?
¿Vienes con otro papel
a engañarme?

ELVIRA Fui engañado
yo también; de más pesado,
más terrible y más cruel 220
suceso te has de guardar.

HIPÓLITA Yo, sin el cielo, no puedo,
Él me valga.

ELVIRA Bravo enredo
(Aparte.)
pienso urdir. Has de mirar
si es que alguno nos escucha. 225

HIPÓLITA De confusa daré en loca.

ELVIRA Por ser tu ventura poca

mi lástima ha sido mucha.
Del alma te la he tenido,
y un aviso quiero darte: 230
sabe que quiere matarte
tu marido.

HIPÓLITA¿Mi marido?

ELVIRANo tiembles.

HIPÓLITA¿Ay Dios!

ELVIRAY acude
al remedio que es mejor.

HIPÓLITA¿Si me miente este traidor? 235
Que esto tema, y que esto dude
me aconseja el alma mía;
¿por qué me mata, si sabes?

ELVIRANo serán las causas graves.

HIPÓLITA¿Porque soy suya, podría 240
matarme?

ELVIRAPor su mujer
quizá que te viene el daño;
y si piensas que te engaño,
en esto lo puedes ver.
Él fingirá que se parte 245
esta noche, y ha de ser
con intento de volver
sobre seguro, a matarte.
Tú, si vieres que se va,
y verte con vida quieres: 250
en tu cama no le esperes,
que en ella te matará.
En otro cuarto estarás
lo que durare su ausencia,
y darasle a la experiencia 255
lo que quizá no me das,
que es crédito.

HIPÓLITA; Ay Dios! ¿Qué siento?
Que indeterminada estoy;
tanto crédito te doy
como me das sentimiento. 260
El cielo le habrá movido
con mi compasión el pecho,
porque sea en mi provecho
lo que en mi daño habrá sido.
Verdad es esto, ¡ay de mí! 265
De Don Álvaro, por fe
cualquier cosa creeré,
en razón de la que vi.
Del todo Dios le ha dejado
de su mano poderosa. 270

ELVIRASosiega el alma medrosa,
y el corazón alterado.

HIPÓLITANo es posible que eso sea.

ELVIRATu marido viene.

HIPÓLITA¿Quién?

ELVIRAY yo me aparto, que es bien 275
que divididos nos vea.

HIPÓLITANo sin causa te recelas.
Valedme, cielo divino.

(Sale DON ÁLVARO.)

DON ÁLVAROaperciban de camino
vestido, botas y espuelas. 280

HIPÓLITA¿Dónde vais, señor?

DON ÁLVARO Me importa
hacer hoy una jornada
no muy larga.

HIPÓLITA ¡Ay desdichada!
Que la de mi vida es corta.
Esto viene conformando 285
Con...

DON ÁLVARO ¡Qué, lloráis! ¿qué decís?

HIPÓLITA ¿Pues de cuándo acá os partís,
que yo no quede llorando?

DON ÁLVARO Llorando me das pesar,
que de ordinario al partir 290
son ligeras de salir,
y pesadas de llevar
tus lágrimas.

HIPÓLITA Que te enfadas
de vellas, decir podrías;
y que son lágrimas mías, 295
y por eso son pesadas.

DON ÁLVARO Dan pesar al corazón
por ser tuyas.

ELVIRA No son malos
amores.

HIPÓLITA Estos regalos
(Aparte.)
engaños sin duda son. 300

DON ÁLVARO Ahora bien, dadme un abrazo,
y quedad, señora, a Dios.

ELVIRA ¡Quién pudiera de los dos
(Aparte.)

cortar el estrecho lazo!

HIPÓLITA Que estos abrazos, ¡ah, cruel! 305
(Aparte.)
Vi ofenderme como infames.

DON ÁLVARO Con Dios queda, y no derrames
más lágrimas.

HIPÓLITA Ve con él.

(Vase DON ÁLVARO.)

Saltos me da el corazón,
de mi recelo ofendido; 310
que su regalo fingido
me descubre su traición.
Quien no suele regalar,
y regala, ofender quiere,
o ha ofendido; ¿qué hay que espere 315
en tan confuso pesar?

ELVIRA Bien va todo; en este indicio
podrás ver mi buen deseo.

HIPÓLITA Con esta pena me veo
sin remedio y sin juicio. 320

ELVIRA Toma mi consejo, y guarte.

HIPÓLITA Guárdeme Dios.

(Salen LEONARDO, hermano de HIPÓLITA, y GALINDEZ.)

LEONARDO ¿Pues, hermana?

HIPÓLITA ¡Ay, hermano!

ELVIRASaldrá vana
mi esperanza.

HIPÓLITAEscucha aparte.

LEONARDOTen sosiego.

GALINDEZBuena pieza. 325

ELVIRAGalindez, ¿no me agradeces
el papel?

GALINDEZAntes mereces
que te rompan la cabeza.
Mas yo te haré chamuscar,
(Aparte.)
para vengarme después: 330
¿soy yo gabacho o francés,
para escribirme y burlar
en ese lenguaje?

ELVIRADigo
que estoy por reirme yo;
¿no adviertes que lo escribió 335
Pierres, que es tu grande amigo?
Y escogíole por tercero
tu dama.

GALINDEZAgora me engañas.

ELVIRAEl papel, y mis entrañas,
Galindez, leer te quiero. 340
Dámele.

GALINDEZYa le rompí
por velle desbaratado,
de rabioso y de enojado.

ELVIRA¿Que al fin lo rompiste?

GALINDEZSí.

Su lenguaje me enfadó, 345
y su nota.

ELVIRAAquel gabacho,
que quizá estaba borracho
lo que supo te escribió.
Pero de tu dama era
la intención.

GALINDEZBurlando estás. 350

ELVIRAPues si me burlo verás.

GALINDEZ¿En qué lo he de ver?

ELVIRAEspera.

Si esta noche en tu aposento
pongo a tu dama contigo,
¿creerás que lo que digo 355
es fundarme sobre el viento?

GALINDEZCreeré que son maravillas
de soberanos misterios;
y pondré en él zahumerios
de pebetes y pastillas. 360
¿Qué dices, Antonio?

ELVIRACalla,
que esta noche la traeré;
y vámonos, te diré
qué has de hacer para esperalla.

GALINDEZDe quien tal bien me promete, 365
amistad quiero tener;
y aunque puto quiera ser,
le serviré de alcahuete.

(LEONARDO y su hermana HIPÓLITA han estado hablando aparte hasta aquí.)

LEONARDO ¡Jesús mil veces! Quisiera
que callaras ese daño: 370
¿si es engaño?

HIPÓLITA No es engaño;
pluguiera a Dios que lo fuera.

LEONARDO ¿Tú lo viste?

HIPÓLITA Con los ojos
que ven llorando los tuyos,
le vi mirarse en los suyos 375
a costa de mis enojos.
Vi que enlazaban sus cuellos,
y regalaban sus labios.
Y viera muchos agravios,
si me detuviera a vellos. 380

LEONARDO ¡Váleme Dios! ¡Caso fuerte!

HIPÓLITA Y agora veo afligida,
por indicios de su vida,
los agujeros de mi muerte.
Sin duda me matará, 385
que el que es con tanta extrañeza
contrario a naturaleza,
de quienquiera lo será.
Y así me lo aseguró
el cómplice en su maldad 390
y en prueba desta verdad,
bastantes señales dio.
Hermano, en tus manos dejo
mi vida, mi honor y ser.

LEONARDO Estas cosas se han de hacer 395
con acuerdo y con consejo.

HIPÓLITA Huiré en resolución
de mi infamia y su locura.

LEONARDOOye, ¿tienes por ventura
el breve y dispensación, 400
donde aprueba el padre santo
tu infelice casamiento?

HIPÓLITAYo la tengo.

LEONARDOUn pensamiento
me ha venido de tu llanto.
Y es, que sé por experiencia, 405
que algunas erradas vienen;
porque más o menos tienen
en el grado, o la asistencia.
Y a tener alientos vengo,
que hay algo desto en la tuya: 410
démela, y porque concluya,
de reconocella tengo.
Y pondrela ante el juez,
si es que falta le han hallado:
y saldremos deste enfado, 415
o desdicha, de una vez.

HIPÓLITABien dices, que deso traten;
pero ponme en cobro a mí.
Sácame de aquí, que aquí,
temo, hermano, que me maten. 420

LEONARDOSacarte yo, estará mal
a nuestras prendas y honor:
pero haralo el provisor
que allí llaman oficial.
Y es el que las veces tiene 425
para casos semejantes
del arzobispo.

HIPÓLITAY si antes
con la noche que ya viene
me matan, y llega tarde
ese remedio; ¡ay, cuitada! 430

LEONARDOEscucha.

HIPÓLITA De desdichada
me ha venido el ser cobarde.

LEONARDO A otro cuarto te retira,
poniendo en él otra cama:
sola una criada llama 435
y allí por tu vida mira.
Digo que cierres la puerta
de suerte, que tu marido
si te busca, sin ruido
no pueda dejalla abierta. 440
Yo haré que en la calle estén
amigos míos, de suerte
que en son de excusar tu muerte,
a más de alguno la den.
Cuanto y más que yo vendré 445
antes con el oficial.

HIPÓLITA Temerosa de mi mal,
lo que ordenas haré.

LEONARDO ¿Así quedamos?

HIPÓLITA Así.

LEONARDO Pues ven, y pierde el temor. 450

HIPÓLITA El soberano Señor
quiera dolerse de mí.
Supremo Señor, yo elijo,
en este infelice día,
por intercesora mía, 455
la madre de vuestro hijo.
(Con exclamación.)

LEONARDO Ten ánimo, pues ha hecho
tu razón fuertes mis brazos.

HIPÓLITA Ay, don Álvaro, a pedazos
te voy sacando del pecho. 460

(Vase. Salen ELVIRA y DOÑA EUGENIA.)

ELVIRA También hubiera venido
sin habérmelo mandado.

DOÑA EUGENIA ¿Cómo, Antonio?

ELVIRA Mi cuidado,
en mil cosas te ha servido.

DOÑA EUGENIA ¿Y ha sido de algun provecho? 465

ELVIRA ¿Quieres siempre a mi señor?

DOÑA EUGENIA Mas por tema, que de amor,
nunca le arranco del pecho.
Si no puedo velle muerto
gustaré de velle mío. 470

ELVIRA Pues si no te falta brío,
el ser tuyo será cierto.

DOÑA EUGENIA ¿Cómo?

ELVIRA Fiarte de mí
es lo primero.

DOÑA EUGENIA Quisiera
fiarte mi alma.

ELVIRA Espera, 475
y escúchame, escucha.

DOÑA EUGENIA Di.

ELVIRA Vente esta noche conmigo

donde yo te llevaré,
y contigo le pondré
sin saber que está contigo. 480
Que le goces, y te goce,
sin saber que te ha gozado,
tengo, señora, trazado.
Imagina, y reconoce
lo que te advierte tu pecho. 485

DOÑA EUGENIA Ya eso está reconocido;
mas teniendo yo marido,
que es imposible sospecho
faltalle.

ELVIRA Mi habilidad
para ese estorbo prevengo; 490
de casa sacalle tengo,
y aún quizá de la ciudad.

DOÑA EUGENIA Si eso haces, desde aquí
por seguir mi gusto, sigo
tu consejo.

ELVIRA Pues yo digo 495
que quede ese cargo a mí.
Vete, que pienso que sale
tu marido.

DOÑA EUGENIA Así quede.
(Vase.)

ELVIRA No habrá cosa que no enrede,
si la fortuna me vale. 500

(Sale VALERIAN solo.)

VALERIAN En suceso tan extraño,
todo es pena y confusiones.

ELVIRA Ya el tiempo con ocasiones

pienso que esfuerza mi engaño.

VALERIANO Oh Antonio, por vida mía 505
que iba a tu casa a buscarte.

ELVIRAY yo, señor, por hablarte
y por servirte venía.

VALERIANO Desde que el papel me diste,
Antonio, mi pensamiento 510
que era fuego, con viento
lo apagaste, y lo encendiste.
Bien verás lo que cansaste,
si en mis confusas razones
te muestro las confusiones 515
que en el alma me dejaste.
Pero más claro te digo
que me digas ¿quién te dio
este billete?

ELVIRA ¿Pues yo
tan poco, señor, te obligo, 520
que creas que te mentí?
Antes dije, y digo agora
que me le dio mi señora.

VALERIANO ¿Qué dices?

ELVIRAMil veces sí.

VALERIANO ¿Es posible?

ELVIRAPuedes creer 525
lo que yo te facilito.

VALERIANO Sábetete que viene escrito
con letra de mi mujer.
El ver esto, en un abismo
de quimeras me metió. 530

ELVIRA Quizá que ella la escribió
por tercera de ti mismo.
¿No puede habella engañado,
como amiga de quien fía,
diciéndole que escribía 535
a un caballero casado?

VALERIAN Sería una cosa extraña.

ELVIRA Tú no sabes que en efecto,
engaña como discreto,
quien con la verdad engaña. 540

VALERIAN ¿Sabe escribir?

ELVIRA Pues no es llano,
que de honesta y recogida,
no se sabe que en su vida
tomase pluma en la mano.

VALERIAN No advirtió la confusión 545
en que me ha puesto.

ELVIRA Yo digo
que por burlarse contigo
en la primera ocasión,
con esta traza ha querido
engañar a tu mujer. 550

VALERIAN Eso pudiera creer,
a ser su favorecido.

ELVIRA Quizá que descubre así
alguna brasa que esconde.

VALERIAN Demás desto, no responde 555
a lo que yo le escribí.
Escucha, dice: «Aunque trates
(Leyendo.)
con burlas todas mis veras,
procuraré que me quieras,

o a lo menos, que me mates». 560
¡Yo con burlas, ay de mí
a sus veras he tratado!

ELVIRA¿Si piensa que te has burlado
hasta agora?

VALERIANQue no.

ELVIRASí.
Mil mujeres están viendo 565
que un hombre se está abrasando,
y dicen que está burlando
por respuesta.

VALERIANNNo lo entiendo.
«Buscaré luego ocasión,
(Leyendo.)
En que te abraze mi fuego». 570

ELVIRAMira claro, aunque estés ciego,
cuanto dice esa razón.

VALERIAN«Y yo te hablaré mañana,
(Leyendo.)
si la ocasión me falta hoy,
o la vida».

ELVIRAO loco estoy, 575
o esa razón es bien llana.
Y más para mí que vengo
a decir cuan cierto es eso
esta noche.

VALERIAN¿Y tengo seso,
viendo la dicha que tengo? 580
¿Cómo, Antonio, he merecido
esta gloria, desde ayer?

ELVIRAPueden mucho en la mujer
los desdenes del marido.

Quizá de desesperada 585
tu esperanza ha de lograrte;
pero discursos aparte,
él hizo cierta jornada.
Di tú también que te vas,
y adviérteme dónde iré 590
a buscarte, y te pondré
donde dichoso serás.

VALERIAN¿Qué, don Álvaro se ha ido
de Valencia?

ELVIRANo hay dudar,
y tú podrás ocupar 595
el lugar que él no ha querido.
Dile luego a tu mujer
que te partes.

VALERIANA eso voy.
Sin considerar estoy
la gloria que he de tener, 600
pues me podría matar
el gusto de imaginalla;
y es bien no consideralla,
para podella gozar.

ELVIRA¿Adónde a buscarte voy, 605
para lograr tu deseo?

VALERIANA la plaza de la Seo.

ELVIRABueno vas.

VALERIANDichoso soy.
(Vase.)

ELVIRAEllo va bien marañado:
otro litigante viene; 610
buen pleito conmigo tiene,
que engaño como letrado.

(Sale PIERRES.)

PIERRES Oh fill de puta guitón,
quem mia trait en la carta.

ELVIRA ¿Qué es esto, Pierres?

PIERRES Aparta. 615

ELVIRA Bravos ademanes son.
¿Qué tienes?

PIERRES Hazme enganeche.

ELVIRA ¿Yo, con qué?

PIERRES Con lo papel;
he yo mi son de perder,
o te ha de manchar lo feche. 620
¿Quién te piensi que yo es,
aunque serveje de lacayo?
(Tienta la espada PIERRES.)

ELVIRA Pienso que eres, bravo ensayo,
un caballero francés.
¿Mas por qué te has enojado 625
con quien tu amigo ha de ser?

PIERRES Pardi que tens de leger
este paper que me has dado.

ELVIRA Dame aquí, dice: «Señora,
(Leyendo.)
tu hermosura me obligó». 630

PIERRES ¿E bien, só señora yo?

ELVIRA Yo caigo en la cuenta agora.

Oye, Pierres, con sosiego,
y lo que es te contaré.
«A que en mis canas te dé, 635
(Leyendo.)
que son nieve, tanto fuego.
Pero no tengas en poco
que te ofrezca vida y mano
un hidalgo castellano».

PIERRES ¿Castillaño?

ELVIRA Viejo loco 640

«Mi alma en tus manos dejo,
yo que deseo servirte,
y verte más que escribirte»:
Qué bien nota, y qué a lo viejo.
Ahora escucha la ocasión 645
del enojo que has tenido:
sabe que desvanecido
este viejo fanfarrón,
para dalle a Madalena
que hace poco caso dél, 650
me dio también un papel,
y yo, Dios, y en hora buena,
como éste y aquel traía
pude trocallos ansí;
y a ella el tuyo le di, 655
y a ti éste: culpa es mía.
Pero pídotte perdón,
y darette, si te allanas.

PIERRES De riure me donas ganas.

ELVIRA Oye la satisfacción: 660

Rafela te está esperando
para esta noche, y si vas,
sin duda la gozarás.

PIERRES Saltant andaré, y bailando.

ELVIRA Pues una saya prestada 665

con un manto es menester:
y vestido cual mujer,

de mí solo acompañada,
entrarás con mucho tiento,
donde el viejo castellano 670
te llevare de la mano,
que él nos presta su aposento.
Y allí bajará Rafela,
pues yo mismo la traeré:
y por servirte, estaré 675
mientras os holguéis, en vela.
¿Atréveste tú?

PIERRESEs gallina
Pierres, andaré contigo.

ELVIRA¿Es Antonio buen amigo?
¿Pasote ya la mohína? 680

PIERRESLas manos te vull besar,
eres, Antoni, hom honrado.

ELVIRATente.

PIERRESLos peus te ha besado,
ay, Pierres.

ELVIRASaltar, bailar,
eso sí: porque se apreste 685
el vestido, vete afuera.

PIERRESEs francesa la tenderá,
e faré que mi lo empreste.

ELVIRATráele pues, y luego voy
a llevarte.

PIERRESVax corriendo. 690
(Vase.)

ELVIRAYo misma me estoy riendo
de lo que trazando estoy.

(Sale DOÑA EUGENIA.)

DOÑA EUGENIA Todo está cierto y seguro.
Oye, Antonio, ya se ha ido:
¿cómo obligalle has podido? 695

ELVIRA Tiene fuerza mi conjuro.

DOÑA EUGENIA Sin duda que algún encanto
ha obrado en tu boca agora.

ELVIRA Vamos, que es tarde, señora.

DOÑA EUGENIA Pues ven, cubrireme un manto. 700

ELVIRA Esta noche he de juntaros
(Aparte.)
a tu marido y a ti;
porque don Álvaro así
pueda vengarse y mataros.

(Vanse las dos, y sale GALINDEZ.)

GALINDEZ ¡Esta esperanza del bien 705
cómo las horas alarga,
y de mis años la carga
cómo me cansa también!
Si me engaña este rapaz,
que tarda tanto; ¡ay Cupido, 710
agora de mi sentido
fiera guerra, y dulce paz!
Un poco me aflige el sueño,
en pie lo quiero sufrir:
que si me siento, en dormir, 715
seré lo mismo que un leño.
Gente viene; él es, agora
mi esperanza se logró.

(Salen DOÑA EUGENIA con manto, y tráela ELVIRA de la mano.)

¿Es mi Madalena?

ELVIRANo;
entretenme esta señora; 720
que Madalena vendrá
en bajando.
(Vase.)

DOÑA EUGENIANo os dé pena,
que ya viene Madalena.

GALINDEZA vuestro lado será
gracia todo cuanto pase; 725
y si queréis heredar
de Madalena el lugar,
sin permitir que me abrase,
mientras viene, podeis vos
darme gusto.

DOÑA EUGENIABien a fe; 730
¿y si viniere?

GALINDEZSeré
muy hombre para las dos.

DOÑA EUGENIATenéis buenas intenciones.

GALINDEZMejores obras veréis.

DOÑA EUGENIAY decidme, ¿dais, o hacéis 735
a las mujeres doblones?

GALINDEZDe vuestra malicia estoy
al cabo, aunque más os sobre;
como poderoso y pobre
ni los hago, ni los doy. 740
Yo sé mi negocio bien,
pues que soy, señora, os juro,

para no doblarme, duro,
y para no dar, también.

DOÑA EUGENIA Respondió extremadamente, 745
al fin sois viejo y matrero.

GALINDEZY para vuestro me quiero.

(Sale ELVIRA sola.)

ELVIRA Señora, conmigo vente.
De la suerte viene a estar
la casa, que suerte fue 750
al fin, como imaginé,
y como pude pintar.
El cuarto solo ha dejado
donde de ordinario está,
y retirado se ha 755
a otro cuarto, y se ha llevado
a sus mujeres consigo.
Dichosa ocasión te llama,
ven, y pondraste en su cama.
Sígueme, ven.

DOÑA EUGENIA Ya te sigo. 760

ELVIRA Luego vengo.

GALINDEZA Aquí te espero.

(Vanse las dos.)

¿Qué querrá el rapaz hacer?
También debe de querer
mujer, como yo la quiero.
Pardiez, huélguese en buena hora, 765
tenga como yo alegría;
sólo pesar me podría
que se detuviese agora.
Si Madalena viniese,
y la empreñase de un hijo: 770
voto al sol, grande regocijo

de tal suceso tuviese.

(Sale ELVIRA sola.)

ELVIRA Ya desnudando la dejo,
¡qué burlada se ha de hallar!
Al gabacho he de llamar, 775
para burlarme del viejo.
¿Galindez? Al punto vengo.

GALINDEZ ¡No tardes.

ELVIRA Un viento soy.

(Vase ELVIRA, y sale DON ÁLVARO solo.)

DON ÁLVARO En esto resuelto estoy
por el cuidado que tengo. 780
Que fiar de una mujer
negocio de tanto peso,
parece falta de seso,
y hasta aquí lo pudo ser.
Meterme quiero en mi casa, 785
y de mi mujer al lado:
que sé yo en cuanto he faltado
si es que Elvira me la abrasa.
A Hipólita con extraño
afecto he de regalalla, 790
que el mucho desesperalla
podría ser en mi daño.
Esto es sin duda mejor,
sin otra cosa esperar;
que ocasión no ha de faltar 795
para matar un traidor.

GALINDEZ Hacia acá viene, por Dios.
(Acércase.)

DON ÁLVARO ¿Quién vive?

GALINDEZ¿Es mi amo?

DON ÁLVAROAh, Galindez, cuando os llamo,
respondedme, ¿y qué hacéis vos 800
aquí, con la puerta abierta?

GALINDEZEI fresco estaba tomando.

DON ÁLVAROGracioso estáis, en entrando
cerraréis bien esa puerta.

GALINDEZ¿Norabuena, queréis lumbre? 805

DON ÁLVARODespertáranse con vella,
y a desnudarme sin ella
me ha enseñado la costumbre.
(Vase.)

GALINDEZPues no tengo de cerrar
la puerta, aunque venga el día: 810
que desta esperanza mía
el fin tengo de esperar.
Por el rico vellocino,

(Salen ELVIRA y PIERRES, vestido como mujer con un
manto.)

que son ellos.

ELVIRATú entre tanto
calla la boca.

GALINDEZQue un manto 815
encubra mi sol divino.

ELVIRACalla y disimula tú
mientras voy, y quedará
engañada.

PIERRE Tana fará
que sen porte Barechú. 820

ELVIRA ¿Estás contento?

GALINDEZ Estoy loco
de alegría.

ELVIRA Bueno vas.
¿Que es posible?

PIERRE SO pardi pas.

GALINDEZ Que tu hermosa mano toco.

ELVIRA Ganas me da de reír. 825

(Entranse de la mano, y sale VALERIAN.)

VALERIAN Pierde el seso quien espera.

ELVIRA Y en esto me detuviera,
pero tengo que acudir.

VALERIAN Antonio.

ELVIRA Al punto has llegado
que yo te iba a buscar: 830
pero pudieras errar
por esto que has acertado.
Cólera ha sido.

VALERIAN Pues no,
si ha mil años que te espero.

ELVIRA Pienso que fuiste el primero 835

que con cólera acertó.
Vente conmigo.

(Vanse, y sale LEONARDO, hermano de HIPÓLITA, acompañado de algunos.)

LEONARDO Si es él,
ya se entró, venid, lleguemos;
y pues queda abierta, entremos
sin ruido y sin tropel. 840

(Salen todos los nuncios o alguaciles del arzobispo con sus varas, y entran juntos: sale DON ÁLVARO en cuerpo de camisa, acuchillando a VALERIAN, y él retirándose, y vuelven a salir todos los que entraron, y despártenlos.)

DON ÁLVARO Huyes, villano.

VALERIAN ¿Qué es esto?
Perdido soy, ¡ay de mí!

DON ÁLVARO Pues he de matarte a ti,
y al que en mi casa te ha puesto.

(Acaban de salir los nuncios y alguaciles, y LEONARDO, y todos los demás, y tiéненlos.)

ALGUACIL Teneos al rey.

DON ÁLVARO No miráis... 845

LEONARDO Teneos, hermano.

DON ÁLVARO No veis
que en el honor me ofendéis,
si a mi ofensor amparáis.

ALGUACIL Bastará tenelle asido.

DON ÁLVARO Déjame, que el seso pierdo. 850

ALGUACIL Tened sosiego, sed cuerdo,
y decí en qué os ha ofendido.

DON ÁLVARO Por ti quiero hacello agora,
mas perdoname después:
vino a mi casa el que ves, 855
con una intención traidora.
Estaba en la cama yo
con mi mujer.

LEONARDO ¿Con mi hermana?

DON ÁLVARO Y el traidor...

LEONARDO ¡Suerte inhumana!

DON ÁLVARO En mi aposento se entró. 860

ALGUACIL Entrad vos, señor Leonardo,
y a vuestra hermana sacad.
(Vase.)

DON ÁLVARO Que se apure esta verdad,
para dalle muerte aguardo.

(Salen LEONARDO y DOÑA EUGENIA, pensando que era HIPÓLITA.)

LEONARDO Salid presto.

DOÑA EUGENIA He de perder 865
la vida.

DON ÁLVARO; Cielo, qué veo?
¿Es posible? Aún no lo creo.

VALERIAN; Ay, cuitado, es mi mujer!

(Sale PIERRES como mujer con su manto, luchando con GALINDEZ.)

PIERRES; Pardi que aus tine de matar,
al villaco bujiarrón. 870

ALGUACIL; Qué es esto? Figuras son
que son muy para mirar.
Teneldos, parece sueño
lo que se ha ofrecido aquí.

(Sale HIPÓLITA sola.)

HIPÓLITA; Hermano.

LEONARDO; Hermana, salí, 875
que ya tenéis otro dueño.

DON ÁLVARO; Qué súbita confusión!

VALERIAN; Qué descomedida afrenta!

ALGUACIL; No sé qué diga, o qué sienta,
de tan no vista ocasión. 880

ELVIRA; Confieso que pude hacer
este enredo.

ALGUACIL; ¿Cómo fue?

ELVIRA Primero, señor, diré
a todos, que soy mujer.

HIPÓLITO ¡Jesús mío!

LEONARDO ¡Caso extraño! 885

ELVIRA Fue travesura, y no mengua.

ALGUACIL Buena cara.

GALINDEZY buena lengua
para trazar un engaño.

VALERIANO Oye, señor, de corrido
apenas hablar acierto; 890
por mi orden quedó muerto
de mi mujer el marido.
Esto con ella traté;
y como viuda quedó,
caseme con ella yo, 895
y ella lo diga.

DOÑA EUGENIA Así fue.

VALERIA De la justicia esto escondo,
y de ti vengo a saber
si pudo ser mi mujer.

ALGUACIL Que no puede te respondo. 900
Y hay precisa obligación
de apartarte, y de dejalla.

VALERIAN Pues con eso, señor, halla
mi honra satisfacción.

DOÑA EUGENIA Yo tengo mi merecido. 905

DON ÁLVARO A mí el cielo me ha vengado,
por un camino extremado.

LEONARDO Di, señor, a qué has venido.

ALGUACIL Señor Don Álvaro, en Roma
la dispensación erraron 910
los que allá la procuraron;
y de aquí ocasión se toma
para que Hipólita sea
no vuestra, sino de quien
ella guste.

DON ÁLVARO Está muy bien, 915
si ella quiere: habrá quién crea
que yo, pues honrado soy,
para mía he de querer
contra su gusto mujer:
que contento, libre estoy. 920
(Aparte.)

HIPÓLITA Mas quiero estar sin marido,
que tenello, y tener celos.

ELVIRA A ti, señor, y a los cielos,
de quien el honor me ha debido
pedir justicia pudiera 925
siendo agora su mujer.

ALGUACIL ¿Pues, di, qué quieres hacer?

ELVIRA No quiera Dios que tal quiera.
La vida de los casados
he visto en aquestos dos; 930
y así no permita Dios
que a ella extienda mis cuidados.
Volverme quiero a mi tierra,
donde un monasterio habrá
que en dulce paz me tendrá, 935
y no en tan amarga guerra.

ALGUACIL Pues todos quedáis contentos,
no tengo más que esperar.

(Vanse los NUNCIOS y ALGUACILES.)

DOÑA EUGENIA Libertad les quiero dar
de hoy más, a mis pensamientos. 940

VALERIANO Ancho es el mundo, y podré
con anchura andar por él.

GALINDEZ Penitencia haré cruel.

PIERRESA Franza men andaré.

HIPÓLITA Daré al cielo mis cuidados 945
por soberano misterio.

DON ÁLVARO Con fin de mi cautiverio,
acaba los Mal Casados.

Miguel de Cervantes

Numancia

Tragedia

PERSONAJES

CIPIÓN.

TEÓGENES.
JUGURTA.
CORABINO.
GAYO MARIO.
CUATRO NUMANTINOS, gobernadores de Numancia.
QUINTO FABIO MÁXIMO, hermano de Cipión.
MORANDRO, amante de Lira.
SOLDADOS ROMANOS.
LEONCIO, amigo de Morandro.
DOS EMBAJADORES DE NUMANCIA.
LIRA, prometida esposa de Morandro.
UNA DONCELLA QUE REPRESENTA A ESPAÑA.
DOS SACERDOTES NUMANTINOS.
EL RÍO DUERO.
VARIAS MUJERES NUMANTINAS.
VARIOS HOMBRES NUMANTINOS.

Jornada I

Escena I

Salen CIPIÓN y JUGURTA.

CIPIÓN Esta difícil y pesada carga
que el senado romano me ha encargado,
tanto me aprieta y me fatiga y carga,
que ya sale de quicio mi cuidado:
guerra de curso tan extraño y larga, 5
y que tantos romanos ha costado,
¿quién no estará suspenso al acabarla?
¿O quién no temerá de renovarla?

JUGURTA ¿Quién, Cipión? Quien tiene la ventura
y el valor nunca visto, que en ti encierras; 10
pues con ella y con él está segura
la victoria y el triunfo destas guerras.

CIPIÓN El esfuerzo regido con cordura
allana al suelo las más altas sierras;
y la fuerza feroz de loca mano 15
áspero vuelve lo que está mas llano.
Mas no hay que reprimir, a lo que veo,
la furia del ejército presente,

que olvidado de gloria y de trofeo
yace entregado a la lascivia ardiente: 20
esto sólo pretendo, esto deseo,
volver a nuevo trato a nuestra gente;
que enmendando primero el que es amigo
sujetaré más pronto al enemigo.
¿Mario?

(Sale GAYO MARIO.)

GAYO MARIO¿Señor?

CIPIÓNHaz que a noticia venga 25
de todo nuestro ejército en un punto,
que, sin que estorbo alguno le detenga
parezca en este sitio todo junto;
porque una breve plática o arenga
le quiero hacer.

GAYO MARIOHarelo en este punto. 30

CIPIÓNCamina, porque es bien que sepan todos
mis nuevas trazas y mis viejos modos.

(Vase GAYO MARIO.)

JUGURTASete decir, señor, que no hay soldado
que no te tema juntamente y te ame:
y porque ese valor tuyo extremado 35
de Antártico a Calisto se derrame,
cada cual con feroz ánimo osado,
cuando la trompa a la ocasión le llame,
piensa de hacer en tu servicio cosas
que pasen las hazañas fabulosas. 40

CIPIÓNPrimero es menester que se refrene
el vicio que entre todos se derrama:
que si esto no se quita, en nada tiene
con ellos que hacer la buena fama:
si este daño común no se previene, 45

y se deja arraigar su ardiente llama,
el vicio sólo puede hacernos guerra,
mas que los enemigos de la tierra.

(Toca dentro a recoger el tambor.)

JUGURTA No dudo yo, señor, sino que importa
regir con duro freno la milicia, 50
y que se dé al soldado rienda corta,
cuando él se precipita en la injusticia
la fuerza del ejército se acorta
cuando va sin arrimo de justicia,
aunque más le acompañen a montones 55
mil pintadas banderas y escuadrones.

(A este tiempo han de entrar los más soldados romanos que pudieren y
GAYO MARIO; y CIPIÓN se sabe sobre una peñuela, y mirando a los
soldados, dice:)

CIPIÓN En el fiero ademán, en los lozanos
marciales aderezos y vistosos,
bien os conozco, amigos, por romanos,
romanos digo, fuertes y animosos: 60
mas en las blancas delicadas manos,
y en las tecs de rostros tan lustrosos,
allá en Bretaña parecéis criados
y de padres flamencos engendrados.
El general descuido vuestro, amigos, 65
el no mirar por lo que tanto os toca,
levanta los caídos enemigos,
y vuestro esfuerzo y opinión apoca.
Desta ciudad los muros son testigos,
que aún hoy están cual bien fundada roca, 70
por vuestras perezosas fuerzas vanas,
que sólo el nombre tienen de romanas.
¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña
que tiemble del romano nombre el mundo,
y que vosotros solos en España 75
le aniquiléis y echéis en el profundo?
¿Qué flojedad es ésta tan extraña?
¿Qué flojedad?... Si mal yo no me fundo,
es flojedad nacida de pereza,
enemiga mortal de fortaleza. 80
La blanda Venus con el duro Marte

jamás hacen durable ayuntamiento
ella regalos sigue; él sigue el arte
que incita a daños y a furor sangriento.
La cipria diosa estese agora aparte: 85
deje su hijo nuestro alojamiento:
que mal se aloja en las marciales tiendas
quien gusta de banquetes y meriendas.
¿Pensáis que sólo atierra la muralla
el ariete de ferrada punta, 90
y que sólo atropella la batalla
la multitud de gente y armas junta?
Si el esfuerzo y cordura no se halla,
que todo lo previene y lo barrunta,
poco aprovechan muchos escuadrones, 95
y menos infinitas municiones.
Si a militar concierto se reduce
cualquier pequeño ejército que sea,
veréis que como sol claro reluce
y alcanza las victorias que desea: 100
pero si a flojedad él se conduce,
aunque abreviado el mundo en él se vea,
en un momento quedará deshecho
por más reglada mano y fuerte pecho.
Avergüenceos, varones esforzados, 105
ver que a nuestro pesar con arrogancia
tan pocos españoles y encerrados
defienden este nido de Numancia.
Diez y seis años son y más pasados
que mantienen la guerra y la jactancia 110
de haber vencido con feroces manos
millares de millares de romanos.
Vosotros os vencéis, que estáis vencidos
del bajo antojo femenil liviano,
con Venus y con Baco entretenidos, 115
sin que a las armas apliquéis la mano.
Correos agora, si no estáis corridos
de ver que este pequeño pueblo hispano
contra el poder romano se defienda,
y cuando más sitiado, más ofenda. 120
De nuestro campo quiero en todo caso
que salgan las infames meretrices,
que de ser reducidos a este paso
ellas solas han sido las raíces.
Para beber no quede más de un vaso, 125
y los lechos, un tiempo ya felices,
llenos de concubinas, se deshagan,
y de fagina y en el suelo se hagan.
No me huela el soldado a otros olores
que al olor de la pez y la resina, 130
ni por gulosidad de los sabores

traiga aparato alguno de cocina
que el que busca en la guerra estos primores
muy mal podrá sufrir la coracina.
No quiero otro primor, ni otra fragancia 135
en tanto que español viva en Numancia.
No os parezca, soldados, escabroso
ni duro éste mi justo mandamiento,
que al fui conoceréis ser provechoso,
cuando aquel consigáis de vuestro intento. 140
Bien sé se os ha de hacer dificultoso
dar a vuestras costumbres nuevo asiento;
mas si no las mudáis, estará firme
la guerra que esta afrenta más confirme.
En blandas camas, entre juego y vino 145
hállase mal el trabajoso Marte,
otro aparejo busca, otro camino,
otros brazos levantan su estandarte
cada cual se fabrica su destino;
no tiene aquí fortuna alguna parte; 150
la pereza fortuna baja cría,
la diligencia imperio y monarquía.
Estoy con todo esto tan seguro
de que al fin mostraréis que sois romanos,
que tengo en nada el defendido muro 155
destos rebeldes, bárbaros hispanos;
y así os prometo por mi diestra, y juro,
que si igualáis al ánimo las manos,
que las mías se alarguen en pagaros,
y mi lengua también en alabaros. 160

(Miranse los SOLDADOS unos a otros y hacen señas a GAYO MARIO para que responda por todos.)

GAYO MARIO Si con atentos ojos has mirado,
ínclito general, en los semblantes
que a tus breves razones han mostrado
los que tienes agora circunstantes,
cual habrás visto sin color, turbado, 165
y cual con ella: indicios bien bastantes
de que el temor y la vergüenza a una
los aflige, molesta e importuna:
vergüenza, de mirarse reducidos
a términos tan bajos por su culpa, 170
que viendo ser por ti reprehendidos,
no saben a su falta hallar disculpa;
temor, de tantos yerros cometidos,
y la torpe pereza que los culpa,

los tiene de tal modo, que se holgaran 175
antes morir que en esto se hallaran.
Pero el lugar y tiempo que les queda
para mostrar alguna recompensa,
es causa que con menos fuerza pueda
fatigarles el peso de la ofensa. 180
De hoy más con presta voluntad y leda
el mas mínimo destes cuida y piensa
de ofrecer sin reparo a tu servicio
la hacienda, vida y honra en sacrificio.
Admite pues de sus intentos sanos 185
el justo ofrecimiento, señor mío,
y considera al fin que son romanos,
en quien nunca faltó del todo el brío.
Vosotros levantad las diestras manos
en señal que aprobáis el voto mío. 190

SOLDADO Todo lo que aquí has dicho confirmamos.

GAYO MARIO ¿Y lo juráis también?

SOLDADOS Sí, lo juramos.

CIPIÓN Pues arrimada a tal ofrecimiento,
crecerá desde hoy más mi confianza,
creciendo en vuestros pechos ardimiento, 195
y del viejo vivir nueva mudanza.
Vuestras promesas no se lleve el viento,
hacedlas verdaderas con la lanza,
y tened en las mías confianza.

SOLDADO Dos numantinos con seguro vienen 200
a darte, Cipión, una embajada.

CIPIÓN ¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen?

SOLDADO Esperan que licencia les sea dada.

CIPIÓN Si son embajadores ya la tienen.

SOLDADO Embajadores son.

CIPIÓN Dales entrada: 205

que el descubrir el cierto o falso pecho
del enemigo, siempre es de provecho.
Jamás la falsedad vino cubierta
tanto con la verdad, que no mostrase
algún pequeño indicio, alguna puerta 210
por donde su maldad se investigase.
Oír al enemigo cosa es cierta
que siempre aprovechó, no que dañase;
y en las cosas de guerra, la experiencia
muestra que lo que digo es cierta ciencia 215

(Entran dos EMBAJADORES NUMANTINOS, 1.º y 2.º.)

EMBAJADOR 1.º Si nos das, general, grata licencia
de decir la embajada que traemos,
do estamos, o ante sola tu presencia,
todo a lo que venimos te diremos.

CIPIÓN Decid, que donde quiera doy audiencia. 220

EMBAJADOR 1.º Pues con ese seguro que tenemos,
y tu benignidad ha concedido,
daré principio a lo que soy venido.
Numancia, de quien yo soy ciudadano,
ínclito general, a ti me envía, 225
como ni más fuerte Cipión romano,
que ha cubierto la noche, o visto el día,
a pedirte le des la amiga mano,
en señal de que cesa la porfía,
tan trabada y cruel de tantos años, 230
que ha cansado sus propios y tus daños,
dice que nunca de la ley y fueros
del romano senado se apartara,
si el insufrible mando y desafueros
de un cónsul y otro no la fatigara. 235
Ellos con duros estatutos fieros,
y con su estrecha condición avara,
pusieron tan gran yugo a nuestros cuellos
que forzados salimos dél y dellos;
y en todo el largo tiempo que ha durado 240
entre ambas partes la contienda, es cierto
que ningún general hemos hallado

con quien poder tratar de algun concierto
empero agora, que ha querido el hado
reducir nuestra nave a tan buen puerto, 245
las velas de la guerra recogemos,
y a cualquier partido nos ponemos.
Y no imagines que temor nos lleva
a pedirte las paces con instancia;
pues la larga experiencia ha dado prueba 250
del poder valeroso de Numancia:
tu virtud y valor es quien nos ceba,
y nos persuade que será ganancia
mayor de quantas desear podremos
si por jefe y amigo te tenemos. 255
A esto ha sido la venida nuestra,
respóndenos, señor, lo que te place.

CIPIÓN Tarde de arrepentidos dais la muestra;
poco vuestra amistad me satisface:
de nuevo ejercitad la fuerte diestra, 260
que quiero ver lo que la mía hace,
ya que ha puesto en ella la ventura
la gloria mía y vuestra desventura.
A desvergüenza de tan largos años
es poca recompensa pedir paces: 265
seguid la guerra, renovad los daños;
salgan de nuevo las valientes haces.

EMBAJADOR 2.º La falsa confianza mil engaños
consigo trae: advierto lo que haces,
señor, que esa arrogancia que nos muestras 270
renovará el valor de nuestras diestras;
y pues niegas la paz, que con buen celo
te ha sido por nosotros demandada,
de hoy mas la causa nuestra con el cielo
quedará por mejor calificada; 275
y antes que pises de Numancia el suelo
probarás do se estiende la indignada
furia de aquel, que siéndote enemigo,
quiere serte aliado y fiel amigo.

CIPIÓN ¿Tenéis más que decir?

EMBAJADOR 1.º No; mas tenemos 280
que hacer, pues tú, señor, así lo quieres,
sin querer la amistad que te ofrecemos,
correspondiendo mal a ser quien eres.

Pero entonces verás lo que podemos,
cuando nos muestres tú lo que pudieras: 285
que es una cosa razonar de paces,
y otra romper por las armadas haces.

CIPIÓN Verdad dices; y ansí, para mostraros
si sé tratar en paz y obrar en guerra,
no quiero por amigos aceptaros, 290
ni lo seré jamás de vuestra tierra;
y con esto podéis luego tornaros.

EMBAJADOR 2.º ¿Que en esto tu querer, señor, se encierra?

CIPIÓN Ya he dicho que sí.

EMBAJADOR 2.º Pues sus, al hecho,
que guerras ama el numantino pecho. 295

(Salen los EMBAJADORES; y QUINTO FABIO, hermano de CIPIÓN, dice:)

FABIO El descuido pasado nuestro ha sido
el que os hace hablar de aquesa suerte:
mas ya ha llegado el tiempo, ya es venido
do veréis nuestra gloria y vuestra muerte

CIPIÓN El vano blasonar no es permitido 300
de pecho valeroso, honrado y fuerte:
templa las amenazas, Fabio, y calla,
y tu valor descubre en la batalla:
aunque yo pienso hacer que el numantino
nunca a las manos con nosotros venga, 305
buscando de vencerte tal camino,
que más a mi provecho le convenga.
Yo haré que abaje el brío y pierda el tino,
y que en sí mismo su rubor detenga.
Pienso de un hondo foso rodeallos, 310
y por hambre insufrible sujetallos.
No quiero ya que sangre de romanos
colore más el suelo desta tierra;
basta la que han vertido estos hispanos
en tan larga, reñida y cruda guerra. 315

Ejercítense agora vuestras manos
en romper y cavar la dura tierra,
y cúbranse de polvo los amigos,
que no lo estén de sangre de enemigos.
No quede de este oficio reservado 320
ninguno que te tenga preeminente:
trabaje el decurión como el soldado,
y no se muestre en esto diferente:
yo mismo tomaré el hierro pesado
y romperé la tierra prontamente. 325

FABIOValeroso señor y hermano mío,
bien nos muestras en esto tu cordura;
pues fuera conocido desvarío
y temeraria muestra de locura
pelear contra el loco airado brío 330
destos desesperados sin ventura.
Mejor será encerrallos, como dices,
y quitarles al brío las raíces.
Bien puede la ciudad toda cercarse,
si no es la parte por do el río la baña. 335

CIPIÓNVamos, y venga luego a efectuarse
ésta mi nueva, poco usada hazaña:
que si en nuestro favor quiere mostrarse
el cielo, quedará sujeta España
al senado romano, solamente 340
tomando por asedio aquesta gente.

Escena II

Sale una doncella coronada de torres y castillos, que representa a
ESPAÑA, y dice:

ESPAÑAAlto, sereno y espacioso cielo,
que con tus influencias enriqueces
la parte que es mayor deste mi suelo,
y sobre muchos otros le engrandesces; 345
muévate a compasión mi amargo duelo,
y pues al afligido favoreces,
favoréceme a mí en ansia tamaña,
que soy la sola, desdichada España.
Bástete ya que un tiempo me tuviste 350
todos mis fuertes miembros abrasados,
y al sol por mis entrañas descubriste
el reino oscuro de los condenados

a mil tiranos mis riquezas diste:
a fenicios y griegos entregados 355
mis reinos fueron, porque tú has querido,
o porque mi maldad lo ha merecido.
¿Será posible que contino sea
esclava de naciones extranjeras,
y que un pequeño tiempo yo no vea 360
de libertad tendidas mis banderas?
Con justísimo título se emplea
en mí el rigor de tantas penas fieras,
pues mis famosos hijos y valientes
andan entre sí mismos disidentes. 365
Jamás en su provecho concertaron
los divididos ánimos briosos;
antes entonces más los apartaron
cuando se vieron mas menesterosos;
y así con sus discordias convidaron 370
los bárbaros de pechos codiciosos
a venir y entregarse en mis riquezas,
usando en mí y en ellos mil cruzezas.
Sola Numancia es la que sola ha sido
quien la luciente espada sacó fuera, 375
y a costa de su sangre ha mantenido
la amada libertad suya primera.
¡Mas ay!, que veo el término cumplido,
y llegada la hora postrimera,
do acabará su vida, y no su fama, 380
cual fénix, renovándose en la llama.
Estos tan muchos, tímidos romanos,
que buscan de vencer cien mil caminos,
rehúsan de venir más a las manos
con los pocos valientes numantinos. 385
¡Oh, si saliesen sus intentos vanos,
y fuesen sus esfuerzos desatinos,
y esta pequeña tierra de Numancia
sacase de su pérdida ganancia!...
Pero, ¡ay!, que el enemigo la ha cercado, 390
no sólo con las armas contrapuestas
al flaco muro suyo, mas ha obrado
con diligencia extraña y manos prestas
un foso por la margen trincheado,
rodeando la ciudad por llano y cuestras 395
sólo la parte por do el río se extiende
de este ardid nunca visto se defiende.
Ansí están encogidos y encerrados
los tristes numantinos en sus muros;
ni ellos pueden salir, ni ser entrados, 400
y están de los asaltos bien seguros;
pero en sólo mirar que están privados
de ejercitar sus fuertes brazos duros,

con horrendos acentos y feroces
la guerra piden, o la muerte, a voces. 405
Y pues sola la parte por do corre
y toca a la ciudad el ancho Duero,
es aquella que ayuda y que socorre
en algo al numantino prisionero,
antes que alguna máquina o gran torre 410
en sus aguas se funde, rogar quiero
al caudaloso conocido río
en lo que puede ayude al pueblo mío.
Duero gentil, que con torcidas vueltas
humedeces gran parte de mi seno, 415
así en tus aguas siempre veas envueltas
arenas de oro, cual el Tajo ameno,
y así las ninfas fugitivas sueltas,
de que está el verde tirado y bosque lleno,
vengan humildes a tus aguas claras, 420
y en prestarte favor no sean avaras,
que prestes a mis ásperos lamentos
atento oído, o que a escucharlos vengas,
y aunque dejes un rato tus contentos,
suplícote que en nada te detengas. 425
Si tú con tus continuos crecimientos
destos fieros romanos no me vengas,
cerrado veo ya todo camino
a la salud del pueblo numantino.

(Sale el RÍO DUERO.)

DUEROMadre y querida España, rato había 430
que hirieron mis oídos tus querellas;
y si en salir acá me detenía,
fue por no poder dar remedio a ellas.
El fatal, miserable y triste día,
según el disponer de las estrellas, 435
se llega a Numancia, y cierto temo
que no hay dar medio a su dolor extremo,
con Orvion, Minuesa, y también Tera,
cuyas aguas las mías acrecientan,
he llenado mi seno en tal manera 440
que los usados márgenes revientan;
mas sin temor de mi veloz carrera,
cual si fuera un arroyo, veo que intentan
hacer lo que tú, España, nunca veas,
sobre mis aguas torres y trincheras. 445
Mas ya que el revólver del duro hado
tenga el último fin estatuido

deste tu pueblo numantino amado,
pues a términos tales ha venido,
un consuelo le queda en este estado 450
que no podrán las sombras del olvido
oscurecer el sol de sus hazañas,
en toda edad temidas por extrañas.
Y puesto que el feroz romano tiende
el paso agora por tu fértil suelo, 455
y que te oprime aquí, y allí te ofende
con arrogante y ambicioso celo,
tiempo vendrá, según que así lo entiende
el saber que a Proteo ha dado el cielo,
que esos romanos sean oprimidos 460
por los que agora tienen abatidos.
De remotas naciones venir veo
gentes que habitarán tu dulce seno,
después que, como quiere tu deseo,
habrán a los romanos puesto freno: 465
godos serán, que con vistoso arreo,
dejando de su fama al mundo lleno,
vendrán a recogerse en tus entrañas,
dando de nuevo vida a sus hazañas.
Estas injurias vengará la mano 470
del fiero Atila en tiempos venideros,
poniendo al pueblo tan feroz romano
sujeto a obedecer todos sus fueros;
y portillos abriendo al Vaticano,
tus bravos hijos, y otros extranjeros, 475
harán que para huir mueva la planta
el gran piloto de la nave santa.
Y también vendrá tiempo en que se mire
estar blandiendo el español cuchillo
sobre el cuello romano, y que respire 480
sólo por la bondad de su caudillo,
el grande Albano; haciendo se retire
el español ejército, sencillo,
no de valor, sino de poca gente,
que iguala al mayor número en valiente. 485
Pero el que más levantará la mano
en honra tuya y general contento,
haciendo que el valor del nombre hispano
tenga entre todos el mayor asiento.
Un rey será, de cuyo intento sano 490
grandes cosas me muestra el pensamiento:
será llamado, siendo suyo el mundo,
el segundo Filipo, sin segundo.
Debajo de su imperio tan dichoso
serán a una corona reducidos, 495
por bien universal y tu reposo,
tus reinos hasta entonces divididos:

el girón lusitano, tan famoso,
que un tiempo se cortó de los vestidos
de la ilustre Castilla, ha de zurcirse 500
de nuevo, y a su estado antiguo unirse.
¡Qué envidia y qué temor, España amada,
te tendrán las naciones extranjeras,
en quien tú teñirás tu aguda espada,
y tenderás triunfando tus banderas! 505
Sírivate esto de alivio en la pesada
ocasión, por quien lloras tan de veras;
pues no puede faltar lo que ordenado
ya tiene de Numancia el duro hado.

ESPAÑA Tus razones alivio han dado en parte, 510
famoso Duero, a las pasiones mías,
sólo porque imagino que no hay parte
de engaño alguno en estas profecías.

DUERO Bien puedes de eso, España, asegurarte,
puesto que tarden tan dichosos días; 515
y a Dios, porque me esperan ya mis ninfas.

ESPAÑA El cielo aumente tus sabrosas linfas.

Jornada II

Escena I

TEÓGENES y CORABINO, con otros cuatro numantinos, gobernadores de Numancia. Siéntanse a consejo los cuatro NUMANTINOS, que no tienen nombres, y se señalan con los de 1.º, 2.º, 3.º y 4.º.

TEÓGENES Paréceme, varones esforzados,
que en nuestros daños con rigor influyen
los tristes signos y contrarios hados,
pues nuestra fuerza y maña disminuyen:
tiénemos los romanos encerrados, 5
y con cobardes mañas nos destruyen;
ni con matar muriendo hay ya vengarnos,
ni podemos sin alas escaparnos.
No solos a vencernos se presentan

los que habemos vencido veces tantas. 10
Que también españoles se conciertan
con ellos a segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
con rayos hieran las traidoras plantas
que se mueven en daño del amigo, 15
favoreciendo al pérfido enemigo.
Mirad si imagináis algún remedio
para salir de tanta desventura,
porque este largo y trabajoso asedio
sólo promete al fin la sepultura. 20
El ancho foso nos estorba el medio
de probar con las armas la ventura;
aunque a veces valientes, diestros brazos
rompen mil contrapuestos embarazos.

CORABINOA júpiter pluguiera soberano 25
que nuestra juventud sola se viera
con todo el bravo ejército romano
adonde el brazo revólver pudiera:
que allí al valor de la española mano
la misma muerte poco estorbo fuera 30
para dejar de abrir ancho camino
a la salud del pueblo numantino:
mas pues en tales términos nos vemos
que estamos como hembras encerrados,
hagamos todo cuanto hacer podremos 35
para mostrar los ánimos osados.
A nuestros enemigos convidemos
a singular batalla, que cansados
de este cerco tan largo, ser podría
quisiesen acabarle por tal vía. 40
Y cuando este remedio no suceda
a la justa medida del deseo,
otro camino que intentar nos queda
aunque más trabajoso a lo que creo:
este foso y muralla, que nos veda 45
el paso al enemigo que allí veo,
en un tropel de noche le rompamos,
y por ayuda a los amigos vamos.

NUMANTINO 1.º sea por el foso, o por la muerte,
de abrir tenemos paso a nuestra vida: 50
que es dolor insufrible el de la muerte,
si llega cuando más vive la vida.
Remedio a las miserias es la muerte,
si se acrecientan ellas con la vida,
y suele tanto más ser excelente, 55

cuanto se muere más honradamente.

NUMANTINO 2.º ¿Con qué más honra pueden apartarse
de nuestros cuerpos estas almas nuestras,
que en las romanas armas arrojarse
y en su daño mover las fuertes diestras? 60
En la ciudad podrá muy bien quedarse
quien guste de cobarde dar las muestras:
que yo mi gusto pongo en quedar muerto
en el cerrado foso, o campo abierto.

NUMANTINO 3.º Esta insufrible hambre macilenta, 65
que tanto nos persigue y nos rodea,
hace que en vuestro parecer consienta,
puesto que temerario y duro sea:
muriendo excusaremos tanta afrenta:
quien pues morir de hambre no desea 70
arrójese conmigo al foso, y haga
camino a su remedio con la daga.

NUMANTINO 4.º Primero que vengáis al trance duro
desta resolución que habéis tomado,
páreceme ser bien que desde el muro 75
nuestro fiero enemigo sea avisado
diciéndole que dé campo seguro
a un numantino, y otro su soldado,
que la muerte de uno sea sentencia
que acabe nuestra antigua diferencia. 80
Son los romanos tan soberbia gente,
que luego aceptarán este partido;
y si le aceptan, creo firmemente
que nuestro amargo daño es fenecido.
También primero encargo que se haga 85
a Júpiter solemne sacrificio,
de quien podemos esperar la paga,
harto mayor que nuestro beneficio.
Cúrese luego la profunda llaga
del arraigado inveterado vicio; 90
quizá con esto mudará de intento
el hado esquivo, y nos dará contento.
Para morir jamás le falta tiempo
al que quiere morir desesperado
siempre seremos a sazón y a tiempo 95
para mostrar muriendo el pecho osado:
mas porque no se pase en balde el tiempo,
mirad si os cuadra lo que aquí he notado;
y si bien no os parece, dad un modo

que mejor venga y que convenga a todo. 100

TEÓGENESEse arbitrio que muestran tus razones
es aprobado del intento mío:
háganse sacrificios y oblaciones,
y póngase en efecto el desafío.
Yo desde aquí me ofrezco, si os parece 105
que puede de mi esfuerzo algo fiarse,
de salir a este duelo que se ofrece,
si por ventura viene a efectuarse.

CORABINOMas honra tu valor raro merece;
bien pueden de tu esfuerzo confiarse 110
más difíciles cosas y mayores,
pues eres el mejor de los mejores;
y pues tú ocupas el lugar primero
de la honra y valor con causa justa,
yo, que en todo me cuento por postrero, 115
quiero ser el heraldo desta justa.

NUMANTINO 1.ºPues yo con todo el pueblo me prefiero
para hacer lo que a Júpiter más gusta,
que son los sacrificios y oraciones,
si van con enmendados corazones. 120

NUMANTINO 2.ºVamos pues, y con presta diligencia
hagamos cuanto aquí propuesto habemos,
antes que la mortífera dolencia
de la hombre nos ponga en los extremos.

NUMANTINO 3.º Si tiene el cielo dada la sentencia 125
de que en este rigor fiero acabemos,
revóquela, si acaso lo merece
la justa enmienda que Numancia ofrece.

Escena II

Salen primero dos soldados numantinos, MORANDRO y LEONCIO.

LEONCIOMorandro amigo, ¿a do vas
¿Adónde mueves el pie? 130

MORANDRO Si yo mismo no lo sé,
tampoco tú lo sabrás.

LEONCIO ¿Cómo te saca de seso
tu amoroso pensamiento!

MORANDRO Antes después que le siento 135
tengo más razón y peso.

LEONCIO Eso ya está averiguado
que el que sirviese al amor
ha de ser por su dolor
con razón muy más pesado. 140

MORANDRO De malicia, o de agudeza,
no escapa lo que dijiste.

LEONCIO Tú mi agudeza entendiste;
mas yo entiendo tu simpleza.

MORANDRO ¿Que soy simple en querer bien? 145

LEONCIO Si ya el querer no se mide,
como la razón lo pide,
con cuándo, cómo y a quién.

MORANDRO ¿Reglas quieres dar de amor?

LEONCIO La razón puede ponellas. 150

MORANDRO Razonables serán ellas;
mas no de mucho primor.

LEONCIO En la amorosa porfía
a razón no hay conocella.

MORANDRO Amor no va contra ella, 155
aunque della se desvía.

LEONCIO ¿No es ya contra la razón
siendo tú tan buen soldado,
andar tan enamorado
en esta estrecha ocasión? 160
¿Al tiempo que del dios Marte
has de pedir el furor,
te entretienes con amor
que mil blanduras reparte?
Ves la patria consumida, 165
y de enemigos cercada,
¿y tu memoria, turbada
por amor, della se olvida?

MORANDRO En ira mi pecho se arde
por verte hablar sin cordura 170
¿hizo el amor por ventura
a ningún pecho cobarde?
¿Dejo yo la centinela
por ir donde está mi dama?
¿O estoy durmiendo en la cama 175
cuando mi capitán vela?
¿Hasme tú visto faltar
de lo que debo al oficio,
por algún regalo o vicio,
ni menos por adamar? 180
Y si nada me has hallado
de que deba dar disculpa,
¿por qué me das tanta culpa
de que sea enamorado?
Y si de conversación 185
me ves que ando siempre ajeno
mete la mano en tu seno,
verás si tengo razón.
¿No sabes los muchos años
que tras Lira ando perdido? 190
¿No sabes que era venido
el fin de mis tristes daños,
porque su padre ordenaba
de dármele por mujer,
y que Lira su querer 195
con el mío concertaba?
También sabes que llegó
en tan dulce coyuntura
esta fiera guerra dura,
por quien mi gloria cesó. 200
Dilatose el casamiento
hasta acabar esta guerra,

porque no está nuestra tierra
para fiestas y contento.
Mira cuan poca esperanza 205
puedo tener de mi gloria,
pues está nuestra victoria
toda en la enemiga lanza,
que como veo llevar
mis esperanzas el viento, 210
ando triste y descontento,
así cual me ves andar.

LEONCIOSosiega, Morandro, el pecho,
vuelve al brío que tenías,
quizá por ocultas vías 215
se ordena nuestro provecho
que Júpiter soberano
nos descubrirá camino
por do el pueblo numantino
quede libre del romano; 220
y en dulce paz y sosiego
de tu esposa gozarás,
y las llamas templarás
de ese tu amoroso fuego:
que para tener propicio 225
al gran Júpiter Tonante,
hoy Numancia en este instante
le quiere hacer sacrificio.
Ya el pueblo viene y se muestra
con las víctimas e incienso, 230
¡Oh Júpiter, padre inmenso,
mira la miseria nuestra!

Escena III

Salen dos numantinos vestidos de sacerdotes antiguos, y traen asido de los cuernos, en medio de entrambos, un carnero grande, coronado de oliva o hiedra y otras flores; y un paje, con una fuente de plata y una toalla al hombro; otro con un jarro de plata lleno de agua; otro con otro lleno de vino: otro con otro plato de plata, con un poco de incienso; otro con fuego y leña; otro que ponga una mesa con un tapete, donde se ponga todo esto; y salgan en esta escena todos los que hubiere la tragedia, en hábito de numantinos, y luego los SACERDOTES: y dejando el uno el carnero de la mano, diga:

SACERDOTE 1.º Señales ciertas de dolores ciertos
se me han representado en el camino,
y los canos cabellos tengo yertos. 235

SACERDOTE 2.º Si acaso yo no soy mal adivino,
nunca con bien saldremos desta empresa.
¡Ay, desdichado pueblo numantino!

SACERDOTE 1.º Hagamos nuestro oficio con la priesa
que nos incitan los agujeros tristes. 240

SACERDOTE 2.º Poned, amigos, hacia aquí esa mesa,
el vino, incienso y agua que trujistes,
ponedlo encima, y apartaos afuera,
y arrepentíos de cuanto mal hicistes:
que la oblación mejor, y la primera 245
que se debe ofrecer al alto cielo,
es alma limpia y voluntad sincera.

SACERDOTE 1.º El fuego no te hagáis vos en el suelo,
que aquí viene brasero para ello,
que así lo pide el religioso celo. 250

SACERDOTE 2.º Lavaos las manos, y limpiaos el cuello.

SACERDOTE 1.º Dad acá el agua: ¿el fuego no se enciende?

UNO No hay quien pueda, señores, encendello.

SACERDOTE 2.º ¡Oh Júpiter! ¿Qué es esto que pretende
hacer en nuestro daño el hado esquivo? 255
¿Cómo el fuego en la tea no se enciende?

UNO Ya parece, señor, que está algo vivo.

SACERDOTE 1.º Quítate afuera, o flaca llama oscura,
que dolor en mirarte así recibo.
¿No miras cómo el humo se apresura 260
a caminar al lado de poniente,
y amarilla la llama, mal segura,
sus puntas encamina hacia el oriente?
Desdichada señal, señal notoria

que nuestro mal y daño está presente. 265

SACERDOTE 2.º Aunque lleven romanos la victoria
de nuestra muerte, en humo ha de tornarse,
y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

SACERDOTE 1.º Pues debe con el vino rociarse
el sacro fuego, dad acá ese vino, 270
y el incienso también que ha de quemarse.

(Rocían el fuego a la redonda con el vino; y luego ponen el incienso
en el fuego; y dice el SACERDOTE 2.º:)

SACERDOTE 2.º Al bien del triste pueblo numantino
endereza, o gran Júpiter, la fuerza
propicia del contrario amargo sino.

SACERDOTE 1.º Así como este ardiente fuego 275
a que en humo se vaya el sacro incienso,
así se haga el enemigo fuerza
para que en humo eterno, padre inmenso,
todo su bien, toda su gloria vaya,
así como tú puedes y yo pienso. 280

SACERDOTE 2.º Tengan los cielos su poder a raya,
así como esta víctima tenemos,
y lo que ella ha de haber él también haya.

SACERDOTE 1.º Mal responde el agüero; mal podremos
ofrecer esperanza al pueblo triste 285
para salir del mal que padecemos.

(Hágase ruido debajo del tablado con un barril lleno de piedras, y
dispárese un cohete volador.)

SACERDOTE 2.º ¿No oyes un ruido amigo? ¿Viste
el rayo ardiente que pasó volando?
Présago verdadero desto fuiste.

SACERDOTE 1.º Turbado estoy, de miedo estoy temblando.

¡Oh qué señales en el aire veo,
qué amargo fin nos van pronosticando!
¿No ves un escuadrón airado y feo
de unas águilas fieras, que pelean
con otras aves en marcial rodeo? 295

SACERDOTE 2.º Sólo su esfuerzo y su rigor emplean
en encerrar las aves en un cabo,
y con astucia y arte las rodean.

SACERDOTE 1.º Águilas son romanas vencedoras,
que anuncian de Numancia presto el cabo. 300

SACERDOTE 2.º Águilas, de gran mal anunciadoras,
partíos, que y a el agüero vuestro entiendo;
ya al efecto contadas son las horas.

SACERDOTE 2.º Con todo, el sacrificio hacer pretendo
desta inocente víctima, guardada 305
para aplacar el dios del rostro horrendo.
Oh gran Plutón, a quien por suerte dada
te fue la habitación del reino oscuro,
y el mando en la infernal triste morada,
ansí vivas en paz, cierto y seguro 310
de que la hija de la sacra Ceres
corresponde a tu amor, con amor puro,
que todo aquello que en provecho vieres
venir del pueblo triste que te invoca
lo allegues cual se espera de quien eres: 315
atapa la profunda oscura boca,
por do salen las tres fieras hermanas
a hacernos el daño que nos toca;
y sean de dañarnos tan livianas.
(Quita algunos pelos al carnero, y échalos al aire.)
Sus intenciones, que las lleve el viento; 320
y ansí como yo baño y ensangriento
este cuchillo en esta sangre pura,
con alma limpia, y limpio pensamiento,
ansí la tierra de Numancia dura
se baile con la sangre de romanos, 325
y aún les sirva también de sepultura.

(Aquí ha de salir por el hueco del tablado un demonio

hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatar el carnero y meterle dentro, y tornar luego a salir y derramar y esparcir el fuego y todos los sacrificios.)

¿Mas quién me ha arrebatado de las manos
la víctima? ¿Qué es esto, dioses santos?
¿Qué prodigios son estos tan insanos?
¿No os han enternecido ya los llantos 330
de este pueblo lloroso y afligido,
ni la sagrada voz de nuestros cantos?

SACERDOTE 2.º Antes creo que se han endurecido,
cual se puede inferir de las señales
tan fieras como aquí han acontecido. 335

UNO DEL PUEBLO En fin dado han los cielos la sentencia
de nuestro amargo fin y miserable;
no nos quiere valer ya su clemencia.

OTRO Lloremos pues en son tan lamentable
nuestra desdicha, que en la edad postrera 340
dél y de nuestro esfuerzo siempre se hable.

(Sálense todos; y quedan solos MORANDRO y LEONCIO.)

MORANDRO Leoncio, ¿qué, te parece?
¿Tendrán remedio mis males,
con semejantes señales
que aquí el cielo nos ofrece? 345
Tendrá fin mi desventura
cuando se acabe la guerra,
que será cuando la tierra
me sirva de sepultura?

LEONCIO Morandro, al que es buen soldado 350
agüeros no le dan pena,
pues pone la suerte buena
en el ánimo esforzado;
y esas vanas apariencias
nunca te turban el tino; 355
su brazo es su estrella y sino,
su valor sus influencias.

MORANDRO Avisemos este caso
al pueblo, que está mortal:
mas para dar nueva tal, 360
¿Quién podrá mover el paso?

Jornada III

Escena I

CIPIÓN, JUGURTA y GAYO MARIO.

CIPIÓN Por cierto estoy, contento en mirar cómo
corresponde a mi gusto la ventura,
y esta libre nación soberbia como
sin fuerza, y solamente con cordura.
¿Juzgábades a loco desvarío 5
tener los enemigos encerrados,
y que era mengua del romano brío
no vencerlos con modos más usados?
Bien sé que lo habrán dicho; mas yo fío
que los que fueren prácticos soldados 10
dirán que es de tener en mayor cuenta
la victoria que menos es sangrienta.
¿Qué gloria puede haber más levantada
de las cosas de guerra que aquí digo,
que sin quitar de su lugar la espada, 15
vencer y sujetar al enemigo?
Que cuando la victoria es granjeada
con la sangre vertida del amigo,
el gusto mengua que causar pudiera
la que sin sangre tal ganada fuera. 20

(Aquí ha de sonar una trompeta desde el muro de Numancia.)

FABIO Oye, señor, que de Numancia suena
el son de una trompeta, y yo aseguro
que decirte algo desde allá se ordena,
pues el salir de acá lo estorba el muro.
Corabino se ha puesto en una almena, 25
y una señal ha hecho de seguro
lleguémonos más cerca.

CIPIÓN Sí lleguemos.

GAYO MARIO No más, que desde aquí le entenderemos.

(Pónese CORABINO encima de la muralla, con bandera blanca puesta en una lanza.)

CORABINO Romanos, ah, romanos: ¿puede acaso ser de vosotros esta voz oída? 30

GAYO MARIO Puesto que más la bajas y hables paso, cualquiera tu razón será entendida.

CORABINO Decir al general que acerque el paso al foso, porque viene dirigida a él una embajada.

CIPIÓN Dila presto, 35 que yo no soy Cipión.

CORABINO Escucha el resto:
dice Numancia, general prudente,
que consideres bien que ha muchos años
que entre la nuestra y la romana gente
duran los males de la guerra extraños; 40
y que por evitar el que se aumente
la dura pestilencia de sus daños,
quiere, si tú quisieres, acaballa,
con una breve y singular batalla.
Un soldado se ofrece de los nuestros 45
a combatir, cerrado en estacada,
con cualquiera soldado de los vuestros,
y si acabar contienda tan pesada;
y si los hados fueren tan siniestros
que el uno quede sin la vida amada, 50
si fuere el nuestro, darse ha la tierra,
si el vuestro fuere. acábese la guerra;
y por seguridad deste concierto
daremos a tu gusto los rehenes.
Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto 55

de los soldados que a tu cargo tienes.
Respóndeme, señor, si estás en ello,
porque a la ejecución se venga luego.

CIPIÓN Donaire es lo que dices, risa y juego;
loco sería el que pensase hacedlo. 60
Usad el medio del humilde ruego,
si queréis que se escape vuestro cuello
de probar el rigor y filos diestros
del romano cuchillo y brazos nuestros.
La fiera que en la jaula está encerrada, 65
por su selvaticidad y fuerza dura,
si puede allí con maña ser domada
y con el tiempo y medios de cordura,
quien la dejase ir libre y desatada
daría grandes muestras de locura. 70
Fieras sois, y por tales encerrados
os tengo donde habéis de ser domados.
Mía será Numancia, a pesar vuestro,
sin que me cueste un mínimo soldado
el que tengáis vosotros por más diestro 75
rompa por ese foso trincheado
y si en esto parece que yo nuestro
un poco mi valor acobardado,
el viento lleve agora esta vergüenza,
y yuélvale la fama cuando os venza. 80

(Vanse CIPIÓN y los suyos.)

CORABINO ¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?
¿Enfádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes,
mal podrás deste modo sustentalla.
En fin como cobarde me respondes. 85
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
en vuestra muchedumbre confiados,
pérfidos, desleales, fementidos,
cruels, revoltosos y tiranos,
ingratos, codiciosos, mal nacidos, 90
pertinaces, feroces y villanos,
adúlteros, infames, conocidos
por de industriosas, más cobardes manos,
¿qué gloria alcanzaréis en darnos muerte,
teniéndonos cerrados de esta suerte? 95
Mas como siempre estáis acostumbrados
a vencer con ventajas y con mañas,

estos conciertos, en valor fundados,
no los admiten bien vuestras marañas.
Liebres en pieles, fieras disfrazados, 100
load y engrandeced vuestras hazañas,
que espero en el gran Júpiter de veros
sujetos a Numancia y a sus fueros.

(Bájase, y torna a salir luego con todos los NUMANTINOS y con MORANDRO.)

TEÓGENESEn términos nos tiene nuestra suerte,
dulces amigos, que será ventura 105
acabar nuestros daños con la muerte.
Por nuestro mal, por nuestra desventura,
vistes del sacrificio el triste agüero:
que intentar no nos queda, y no lo siento,
si no es acelerar el fin postrero. 110
Esta noche se muestre el ardimiento
del numantino valeroso pecho;
póngase ya por obra nuestro intento,
y el enemigo muro sea deshecho
salgamos a morir a la campaña, 115
y no como cobardes en estrecho.
Bien sé que sólo servirá esta hazaña
de que a nuestro morir se mude el modo,
que con ella la muerte se acompaña.

CORABINOCon ese parecer yo me acomodo; 120
morir quiero rompiendo el fuerte muro:
y deshacelle por mi mano todo:
mas tiéneme una cosa mal seguro
que si nuestras mujeres saben esto
de que no haremos nada os aseguro. 125
Cuando otra vez tuvimos presupuesto
de salir y dejallas, cada uno
fiado en su caballo y brazo diestro,
ellas, que el trato a ellas importuno
supieron, al momento nos robaron 130
los frenos, sin dejarnos solo uno;
entonces el salir nos estorbaron,
y así lo harán agora fácilmente,
si las lágrimas muestran que mostraron.

MORANDRONuestro designio a todas es patente, 135
todas lo saben, ya no queda alguna

que no se queje de ello amargamente,
y dicen que en la buena o ruin fortuna
quieren en vida y muerte acompañarnos,
aunque su compañía es importuna. 140

(Aquí salen cuatro o más MUJERES casadas de Numancia, y
LIRA con ellas: las MUJERES con unas figuras de niños en
los brazos, y otros de las manos, excepto LIRA que no
trae ninguno.)

Veislas aquí do vienen a rogaros
no las dejéis en tantos embarazos;
aunque seáis de acero han de ablandaros.
Los tiernos hijos vuestros en los brazos
las tristes traen: ¿no veis con qué señales 145
de amor les dan los últimos abrazos?

MUJER 1.^aDulces señores nuestros, si en los males
hasta aquí de Numancia padecidos,
que son menores los que son mortales,
y en los bienes también, que ya son idos, 150
siempre mostramos ser mujeres vuestras
y vosotros también nuestros maridos,
¿por qué en las ocasiones tan siniestras,
que el cielo airado agora nos ofrece,
nos dais de aquel amor tan cortas 155
hemos sabido, y claro se parece,
que en las romanas armas arrojaros
queréis, pues su rigor menos empece
que no la hambre de que veis cercaros;
peleando queréis dejar las vidas, 160
y dejarnos también desamparadas,
a deshonras y muertes ofrecidas.
Nuestro cuello ofreced a las espadas
vuestras primero; que es mejor partido
que vernos de enemigos deshonradas. 165
Yo tengo en mi intención estatuido,
y si puedo haré cuanto en mí fuere
por morir do muriere mi marido;
y esto mesmo hará la que quisiere
mostrar que no es el miedo de la muerte 170
quien la impide ayudar a quien bien quiere,
en buena o mala, en dulce o amarga suerte.

OTRA¿Qué pensáis, varones claros?
¿Resolvéis aún todavía
en la triste fantasía 175
de dejarnos y ausentarnos?

¿Queréis dejar por ventura
a la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia,
por colmo de desventura? 180
¿Y a los libres hijos nuestros
queréis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
con los propios brazos vuestros?
¿Queréis hartar el deseo 185
de la romana codicia,
y que triunfe su injusticia
de nuestro justo trofeo?
¿Serán por ajenas manos
nuestras casas derribadas? 190
¿Y las bodas esperadas
hanlas de gozar romanos?
En salir haréis error,
que acarrea otros mil yerros,
pues dejaréis sin los perros 195
el ganado, y sin señor.
Si al foso queréis salir,
llevadnos en tal salida,
porque tendremos por vida
a vuestros lados morir. 200

OTRAHijos destas tristes madres,
¿qué es esto? ¿Cómo no habláis
y con lágrimas rogáis
que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana 205
os acabe con dolor,
sin esperar el rigor
de la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
libres, y libres nacistes, 210
y que vuestras madres tristes
libres también os criaron.
Decidles que pues la suerte
nuestra va tan de caída,
que como os dieron la vida 215
asimismo os den la muerte.
¡Oh muros de esta ciudad,
si podéis, hablad, decid,
y mil veces repetid:
numantinos, libertad! 220
Los templos, las casas nuestras,
levantadas en concordia
os piden misericordia,
hijos y mujeres vuestras

que no por romper el muro 225
remediáis un mal tamaño,
antes en ello está el daño
más propincuo y más seguro.

LIRATambién las tiernas doncellas
ponen en vuestra defensa 230
el remedio de su ofensa
y el alivio a sus querellas.
No dejéis tan ricos robos
a las codiciosas manos:
mirad que son los romanos 235
hambrientos y fieros lobos.
Mas ya que salga mejor
que yo pienso esta hazaña,
¿qué ciudad hay en España
que quiera daros favor? 240
De vuestro valor gentil
los romanos burlarán;
porque, decidme, ¿qué harán
tres mil contra ochenta mil?

TEÓGENESLimpia los ojos húmedos del llanto, 245
mujeres tiernas, y tené entendido
que vuestra angustia la sentimos tanto,
que responde al amor nuestro subido.
Ora crezca el dolor, ora el quebranto,
jamás en vida o muerte os dejaremos, 250
antes en muerte y vida os serviremos.
Y pues nuestros designios descubiertos
han sido, y es locura aventurarnos,
amados hijos, y mujeres nuestras,
nuestras vidas serán de hoy mas las vuestras. 255
Sólo se ha de mirar que el enemigo
no alcance de nosotros triunfo y gloria;
antes ha de servir él de testigo
que admire y eternice nuestra historia;
y si todos venís en lo que digo 260
mil siglos durará nuestra memoria;
y es que no ha de quedar cosa en Numancia
de do el contrario pueda haber ganancia.
En medio de la plaza se haga un fuego,
en cuya ardiente llama licenciosa 265
nuestras riquezas todas se echen luego,
desde la pobre a la más rica cosa;
y para entretener por alguna hora
la hambre, que ya roe nuestros huesos,
haréis descuartizar luego a la hora 270

esos viles romanos que están presos,
y sin del chico al grande hacer mejora
repártanse entro todos, que con esos
será nuestra comida celebrada
por extraña, cruel, necesitada. 275
Amigos, ¿qué os parece? ¿Estáis en esto?

CORABINODigo que a mí me tiene satisfecho,
y que a la ejecución se venga presto
de tan terrible, más forzoso hecho.
Vamos a ser ministros todos luego 280
de encender el ardiente y voraz fuego.

MUJER 1.^aNosotras desde aquí ya comenzamos
a dar con voluntad nuestros arreos,
y a la vida las nuestras entregamos,
como se han entregado los deseos. 285

LIRAEa pues, caminemos; vamos, vamos,
y abrásense en un punto los trofeos
que pudieran hacer ricas las manos
y la codicia hartar de los romanos.

(Vanse todos; y al salir ase MORANDRO a LIRA por el brazo, detiéndela
y le dice:)

MORANDRONo vayas tan de corrida, 290
Lira, déjame gozar
del bien que me puede dar
en la muerte alegre vida.
Deja que miren mis ojos
un rato tu hermosura, 295
pues tanto en mi desventura
entretiene mis enojos.
¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando,
gloria de mi pensamiento?

LIRAPienso como mi contento 300
y el tuyo se va acabando;
y no será su homicida
el cerco de nuestra tierra,
que primero que la guerra
se me acabará la vida.305

MORANDRO¿Qué dices, bien de mi alma?

LIRAQue me tiene tal el hambre
que de mi vital estambre
llevará presto la palma.
¿Qué tálamo has de esperar 310
de quien se halla en tal extremo,
que te aseguro que temo
antes de una hora expirar?
Mi hermano ayer expiró
de la hambre fatigado, 315
y mi madre hoy ha acabado,
que la hambre la acabó;
y si del hambre la fuerza
no ha rendido mi salud,
es porque mi juventud 320
contra su rigor se esfuerza
pero como ha tantos días
que no le hago defensa,
no pueden contra su ofensa
las débiles fuerzas mías. 325

MORANDROEnjuga, Lira, los ojos,
que aunque la hambre homicida
te tenga tan sin compás,
de hambre no morirás
mientras yo tuviere vida. 330
Yo me ofrezco de asaltar
el foso y el muro fuerte,
y entrar por la misma muerte
pura la tuya evitar.
El pan que el romano toca, 335
sin que por temor yo huya,
le quitaré de la suya
para ponerlo en tu boca.
Mi brazo abrirá carrera
a tu vida y a mi muerte, 340
porque más me mata el verte
o mi amor, desá manera.
Yo te traeré de comer,
a pesar de los romanos,
si ya son éstas mis manos 345
las mismas que solían ser.

LIRAHablas como enamorado,

Morandro; pero no es justo
que yo tome al comer gusto
con tu peligro comprado. 350
Poco podrá sustentarme
la comida que traerás;
aunque más cierto hallarás
el perderte que ganarme.
Goza de tu mocedad 355
en fresca edad florecida,
pues más importa tu vida
que la mía a la ciudad.
Mejor podrás defendella
de la enemiga asechanza, 360
que no la flaca pujanza
desta mísera doncella.
Ansí que, mi dulce amor,
desecha ese pensamiento,
que yo no quiero sustento 365
con riesgo de tu valor:
que aunque puedas dilatar
mi muerte por algún día,
desta hambre la porfía
me tiene al fin de acabar. 370

MORANDRO En vano trabajas, Lira,
de impedirme este camino,
do mi voluntad y sino
con tanta fuerza me tira.
Tú rogarás entre tanto 375
a los dioses que me resuelvan
con despojos que resuelvan
tu miseria y mi quebranto.

LIRA Morandro, mi dulce amigo,
no vayas, que se me antoja 380
que de tu sangre veo roja
la espada del enemigo.
No hagas esta jornada,
Morandro, bien de mi vida,
que si muy mala es la ida, 385
peor será la tornada,
Si quiero aplacar tu brío,
por testigo pongo al cielo
que de tu daño recelo
más que del provecho mío. 390
Mas si acaso, amado amigo,
prosigues esta contienda,
lleva este abrazo por prenda

de que me llevas contigo.

MORANDRO Lira, el cielo te acompañe: 395
vete, que a Leoncio veo.

LIRAY a ti te cumpla el deseo,
y en ninguna parte dañe.

(Vase. LEONCIO, que ha estado escuchando lo que ha pasado entre su
amigo MORANDRO y LIRA, dice:)

LEONCIO; Terrible ofrecimiento es el que has hecho!
Y en él, Morandro, se nos muestra claro 400
que no hay cobarde enamorado pecho:
aunque de tu virtud y valor raro
debe más esperarse; mas yo temo
que el fatal hado te se muestre avaro.
Atento estuve al miserable extremo 405
en que te ha dicho Lira que se halla,
indigno cierto a su valor supremo,
y que tú has prometido de librala
de tan terrible riesgo, y arrojarte
en las armas romanas a batalla. 410
Yo quiero, buen amigo, acompañarte,
y en empresa tan justa y valerosa
con todos mis esfuerzos ayudarte.

MORANDRO; Oh mitad de mi alma! ¡Oh venturosa
amistad, no en trabajos dividida, 415
ni en la ocasión más próspera y dichosa!
Goza, Leoncio, goza de la vida,
quédate en la ciudad: que yo no quiero
ser de tus verdes años homicida.
Yo sólo tengo de ir, yo sólo espero 420
volver con los despojos merecidos
de mi inviolable fe y amor sincero.

LEONCIO Pues ya tienes, Morandro, conocidos
mis deseos, que en buena o mala suerte
al sabor de los tuyos van medidos, 425
sabrás cómo ni el miedo de la muerte
de ti me apartará un solo punto,
ni otra cosa, si la hay, que sea más fuerte:

contigo tengo de ir, contigo junto
he de volver, si ya el cielo no ordena 430
que quede en tu defensa allá difunto.

MORANDRO; Quédate, amigo, queda en hora buena;
porque si yo acabare allí la vida
en esta empresa de peligro llena,
tú puedas a mi madre dolorida 435
consolar en el trance riguroso,
y a mi Lira, de mí tanto querida.

LEONCIO; Cierto que estás amigo generoso!
¿Piensas tú que, si mueres, quedaría
yo con tal quietud y tal reposo, 440
que de consuelo a nadie serviría?
Pues en la tuya está la suerte mía,
seguirte tengo en la ocasión dudosa;
mira cómo ha de ser, Morandro amigo,
y en él quedarme no me hables cosa. 445

MORANDRO; Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,
en el silencio de la noche oscura
tenemos de asaltar al enemigo:
lleva ligeras armas: que ventura
es la que ha de ayudar al alto intento, 450
que no la malla entretejida y dura:
lleva ansimismo puesto el pensamiento
en pillar y traer a buen recado
lo que pudieres más de bastimento.

LEONCIO; Vamos, que haré en un todo tu mandado. 455

Escena II

Dos NUMANTINOS.

NUMANTINO 1.º; Derrama, oh dulce hermano, por los ojos
el alma en llanto amargo convertida:
venga la muerte, y lleve los despojos
de nuestra miserable y triste vida.

NUMANTINO 2.º; Bien poco durarán nuestros enojos: 460
que ya la muerte viene apercibida

para llevar en presto y breve vuelo
a cuantos pisan de Numancia el suelo.
Principios veo que prometen presto
amargo fin a nuestra amada tierra, 465
sin que tengan cuidado de hacer esto
los contrarios ministros de la guerra.
Nosotros mismos, a quien ya es molesto
y enfadoso el vivir que nos aterra,
hemos dado sentencia irrevocable 470
de nuestra muerte, aunque cruel, loable.
En la plaza mayor ya levantada
queda una ardiente, codiciosa hoguera,
que de nuestras riquezas sustentada
sus llamas sube hasta la cuarta esfera. 475
Allí con triste priesa, acelerada,
y con mortal y tímida carrera,
acuden todos, como a sacra ofrenda,
a alimentar las llamas con su hacienda.
Allí la perla del rosado oriente, 480
y el oro en mil vasijas fabricado,
y el diamante y rubí más excelente,
y la extremada púrpura y brocado,
en medio del rigor fogoso, ardiente
de la llama voraz es arrojado: 485
despojos do quisieran los romanos
henchir los senos y llenar las manos.

(Aquí saldrán algunos cargados de ropa y muebles, que
entrarán por una parte y saldrán por otra.)

Vuelve al triste espectáculo la vista,
verás con cuanta priesa, y cuanta gana,
toda Numancia en numerosa lista 490
acude a sustentar la llama insana;
no con verde leño y seca arista,
ni con materia al consumir liviana,
sino con sus haciendas mal gozadas,
pues se ganaron para ser quemadas. 495

NUMANTINO 1.º Si con esto acabara nuestro daño
pudieramos llevarlo con paciencia;
¡Mas ay! Que se ha de dar, y no me engaño,
de que muramos todos cruel sentencia.
Primero que el rigor bárbaro, extraño, 500
muestre en nuestras gargantas su inclemencia,
verdugos de nosotros nuestras manos
serán, y no los pérfidos romanos.
Han acordado que no quede alguna
mujer, niño, ni viejo, con la vida, 505

pues al fin la cruel hambre, importuna,
con más fiero rigor es su homicida.
Mira allí donde asoma, hermano, una,
que, como sabes, fue de mí querida
un tiempo, con extremo tal de amores, 510
cual ahora me causa de dolores.

(Sale una mujer con una criatura al pecho, y otra de la mano, que
lleva un lío de ropa.)

MADRE; Oh duro vivir molesto!
¡Terrible y triste agonía!

HIJOMadre, ¿por ventura habría
quien nos diese pan por esto? 515

MADRE; Pan, hijo, ni aun otra cosa,
que semeje de comer?

HIJO; Pues tengo de perecer
de hambre dura, rabiosa?
Con poco pan que me deis, 520
madre, no os pediré más.

MADREHijo, ¡qué penas me das!

HIJO; Pues qué, madre, no queréis?

MADRESí quiero; ¿mas qué haré,
que no sé dónde encontrarlo? 525

HIJOBien podéis, madre, comprallo,
sino yo lo compraré;
y por quitarme de afán,
si alguno conmigo topa,
le daré toda esta ropa 530
por un mendrugo de pan.

MADRE; ¿Qué mamas, triste criatura?

¿No sientes que a mi despecho
sacas ya del flaco pecho
por leche la sangre pura? 535
Lleva la carne a pedazos,
y procura de hartarte,
que no pueden más llevarte
mis flojos cansados brazos.
¡Hijos del ánima mía! 540
¿Con qué os podré sustentar,
si apenas tengo que os dar
de la propia carne mía?
¡Oh hambre terrible y fuerte,
cómo me acabas la vida! 545
¡Oh guerra, sólo venida
para causarme la muerte!

HIJOMadre mía, que me fino,
aguijemos a do vamos,
que parece que alargamos 550
la hambre con el camino.

MADREHijo, cerca está la plaza,
adonde cebaremos luego
en mitad del vivo fuego
el peso que te embaraza. 555

(Éntranse.)

Jornada IV

Escena I

Tóquese al arma con gran priesa; y a este rumor salen CIPIÓN con
JUGURTA y GAYO MARIO.

CIPIÓN¿Qué es esto, capitanes?¿Quién nos toca
al arma en tal sazón? ¿Es por ventura
alguna gente desmandada y loca,
que viene a procurar su sepultura?
¿O es algún motín el que provoca 5

tocar al arma en esta coyuntura?
Que tan seguro estoy del enemigo,
que tengo más temor al que es amigo.

(Sale QUINTO FABIO con la espada desnuda, y dice:)

QUINTO FABIO Sosiega el pecho, general prudente,
que ya de esta arma la ocasión se sabe, 10
puesto que ha sido a costa de tu gente,
de aquella en que más brío y fuerza cabe.
Dos numantinos con soberbia frente,
cuyo valor será razón se alabe,
saltando el ancho foso y la muralla, 15
han movido a tu campo cruel batalla:
a las primeras guardias embistieron,
y en medio de mil lanzas se arrojaron,
y con tal furia y rabia arremetieron,
que libre al campo el paso les dejaron: 20
las tiendas de Fabricio acometieron,
y allí su fuerza y su valor mostraron
de modo, que en un punto seis soldados
fueron de agudas puntas traspasados.
No con tanta presteza el rayo ardiente 25
pasa rompiendo el aire en presto vuelo
ni tanto la cometa reluciente
se muestra ir presurosa por el cielo,
como estos dos por medio de tu gente
pasaron, colorando el duro suelo 30
con la sangre romana, que sacaban
sus espadas do quiera que llegaban.
Queda Fabricio traspasado el pecho,
abierta la cabeza tiene Oracio,
Olmida ya perdió el brazo derecho, 35
y de vivir le queda poco espacio.
Fuele asimismo poco de provecho
la ligereza al valeroso Estacio,
pues el correr al numantino fuerte
fue abreviar el camino de su muerte. 40
Con presta ligereza discurriendo
iban de tienda en tienda, hasta que hallaron
un poco de bizcocho, el cual cogieron,
y el paso, no el furor, atrás volvieron.
El uno dellos se escapó huyendo 45
al otro mil espadas le acabaron
por donde infiero que la hambre ha sido,
quien les dio atrevimiento tan subido.

CIPIÓN Si estando deshambrios y encerrados
muestran tan demasiado atrevimiento, 50
¿qué hicieran siendo libres y enterados
en sus fuerzas primeras y ardimiento?
¡Indómitos!, al fin seréis domados;
porque contra el furor vuestro violento
se tiene de oponer la industria nuestra, 55
que de domar soberbios es maestra.

(Éntranse CIPIÓN y los suyos; y luego tócase alarma en la ciudad, y al rumor sale al teatro MORANDRO herido y lleno de sangre, con una cesta en el brazo izquierdo, con algún poco de bizcocho ensangrentado, y dice:)

MORANDRO ¿No vienes, Leoncio, di?
¿Qué es esto, mi dulce amigo?
Si tú no vienes conmigo,
¿cómo vengo yo sin ti? 60
(Mira hacia el foso.)
Mas, ¡ay de mí, que ya dan
tus carnes despedazadas
señales averiguadas
de lo que cuesta este pan!
¡Y es posible que la herida, 65
que a ti te dejó difunto,
en aqueste instante y punto
no me quita a mí la vida!
No quiso el hado cruel
acabarme en paso tal, 70
por hacerme a mi más mal,
y hacerte a ti más bien.
Tú en fin llevarás la palma
de más verdadero amigo;
yo a disculparme contigo 75
enviaré bien presto el alma,
y tan presto, que el afán
a morir me llama y tira,
en dando a mi amada Lira
este tan amargo pan, 80
pan ganado de enemigos;
mas no ha sido ganado,
sino con sangre comprado
de dos sin ventura amigos.

(Sale LIRA con alguna ropa que lleva a quemar, y dice:)

LIRA; ¿Qué es esto que ven mis ojos! 85

MORANDRO Lo que presto no verán,
según la priesa me dan
de acabarme mis enojos
ves aquí, Lira, cumplida
mi palabra y mis porfías, 90
de que tú no morirías
mientras yo tuviese vida;
y aun podré mejor decir
que presto vendrás a ver
que a ti sobraré el comer 95
y a mí faltará el vivir.

LIRA; ¿Qué dices, Morandro amado?

MORANDRO Lira, que acortes el hambre,
entre tanto que la estambre
de mi vida corta el hado. 100
Pero mi sangre vertida,
y con este pan mezclada,
te ha de dar, mi dulce amada,
triste y amarga comida.
Ves aquí el pan que guardaban 105
ochenta mil enemigos,
que cuesta de dos amigos
la vida, que más se amaban.
Y porque entiendas lo cierto,
y cuanto tu amor merezco, 110
ya yo, mi Lira, perezco,
y ya Leoncio está muerto.
Mi voluntad fina y justa
recíbela con amor,
que es la comida mejor, 115
y de que el alma más gusta.
Y pues en tormenta o calma,
siempre fuiste mi señora,
recibe este cuerpo agora...
Como recibiste el alma. 120
(Cae muerto en los brazos de LIRA.)

LIRA; Morandro! ¡Dulce bien mío!
¿Qué sentís, o qué tenéis?

¿Cómo tan presto perdéis
vuestro acostumbrado brío?
¡Mas ay, triste sin ventura, 125
que ya está muerto mi esposo!
¡Oh caso, el más lastimoso
que se vio en la desventura!
¡Oh pan de la sangre lleno
que por mí se derramó! 130
No te tengo en cuenta yo
de pan, sino de veneno.
No te llegaré a mi boca
por quererme sustentar,
si ya no es para besar 135
esta sangre que te toca.

(A este punto entra un muchacho, HERMANO de Lira, hablando desmayadamente, y dice:)

HERMANO Lira, hermana, ya expiró
mi padre, y mi madre está
en término de que ya
morirá cual muero yo. 140
La hambre los ha acabado.
¿Hermana mía, pan tienes?
¡Oh pan, y cuán tarde vienes!
Que ya no hay pasar bocado.
Tiene la hambre apretada 145
mi garganta en tal manera,
que aunque este pan agua fuera
no pudiera pasar nada.
Tómalo, hermana querida,
que tal es mi duro afán, 150
que viene a sobrarme pan,
cuando me falta la vida.
(Cae muerto.)

LIRA ¿Expiraste, hermano amado?...
Ni aliento ni vida tiene...
¿Pero cuándo el mal no viene 155
sin venir acompañado?
Fortuna, ¿por qué me aquejas
con un daño y otro junto,
puesto que en un solo punto
huérfana y viuda me dejas? 160
¡Fiero ejército romano!
¡Oh, cuál me tiene tu espada

de dos muertos rodeada,
uno esposo, y otro hermano!
¿A cuál volveré la cara 165
en este trance importuno,
si en la vida cada uno
fue prenda del alma cara?
Dulce esposo, hermano tierno,
yo os igualaré en quereros, 170
porque pienso presto veros
en el cielo, o el infierno.
En el modo de morir
a entrambos he de imitar,
porque el hierro ha de acabar 175
y la hambre mi vivir.
Primero daré a mi pecho
una daga que este pan:
que a quien vive con afán
es la muerte de provecho. 180
¿Qué aguardo? ¡Cobarde estoy!
¿Brazo, ya os habéis turbado?
¡Dulce esposo, hermano amado!
Esperadme, que ya voy.

(A este punto sale una MUJER huyendo, y tras ella un SOLDADO NUMANTINO con una daga en la mano para matarla.)

MUJER ¡Eterno padre, Júpiter piadoso, 185
favorecedme en tan adversa suerte!

SOLDADO Aunque lleves el paso presuroso,
mi dura mano te dará la muerte.

(Éntrese la MUJER adentro, y dice LIRA.)

LIRA El hierro agudo, el brazo belicoso
contra mí, buen soldado, le convierte: 190
deja vivir a quien la vida agrada,
y quítame la mía, que me enfada.

SOLDADO Puesto que es el decreto del senado
que ninguna mujer quede con vida,
¿cuál será el feroz pecho acelerado 195

que en ese hermoso vuestro dé herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado
que me precie de ser vuestro homicida;
otra mano, otro hierro ha de acabaros,
que yo sólo nací para adoraros. 200

LIRA
Esa piedad que usar quieres conmigo,
generoso soldado, te aseguro,
y al alto cielo pongo por testigo,
que yo la estimo por rigor muy duro:
tuviérate yo entonces por amigo, 205
cuando con pecho y ánimo seguro
este mío afligido traspasaras,
y de la amarga vida me privaras:
mas pues quieres mostrarte piadoso,
a costa de negarme este contento, 210
muéstralo agora en que a mi triste esposo
demos el funeral último asiento;
también a este mi hermano, que en reposo
yace, ya libre del vital aliento.
Mi esposo feneció por darme vida; 215
de mi hermano la hambre fue homicida.
Que tiene tal al pueblo numantino,
que de esperar alguna buena andanza
le ha tomado ya todo camino.

SOLDADO
Y aun del furor la rigurosa lanza, 220
y la influencia del contrario sino
le tratan con tan áspera violencia,
que no es menester hambre ni dolencia,
el despecho y la rabia, sus secuaces,
han tomado en su pecho tal asiento, 225
que cual si fuese de romanas haces,
cada cual de su sangre está sediento.
Muertes, incendios, iras son sus paces...
Volved los ojos y veréis ardiendo
de la ciudad los encumbrados techos: 230
escuchad los suspiros, que saliendo
van de mil tristes lastimados pechos:
oíd la voz y lamentable estruendo
de bellas damas, a quien, ya deshechos
los tiernos miembros en ceniza y fuego, 235
no valen padre, amigo, amor ni ruego.
Cual suelen las ovejas descuidadas,
siendo del fiero lobo acometidas,
andar aquí y allí descarriadas,
con temor de perder las simples vidas, 240
tal niños y mujeres delicadas,

huyendo las espadas homicidas,
andan de calle en calle, ¡oh hado insano!
Su cierta muerte dilatando en vano.
Al pecho de la amada nueva esposa 245
traspasa del esposo el hierro agudo:
contra la madre, ¡oh nunca vista cosa!
Se muestra el hijo de piedad desnudo;
y contra el hijo el padre, con rabiosa
violencia levantando el brazo duro, 250
rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
quedando satisfecho y lastimado.
No hay plaza, no hay rincón, no hay calle o casa,
que de sangre y de muertos no esté llena:
el hierro mata, el duro fuego abrasa, 255
y el rigor ferocísimo condena:
presto veréis que por el suelo rasa
está la más subida y alta almena,
y las casas y templos más erguidos
en polvo y en cenizas convertidos... 260

LIRACesad de renovar tanta amargura,
y demos a estos cuerpos sepultura.

(Sálense llevando los dos cuerpos.)

Escena II

Sale TEÓGENES con dos HIJOS pequeños, y una HIJA, y su MUJER.

TEÓGENESCuando el paterno amor no me detiene
de ejecutar la furia de mi intento,
considerad, mis hijos, cuál me tiene 265
el celo de mi honroso pensamiento.
Terrible es el dolor que se previene
con acabar la vida en fin violento,
y más el mío, pues al cielo plugo
que yo sea de vosotros cruel verdugo. 270
No quedaréis, oh prendas de mi alma,
esclavos, ni el romano poderío
llevará de vosotros triunfó o palma,
por más que a sujetarnos alce, el brío.
El camino más llano, que la palma 275
de nuestra libertad el cielo pío
nos ofrece, nos muestra y nos advierte
que sólo está en las manos de la muerte.

Ni vos, dulce consorte, amada mía,
os veréis en peligro que romanos 280
pongan en vuestro pecho y gallardía
los vanos ojos y las torpes manos:
mi espada os sacará desta agonía,
y hará que sus intentos salgan vanos;
pues por más que codicia los atiza, 285
triunfará de Numancia en la ceniza.
Yo soy, esposa amada, el que primero
di el parecer que todos pereciésemos,
antes que al insufrible desafuero
del romano poder sujetos fuésemos; 290
Y en el morir no pienso ser postrero
ni lo serán mis hijos.

MUJER
Sí pudiésemos
libertarnos, señor, por otra vía,
el cielo sabe si me holgaría;
mas pues no puede ser, a lo que veo, 295
y está ya mi muerte tan cercana,
lleva de nuestras vidas tú el trofeo,
y no la espada pérfida romana:
mas pues he de morir, morir deseo
en el sagrado templo de Diana: 300
nos lleva, caro esposo, y luego
entrérganos al hierro, al lazo o fuego.

TEÓGENES
Así se haga, y no nos detengamos,
que ya a morir me incita el triste hado.

HIJO
Madre, ¿por qué lloráis? ¿Adónde vamos? 305
Teneos, que andar no puedo de cansado:
mejor será, mi madre, que comamos,
que la hambre me tiene fatigado.

MADRE
Ven a mis brazos, hijo de mi vida,
do te daré la muerte por comida. 310

(Vanse.)

Escena III

CIPIÓN, JUGURTA, QUINTO FABIO, GAYO MARIO y algunos
SOLDADOS
romanos.

CIPIÓN Si no me engaña el pensamiento mío,
o salen mentirosas las señales
que habéis visto en Numancia, del estruendo
y lamentable son y ardientes llamas,
sin duda alguna que recelo y temo 315
que el bárbaro furor del enemigo
contra su mismo pecho no se vuelva.
Ya no parece gente en la muralla,
ni suenan las usadas centinelas,
todo está en calma y en silencio puesto, 320
como si en paz tranquila y sosegada
estuviesen los fieros numantinos.

GAYO MARIO Presto podrás salir de aquesa duda,
porque, si tú lo quieres, yo me ofrezco
de subir sobre el muro, aunque me ponga 325
al riguroso trance que se ofrece,
sólo por ver aquello que en Numancia
hacen nuestros soberbios enemigos.

CIPIÓN Arrima pues, oh Mario, alguna escala
a la muralla, y haz lo que prometes. 330

GAYO MARIO Id por la escala luego; y vos, Ermilio,
haced que mi rodela se me traiga,
y la celada blanca de las plumas:
que a fe que tengo de perder la vida,
o sacar desta duda al campo todo. 335

ERMILIO Ves aquí la rodela y la celada;
la escala vesla allí la trae Olimpio.

GAYO MARIO Encomendadme a Júpiter inmenso,
que yo voy a cumplir lo prometido.

CIPIÓN Alza más alta la rodilla, Mario, 340
y encoge el cuerpo, y cubre la cabeza:
ánimo, que ya llegas a lo alto.
¿Qué ves?

GAYO MARIO; Oh santos dioses! ¿Y qué es esto?

JUGURTA; De qué te admiras?

GAYO MARIO De mirar de sangre
un rojo lago, y de ver mil cuerpos 345
tendidos por las calles de Numancia.

CIPIÓN; Qué, no hay ninguno vivo?

GAYO MARIO Ni por pienso;
a lo menos ninguno se me ofrece
en todo cuanto alcanzo con la vista.

CIPIÓN Salta pues dentro y míralo bien todo. 350

(Salta GAYO MARIO a la ciudad.)

Síguele tú también, Jugurta amigo
mas sigámosle todos.

JUGURTA No conviene
al oficio que tienes esta empresa;
sosiega el pecho, general, y espera
que Mario vuelva, o yo, con la respuesta 355
de lo que pasa en la ciudad soberbia:
tened bien esa escala... ¡Oh santos cielos!
¡Y cuán triste espectáculo y horrendo
se me ofrece a la vista! ¡Oh caso extraño!
Caliente sangre baña todo el suelo: 360
cuerpos muertos ocupan plaza y calles:
dentro quiero saltar y verlo todo.

(Salta JUGURTA a la ciudad, y dice QUINTO FABIO.)

FABIO Sin duda que los fieros numantinos,
del bárbaro furor suyo incitados,
viéndose sin remedio de salvarse, 365
antes quisieron entregar las vidas
al filo agudo de sus propios hierros,

que no a las vencedoras manos nuestras.

CIPIÓN Con uno solo que quedase vivo
no se me negaría el triunfo en Roma 370
de haber domado esta nación soberbia,
constante en su tesón, presta, arrojada
al peligro mayor y duro trance;
de quien jamás se alabará romano
que vio la espalda vuelta al numantino; 375
cuyo valor, cuya destreza en armas
me forzó con razón a usar el medio
de encerrarlos, cual fieras indomables,
y triunfar dellos con industria y maña,
pues era con las fuerzas imposible. 380
Pero ya me parece vuelve Mario.

(GAYO MARIO torna a salir por las murallas, y dice:)

GAYO MARIO En vano, ilustre general, prudente,
han sido nuestras fuerzas ocupadas:
en balde te has mostrado diligente;
pues en humo y en viento son tornadas 385
las ciertas esperanzas de victoria,
de tu industria continuo aseguradas.
Del lamentable fin y triste historia
de la ciudad invicta de Numancia
merece ser eterna la memoria. 390
Sacado han de su pérdida ganancia;
quitado te han el triunfo de las manos,
muriendo con magnánima constancia.
Nuestros designios han salido vanos;
pues ha podido más su honroso intento 395
que toda la potencia de romanos.
Numancia está en un lago convertida,
de roja sangre y de mil cuerpos llena,
de quien fue su rigor propio homicida.
En medio de la plaza levantado 400
está un ardiente fuego temeroso,
de sus cuerpos y haciendas sustentado.
A tiempo llegué a verle que el furioso
Teógenes, valiente numantino,
de fenecer su vida deseoso, 405
maldiciendo su triste aciago sino,
en medio se arrojaba de la llama,
lleno de temerario desatino;
y al arrojarse, dijo: «¡Oh clara fama,

ocupa aquí tus lenguas y tus ojos 410
en esta hazaña, que a cantar te llama!
Venid, romanos, ya por los despojos
de esta ciudad en polvo y humo vueltos,
y sus flores y frutos en abrojos».
De allí con pies y pensamientos sueltos 415
gran parte deste pueblo he rodeado,
y a un sólo numantino no he hallado
que poderte traer vivo siquiera.

CIPIÓN Mal por cierto tenían conocido
el valor en Numancia de mi pecho, 420
para vencer y perdonar nacido.

FABIO Jugurta te hará más satisfecho,
señor, de aquello que saber deseas,
que vesle vuelve, lleno de despecho.

(Torna JUGURTA por la misma muralla.)

JUGURTA Prudente general, en vano empleas 425
mas aquí tu valor: vuelve a otra parte:
no hay en Numancia cosa en que ocuparte.
Todos son muertos ya: sólo uno creo
que queda vivo, para el triunfo darte,
allí en aquella torre, según veo. 430

CIPIÓN Si eso fuese verdad, eso bastaba
para triunfar en Roma de Numancia,
que es lo que más agora deseaba.
Lleguémonos allá: hágase instancia
como el muchacho vuelva a nuestras manos 435
vivo, que es lo que agora es de importancia.

(El muchacho VIRIATO desde la torre:)

VIRIATO ¿Adónde vais, o a quién buscáis, romanos?
Si en Numancia queréis entrar por suerte,
hareislo sin contraste a pasos llanos:
pero mi lengua desde aquí os advierte 440
que yo las llaves bien guardadas tengo

desta ciudad, de quien triunfó la muerte.

CIPIÓN Por ellas, joven, deseoso vengo,
y más de que tú hagas experiencia
si en este pecho piedad mantengo. 445

VIRIATO Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
pues no hay en quien usarla: que yo quiero
pasar por el rigor de la sentencia,
que a mis padres y patria tan querida
causó el último fin terrible y fiero. 450
Todo el furor de cuantos ya son muertos
en este pueblo, a polvo reducido;
todo el huir los pactos y conciertos
no dar a sujeción jamás oído;
sus iras y rencores descubiertos, 455
todo en mi pecho se halla reunido.
Yo heredé de Numancia todo el brío;
ved si pensar vencerme es desvarío
patria querida, pueblo desdichado.
No temas ni imagines me retire 460
de lo que debo hacer en ti engendrado,
aunque a vencerme todo el mundo aspire
tened, romanos, sosegad el brío,
y no os canséis en asaltar el muro:
que aunque fuera mayor el poderío 465
vuestro, de no vencerme os aseguro...
pero muéstrese ya el intento mío;
y si ha sido el amor ardiente y puro
que yo tuve a mi patria tan querida,
acredítelo luego esta caída. 470

(Arrójase VIRIATO de la torre y muere.)

CIPIÓN ¡Oh nunca vista memorable hazaña,
digna de anciano y valeroso pecho,
que no sólo a Numancia, mas a España
has adquirido gloria en este hecho!
Lleva, oh joven, lleva la jactancia 475
y la gloria que el cielo te prepara,
por haber, derribándote, vencido
al que subiendo queda más caído.

(Suena una trompeta y sale la FAMA.)

FAMA Vaya mi clara voz de gente en gente,
y en dulce y suavísimo sonido 480
llene las almas de un deseo ardiente
de eternizar un hecho tan subido.
Alzad, romanos, la abatida frente:
Llevad de aquí este cuerpo, que ha podido
en tan pequeña edad arrebatáros 485
el triunfo que pudiera tanto honraros:
que yo, que soy la Fama pregonero,
tendré cuidado, en cuanto el alto cielo
moviere el paso en la subida esfera,
dando vida y vigor al bajo suelo, 490
de publicar con lengua verdadera,
con justo intento y presuroso vuelo,
el valor de Numancia y único y solo
de Batro a Tuile, y de uno al otro polo.
Indicio ha dado esta no vista hazaña 495
del valor que en los siglos venideros
tendrán los hijos de la fuerte España,
hijos de tales padres herederos...
Mas pues desto se encarga mi memoria,
dese feliz remate a nuestra historia. 500

La entretenida

PERSONAJES

DON ANTONIO DE ALMENDAREZ.

MUÑOZ, escudero de Marcela.

DOÑA MARCELA, su hermana.

DOROTEA, criada de Marcela.

DON SILVESTRE DE ALMENDAREZ.

CRISTINA, fregona.

DON FRANCISCO.

QUIRONES, paje.

DON AMBROSIO.

CLAVIJO, criado de Don Silvestre.

DON PEDRO OSORIO.

OCAÑA, lacayo de Don Antonio.

CARDENIO, estudiante.
TORRENTE, criado de Cardenio.

Salen OCAÑA, lacayo, con un mandil y harnero; y CRISTINA, fregona.

OCAÑA Mi sora Cristina, denmos...

CRISTINA ¿Qué hemos de dar, mi so Ocaña?

OCAÑA Dar en dulce, no en huraña,
ni en tan amargos; extremos.

CRISTINA ¿Querría el soy que anduviese 5
de pa y vereda contino?

OCAÑA No hay quien ande ese camino,
que algún gusto no interese.
Siempre la melancolía
fue de la muerte parienta; 10
y en la vida alegre asienta
el hablar de argentería.
Motes, cuentos, chistes, dichos,
pensamientos regalados,
muy buenos para pensados, 15
y mejores para dichos.
Sé lo, Cristina, con quien
te burlas, y no es conmigo.

CRISTINA ¿Sabe, Ocaña qué le digo?

OCAÑA ¿Qué dirá, que me esté bien? 20

CRISTINA Dígole, que no malicie
con tan dañados intentos.

OCAÑA Pues a fe que en estos cuentos

ando por la superficie:
que si llegase hasta el centro, 25
¡Oh, qué diría de cosas!

CRISTINA Muchas, pero maliciosas.

OCAÑA Sálenme mil al encuentro,
del corazón a la lengua.

CRISTINA No te pienso escuchar más. 30

OCAÑA Vuelve, Cristina, ¿a do vas?

CRISTINA Es el escucharte mengua;
y enfádanme tus ruindades,
y tus modos de decir.

OCAÑA El que está para morir, 35
siempre suele hablar verdades:
yo estoy muriendo y confieso
que quieres bien a Quiñones.

CRISTINA De tus malas intenciones
agora se ve el exceso: 40
agora se echa de ver
que eres loco, y laca...

OCAÑA ¡Bueno!
Pronuncia de lleno en lleno,
aunque el yo no es menester;
que el ser lacayo no ignoro, 45
sin rodeos, y sin cifras;
y mal tu venganza cifras,
en no guardar el decoro
que debes a ser fregona,
de las más lindas que vi, 50
entre Quiñones y mí,
ya cordera, y ya leona.

CRISTINA ¿Soy por ventura mujer
que he de avasallarme a un paje?

¿O vengo yo de linaje 55
de tan bajo proceder?
¿No soy yo la que en mi flor,
por no querer ofendella,
presumo más de doncella,
que no el Cid de campeador? 60
¿No soy yo de los Capoches
de Oviedo? ¿Hay más que mostrar?

OCAÑA Con todo te has de quedar,
Cristina...

CRISTINA ¿A qué?

OCAÑA Buenas noches.
Eres muy solicitada, 65
y muy vista; y no está el toque,
en que la flor no se toque,
si al serlo está aparejada.
Las flores del campo están
sujetas a cualquier mano: 70
a las del bajo villano,
y a las del alto galán
al arado, y al pie duro
del labrador que le guía;
pero la flor que se cría 75
tras el levantado muro
del recato, no la ofende
el cierzo murmurador,
ni la marchita el ardor
del que tocarla pretende. 80
La mujer ha de ser buena
y parecerlo, que es más.

CRISTINA Gran predicador estás;
mas tu doctrina condena
a tus lascivos intentos. 85

OCAÑA Levántales testimonio;
que al blanco del matrimonio
asestan mis pensamientos.

CRISTINA Mucho te has atrevido:
muestra, aquí está la cebada. 90

(Dale el harnero; y éntrase CRISTINA.)

OCAÑA Toma el harnero, agraviada
de este que de ti lo ha sido...
¡Oh pajes!, que sois halcones
de estas duendas fregoniles.
De su salario alguaciles, 95
de sus vivares hurones:
llevaisos la media nata
de este común beneficio:
dais en ellas rienda al vicio,
sin hallar ninguna ingrata: 100
gozáis del justo botín,
y de la limpia chinela,
y os reís de la arandela,
y del dorado chapín:
hacéis, con modos suaves 105
burla, que os cueste barata,
de aquellas lunas de plata,
que van pisando las graves.
¡Qué presto Cristina vuelve
con la cebada y Quiñones! 110
Corazón, triste te pones:
la sangre se me revuelve
en ver a estos dos tan juntos,
tan domésticos y afables.

(Salen CRISTINA con la cebada, y QUIÑONES, el paje.)

CRISTINA No le mires, ni le hables: 115
si le hablares, no sea en puntos
que te descubran celoso,
que hará mil suertes en ti.

QUIÑONES Aunque mozo, nunca fui,
ni soy, ni seré medroso. 120

CRISTINA Advierte que está delante:
tome, galán, la cebada.

OCAÑA ¡Bien medida?

CRISTINAY bien colmada.

OCAÑA¿Midiola mi so galante?

CRISTINANo la midió sino el diablo, 125
que tu mala lengua atiza.

OCAÑAVoime a mi caballeriza,
por no ver este retablo
de estas dos figuras juntas,
que no se apartan jamás. 130

QUIÑONESEn tales malicias das,
que con una mil apuntas;
y que te engañas sé yo.

OCAÑAY también sé yo muy bien
que a los dos estará bien 135
el callar.

CRISTINAYo sé que no;
porque quien calla concede
con el mal que de él se dice.

OCAÑANinguno te dije, o hice.

QUIÑONESNi él decir o hacerte puede. 140

OCAÑA
Por vida suya que abaje
el toldo: que en mi conciencia,
que hay muy poca diferencia
entre un lacayo y un paje.
La longura de un caballo 145
puede medirla a compás,
yo delante; y él detrás:
andallo, mi vida, andallo.
(Éntrase OCAÑA.)

CRISTINA¿Y que tú no tengas brío
para responderle? Creo 150

que he de recobrar mi empleo,
y volverme a lo que es mío.

QUIÑONES ¿Qué tengo de responder?
¿Ciño espada? No la ciño;
y más que es mengua si riño 155
con...

CRISTINA Quiñones, a placer
que es Ocaña hombre de bien,
y espadachín además.

(Salen DON ANTONIO y su hermana MARCELA.)

DON ANTONIO Porfiada, hermana, estás:
quiero, mas no diré a quien. 160
Tengo ausente mi alegría,
sin saber adonde yace;
y de aquesta ausencia nace
toda mi melancolía.
Hanla escondido, y no sé 165
adónde, en cielo, ni en tierra
muévenme los celos guerra,
y dan alcance a mi fe;
no porque la menoscaben
que celos no averiguados 170
ministran a los cuidados
materia porque no acaben
son la leña del gran fuego,
que en el alma enciende amor,
viento, con cuyo rigor 175
se esparce o turba el sosiego.

QUIÑONES Aún no han echado de ver
que estamos aquí nosotros.

DON ANTONIO Dejadnos aquí vosotros.

CRISTINA Entra aquí el obedecer. 180

(Éntranse QUIÑONES y CRISTINA.)

MARCELA¿Siquiera no me dirás
el nombre de ésa tu dama?

DON ANTONIOComo te llamas se llama.

MARCELA¿Cómo yo?

DON ANTONIOY aún tiene más,
que se te parece mucho. 185

MARCELAVálame Dios, ¿qué es aquesto?
¿Si es amor éste de incesto?
Con varias sospechas lucho.
¿Es hermosa?

DON ANTONIOComo vos;
y está bien encarecido. 190

MARCELAEl seso tiene perdido
mi hermano: válgale Dios.

(Sale DON FRANCISCO, amigo de DON ANTONIO.)

DON FRANCISCO¿Andan hinchadas las olas
del mar de tu pensamiento?

DON ANTONIOEntraos en vuestro aposento, 195
dejadnos, hermana, a solas:
retiraos, hermana mía.

MARCELADios tus intentos mejore.
(Éntrase MARCELA.)

DON ANTONIO ¿Traéis desdichas que llore?
¿O ya venturas que ría? 200

DON FRANCISCO Promesas que se han cumplido
con dádivas se han probado
industrias se han intentado
del Sinon más entendido.
Las diligencias que he hecho 205
frisan con las imposibles:
linces ha habido invisibles,
y espías de trecho a trecho;
pero no puede mostrar
sagacidad, o cautela, 210
donde han llevado a Marcela
cosa que es para admirar.
Solamente se imagina
que una noche la sacó
su padre, y se la llevó; 215
pero adonde no se atina.

DON ANTONIO ¿Si podrá la astrología
judiciarla declarallo?

DON FRANCISCO Yo no pienso interrogallo
que tengo por fruslería 220
la ciencia, no en cuanto a ciencia,
sino en cuanto al usar de ella
el simple, que se entra en ella
sin estudio, ni experiencia.
Si acaso Marcela fuera 225
alguna joya perdida,
yo buscara otra salida,
que buena en esto la diera,
santos hay auxiliadores,
veinte, o más, o no sé cuántos; 230
pero no querrán los santos
curarnos de mal de amores.
A la justa petición
siempre favorece el cielo.

DON ANTONIO ¿Pues no es muy justo mi celo? 235
¿No está muy puesto en razón?
¿Busco yo a Marcela acaso,
sino para ser mi esposa?
¿De ella pretendo otra cosa?

DON FRANCISCO O vámonos, o habla paso, 240

que no sabes quien te escucha.

DON ANTONIO Vamos, amigo, y advierte,
que fío mi vida y muerte
de tu discreción, que es mucha.

(Entranse DON ANTONIO y DON FRANCISCO. Sale CARDENIO con
manteo y
sotana, y tras él TORRENTE, capigorrón comiendo un membrillo, o cosa
que se le parezca.)

CARDENIO ¿Comes? Buena pro te haga 245
la misma hambre te tome.

TORRENTE No puede decir que como
el que masca, y no lo traga.
No se me vaya a la mano,
que de esta, si acaso es culpa, 250
ser me sirve de disculpa
el membrillo toledano.
Sé cierto que decir puedo,
y mil veces referillo:
espada, mujer membrillo 255
a toda ley, de Toledo.
Las acciones naturales
son forzosas; y el comer
una de ellas viene a ser,
y de las más principales; 260
y esto aquí de molde viene,
y es una advertencia llana:
come el rico, cuando ha gana,
y el pobre cuando lo tiene.

CARDENIO Con todo me darás gusto 265
de que en la calle no comas.

TORRENTE Si estas niñerías tomas
por deshonra o por disgusto,
yo me aturaré la boca
con cal, y arena a pisón. 270

CARDENIO Sé que tienes discreción.

TORRENTEY golosina no poca.

CARDENIOSabes lo que nunca supo
el diablo.

TORRENTEY aún soy peor.

CARDENIO¿Vuelves a comer, traidor? 275

TORRENTEYa no como, sino chupo.

(Sale MUÑOZ, escudero de MARCELA.)

Pero ves donde parece
tu Santelmo.

CARDENIOAsí es verdad,
puesto que mi tempestad
nunca mengua, y siempre crece, 280
en estas benditas manos
tengo mi remedio puesto.

MUÑOZVos veréis como echo el resto
en daros consejos sanos.
Advertid, hijo, que son 285
las canas el fundamento
y la basa a do hace asiento
la agudeza y discreción.
En la mucha edad se muestra
que asiste toda advertencia, 290
porque tiene a la experiencia
por consejera y maestra;
y estas canas no han nacido
en aqueste rostro acaso.

CARDENIOHablad, señor Muñoz, paso, 295
que ya os tengo conocido,
y sé que, sabéis cortar
colgado del aire un pelo.

MUÑOZA sí me ayude a mí el cielo,
como os pienso de ayudar; 300
porque el premio es el que aviva
al más torpe ingenio y rudo.

CARDENIO Si es premio este pobre escudo,
vuestra merced le reciba
con aquella voluntad 305
sana, con que yo le ofrezco.

MUÑOZO Oh señor, que no merezco
tanta liberalidad.

TORRENTE Tomole, besole, y dióle
quizá perpetua clausura: 310
del oro la color pura
sin duda que enamorole;
porque tiene una virtud
de alegrar el corazón;
y la avara condición 315
vive con la senectud.
¿Pero a qué pecho no doma
la hambre del oro?

MUÑOZEscucha,
y con advertencia mucha,
hijo, este consejo toma: 320
de Marcela no hay pensar
que es de tan tiernos aceros,
que la han de ablandar terceros,
ni rogar, ni porfiar,
ni lágrimas, ni suspiros, 325
ni voluntad verdadera.
Que son con ella de cera
de amor los más fuertes tiros.
A las olas que se atreven
a embestirla por amar, 330
se muestra roca en la mar
que la tocan, y no mueven.
Esto con Marcela pasa.

CARDENIO No me acobardes y espantes.

TORRENTE; Oh cuántos de estos diamantes 335

he visto volver de masa!
¡Cuántas he visto rendidas
a un billete trasnochado!
¡Cuántas, sin darlas, han dado
de ganadas en perdidas! 340
¡Cuántas siguen sus antojos
en mitad de su recato!
¡Cuántas en el dulce trato
tropiezan, y aun dan de ojos!

MUÑOZPues ni Marcela tropieza, 345
ni cae.

TORRENTE¡Gran milagro!

CARDENIOCalla,
que es extremo que se halla
hoy en la naturaleza;
y el señor Muñoz bien sabe
lo que dice.

MUÑOZYo estoy cierto, 350
que aún más bien del que os advierto,
todo en mi señora cabe;
pero vengamos al punto
de lo que quiero decir.

CARDENIOHasta acabarle de oír 355
estoy, Torrente, difunto.

MUÑOZE es el caso, que está en Lima
un hermano de su padre
de Marcela, caballero
de ilustre y claro linaje. 360
De los bienes de fortuna
dicen que le cupo parte
tanta, que entre los más ricos
suelen por rico nombrarle.
Tiene un hijo, que se llama 365
Don Silvestre de Almdarez,
el cual con doña Marcela,
aunque prima, ha de casarse.
Cada flota le esperamos;
mas si en esta, que se sabe 370

que ha llegado a salvamento,
no viene, echado ha buen lance.
Fíngete tú Don Silvestre,
que yo te daré bastantes
relaciones con que muestres 375
ser el mismo; y serán tales,
que por más que te pregunten,
podrás responder con arte,
que acreditando el engaño,
tus mentiras sean verdades. 380
Aposentarán-te en casa:
harante agasajos grandes;
y tú dentro una por una,
podrás ver cómo te vales.

CARDENIO Está bien; pero si acaso 385
en aquesta flota traen
cartas de ese Don Silvestre,
y de que no viene saben,
yo dentro en casa, ¿qué haré?
¿Cómo podrá acreditarse 390
tan conocida mentira,
para que pase adelante?

MUÑOZ Dirás que después de escritas
y dadas, quiso tu madre
que te vinieses a España, 395
aunque a hurto de tu padre:
que ella, deseando verse
con nietos en quien dilate
su nombre y posteridad,
no quiso que más tardases. 400
Y este venirte a escondidas
podrá, señor, excusarte
de no venir con riquezas,
que el ser quien eres señalen.
Mas no dejes de traer 405
algunas piedras bezares,
y algunas sartas de perlas,
y papagayos que hablen.

CARDENIO En eso yo daré trazas
que de ese aprieto me saquen, 410
y tales, que satisfagan.

TORRENTET Todo aquesto es disparate.

CARDENIO La memoria sea cumplida;
y los puntos importantes,
que en este nuevo edificio 415
han de ser fundamentales,
vengan especificados,
de modo que me declaren
por el mismo Don Silvestre.

MUÑOZ Ven por ellos esta tarde. 420

CARDENIO Volverá éste mi criado.

TORRENTE Volveré, si a Dios le place,
que sin su ayuda no puedo,
ni estornudar, ni mudarme.

MUÑOZ Señor, si acaso, si a dicha, 425
si por buena suerte traes
otro escudillo, bien puedes
con liberal mano darle:
que es invierno y no hay bayeta,
y no será bien que pase 430
frío el que al incendio tuyo
procura refrigerarse.

CARDENIO No le traigo, en mi conciencia;
pero yo haré que se os saque
un vestido de bayeta, 435
y a mi cuenta le hará el sastre.

MUÑOZ Venderele, vive Roque:
no consentiré se ensanche
Marcela con mis trofeos,
que cuestan gotas de sangre. 440
Vístame la que quisiere
que polido la acompañe:
que gastar yo mi bayeta
en servicio ajeno, tate.
Y voime, porque conviene 445
que la memoria se estampe,
que fortifique este embuste,
y a Dios quedéis.

CARDENIOÉl os guarde.

MUÑOZMire que no se le olvide
lo de la bayeta y sastre; 450
que en este punto consisten
sus gustos o sus pesares.
(Éntrase MUÑOZ.)

CARDENIO¡Gran principio a mi quimera!

TORRENTELámala, señor, dislate,
torre fundada en palillos. 455
Como casica de naipes.
Dime, ¿dónde están las perlas?
¿Dónde las piedras bezares?
¿Adónde las catalnicas,
o los papagayos grandes? 460
¿Dónde la práctica de Indias,
de los puertos y los mares,
que se toman y navegan?
¿Dónde la bayeta y sastre?
Si quieres que tus negocios 465
en felice punto paren,
lleva, y esto te aconsejo,
siempre la verdad delante.
Capigorrista soy tuyo;
y como padezco hambre, 470
tengo sutil el ingenio,
y en dar consejos soy sacre.

CARDENIOYo me remito a la lista
de Muñoz: tú no desmayes:
que en las empresas de amor, 475
tal vez se ha visto que valen
el ingenio y la ventura
más que las riquezas grandes.

TORRENTEDe este laberinto el cielo
con las narices nos saque. 480

(Éntranse. Salen MARCELA y DOROTEA, su doncella.)

DOROTEA Dime, señora, ¿qué muestra
te ha dado tu hermano tal,
que sea indicio y señal
de alguna intención siniestra?
No puedo darme a entender 485
que te ama viciosamente,
aunque es caso contingente.

MARCELA ¡Y cómo si puede ser!
¿Ya no se sabe que Amón
amó a su hermana Tamar? 490
¿Y no nos vienen a dar
mirra y su padre ocasión
de temer estos incestos?

DOROTEA Con todo, señora, creo
que encamina su deseo 495
por términos más compuestos;
y esto tengo por verdad.

MARCELA Mi querida Dorotea,
plega al cielo que así sea:
él rija su voluntad. 500
De continuo trae en la boca
mi nombre: a hurto me mira:
gime a solas y suspira:
las manos me besa y toca;
y da por disculpa de esto, 505
que me parezco a su dama,
que de mi nombre se llama.

DOROTEA ¿Hase a dicha descompuesto
a hacer más de lo que dices?

MARCELA No por cierto, ni querría. 510

DOROTEA Pues de esto, señora mía,
no es bien que te escandalices;
pues podrá ser que su dama
se llame, señora, así,
y que se parezca a ti, 515
si de hermosa tiene fama.

(Sale DON ANTONIO.)

MARCELA Mira do viene suspenso,
tanto, que no echa de ver
que aquí estamos: de su ser,
que está trastocado pienso. 520
Escuchémosle, y advierte
cómo de Marcela trata.

DON ANTONIO Es tu ausencia la que mata,
no el desdén, aunque es tan fuerte.
¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia. 525
¡Cuán lejos debió estar de conocerte
el que al furor de la invencible muerte
igualó tu poder y tu violencia!
Tu duro alfanje a mayor mal se extiende:
pues un espíritu en dos mitades parte. 530
¡Oh milagros de amor que nadie entiende!
¡Oh Marcela fugitiva,
y sorda al lamento mío!
¿Cómo quiere tu desvío,
que ausente muriendo viva? 535
¿Dónde te escondes? ¿Qué clima
inhabitable te encierra?
¿Cómo a tu paz no da guerra
el dolor que me lastima?
Téngote siempre delante, 540
y no te puedo alcanzar.

MARCELA Para temer y pensar,
¿esto no es causa bastante?

DOROTEASÍ, por cierto: nunca estés
sola, si fuere posible: 545
de que aspire a lo imposible
jamás ocasión le des.
Rompase en tu honestidad,
en tu advertencia y recato,
la fuerza de su mal trato, 550
que nace de ociosidad;
y vámonos, no nos vea:
dé a solas rienda a su intento.

MARCELA Yo estoy en tu pensamiento,
que es muy bueno, Dorotea. 555

(Éntranse MARCELA y DOROTEA. Sale OCAÑA de lacayo.)

DON ANTONIO ¿Qué quieres, Ocaña?

OCAÑA Quiero
herrar el bayo, señor,
y no acierta el herrador
a herralle, si no hay dinero.
Débense cuatro herraduras, 560
y un brebajo: mira pues,
si andarán aquellos pies,
siendo tus manos tan duras.
Y vengo por seis raciones,
que me deben: que amohína 565
ver que sobren a Cristina,
y resobren a Quiñones,
y que falten para mí,
que sirvo mejor que todos,
de tres y de cuatro modos. 570

DON ANTONIO Confieso que ello es así,
Ocaña amigo; y sabed
que todo se os pagará;
y andad con Dios.

OCAÑA Siempre está
conmigo vuestra merced 575
riguroso por el cabo.

DON ANTONIO ¿En qué modo?

OCAÑA ¿Yo no veo
que cual si fuera guineo,
bezudo y bozal esclavo,
apenas entro en la sala 580
por alguna niñería,
cuando cualquiera me envía,
si no en buena, en hora mala?

A nadie se le trasluce,
por más que yo lo procuro, 585
el ingenio lucio y puro
que en este lacayo luce.
Acaso soy, Dios mediante,
pero lacayo discreto;
y a pocos lances prometo 590
ser para marqués bastante,
como aquel de Marinan,
de dinare, y piú dinare,
si la suerte no estorbare
este bien, que no me dan. 595

DON ANTONIOAlto, vos habéis hablado
de modo, que me obligáis
a que de humilde subáis
a más eminente estado.
Siendo el primero escalón 600
servirme de consejero;
y así, amigo Ocaña, quiero
mostraros mi corazón,
para que viendo patent
las ansias que en él se anidan, 605
ella a tu ingenio pidan
los remedios suficientes:
que tal vez una dolencia
casi incurable la sana
de una vejezuela cana 610
una fácil experiencia.

OCAÑADime tu mal, mi señor,
y verás como en tantico
tantos remedios aplico,
que sanes con el menor. 615
Y si por ventura es
el ciego el que te atormenta,
puedes, señor, hacer cuenta
de que ya sano te ves:
porque no se ha de tomar 620
conmigo el dios ceguezuelo.

DON ANTONIOQue no estás en ti recelo.

OCAÑA¿Pues en quién había de estar?
Que a no tomarme del vino,
por costumbre, o por conhorto, 625

no hubiera en toda la corte
otro Catón Censorino
como yo.

DON ANTONIO Ya desvarías:
vuélvete, Ocaña, a tu establo.
(Éntrase DON ANTONIO.)

OCAÑA Aunque más sentencias hablo, 630
y elevadas fantasías.
Se me trasluce y figura,
conjeturo, pienso, y hallo
que la cuadra y el caballo
han de ser mi sepultura. 635
Y está muy puesto en razón:
que el que quiere porfiar
contra su estrella, ha de dar
coces contra el aguijón.
Cristinica estará agora 640
en la plaza: allá me impele
aquella fuerza que suele,
que dentro del alma mora.
Búscola como a mi centro
y si la encontrase yo, 645
nunca jugador echó
tan rico y gustoso encuentro.
De este gusto no me prive
amor, que en mi ayuda llamo;
y siquiera con mi amo, 650
ni más medre, ni más prive.

(Éntrase OCAÑA. Salen DON AMBROSIO y CRISTINA con un billete en la mano.)

CRISTINA Hasta ponerle yo en parte
donde le vea, harelo;
pero en lo demás recelo
que no podré contentarte. 655

DON AMBROSIO Haz, amiga, que le lea:
que en solo a questo consiste
la alegría de este triste.

CRISTINA Digo que haré que le vea;
quizá por curiosidad 660
querrá leerle Marcela:
que se ha de usar de cautela
con su mucha honestidad.
No desplegaré la boca,
para decirla palabra: 665
que en sus entrañas no labra
fuerza de amor, mucha, o poca.

DON AMBROSIO ¿Regálala por ventura
Don Antonio?

CRISTINA Como a hermana.

DON AMBROSIO De ser su intención tan sana 670
no sé yo quien lo asegura.
¡Oh padre mal advertido!

CRISTINA No le tiene.

DON AMBROSIO Sí le tiene;
pero a mí no me convierte
el darme por entendido. 675
De las cosas que sospecho,
y de las que son tan graves,
tenga la lengua las llaves,
y no las arroje el pecho.

CRISTINA Vete, señor, que allí asoma 680
un paje de casa.

DON AMBROSIO Amiga,
por tu industria y tu fatiga
este pobre premio toma:
y prométete de mí
montes de oro, que bien puedes. 685
(Dale una cajita pintada.)

CRISTINA La menor de tus mercedes
suele ser un potosí.

(Vase DON AMBROSIO, y sale QUIÑONES.)

QUIÑONES¿Quién era, Cristina, el lindo,
que con tanta sumisión
debió encajar su razón: 690
tuyo soy, y a ti me rindo?
Vive el dador de los cielos,
que es la fregona bonita:
ordeno, manda, pon, quita...

CRISTINA Ta, ta, también pide celos. 695
El so paje, por su entono,
que primero se tarace
la lengua, que otra vez trace
palabras, y no en mi abono.
¿Hásenos vuelto otro Ocaña? 700
¿Celos y más celos?

QUIÑONES Calle,
y advierta que está en la calle.

CRISTINA ¡Ay!, por fe que se ensaña
el mancebito frión.

QUIÑONES Cristina, menos gallarda: 705
que esa gallardía aguarda...

CRISTINA ¿Qué, mi rufo?

QUIÑONES Un bofetón.

CRISTINA ¿En mi cara?

QUIÑONES En la del cura
le diera, a venir a mano.

CRISTINA ¿Y qué, alzaras tú la mano 710
contra tanta hermosura,

como pusieron los cielos
en mis mejillas rosadas?

QUIÑONES Siempre son desatinadas
las venganzas de los celos. 715
Ocaña es éste: camina,
y escóndete entre la gente.

(Éntrase QUIÑONES y CRISTINA; y sale OCAÑA.)

OCAÑA Partió mi sol de su oriente,
y al ocaso se encamina,
y tras sí lleva la sombra 720
que le sirve de arbol:
para mí no es este sol,
sino niebla que me asombra.
Plega a Dios, humilde paje,
asombro de mi esperanza, 725
que ni valgas por privanza,
ni te estimen por linaje.
Sirvas a un cata-ribera,
que te dé corta ración.
Sea tu estado un bodegón. 730
No te dé luto, aunque muera.
Y cuando el cielo te adiestre
a servir a un titulado,
tu enemigo declarado
el maestra se muestre. 735
De las hachas no te valgas,
ni de relieves veas gozo,
y nunca te salga el bozo,
porque de paje no salgas.
Póngante infames renombres: 740
juegues, pierdas la ración:
que es la mayor maldición,
que pueden darte los hombres.

(Éntrase OCAÑA. Sale MUÑOZ.)

MUÑOZ Despierto y durmiendo estoy,
pensando siempre y soñando 745
cuando ha de llegar el cuando
mude el pellejo en que estoy.

¿Cuándo querrá aquel planeta,
que sobre predomina,
que remedien mi ruina 750
el gran sastre y la bayeta?
Diles la memoria, y diles,
previniendo mil barruntos,
de los más sutiles puntos
las respuestas más sutiles; 755
pero con todo me pesa
de haberme empeñado así,
porque tengo para mí
ser de peligro la empresa.

(Salen DON ANTONIO, y TORRENTE en hábito de peregrino.)

DON ANTONIO Mucho más es melindre, que advertencia: 760
y base tenido confianza poca
de quien yo soy: por Dios que estoy corrido.

MUÑOZ Válgate el diablo: ¿qué disfraz es éste?
Éste no puse yo en la lista.

TORRENTE Digo
que el señor don Silvestre de Almendarez 765
no pudo más: el caso fue forzoso,
y la borrasca tal, que nos convino
alijar el navío, y echar cuanto
en su anchísimo vientre recogía
al mar, que se sorbió, como dos huevos, 770
catorce mil tejuelos de oro puro.
Al cielo las promesas y oraciones
volaban, más espesas que las nubes
que la cara del sol cubrían entonces;
entre las cuales oraciones, una 775
envió don Silvestre al sumo alcázar,
con tan vivos y tiernos sentimientos,
que penetró los cascos de los cielos.
Contentase en ella: que de Roma
aquello que se llama siete iglesias, 780
andaría descalzo peregrino,
si Dios de aquel peligro le sacaba.
Añadió a su promesa mi persona:
añadidura inútil, aunque buena
en parte, pues que soy su amparo y báculo. 785
En fin salimos mundos y desnudos

a tierra, ni sé adónde, ni sé cómo;
habiéndose engullido el mar primero
hasta una catalnica que traíamos,
de habilidad tan rara, y tan discreta, 790
que si no era el hablar, no le faltaba
otra cosa ninguna.

DON ANTONIO Bien por cierto
la habéis encarecido; aunque yo pienso
que catalnicas mudas valen poco.

TORRENTE Por señas nos decía todo cuanto 795
quería que entendiésemos.

MUÑOZ ¡Milagro!

TORRENTE De perlas ¡qué de cajas arrojamos,
tamañas como nueces de buen tomo,
blancas como la nieve aún no pisada!
De esmeraldas las peñas como cubas: 800
digo como toneles, y aún más grandes:
piedras bezares, pues, dos grandes sacos:
anís y cochinilla fue sin número.

MUÑOZ Entre esas zarandajas por ventura
¿fue bayeta a la mar?

TORRENTE Y el sastre, y todo. 805

MUÑOZA malísimo viento va esta parva:
no me cuadra ni esquina esta tormenta,
puesto que viene bien para el embuste.

DON ANTONIO ¿En qué paraje sucedió el naufragio?

TORRENTE Estaba yo durmiendo en aquel trance, 810
y no pude del paje ver el rostro.

DON ANTONIO Paraje dije: pero no me espanto
que aún hasta aquí os conturbe la borrasca,

ni que en ella os durmiédes; que el miedo
tal vez suele causar sueño profundo. 815

TORRENTENo quiso mi señor, ni por semejas,
de cuatro mil y más ofrecimientos,
que de darle dineros se le hicieron,
recibir, sino aquellos que bastasen
a no pedir limosna en su viaje; 820
pero no supo bien hacer la cuenta,
porque ya casi todos son gastados.

MUÑOZVálgate Satanás, qué bien lo enredas.

TORRENTELa primera estación fue a Guadalupe;
y a la imagen de Illescas la segunda; 825
y la tercera ha sido a la de Atocha.
A hurto quiso verte; y esta tarde
quiere partirse a Roma: agora queda
en San Ginés hincado de hinojos,
arrojando del pecho mil suspiros 830
vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas,
pidiendo a Dios que te encamine y guíe
en el viaje santo prometido.
Yo, señor, soy ternísimo de plantas,
a quien callos durísimos enclavan, 835
de tan largo camino procedidos.
Querría que se diese alguna traza
de que por quince días descansásemos,
para tomar aliento y refrigerio
en el nuevo camino que se espera 840
además que también él es ternísimo,
y podría el cansancio fatigalle
de modo que el camino con la vida
se acabase en un punto: caso triste,
si tal viniese a ser, por el tremendo 845
dolor que sentiría mi señora
doña Ana de Briones, madre suya.

DON ANTONIOVamos, que yo pondré remedio en todo.

TORRENTENo hay decir, señor, que yo te he visto;
porque me ha de matar, si es que tal sabe. 850
¡Oh pecador de mí! Éste es que viene:
en la red me ha cogido: negativa,
señor, sino, yo muero.

DON ANTONIO No hayas miedo.

(Sale CARDENIO como peregrino.)

Mi señor Don Silvestre de Almendarez,
¿para qué es encubriros de quien tiene 855
tantas obligaciones de serviros?

CARDENIO ¡Oh traidor, mal nacido! Por Dios vivo,
que os engaña, señor, este embustero
que yo no soy aqueso Don Silvestre,
que dices, de Almendarez, sino un pobre 860
peregrino, y tan pobre...

TORRENTE ¿Qué me miras?
Yo no le he dicho nada, y si lo he dicho,
digo que miento una, y cien mil veces.
Vive Dios que es el mismo que te digo:
(A DON ANTONIO.)
Apriétale, y conjúrale, y confiese. 865

DON ANTONIO Por Dios, primo y señor, que es caso fuerte
negarme esta verdad: ¿qué importa vengas
rico o pobre a tu casa, que es la mía?

TORRENTE Eso es lo que yo digo, pesia al mundo.

DON ANTONIO ¿Mandabas tú a los vientos, o pudiste 870
del proceloso mar las altas olas
sosegar algún tanto? ¿No es locura
hacer caso de honra los sucesos
varios de la fortuna, siempre inestable,
o por mejor decir del cielo firme? 875

TORRENTE Ea, señor, que ya pasa de raya
tan grande pertinacia. Vive Roque,
señor, que es don Silvestre de Almendarez,
vuestro primo y cuñado, el peregrino,
y mi amo, que es más.

CARDENIO Pues tú lo dices 880

no quiero más negarlo, pues no importa
dadme, señor, las manos.

DON ANTONIO Doy los brazos,
y el ama en su lugar, querido primo.

CARDENIO Tomad los míos: que entre aquestos brazos
también os doy mi alma en recompensa: 885
no te la cubrirá pelo, si puedo.

TORRENTE Que no temo amenazas mal nacidas,
porque esto es lo que importa a nuestro hecho.

MUÑOZ Y como.

DON ANTONIO No hayáis miedo que se os toque
al pelo de la ropa por lo dicho. 890

TORRENTE Mi señor es discreto, y verá presto
de cuan poca importancia era el silencio
en semejante caso.

DON ANTONIO Señor primo,
vamos a casa; y sepa vuestra esposa
vuestra buena venida y deseada. 895

CARDENIO Siempre he de obedecer.

MUÑOZ ¡Qué bien trazada
quimera! Si ella llega a colmo, espero
un Potosí de barras y dinero.

TORRENTE ¿Qué os parece, Muñoz?

MUÑOZ Que me parece
que es verdad cuanto ha dicho, y que lo veo. 900

TORRENTE Y como que es verdad, sin que le falte

un átomo, una tilde, una meaja.

(Éntranse DON ANTONIO, CARDENIO y TORRENTE.)

MUÑOZ Términos tienen estos socarrones
de hacerme a mí entender que la borrasca
y el alijo de ropa es verdadero. 905
Ahora bien veremos lo que pasa,
que una por una, los dos va están en casa.

Jornada II

Salen MARCELA, y DOROTEA con una almohadilla, y CRISTINA.

MARCELA Andas con vergüenza poca,
Cristina, muy inquieta;
y con puntos de discreta,
das mil puntadas de loca.
Sabed, señora, una cosa 5
que entre las prendas de honor,
es teñida por mejor
la honesta que la hermosa.

CRISTINA ¿Señora me llama? Malo:
que ya sé por experiencia 10
que no hay dos dedos de ausencia
de esta cortesía a un palo.

MARCELA ¿Qué murmuras, desazada
maliciosa y atrevida?

CRISTINA Nunca murmuré en mi vida. 15

MARCELA ¿Qué dices?

CRISTINA No digo nada.
Tenga el señor en el cielo

a mi señora la vieja.

MARCELA De esas plegarias te deja.

CRISTINA Pronúncialas mi buen celo. 20

Si ella fuera viva, sé
que otro gallo me cantara,
y que ninguna no osara
reñirme: no en buena fe,
tristes de las mozas, 25
a quien trujo el cielo
por casas ajenas
a servir a dueños
que entre mil no salen
cuatro apenas buenos: 30
que los más son torpes,
y de antojos feos.
Pues ¿qué, si la triste
acierta a dar celos
al ama, que piensa 35
que le hace tuerto?
Ajenas ofensas
pagan sus cabellos:
oyen sus oídos
siempre vituperios: 40
parece la casa
un confuso infierno:
que los celos siempre
fueron vocingleros.
La tierna fregona, 45
con silencio y miedo
pasa sus desdichas,
malogra requiebros;
porque jamás llega
a felice puerto 50
su cargada nave
de malos empleos.
Pero ya que falte
este detrimento,
sobran los del alma, 55
que no tienen cuento.
Ven acá, suciona.
¿Dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron,
y un plato pequeño. 60
Buen salario ganas;
de él pagarme pienso,
porque despabiles

los ojos y el seso,
vas, y nunca vuelves, 65
y tienes bureo
con Sancho en la calle,
con Mingo y con Pedro.
Eres en fin pu:
el ta diré quedo, 70
porque de cristiana
sabes que me precio.
Otra vez repito
con cansado aliento,
con lágrimas tristes, 75
y suspiros tiernos:
triste de la moza,
a quien trujo el cielo
por casas ajenas...

DOROTEASeñores, ¿qué es esto? 80
Cristinica amiga,
¿dime con qué viento
esta polvareda
has alzado al cielo?

MARCELALa desenvoltura 85
es un viento cierzo,
que del rostro ahuyenta
la vergüenza y miedo.
Pero yo haré,
si es que acaso puedo, 90
si ella no se enmienda,
lo que callar quiero.

(Sale QUIÑONES el paje.)

QUIÑONESDon Antonio mi señor
entra con dos peregrinos.

(Salen DON ANTONIO, CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.)

DON ANTONIOVuestros intentos divinos 95
fueran disculpa al rigor
del no vernos.

CARDENIO Así es:
pero yo, señor, holgara
que esta deuda se pagara
despacio, y fuera después, 100
de mi peregrinación,
que no se puede excusar.

DON ANTONIO Fácilmente habéis de hallar
en mi voluntad perdón.

CARDENIO ¿Es mi señora y mi prima? 105

DON ANTONIO La misma.

CARDENIO ¡Oh mi señora,
rico archivo, donde mora
de la belleza la prima!
No me niegues estos pies,
pues no merezco esas manos. 110

DOROTEA Peregrinos cortesanos
son estos.

DON ANTONIO No tan cortés.
Señor primo, que mi hermana
está del caso suspensa.

MUÑOZ La traza de lo que él piensa 115
es más cortés, que no sana.

MARCELA Señor, para que me muestre
con el respeto debido
a quien sois, el nombre os pido.

DON ANTONIO Vuestro primo Don Silvestre 120
de Almendarez, vuestro esposo,
o el que lo tiene de ser.

MARCELA Mudaré de proceder
con un huésped tan famoso.
Los brazos habré de daros, 125
que no los pies, primo mío.

MUÑOZ De estos principios yo fío,
que son más dulces que caros.

CARDENIO No fue huracán el que pudo
desbaratar nuestra flota; 130
ni torció nuestra derrota
el mar insolente y crudo.
No fue del tope a la quilla
mi pobre navío abierto,
pues he llegado a tal puerto, 135
y pongo el pie en tal orilla.
No mis riquezas sorbieron
las aguas que las tragaron,
pues más rico me dejaron
con el bien que en vos me dieron. 140
Hoy se aumenta mi riqueza,
pues con nueva vida y ser,
peregrino llego a ver
la imagen de tu belleza.

(Sale OCAÑA.)

OCAÑA De esta común alegría 145
alguna parte quizá
mi tristeza alcanzará,
que está como estar solía.
Desde aquí quiero mirarte,
si es que te dejas mirar, 150
de mi suerte amargo azar,
de mi bien el todo y parte.
Puesto en aqueste rincón,
como lacayo sin suerte,
veré quizá de mi muerte 155
alguna resurrección.

MARCELA La desventura mayor,
más espantosa y temida,
es la de perder la vida.

DON ANTONIO Primero es la del honor. 160

MARCELA Así es; y pues vos, primo,
con honra, y vida venís,
mal haréis, si mal sentís
del mal, que por bien yo estimo,
y en llegar adonde os veis, 165
habéis de tener por cierto
que habéis arribado a un puerto
adonde restauraréis
las riquezas arrojadas
al mar, siempre codicioso. 170

CARDENIO Tendrá el que fuere tu esposo
las venturas confirmadas.

TORRENTE Doncella, ¿acaso es de casa?

CRISTINA No soy sino de la al le.

TORRENTE Eso no, que a quese talle 175
a los de palacio, pasa.
¿Sirve en ella?

CRISTINA Soy servida.

OCAÑA La respuesta ha sido aguda.
Ten, pulcra, la lengua muda,
no la deseosas, perdida. 180

TORRENTE ¿El nombre?

CRISTINA Cristina.

TORRENTE Bueno:
que es dulce, con ser de rumbo.
¿Túmbase?

CRISTINA Yo no me tumbo
basta, que tiene barreno
el indianazo gascón. 185

TORRENTE Yo, señora, como ves,
soy criollo perulés,
aunque tiro a borgoñón.

DON ANTONIO Reposaréis, primo mío;
y después saber querría 190
del buen estar de mi tía,
de vuestro padre, y mi tío.

OCAÑA ¡Oh peregrino traidor,
cómo la miras! ¡Oh falsa,
cómo le vas dando salsa 195
al gusto de su sabor!

CARDENIO Depositarlo fue el mar
de tus cartas y presentes.

OCAÑA El alma tengo en los dientes:
casi estoy para expirar. 200

MARCELA Entrad, señor, do podáis
mudar vestido decente.

CARDENIO Mi promesa no consiente
que esa merced me hagáis.
No puedo mudar de traje 205
por un tiempo limitado:
que esta pobreza ha causado
la tormenta del viaje.

DON ANTONIO A no ser él tan perfecto,
vuestro designio, yo hiciera 210
que por otro se cumpliera.

(Éntrase MARCELA, DON ANTONIO, DOROTEA, y CRISTINA, y
CARDENIO.

Quedan en el teatro MUÑOZ, TORRENTE y OCAÑA.)

MUÑOZ No me habléis, Torrente hermano,
que nos escuchan; y siento
que en nuestro famoso intento
el callar es lo más sano. 215
(Éntrase MUÑOZ.)

OCAÑA Si a mí el ojo no me miente,
sé con gran certinidad
que vuestra paternidad
tiene el alma algo doliente.
Es Cristina un arpón, 220
es un virote, una jara,
que el ciego arquero dispara,
y traspasa el corazón:
es un incendio, es un rayo,
¿Cómo un rayo? Dos y tres. 225

TORRENTE Y ves, merced ¿quién es?

OCAÑA Soy de esta casa el lacayo.
Y aunque en la caballeriza
me arrincono, el amor ciego
con su hielo y con su fuego 230
me consume y martiriza.
Entre el harnero y pesebre,
entre la paja y cebada,
de noche y de madrugada
me embiste de amor la fiebre. 235

TORRENTE ¿Y es Cristina la ocasión
de tan grande encendimiento?

OCAÑA No sé quién es, sé que siento
el alma hecha un carbón.

TORRENTE Si es Cristina, pondré pausa 240
en ciertos recién nacidos
pensamientos atrevidos,
que su memoria me causa.
No pienso en manera alguna

seros rival, que sería 245
género de villanía,
que al ser quien yo soy repugna.
Honestísimo decoro
se guardará en esta casa,
puesto que me arda la brasa 250
de esta niña a quien adoro.
Quebrantaré en la pared
mis pensamientos primeros,
con gusto de conoceros,
para haceros merced; 255
porque no han de naufragar
siempre las flotas, que alguna
tendrá próspera fortuna,
para podernosla dar.

OCAÑABeso tus pies, peregrino, 260
único, raro y bastante
a ablandar en un instante
un corazón diamantino.
Yo, en quien nacieron barruntos
de celos cuando te vi, 265
a tus pies los pongo aquí
semi-vivos, y aun difuntos.

TORRENTEAlzaos, señor, no hagáis
sumisión tan indecente:
que humillaré yo mi frente, 270
si es que la vuestra no alzáis.
Dadme los brazos de amigo,
que lo hemos de ser los dos
gran tiempo, si quiere Dios,
que es de mi intención testigo. 275

OCAÑAComo tú, señor, me abones
con tu amistad peregrina,
doy por cordera a Cristina,
y por cabrito a Quiñones.

TORRENTEPor verte con gusto, voy 280
alegre. así Dios me salve.

OCAÑAPara éstas, que yo os calve,
o no seré yo quien soy.

(Éntranse TORRENTE y OCAÑA. Sale DON AMBROSIO.)

DON AMBROSIO Por ti, virgen hermosa, esparce ufano,
contra el rigor con que amenaza el cielo, 285
entre los surcos del labrado suelo,
el pobre labrador el rico grano.
Por ti surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño a vuelo;
y en el rigor del sol, como del hielo, 290
pisa alegre el soldado el risco y llano.
Por ti infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega,
se cobra y se promete la victoria.
Por ti, báculo fuerte de la vida, 295
tal vez se aspira a lo imposible, y llega
el deseo a las puertas de la gloria.
¡Oh Esperanza!, notoria
amiga de alentar los desmayados,
aunque estén en miserias sepultados. 300

(Sale CRISTINA.)

CRISTINA Habrá fiesta y regodeo,
y la parentela toda
vendrá sin duda a la boda.

DON AMBROSIO Mi norte descubro y veo.
¡Oh dulcísima Cristina! 305

CRISTINA De alcorza debo de ser.

DON AMBROSIO Tribunal do se ha de ver
lo que el amor determina
en mi contra o mi provecho.

CRISTINA ¡Extraña salutación! 310

DON AMBROSIO La lengua da la razón
como la saca del pecho.

Pero vengamos al punto:
¿mi esperanza cómo está?
¿Ha de morir? ¿Vivirá? 315
¿Contareme por difunto?
¿Dificúltase la empresa?
Presto, que me vuelvo loco.

CRISTINA Idos, señor, poco a poco,
que preguntáis muy apriesa. 320

DON AMBROSIO Mas apriesa me consume
el vivo incendio de amor.

CRISTINA En solo un punto el rigor
suyo se abrevia y resume;
y es que puedes ya contar 325
a Marcela por casada:
ya no es suya; ya está dada
a quien la sabrá estimar.

DON AMBROSIO No me digas el esposo,
que sin duda es Don Antonio. 330

CRISTINA Levantas un testimonio,
que pasa de mentiroso.
¿Con su hermana?

DON AMBROSIO Ah Crístinica,
¿qué es eso? ¿Cubierta y pala
con que una obra tan mala 335
se apoya y se fortifica?

CRISTINA Que es con su primo.

DON AMBROSIO ¿Qué es esto,
cielo siempre soberano?
¿Hoy primo el que ayer fue hermano?
¿Cambíase un hombre tan presto? 340

CRISTINA Digo que es un peregrino,
primo suyo, y perulero,

de tan soberbio dinero,
que de las Indias nos vino.
De oro más de cien mil tejos 345
se sorbió el mar, como un huevo,
de este peregrino nuevo,
que no está de ti muy lejos,
porque vesle allí do asoma.

DON AMBROSIO; Y que esto en el mundo pase! 350

CRISTINA Puesto que antes que se case
entiendo que ha de ir a Roma.

(Salen CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.)

DON AMBROSIO Embustero y perulero,
atrevido e insolente,
¿por qué te haces pariente 355
de la vida por quien muero?

TORRENTE Descornado se ha la flor:
perecemos.

MUÑOZ Malo es esto:
la traza se ha descompuesto
al primer paso.

CARDENIO Señor, 360
no te entiendo, ni imagino
porque tan acelerado
la maldita has desatado
contra un noble peregrino.

MUÑOZ Quien dijere que yo di 365
lista a nadie, mentirá
cuantas veces lo dirá:
no sino lléguense a mí,
que fabrico en ningún modo
castillos mal prevenidos. 370

TORRENTE Antes de ser convencidos,
éste lo ha de decir todo.
¡Oh levantadas quimeras
en el aire, cual yo dije!

DON AMBROSIO Por el cielo que nos rige, 375
que si acaso perseveras
en el embuste que intentas,
primero que en algo aciertes,
ha de ser una y mil muertes
el remate de tus cuentas. 380
Vuélvete a tu Potosí,
deja lograr mi porfía.

CARDENIO Aqueste ya desvaría.

TORRENTE Así me parece a mí.

CRISTINA Don Francisco y mi señor 385
son estos: pies a correr.

(Éntrase CRISTINA. Salen DON FRANCISCO y DON ANTONIO.)

DON FRANCISCO Todo aqueso puede ser,
que a más obliga el rigor
de un celoso, si es honrado,
como el padre de Marcela. 390

DON AMBROSIO Éste es el que urdió la tela,
que tan cara me ha costado.
¿Qué rigor de estrella ha sido
señor Don Antonio, aquel,
que de piadoso en cruel 395
contra mí os ha convertido?
¿Y qué peregrino es éste,
tan medido a vuestro intento,
que queréis que su contento
a mí la vida me cueste? 400
Mía es Marcela, si el cielo
quisiere, y si vos queréis:
que en vuestro arbitrio tenéis
de mi mal todo el consuelo.

No es desigual mi linaje 405
del suyo; y su padre creo
que de este igual himeneo
no ha de recibir ultraje.
Si él la escondió en vuestra casa,
por quitármela delante, 410
ved, si acaso sois amante,
lo que el alma ausente pasa.

DON FRANCISCOÉste habla de Marcela
Osorio, y no de tu hermana.

DON ANTONIOLA presunción está llana: 415
gran mal mi alma recela.
De esa vana presunción,
y mal formados antojos,
os han de dar vuestros ojos
la justa satisfacción. 420
Veníos conmigo y veréis
en el engaño en que estáis.

DON AMBROSIO Si a Marcela me lleváis,
al cielo me llevaréis.

(Éntranse DON ANTONIO, DON FRANCISCO y DON AMBROSIO. Quedan
en el teatro MUÑOZ, TORRENTE y CARDENIO.)

CARDENIO; Ah, Muñoz! Con cuán pequeña 425
ocasión habéis temblado.

MUÑOZTemo de verme brumado,
y molido como alheña.
Temo que mis trazas den,
mis embustes y quimeras, 430
con mi cuerpo en las galeras,
que no le estará muy bien.

TORRENTE; Sin apretaros la cuerda
os descoséis? Mala cosa.

MUÑOZLa conciencia temerosa 435
de los castigos se acuerda.
Pero desde aquí adelante
pienso ser mártir, y pienso
que paga a la culpa censo
con temor el más constante. 440
Pésame que fue la lista
de mi letra, y de mi mano;
y este temor, que no es vano,
todas mis fuerzas conquista.

TORRENTEVamos a ver en qué para 445
el comenzado desastre.

MUÑOZAquella bayeta y sastre
nunca el cielo lo depara.

(Éntranse todos. Salen MARCELA y DOROTEA.)

MARCELAEste primo no me agrada,
no por cierto, Dorotea: 450
plegue a Dios que por bien sea
su venida no esperada.

DOROTEAComo le ves mal vestido,
no te parece galán.

MARCELALas galas no siempre dan 455
aire y brío, ni el vestido.
Desmayado me parece,
aunque atrevido tal vez.

DOROTEADe su causa eres juez.

MARCELABasta: poco me apetece. 460

DOROTEAParece que se ha templado
tu hermano en su pensamiento.

MARCELA Todavía, a lo que siento,
anda un poco apasionado.
No se le cae de la boca 465
mi nombre: y aun todavía
descubre una fantasía,
que en lascivos puntos toca:
mas yo no le doy lugar
de que esté a solas conmigo. 470

DOROTEA Eso es lo que yo te digo,
y lo que has de procurar.

(Aquí han de salir DON AMBROSIO, DON ANTONIO, DON FRANCISCO,
CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.)

DON ANTONIO Mirad, señor, de estas dos
cuál es la Marcela hermosa,
que con fuerza poderosa 475
os tiene fuera de vos.

DON AMBROSIO Ésta le parece en algo,
y no es ella; mas ya veo
sin duda que es devaneo,
y que de sentido salgo. 480
Téngame amor de su mano,
y los cielos si me ofenden.

MARCELA O me compran o me venden,
¿decidme, qué es esto, hermano?

DON AMBROSIO No es otra cosa alguna, 485
sino que la belleza
incomparable y sola
de otra, que tiene el propio nombre vuestro,
su donaire, su gracia,
su honesta compostura, 490
su ingenio, su linaje,
se llevaron tras sí mis pensamientos.
Amela honestamente,
adorela rendido,
solicitela mudo, 495
aunque los ojos son parleros siempre.
Su padre recatado,

por algún su designio,
o por mi desventura,
llevola, y no sé adónde. 500

DON ANTONIO;Ésta es mi historia!

DON AMBROSIO
No con más diligencia
la diosa de las mieses
buscó a su hija amada
hasta los escondrijos del infierno, 505
como yo la he buscado,
por cuanto las sospechas
han podido llevarme,
pensativo, solícito y ansioso.
En esto a mis oídos 510
el nombre de Marcela
llegó, y vuestra hermosura;
pero no el sobrenombre de Almendarez.
Creí que Don Antonio,
vuestro querido hermano, 515
por orden de su padre
a la Marcela Osorio, que yo busco,
en casa la tenía;
y mal considerado,
y con los celos ciego, 520
hice los disparates que habéis visto.

DON FRANCISCO;Éstas no son lanzadas,
que te pasan el alma?

DON ANTONIOY aun rayos, que la embisten,
la hieren, desmenuzan y quebrantan. 525

DOROTEA
Apostaré, señora,
que es esta la Marcela,
por quien tu hermano gime,
suspira, y con angustia se lamenta.

DON FRANCISCO
Pues en esta Marcela veis patente 530
de vuestro pensamiento el desengaño,
mostraos, señor, más cauto y más prudente,
otra vez que os acose vuestro engaño;
y volved a buscar más diligente
la causa original de vuestro daño. 535

DON ANTONIO Tiene cualquiera enamorada culpa
fácil y compasiva la disculpa.
Erré; mas no es el yerro de tal suerte,
que perdón no merezca.

CARDENIO Yo imagino
que ministró ocasión al atreverte 540
este pobre sayal de peregrino.

DON ANTONIO La rabia de los celos es tan fuerte
que fuerza a hacer cualquiera desatino
selo yo bien, que ya me vi celoso,
atrevido, arrojado y malicioso. 545

DON AMBROSIO En siglos prolongados tu ventura
goces, o peregrino; y tus bisnietos.
Te lleven a la honrada sepultura
sobre sus hombros, para el caso electos.
No menoscabe el tiempo la hermosura 550
de tu Marcela: celos indiscretos
no perturben tu paz, en tanto cuanto
de vida os diere aliento el cielo santo.
Yo vuelvo a renovar mi pena antigua,
buscando aquella, que me encubre el cielo; 555
y mientras donde está no se averigua,
un Sisifo seré nuevo en el suelo,
de noche, como sombra, o estantigua,
llena la vista de inmortal desvelo,
por ver el fin de mis trabajos largos, 560
un lince habré de ser con ojos de Argos.

(Éntrese DON AMBROSIO.)

MARCELA Desesperado se parte.

DON ANTONIO Yo sin esperanza quedo,
dulce Marcela, de hallarte.

DON FRANCISCO Haz cuenta, amigo, que envías 565
en este amante curioso

a buscar tu gloria espías.

DON ANTONIO Con todo estoy temeroso
que son tiernas sus porfías,
y muchas, que es lo peor. 570

DON FRANCISCO Yo lo tengo por mejor:
que este anzuelo ha de sacar
del profundo de la mar
la perla que escondió amor.

(Éntranse DON FRANCISCO y DON ANTONIO.)

CARDENIO No ha sido extremado el cuento, 575
¿señora prima?

MARCELA Sí ha sido;
aunque de él me ha parecido
ir mi hermano descontento,
pensativo y desabrido.
Y es la causa que la dama 580
que aquel busca, adora y ama,
como quiere amor tirano,
es la misma que mi hermano
quiere, busca, nombra y llama;
y yo simple imaginaba 585
ser yo la hermosa Marcela,
a quien mi hermano llamaba;
y con malicia y cautela
a las manos le miraba,
a los ojos y a la boca, 590
y con no advertencia poca
ponderaba sus razones,
sus movimientos y acciones.

DOROTEA Curiosidad simple y loca.
Pídele perdón.

MARCELA No quiero; 595
pues nunca arraigó en mi pecho
el pensamiento primero.

CARDENIOY más que te ha satisfecho
tan llano y tan por entero.

MUÑOZ¿Hemos de hacer la visita 600
de mi señora doña Ana?

MARCELATodavía es de mañana,
y el frío la gana quita
de hacer visitas agora.
Ven, amiga Dorotea, 605
vamos donde el sol nos vea:
insufrible frío hace.

(Éntranse MARCELA y DOROTEA.)

TORRENTEEl tuyo a mí me desplace.
¿Para qué veniste aquí,
Cardenio, si te has de estar 610
como una estatua sin lengua?
Allá voy, y no hago mengua.
¿Piensas que se te ha de entrar
la ventura por la puerta,
y arrojársete en la cama? 615

CARDENIOA mi hielo y a mi llama
ningún medio las concierto.
Cuando de Marcela ausente
algún breve espacio estoy,
ardo de atrevido, y doy 620
en pensar que soy valiente.
Pero apenas me da el cielo
lugar para a solas vella,
cuando estoy, estando ante ella,
frío mucho más que el hielo. 625

TORRENTECon ese hielo no habrá
ostugo que nos alcance.

MUÑOZCierto que yo he echado un lance,
que a los ojos me saldrá,
si a las espaldas no sale 630

primero. ¡Oh viejo imprudente!
Bien merecéis, inocente,
que se evapore y exhale
el alma con el más chico
temor, que te sobresalte. 635

Jornada III

Sale DON ANTONIO.

DON ANTONIO En la sazón del erizado invierno,
desnudo el árbol de su flor y fruto,
cambia en un pardo desabrido luto
las esmeraldas del vestido tierno:
mas aunque vuela el tiempo, casi eterno 5
vuelve a cobrar el general tributo;
y al árbol seco y de su humor enjuto,
halla con muestras de verdor interno.
Torna el pasado tiempo al mismo instante
y punto que pasó: que no lo arrasa 10
todo, pues templan su rigor los cielos;
pero no le sucede así al amante:
que habrá de perecer, si una vez pasa
por él la infernal rabia de los celos.

(Sale DON FRANCISCO.)

DON FRANCISCO ¿Siempre han de herir los vientos, 15
amigo, en cualquier sazón,
los ayes de tu pasión,
los ecos de tus lamentos?

DON ANTONIO Si acaso quiero entonar
alguna voz de alegría, 20
siento que la lengua mía
se me pega al paladar.
A mi angustia, a mi dolencia
no dan alivio los cielos:
que no le tienen los celos, 25
ni le consiente la ausencia.

DON FRANCISCO No hay extremo sin su medio;
ni es eterna humana suerte
sólo no tiene la muerte
en la vida algún remedio. 30
Naturaleza compuso
la suerte de los mortales,
entre bienes y entre males
como nos lo muestra el uso.
Esta verdad sé bien yo, 35
sin que en probarla porfíe
ayer lloraba el que hoy ríe;
y hoy llora el que ayer rió.

DON ANTONIO; Oh, qué filósofo vienes,
Don Francisco!

DON FRANCISCO Yo confieso 40
que lo soy por el progreso
de tus males y tus bienes.
Dame los brazos y albricias.

DON ANTONIO Los brazos, ves los aquí;
y las albricias de mí 45
llevarás, si las codicias;
pero yo no sé de qué
me las pides.

DON FRANCISCO Yo las pido
de que el amor ha entendido
los quilates de tu fe, 50
y te la quiere premiar
con entregarte a Marcela.

DON ANTONIO Sé que es burla, y llevarela
con tu gusto y mi pesar.
Pero no sé qué te mueve 55
a hacer burla de un amigo
tal como yo.

DON FRANCISCO Verdad digo,
y escucha, que seré breve.
Su padre de Marcela...

DON ANTONIO; Oh nombres cordialísimos, 60
de Marcela y su padre!

DON FRANCISCO Escucha, no seas tonto.

DON ANTONIO Escucho y solio

DON FRANCISCO Esta mañana, estando
en misa en San Jerónimo,
al salir de la iglesia 65
me tomó por la mano...

DON ANTONIO ¡Oh dulce toque!

DON FRANCISCO ¿Qué toque dulce puede
dar la mano de un viejo?
Traslúceseme, amigo,
que así estáis vos en vos, como en el cuento. 70

DON ANTONIO ¿Luego no fue Marcela
la que os tocó la mano?

DON FRANCISCO Que no, sino su padre.

DON ANTONIO No entendí bien: seguid, que estoy suspenso.

DON FRANCISCO Las pacíficas plantas 75
de las olivas verdes
fueron testigos ciertos
de estas palabras, que deciros quiero.

DON ANTONIO; Oh santísimos orbes
de todas las esferas, 80
a quien inteligencias
supernas rigen, mueven y gobiernan!
Haced que estas razones
en mi provecho sean:
lleguen a mis oídos, 85

siquiera esta vez sola, alegres nuevas.

DON FRANCISCO No se ande con esferas,
con globos y con máquinas
de inteligencias puras:
atienda, espere, escuche, advierta y mire, 90
a lo que en daño suyo,
o en su pro, sus amigos
quisieren descubrirle.

DON ANTONIO Atiendo, espero, escucho, advierto y miro.

DON FRANCISCO Digo, pues, que Don Pedro, 95
el padre de Marcela,
me dijo estas palabras...

DON ANTONIO ¿Es mucho que te diga que apresures
la comenzada plática,
de cuyo fin depende 100
o mi vida, o mi muerte?

DON FRANCISCO Díjome en fin...

DON ANTONIO Primero vendrá el mío.

DON FRANCISCO Colérico, enfadoso
está.

DON ANTONIO Cuerpo del mundo:
acaba, Don Francisco, 105
que está pendiente el alma de tu boca.

DON FRANCISCO Dijo que yo sea parte,
como que él nada entiende,
que a Marcela su hija
se la demandes por mujer.

DON ANTONIO ¿Qué escucho! 110
¿Búrlaste, amigo? ¿O quieres
con falsas esperanzas

entretener las mías?

DON FRANCISCO No burlo, juro a Dios, verdad te digo.

DON ANTONIO Dame esos pies...

DON FRANCISCO Levanta. 115

DON ANTONIO Y pídemelo en albricias
el alma; y te la diera,
si ya a Marcela dado no la hubiera.
Mas dime, dulce amigo,
¿tocaste por ventura 120
el cuerpo de Don Pedro?
¿Viste si era fantasma, o no?

DON FRANCISCO Perdido
estás de esa cabeza.

DON ANTONIO ¿Que era don Pedro Osorio,
el padre de Marcela? 125

DON FRANCISCO El mismo.

DON ANTONIO ¿El mismo?

DON FRANCISCO El mismo: ¿qué es aquesto?

DON ANTONIO A tanta desventura
está el corazón hecho,
que no puede dar crédito
a las dichosas nuevas que le intimas; 130
pero habrá de creerte,
en fe que tú las dices:
que el buen amigo vemos
que es pedazo del alma de su amigo.

DON FRANCISCO Busca a Don Pedro Osorio, 135
y pídele a su hija

por legítima esposa.

DON ANTONIO¿Dónde la tiene?

DON FRANCISCOEn Santa Cruz la tiene
un monasterio santo,
que está puesto muy cerca 140
de Torrejón y Cubas,
orden del rico capitán de pobres.

DON ANTONIO¿Qué le movió a llevarla
a tanto encerramiento?

DON FRANCISCONo me metí en dibujos: 145
no te pregunté nada: sólo estuve
atento a su demanda;
y con la ligereza
posible vine a darte
la dulce, que has oído, alegre nueva. 150

DON ANTONIOVamos, amigo.

DON FRANCISCOVamos;
aunque Don Pedro agora
no está en Madrid.

DON ANTONIO¿Pues dónde

DON FRANCISCOA Santa Cruz es ido,
y volverá mañana. 155

DON ANTONIOVamos a dar al cielo
gracias, porque ha mirado mi buen celo.

(Éntranse DON FRANCISCO y DON ANTONIO. Salen DON SILVESTRE DE
ALMENDAREZ, el verdadero, con una gran cadena de oro, o que lo
parezca, y CLAVIJO, su criado.)

DON SILVESTRE Si no llega al retrato su hermosura,
y de ella ha declinado alguna parte,
podrá buscar en otra su ventura. 160

CLAVIJO Señor, lo que yo puedo aconsejarte
es que procures que la vista sea
la que de esta verdad ha de informarte
y si tu prima acaso fuere fea,
no faltarán excusas con que impidas 165
el lazo que se teme y se desea:
que a darse el matrimonio por dos vidas,
las glorias que no diera la primera,
fueran en la segunda prevenidas.
Un ñudo solo, dado a la ligera, 170
aprieta, estrecha, y liga de tal suerte,
que dura hasta la hora postrimera.
No fue de Gordiano el lazo fuerte
tan duro de romper, como este ñudo,
que solo se desata con la muerte. 175
Mancebo eres, pero muy sesudo;
y así de que has de hacer como discreto,
tan confiado estoy, que en nada dudo.

DON SILVESTRE De seguir tus consejos te prometo.
Ésta es buena coyuntura, 180
porque imagino que es esta
mi prima.

CLAVIJO Como es hoy fiesta,
saldrá a misa.

DON SILVESTRE ¡Gran ventura!
De mi primo ésta es la casa:
ella es, no hay que dudar. 185

CLAVIJO Toda la puedes mirar,
si es que descubierta pasa.

(Salen MARCELA y DOROTEA con mantos, y detrás QUIÑONES, con una almohada de terciopelo, y MUÑOZ, que lleva a MARCELA de la mano.)

MARCELA ¿Don Silvestre queda en casa?

DOROTEASí señora, y acostado.

MARCELAMi primo es tan regalado, 190
que ya de lo honesto pasa.
¿Traes, Dorotea, las horas?

DOROTEASí, señora.

MUÑOZEI corazón
me dice que hoy el sermón
tiene de durar tres horas. 195

(Al pasar DON SILVESTRE y CLAVIJO, hacen a MARCELA una gran reverencia, y ella ni más ni menos.)

Pero yo le oiré de modo,
que fastidio no me pille.

MARCELA¿Luego no pensáis oírle?

MUÑOZAAlguna parte, no todo.

(Éntranse MARCELA, MUÑOZ, DOROTEA y QUIÑONES.)

DON SILVESTREÉsta es Marcela mi prima, 200
y al retrato se parece.

CLAVIJOPor cierto que ella merece
ser tenida por la prima
de hermosura y gentileza;
y estaría en perfección 205
grande, si su discreción
llega donde su belleza.

DON SILVESTREPrimo y Don Silvestre dijo,
y que quedaba acostado,
y que era muy regalado: 210
¿qué infieres de esto, Clavijo?

CLAVIJO De lo que pueda inferir
mi ingenio no se resuelve:
mas el escudero vuelve,
que nos lo podrá decir. 215

(Vuelve MUÑOZ.)

MUÑOZ Viejo en pie, largo sermón,
temblores de puro frío,
y el estómago vacío,
no llaman la devoción.
Aquí al sol estaré, en tanto 220
que se quiebra la cabeza
este fraile, rica pieza,
que todos tienen por santo.

CLAVIJO Díganos, señor galán,
quién es aquesta señora, 225
que entró de la mano ahora?

MUÑOZ ¿Adónde?

CLAVIJO En San Sebastián.

MUÑOZ Es Marcela de Almendarez,
doncella la más garrida,
que vive en toda la corte, 230
más honesta y recogida.
Es su hermano Don Antonio
de Almendarez: tiene en Indias
un hermano de su padre,
rico a las mil maravillas: 235
un hijo del cual en casa
se huelga a pierna tendida,
esperando si de Roma
el padre santo le envía
licencia para casarse 240
con Marcela, que es su prima.

DON SILVESTRE ¿Y llámase?

MUÑOZ Don Silvestre
de Almedarez, y es de Lima,
y a nuestra casa llegó,
puedo decir en camisa 245
porque en una gran tormenta
echó al mar dos mil valijas,
llenas de tejuelos de oro
finísimo y plata fina;
y entre ellos fue mi bayeta, 250
que fue oída y no fue vista.

CLAVIJO ¡Válame Dios! ¡Grave caso!

MUÑOZ Éste que viene, podría
contaros el caso grave
con más luenga narrativa: 255
que se halló presente a todo,
con gran dolor de su ánima.

DON SILVESTRE Anima querréis decir.

MUÑOZ No me importa a mí una guinda
pronunciar con dinguinduges. 260

(Sale TORRENTE.)

TORRENTE Muñoz, ¿en qué está la misa?

MUÑOZ En el misal: ahora empieza.

TORRENTE ¿Pasó por aquí Cristina?

MUÑOZ Entre la cruz creo que andas,
Torrente, y la agua bendita. 265
Bastan las de vuestros ojos,
sin buscar ajenas niñas:
que es Ocaña apitonado,
y sabe mucho de esgrima.

TORRENTE En este caso y en otros, 270
¿mondo yo por dicha níspolas?
Y cuando no, su cabeza
tiene de guardar la mía.

(Llega un CARTERO, de estos que andan por la corte dando las cartas del correo.)

CARTERO Don Antonio de Almdarez,
¿saben dónde vive a dicha, 275
señores?

MUÑOZ Hombre de bien,
a la vuelta, en una esquina:
¿son de Roma?

CARTERO Sí, señor.

MUÑOZ La dispensación sería,
que aguarda el gran peregrino, 280
y la en beldad peregrina.
¿cuánto es el porte?

CARTERO Un escudo.

MUÑOZ Hoste puto; vaya y diga
al mayordomo de casa
que le pague, y la reciba. 285

(Éntrase el CARTERO.)

TORRENTE Agora sí que tendremos
gusto abierto y rica gira
regodeos hasta el tope,
lautas y limpias comidas
mudaremos este pelo 290
de sayal con cebollinas

martas.

MUÑOZ Procurad que sean
ajunas, que son más finas.

DON SILVESTRE Con tantos gustos sin duda
que olvidaréis la tormenta 295
que pasastes, que a mi cuenta
debió ser en la Bermuda:
que siempre en aquel paraje
hay huracanes malignos.

TORRENTE Tanto, que de peregrinos 300
hicimos pleito homenaje,
yo y mi señor Don Silvestre:
mas yo tengo por lunático
quien sube en caballo acuático,
cuando le tiene terrestre 305
a la sorda y a la muda
íbamos muy sin placer,
cuando llegamos a ver
la venta de la Barbuda
pero tenía cerradas 310
las puertas, si viene a mano;
y no hay fiarse cristiano
de viejas que son barbadas.

DON SILVESTRE ¿Y la canal de Bahama
pasose sin detrimento? 315

TORRENTE Otra canal yo no siento
que aquesta, por do derrama
sus dulces licores Baco.

CLAVIJO ¿Dónde se alijó el navío?

TORRENTE No le alijó el señor mío, 320
que le tuvo por bellaco;
y más que espera tener
hijos en su prima hermosa.

MUÑOZ La respuesta, aunque graciosa,

nos ha de echar a perder. 325

DON SILVESTRE En el golfo de las Yeguas
sería el trance cruel.

TORRENTE Creo que pasamos de él
desviados cuatro leguas.

CLAVIJO ¿Y dónde se tomó tierra? 330

TORRENTE En el suelo.

DON SILVESTRE Dice bien.

MUÑOZ Vuestas mercedes nos den
licencia.

DON SILVESTRE Donaire encierra
el peregrino: en verdad
que si aspirara a piloto, 335
que yo le diera mi voto
con poca dificultad;
porque describe los puertos
y los golfos bravamente.

(Étranse.)

MUÑOZ Es estimado Torrente 340
de los pilotos más ciertos
que encierra Guadalcanal
Alanis, Jerez, Cazalla.

TORRENTE Baco en sus Indias se halla,
pasando por mi canal. 345

MUÑOZ Si la plática no atajo
en ocasión oportuna,
vos os veis, sin duda alguna,

Torrente amigo, en trabajo.

(Éntranse TORRENTE y MUÑOZ. Salen DON ANTONIO, DON FRANCISCO Y DON AMBROSIO, que trae un papel en la mano.)

DON AMBROSIO Si de esto albricias no dais, 350
o esta verdad no creéis,
ni de mi mal os doléis,
Ni de mi bien os holgáis.
Tras la noche triste mía,
amarga, lóbrega, oscura, 355
hizo salir la ventura
claro sol y alegre dio.
Por las levantadas cumbres
de imposibles, que temí,
mi luz clara salir vi, 360
llena de piadosas lumbres,
que como nortes me guían
al puerto con dulces modos,
y de los peligros todos
del mar de amor me desvían. 365
Ya Marcela ha parecido:
y con esa letra y firma,
todos mis bienes confirma:
ya, cual veis, soy su marido.

DON ANTONIO ¿Sabéis vos que ésta es su mano 370
y firma?

DON AMBROSIO Sin duda alguna.

DON ANTONIO Con tan próspera fortuna
bien es que os mostréis ufano;
pero de su padre sé
que la casa en otra parte. 375

DON AMBROSIO Él ni nadie será parte
a que se rompa la fe,
que con sangre viene escrita
en ese papel que veis.

DON ANTONIOHaga amor que la gocéis 380
luengo tiempo en paz bendita.
Tomad, y hágaos buen provecho
vuestra ventura extremada.

DON FRANCISCOLa mujer determinada
pone a todo trance el pecho. 385
Pero veis aquí do viene
el padre de vuestra esposa.

DON AMBROSIOEsperarle aquí no es cosa
que a mis designios conviene.

(Sale DON PEDRO OSORIO, el padre de MARCELA; y vase DON
AMBROSIO; y
sale también OCAÑA.)

DON ANTONIOComo fue demanda honesta 390
la que os hice, vengo a ver,
si vino a corresponder
con mi intención la respuesta,
que ya en público la pido.

DON PEDRONo quiero ya que rodeos 395
encubran que mis deseos
no son de padre advertido:
daré al señor Don Antonio,
de este modo lo diré,
mi alma, pues le daré 400
a mi hija en matrimonio.
En ella le daré esposa
bien nacida, cual se sabe,
y un extremo adonde cabe
el mayor de ser hermosa: 405
una niña, a quien apenas
el sol ni el viento han tocado
un armiño aprisionado
con religiosas cadenas
una, que son sus cuidados 410
de simple y tierna doncella;
y ofrezco en dote con ella
de renta dos mil ducados.

DON ANTONIO Con mucho gusto, señor
Don Pedro Osorio, hiciera 415
lo que tan bien me estuviera;
mirando a vuestro valor
mas la señora Marcela
ha ganado por la mano
a vuestro intento tan sano, 420
que en honrarla se desvela;
ella se ha escogido esposo,
que es el que salió de aquí.

DON PEDRO ¿Mi hija Marcela?

DON ANTONIO Sí.

DON PEDRO Padre triste, viejo astroso, 425
¿qué escuchas? ¿Cómo es aquesto?

DON ANTONIO Una cédula le ha dado
de su mano, donde ha echado
de lo que es amor el resto.

DON PEDRO Será falsa.

DON ANTONIO Podría ser; 430
pero imagino que no.

DON PEDRO ¿Pues para qué os la mostró?

DON ANTONIO Turba el sentido el placer.

DON PEDRO No os quiero pedir nada,
ni es razón que os lo pida, 435
hijo, que si lo fuéades,
remozara mis canas y mis días.
Hijas inobedientes,
que al curso de los años
anticipáis el gusto, 440
destrúyaos Dios: los cielos os maldigan.

(Éntrase DON PEDRO OSARIO.)

DON ANTONIOMi gozo está en el pozo.

DON FRANCISCO¿Y si es falsa la cédula?

DON ANTONIOAunque lo sea, amigo,
ya el honor titubea de Marcela 445
cuanto más que se sabe
que es bueno don Ambrosio,
y no levantaría
tan grande testimonio.

DON FRANCISCOAsí lo creo.

DON ANTONIODoncella de escritorios, 450
de públicas audiencias
de pruebas y testigos,
no es para mí.

OCAÑASentencia aristotélica.

(Salen CARDENIO y TORRENTE.)

TORRENTE¿A cuándo, cuitado, aguardas?
¿Qué diligencias has hecho, 455
que te sean de provecho?
¿A qué esperas, a qué tardas?
Lugar tienes y ocasión
para rogar y fingir

CARDENIOYo tengo para morir, 460
no para hablar, corazón.

TORRENTETu silencio ha de ser causa
de toda tu desventura.

CARDENIO Su honestidad y hermosura
ponen en mi intento pausa. 465
Al cabo habré de morir
callando.

TORRENTE ¡Qué simple amante!

CARDENIO Medroso, mas no ignorante.

TORRENTE Todo lo puedes decir.

(Salen MARCELA, DOROTEA, MUÑOZ, CRISTINA y QUIÑONES.)

MARCELA La torpeza en vos se halla: 470
caminad, que os valga Dios.

OCAÑA Uno a uno, dos a dos,
juntado se ha gran batalla.

(Salen SILVESTRE y CLAVIJO.)

DON SILVESTRE ¿Un Don Silvestre está aquí,
que tiene por sobrenombre 475
de Almendarez?

CARDENIO Gentilhombre,
yo soy, ¿qué queréis de mí?

DON SILVESTRE Dadme, señor, vuestros pies,
que soy grande servidor
de vuestro padre.

CARDENIO Señor, 480
Cortés, mas no tan cortés.

DON SILVESTRE Diez mil pesos ensayados,

con vos, me escribe mi padre,
me envía, y tres mil mi madre.

TORRENTEPesos serán bien pesados: 485
catorce mil se tragó
el mar, como soy testigo.

DON SILVESTRETrece mil son los que digo.

TORRENTECatorce mil digo yo.

CARDENIOEs verdad, yo recibí, 490
señor, todo ese dinero;
pero el mar...

CLAVIJOAquí no hay pero.

DON SILVESTREYo responderé por mí
callad vos. También me envía
de vuestra prima un retrato. 495

TORRENTESorbiósele el mar ingrato,
sin guardarle cortesía.
Pensamos que se amansara,
tocándole su figura,
y por respeto y mesura 500
en su lecho se acostara
pero fue tan mal mirado,
que alzó montes sobre montes,
y escondió los horizontes,
y aun la faz del sol dorado. 505

MARCELANO era reliquia el retrato.

CLAVIJONo; pero si él le arrojara
con devoción, se mostrara
manso el mar, y el cielo grato.

TORRENTETodo esto en la memoria 510
no está, Muñoz, que nos diste;

y si nos caen en el chiste,
nuestra desdicha es notoria.

DON SILVESTRE¿Vuesa merced tiene acaso
otro hermano?

CARDENIOSí, señor. 515

MUÑOZNo, señor: ¡oh grande error!
Mil sustos de muerte paso.

CLAVIJO¿Cómo se llama?

TORRENTEDon Juan
de Almdarez.

DON SILVESTRE¿Qué edad tiene?

TORRENTEAquella que le conviene. 520

OCAÑAExaminando los van,
y yo no sé para qué.

DON SILVESTRE¿Tocaron en la Bermuda?

TORRENTEYa he dicho de esa Barbuda
otra vez lo que yo sé. 525

DON SILVESTRENo ingenio, más ignorancia
es fabricar la maldad,
de quien está la verdad
no dos dedos de distancia.
Yo soy, señor Don Antonio, 530
vuestro primo verdadero;
y de ser este embustero
darán claro testimonio
mis papeles, y el retrato
de mi señora Marcela. 535

MUÑOZEl alma se me rebela:
si hoy no me muero, me mato.

DON SILVESTRE Dame, señora, esos pies,
por vuestro primo y esposo.

DON FRANCISCO ¡Éste es caso prodigioso! 540

MARCELA Cortés, mas no tan cortés.

TORRENTE Tres días ha, desventurado,
que por no querer hablar,
te has de ver, a bien librar,
en galeras, y azotado. 545
Embistiérasla, maligno,
y no aguardaras a verte
en la desdichada suerte,
y en el traje peregrino.

DON FRANCISCO ¿Quién eres?

CARDENIO Un estudiante. 550

TORRENTE Yo su capigorrón,
que tengo de socarrón
harto más que de ignorante.

CARDENIO Solicítame el amor
a entrar en esta conquista, 555
a la sombra de una lista.

TORRENTE Que la escribió este traidor
de Muñoz.

MUÑOZ Dios sea conmigo:
llegó de Muñoz el fin.

DON ANTONIO ¡Ah, escudero viejo y ruin! 560

OCAÑA Eso pido, y eso digo.

CARDENIO Estos soles sobrehumanos,
por quien mi mal crece y mengua.
Pusieron freno a mi lengua,
como esposas a mis manos. 565
En los rayos de sus ojos
se despuntaban los míos;
y nunca mis desvaríos
llegaron a darla enojos.
Si me queréis castigar, 570
primero advertid, señores,
que los yerros por amores
son dignos de perdonar.

DON ANTONIO En albricias el perdón
te diera; mas tengo aviso, 575
que el Pontífice no quiso
conceder dispensación
entre mi primo y mi hermana.

MARCELA Casamientos de parientes
tienen mil inconvenientes. 580

CLAVIJO El favor todo lo allana.
Yo iré a Roma, y la traeré.

DON SILVESTRE Yo, aunque primo verdadero,
ni quedarme en casa quiero,
ni poner en ella el pie: 585
que la honra de mi prima
ha de ir contino adelante,
sin que haya otro estudiante
que la asombre, o que la oprima.

CRISTINA ¿No ha de haber un casamiento 590
en esta casa jamás?

OCAÑA Tú, Cristina, le harás,
Si te ajustas a mi intento.

CRISTINA Yo me ajusto al de Quiñones.

QUIÑONES Pues yo no me ajusto al tuyo. 595

CRISTINA ¿Tú para no ser mi cuyo
hallas razón?

QUIÑONES Y razones.

CRISTINA Ocaña, si me deseas,
vesme aquí.

OCAÑA No es mi linaje
tal, que lo que arroja un paje 600
escoja yo, ni tal creas.

TORRENTEA no estar temiendo aquí
la penca de algún verdugo,
ése arrojado mendrugo
lo tomara para mí. 605

MARCELA Con licencia de mi hermano
y de mi primo, yo quiero
sentenciar al escudero,
y al gran embustero indiano.
Trocará la mano el juego, 610
a cuyas leyes me arrimo:
quedarse ha en casa mi primo,
y él se salga de ella luego.
Lleve su vergüenza a cuestras,
que es la venganza mayor, 615
que puede tornar amor
de invenciones como aquestas.
A Muñoz le doy la pena
que da el arrepentimiento
y el destierro.

MUÑOZY Yo bien siento 620
ser ángel el que condena.
Mi alma no se alboroz
con sentencia que es tan pía,

pues ve que yo merecía
azotes, si no corozca. 625

OCAÑA Bien haya la lacayuna,
humilde y valiente raza,
pues que traiciones no traza
para subir su fortuna.
Junto a la caballeriza, 630
y al olor de su caballo,
con sus brindis siento y hallo
que sus gustos solemniza.

CRISTINA De Quiñones desechada,
y de Ocaña no escogida, 635
aún no he de quedar perdida,
porque espero ser ganada.
Hace quien se desespera
un grandísimo pecado,
y es refrán muy bien pensado, 640
que tal vendrá, que tal quiera.

DOROTEYA Yo sola soy sin ventura
es tan corto el hado mío.
Que no ha alcanzado mi brío
lo que impide la hermosura. 645
Nunca he sido requebrada,
ni sé amor a lo que sabe;
mas esto y mucho más cabe
en la ventura quebrada.

TORRENTESiento en aqueste desastre 650
sólo el perder a Cristina.

MUÑOZ Camina, Muñoz, camina,
pobre, sin bayeta y sastre.
(Éntrase.)

DOROTEASin Marcela, Don Antonio
se entra amargo el corazón. 655
(Éntrase.)

DON SILVESTREY yo sin dispensación.
(Éntrase.)

CRISTINA Cristina sin matrimonio.
(Éntrase.)

CLAVIJO Yo seguiré de mi amigo
los pasos, medio contento.
(Éntrase.)

DON FRANCISCO Yo alabaré el pensamiento 660
de Don Antonio, a quien sigo.
(Éntrase.)

MARCELA Yo quedaré en mi entereza,
no procurando imposibles,
sino casos convenibles
a nuestra naturaleza. 665
(Éntrase.)

OCAÑA Esto en este cuento pasa:
los unos por no querer,
los otros por no poder,
al fin ninguno se casa.
De esta verdad conocida 670
pido me den testimonio,
que acaba sin matrimonio
la Comedia Entretenida.
(Éntrase.)

La Guarda cuidadosa

Entremés

PERSONAJES

UN SOLDADO.
AMO.
AMA.

PASILLAS.
UN ZAPATERO.
UN MOZO.
UN SACRISTÁN.
OTRO MOZO.
MÚSICOS.
CRISTINA.

(Sale un SOLDADO a lo pícaro, con una muy mala banda y un antojo, y detrás de él un mal SACRISTÁN.)

SOLDADO.- ¿Qué me quieres, sombra vana?

SACRISTÁN.- No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLDADO.- Pues con todo eso, por la fuerza de mi desgracia te conjuro que me digas ¿quién eres y qué es lo que buscas por esta calle?

SACRISTÁN.- A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha: que soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristán de esta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas y no hallas.

SOLDADO.- ¿Buscas por ventura a Cristinica, la fregona de esta casa?

SACRISTÁN.- Tú dixisti.

SOLDADO.- Pues ven acá, sota-sacristán de Satanás.

SACRISTÁN.- Pues voy allá, caballo de Ginebra.

SOLDADO.- Bueno: sota y caballo; no falta sino el rey para tomar las manos. Ven acá, digo otra vez, ¿y tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mía?

SACRISTÁN.- ¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mía?

SOLDADO.- Vive Dios que te dé mil cuchilladas, y que te haga la cabeza pedazos.

SACRISTÁN.- Con las que le cuelgan de esas calzas, y con los de ese vestido, se podrá entretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

SOLDADO.- ¿Has hablado alguna vez a Cristina?

SACRISTÁN.- Cuando quiero.

SOLDADO.- ¿Qué dádivas le has hecho?

SACRISTÁN.- Muchas.

SOLDADO.- ¿Cuántas, y cuáles?

SACRISTÁN.- Dile una de estas cajas de carne de membrillo, muy grande, llena de cercenaduras de hostias blancas como la misma nieve; y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

SOLDADO.- ¿Qué más le has dado?

SACRISTÁN.- En un billete envueltos cien mil deseos de servirla.

SOLDADO.- ¿Y ella cómo te ha correspondido?

SACRISTÁN.- Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

SOLDADO.- ¿Luego no eres de epístola?

SACRISTÁN.- Ni aun de completas: motilón soy, y puedo casame cada y cuando me viniere en voluntad; y presto lo veredes.

SOLDADO.- Ven acá, motilón arrastrado, respóndeme a esto que preguntar te quiero: si esta muchacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, a la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá a la grandeza de las mías? Que el otro día le envié un billete amoroso, escrito, por lo menos, en un rey de un memorial que di a su majestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes: que no cae en mengua el soldado, que dice que es pobre: el cual memorial salió decretado y remitido al limosnero mayor; y sin atender a que sin duda ninguna me podía valer cuatro o seis reales, con liberalidad increíble, y con desenfado notable, escribí en el revés de él, como he dicho, mi billete; y sé que de mis manos pecadoras llegó a las tuyas casi santas.

SACRISTÁN.- ¿Haste enviado otra cosa?

SOLDADO.- Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias, que para descubrir su pasión los buenos enamorados usan, y deben de usar en todo tiempo y sazón.

SACRISTÁN.- ¿Hasle dado alguna música concertada?

SOLDADO.- La de mis lamentos y congojas, la de mis ansias y pesadumbres.

SACRISTÁN.- Pues a mí me ha acontecido dársela con mis campanas a cada paso, y tanto, que tengo enfadada a toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, solo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome a su servicio; y aunque haya de tocar a muerto, repico a vísperas solemnes.

SOLDADO.- En eso me llevas ventaja; porque no tengo que tocar, ni cosa que lo valga.

SACRISTÁN.- ¿Y de qué manera ha correspondido Cristina a la infinidad de tantos servicios como le has hecho?

SOLDADO.- Con no verme, con no hablarme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas cuando jabona, y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y a su puerta; porque soy su guarda cuidadosa, soy en fin el perro del hortelano, etc. Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno mientras yo viviere: por eso váyase de aquí el señor sota-sacristán, que por haber tenido y tener respeto a las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascos.

SACRISTÁN.- A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

SOLDADO.- El hábito no hace el monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; y váyase que haré lo que dicho tengo.

SACRISTÁN.- ¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quién es Callejas.

SOLDADO.- ¿Qué puede ser un Pasillas?

SACRISTÁN.- Agora lo veredes, dijo Agrages.

(Éntrase el SACRISTÁN.)

SOLDADO.- ¡Oh mujeres, mujeres, todas las más, mudables y antojadizas! ¿Dejas, Cristina, a esta flor, a este jardín de la soldadesca, y acomodaste con el muladar de sota-sacristán, pudiendo acomodarte con un sacristán entero, y aun con un canónigo? Pues yo procuraré que te entre en mal provecho si puedo, aguando tu gusto, con ojear de esta calle y de tu puerta los que imagina que por alguna vía pueden ser tus amantes: y así vendré a alcanzar nombre de la guarda cuidadosa.

(Entra un MOZO, con su caja y ropa verde, como estos que piden limosna para alguna imagen.)

MOZO.- Den por Dios para la lámpara de aceite de señora santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos. Ha de casa: ¿dan la limosna?

SOLDADO.- Hola, amigo santa Lucía, ven acá: ¿qué es lo que queréis en esa casa?

MOZO.- ¿Ya vuesa merced no lo ve? Limosna para la lámpara del aceite de señora santa Lucía.

SOLDADO.- ¿Pedís para la lámpara, o para el aceite de la lámpara? Que como decís limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite, y no el aceite de la lámpara.

MOZO.- Ya todos entienden que pido para aceite de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.

SOLDADO.- ¿Y suelen os dar limosna en esta casa?

MOZO.- Cada día dos maravedís.

SOLDADO.- ¿Y quién sale a dároslos?

MOZO.- Quien se halla más a mano; aunque las más veces sale una fregoncita, que se llama Cristina, bonita como un oro.

SOLDADO.- Así que ¿es la fregoncita bonita como un oro?

MOZO.- Y como unas perlas.

SOLDADO.- De modo ¿que no os parece mal a vos la muchacha?

MOZO.- Pues aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.

SOLDADO.- ¿Cómo os llamáis? Que no querría volveros a llamar santa Lucía.

MOZO.- Yo, señor, Andrés me llamo.

SOLDADO.- Pues, señor Andrés, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de a ocho, y haga cuenta que va pagado por cuatro días de la limosna que le dan en esta casa y suele recibir por mano de Cristina; y váyase con Dios; y séale aviso que por cuatro días no vuelva a llegar a esta puerta, ni por lumbre, que le romperé las costillas a coces.

MOZO.- Ni aún volveré en este mes, si es que me acuerdo: no tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy. (Vase.)

SOLDADO.- No sino dormíos, guarda cuidadosa.

(Entra otro MOZO vendiendo y pregonando tranzaderas, holanda de

Cambray, randas de Flandes, e hilo portugués.)

UNO.- ¿Compan tranzaderas, randas de Flandes, Holanda, Cambray, hilo portugués?

(CRISTINA a la ventana.)

CRISTINA.- Hola, Manuel: ¿traéis vivos para unas camisas?

UNO.- Sí traigo, y muy buenos.

CRISTINA.- Pues entra, que mi señora los ha menester.

SOLDADO.- ¡Oh estrella de mi perdición, antes que norte de mi esperanza! Tranzaderas, o como os llamáis, ¿conocéis aquella doncella, que os llamó desde la ventana?

UNO.- Sí conozco; ¿pero por qué me lo pregunta vuesa merced?

SOLDADO.- ¿No tiene muy buen rostro, y muy buena gracia?

UNO.- A mí así me lo parece.

SOLDADO.- Pues también me parece a mí que no entre dentro de esa casa, sino, por Dios juro de molelle los huesos, sin dejarle ninguno sano.

UNO.- ¿Pues no puedo yo entrar adonde me llaman para comprar mi mercadería?

SOLDADO.- Vaya, no me replique, que haré lo que digo y luego.

UNO.- Terrible caso: pasito, señor soldado, que ya me voy.

(Vase MANUEL. CRISTINA a la ventana.)

CRISTINA.- ¿No entras, Manuel?

SOLDADO.- Ya se fue Manuel, señora la de los vivos, y aun señora la de los muertos, porque a muertos y a vivos tienes debajo de tu mando y señorío.

CRISTINA.- ¡Jesús, y qué enfadoso animal! ¿Qué quieres en esta calle y en esta puerta?

(Éntrase CRISTINA.)

SOLDADO.- Encubriose y púsose mi sol detrás de las nubes.

(Entra un ZAPATERO con unas chinelas pequeñas, nuevas, en la mano; y yendo a entrar en casa de CRISTINA detiéndole el SOLDADO.)

SOLDADO.- ¿Señor bueno, busca usted algo en esta casa?

ZAPATERO.- Sí busco.

SOLDADO.- ¿Y a quién, si fuere posible saberlo?

ZAPATERO.- ¿Por qué no? Busco a una fregona, que está en esta casa, para darle estas chinelas que me mandó hacer.

SOLDADO.- ¿De manera, que usted es su zapatero?

ZAPATERO.- Muchas veces la he calzado.

SOLDADO.- ¿Y hale de calzar ahora estas chinelas?

ZAPATERO.- No será menester: si fueran zapatillos de hombre, como

ella los suele traer, sí calzara.

SOLDADO.- ¿Y éstas están pagadas, o no?

ZAPATERO.- No están pagadas, que ella me las ha de pagar agora.

SOLDADO.- ¿No me haría usted una merced, que sería para mí muy grande? Y es, que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta desde aquí a dos días, que espero tener dineros en abundancia.

ZAPATERO.- Sí haré por cierto: venga la prenda, que como soy pobre oficial, no puedo fiar a nadie.

SOLDADO.- Yo le daré a usted un mondadientes, que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene usted la tienda, para que vaya a quitarle?

ZAPATERO.- En la calle Mayor, en un poste de aquellos, y llámome Juan Juncos.

SOLDADO.- Pues, señor Juan Juncos, el mondadientes es éste, y estímele usted en mucho, porque es mío.

ZAPATERO.- ¿Pues una biznaga, que apenas vale dos maravedís, quiere usted que estime en mucho?

SOLDADO.- ¡Oh pecador de mí! No la doy yo sino para recuerdo de mí mismo; porque cuando vaya a echar mano a la faldriquera, y no halle la biznaga, me venga a la memoria que la tiene usted y vaya luego a quitalla; sí, a fe de soldado, que no la doy por otra cosa; pero si no está contento con ella añadiré esta banda y este antojo: que al buen pagador no le duelen prendas.

ZAPATERO.- Aunque zapatero, no soy tan descortés, que tengo de despojar a vuestra merced de sus joyas y preseas: vuestra merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más a cuento.

SOLDADO.- ¿Cuántos puntos tienen?

ZAPATERO.- Cinco escasos.

SOLDADO.- Mas escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros. Escuche vuestra merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso, que me ha salido medido: Chinelas de mis entrañas.

ZAPATERO.- ¿Es poeta vuestra merced?

SOLDADO.-

Famoso, y agora lo verá estéme atento.

(Chinelas de mis entrañas.)

(Glosa.)

Es amor tan gran tirano,
que olvidado de la fe
que le guardo, siempre en vano
hoy con la funda de un pie,
da a mi esperanza de mano.

Éstas son vuestras hazañas,
fundas pequeñas y hurañas

que ya mi alma imagina
que sois, por ser de Cristina,
chinelas de mis entrañas.

ZAPATERO.- A mí poco se me entiende de trovas; pero estas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son o parecen buenas.

SOLDADO.- Pues, señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mí mal halladas, lléVELO, a lo menos, de que vuestra merced me las guarde hasta desde aquí a dos días, que yo vaya por ellas; y por ahora digo por esta vez al señor zapatero que no ha de ver ni hablar a Cristina.

ZAPATERO.- Yo haré lo que me manda el señor soldado; porque se me trasluce de qué pies cojea, que son dos, el de la necesidad y el de los celos.

SOLDADO.- Ése no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

ZAPATERO.- ¡Oh celos, celos, cuán mejor os llamaran duelos, duelos!
(Éntrase el ZAPATERO.)

SOLDADO.- No sino no seáis guarda, y guarda cuidadosa, y veréis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento: ¿pero qué voz es esta? Sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando cuando barre o friega.

(Suenan dentro platos, como que friegan y cantan:)

Sacristán de mi vida, tenme por tuya,
y fiado en mi fe canta aleluya.

SOLDADO.- Oídos que tal oyen: sin duda el sacristán debe de ser el brinco de su alma. ¡Oh platera la más limpia que tiene, tuvo o tendrá el calendario de las fregonas! ¿Por qué así como limpias esa loza talaveril, que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

(Entra el AMO de CRISTINA.)

AMO.- Galán, ¿qué quiere, o qué busca a esta puerta?

SOLDADO.- Quiero más de lo que sería bueno, y busco lo que no hallo; ¿pero quién es vuestra merced que me lo pregunta?

AMO.- Soy el dueño de esta casa.

SOLDADO.- ¿El amo de Cristinica?

AMO.- El mismo.

SOLDADO.- Pues lléguese vuestra merced a esta parte, y tomo este envoltorio de papeles, y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veintidós fes de veintidós generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras treinta y cuatro de otros tantos maestros de campo, que se han dignado de honrarme con ellas.

AMO.- Pues no ha habido, a lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestros de campo de infantería española de cien años a esta parte.

SOLDADO.- Vuestra merced es hombre pacífico, y no está obligado a entenderse mucho de las cosas de la guerra: pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestros de campo que he dicho.

AMO.- Yo los doy por pasados, y vistos: ¿pero de qué sirve dame cuenta de esto?

SOLDADO.- De que hallará vuestra merced por ellos ser posible ser verdad una que agora diré, y es que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas, que están vacas en el reino de Nápoles, conviene a saber, Gaeta, Barleta y Rijobes.

AMO.- Hasta agora ninguna cosa me importa a mí estas relaciones, que vuestra merced me da.

SOLDADO.- Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

AMO.- ¿En qué manera?

SOLDADO.- En que por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveído en una de estas plazas, y quiero casarme agora con Cristinica; y siendo yo su marido, puede vuestra merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda, como de cosa propia: que no tengo de mostrarme desagradecido a la crianza que vuestra merced ha hecho a mi querida y amada consorte.

AMO.- Vuestra merced lo ha de los cascos, más que otra parte.

SOLDADO.- ¿Pues sabe cuánto le va, señor dulce, que me la ha de entregar luego, luego, o no ha de atravesar los umbrales de su casa?

AMO.- ¡Hay tal disparate! ¿Y quién ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

(Vuelve el SOTA-SACRISTÁN PASILLAS, armado con un tapador de tinaja, y una espada muy mohosa: viene con él otro SACRISTÁN, con un morrión, y una vara o palo, atado a él un rabo de zorra.)

SACRISTÁN.- Ea, amigo Grajales, que éste es el turbador de mi sosiego.

GRAJALES.- No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas, que ya le hubiera despachado al otro mundo a toda diligencia.

AMO.- Ténganse, gentiles hombres: ¿qué desmán y qué acecinamiento es este?

SOLDADO.- ¿Ladrones, a traición y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto a tal que os tengo de horadar, aunque tengáis más órdenes que un ceremonial: cobarde, ¿a mí con rabo de zorra? ¿Es

notarme de borracho, o piensas que estás quitando el polvo a alguna imagen de bulto?

GRAJALES.- No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

(A la ventana CRISTINA y su AMA.)

CRISTINA.- Señora, señora, que matan a mi señor: más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista.

ELLA.- Dices verdad, hija mía: Dios sea con él: santa Ursola, con las once mil vírgenes, sea en su guarda: ven, Cristina, y bajemos a socorrerlo, como mejor pudieremos.

AMO.- Por vida de vuestras mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de superchería con nadie.

SOLDADO.- Tente, rabo, y tente, tapadorcillo, no acabéis de despertar mi cólera: que si la acabo de despertar, os mataré y os comeré y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas mas allá del infierno.

AMO.- Ténganse digo; sino por Dios que me descomponga de modo, que pese a alguno.

SOLDADO.- Por mí tenido soy, que te tengo respeto, por la imagen que tienes en tu casa.

SACRISTÁN.- Pues aunque esa imagen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLDADO.- ¿Han visto la desvergüenza de este bellaco, que me viene a hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa?

(Salen CRISTINA y su señora.)

ELLA.- ¡Ay, marido mío! ¿Estáis por desgracia herido, bien de mi alma?

CRISTINA.- ¡Ay desdichada de mí!, por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristán y mi soldado.

SOLDADO.- Aun bien que voy a la parte con el sacristán, que también dijo mi soldado.

AMO.- No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

ELLA.- ¿Cómo por Cristinica?

AMO.- A lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

ELLA.- ¿Y es esto verdad, muchacha?

CRISTINA.- Sí, señora.

ELLA.- Mirad con qué poca vergüenza lo dice; ¿y hate deshonrado alguno de ellos?

CRISTINA.- Sí, señora.

ELLA.- ¿Cuál?

CRISTINA.- El sacristán me deshonró el otro día, cuando fui al rastro.

ELLA.- ¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta muchacha fuera de casa, que ya era grande, y no convenía apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y de paja? ¿Y dónde te llevó, traidora, para deshonrarte?

CRISTINA.- A ninguna parte, sino allí en mitad de la calle.

ELLA.- ¿Cómo en mitad de la calle?

CRISTINA.- Allí en mitad de la calle de Toledo, a vista de Dios y de todo el mundo me llamó de sucia, y de deshonesta, de poca vergüenza, y menos miramiento, y otros muchos baldones de este jaez, y todo por estar celosa de aquel soldado.

AMO.- ¿Luego no ha pasado cosa entre ti, ni él, sino esa deshonra, que en la calle te hizo?

CRISTINA.- No por cierto, porque luego se le pasó la cólera.

ELLA.- El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

CRISTINA.- Y más, que todo cuanto me dijo fue confiado en esta cédula, que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada, como oro en paño.

AMO.- Muestra, veamos.

ELLA.- Leedla alto, marido.

AMO.- Así dice: «Digo yo Lorenzo Pasillas, sota-sacristán de esta parroquia, que quiero bien y muy bien a la señora Cristina de Parrazes; y en fe de esta verdad lo dí esta, fimada de mi nombre, fecha en Madrid, en el cimiterio de San Andrés, a seis de mayo este presente año de mil y seiscientos y once. Testigos mi corazón, mi entendimiento, mi voluntad, y mi memoria. LORENZO PASILLAS». ¡Gentil manera de cédula de matrimonio!

SACRISTÁN.- Debajo de decir que la quiero bien se incluye todo aquello que ella quisiere que yo haga por ella; porque quien da la voluntad, lo da todo.

AMO.- ¿Luego si ella quisiese, bien os casaríades con ella?

SACRISTÁN.- De bonísima gana, aunque perdiese la expectativa de tres mil maravedís de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mía, según me han escrito de mi tierra.

SOLDADO.- Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve días hace hoy, que al entrar de la puente Segoviana di yo a Cristina la mía, con todos los anejos a mis tres potencias; y si ella quisiere ser mi esposa, algo irá a decir de ser castellano de un famoso castillo, a un sacristán no entero, sino medio, y aún de la mitad le debe de faltar algo.

AMO.- ¿Tienes deseo de casarte, Crística?

CRISTINA.- Sí tengo.

AMO.- Pues escoge de estos dos que se te ofrecen el que más te agradare.

CRISTINA.- Tengo vergüenza.

ELLA.- No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser a gusto propio, y no a voluntad ajena.

CRISTINA.- Vuestras mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga, aunque todavía quisiera escoger.

SOLDADO.- Niña, échame el ojo, mira mi garbo: soldado soy: castellano pienso ser brío tengo de corazón: soy el más galán hombre del mundo; y por el hilo de este vestidillo podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

SACRISTÁN.- Cristina, yo soy músico, aunque de campanas: para adornar una tumba, y colgar una iglesia para fiestas solemnes, ningún sacristán me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

AMO.- Ahora bien, muchacha, escoge de los dos el que te agrada, que yo gusto de ello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

SOLDADO.- Yo me allano.

SACRISTÁN.- Y yo me rindo.

CRISTINA.- Pues escojo al sacristán.

(Han entrado los MÚSICOS.)

AMO.- Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos a celebrar el desposorio, cantando y bailando; y el señor soldado será mi convidado.

SOLDADO.-

Acepto:

Que donde hay fuerza de hecho,
Se pierde cualquier derecho.

MÚSICOS.- Pues hemos llegado a tiempo, éste será el estribillo de nuestra letra. (Cantan el estribillo.)

SOLDADO

Siempre escogen las mujeres
aquello que vale menos,
porque excede su mal gusto
a cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor,
porque se estima el dinero,
pues un sacristán prefieren
a un roto soldado lego;
mas no es mucho, que quien vio
que fue su voto tan necio,
que a sagrado se acogiese,
que es de delincuentes puerto
que adonde hay fuerza, etc.

SACRISTÁN

Como es propio de un soldado,
que es sólo en los años viejo,

y se halla sin un cuarto,
porque ha dejado su tercio,
imaginar que ser puede
pretendiente de Gaiferos,
conquistando por lo bravo
lo que yo por manso adquiero
no me afrentan tus razones,
pues has perdido en el juego,
que siempre un picado tiene
licencia para hacer fieros.
Que adonde, etc.

(Éntranse cantando y bailando.)

Los dos habladores

Entremés

PERSONAJES

SARMIENTO.

UN PROCURADOR.

DOÑA BEATRIZ, su mujer, habladora.

UN ALGUACIL.

INÉS, su criada.

UN ESCRIBANO.

ROLDÁN, hablador.

UN CORCHETE.

Salen el PROCURADOR, SARMIENTO y ROLDÁN en hábito roto, cuera, espada y calcillas.

SARMIENTO.- Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra a usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

PROCURADOR.- Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me

descanse y él se remedie.

ROLDÁN.- ¡Ah caballero!, ¿es usted procurador?

PROCURADOR.- Sí soy, ¿qué manda usted?

ROLDÁN.- ¿Qué dinero es ése?

PROCURADOR.- Dámele este caballero, para pagar la parte a quien dio una cuchillada de doce puntos.

ROLDÁN.- ¿Y cuánto es el dinero?

PROCURADOR.- Doscientos ducados.

ROLDÁN.- Vaya usted con Dios.

PROCURADOR.- Dios guarde a usted. (Vase.)

ROLDÁN.- ¡Ah caballero!

SARMIENTO.- ¿A mí gentilhombre?

ROLDÁN.- A usted digo.

SARMIENTO.- ¿Y qué es lo que manda?

ROLDÁN.- Cúbrase usted, que sino no hablaré palabra.

SARMIENTO.- Ya estoy cubierto.

ROLDÁN.- Señor mío: yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra: tengo necesidad; y he sabido que usted ha dado doscientos ducados a un hombre a quien ha dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo a que usted me dé una adonde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

SARMIENTO.- Si no estuviera tan mohíno, me obligara a reír. ¿Usted dírelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino a quien las merece?

ROLDÁN.- Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de hereje? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada, que en la cara de un hereje?

SARMIENTO.- Usted no debe de ser muy leído: que el proverbio latino no dice, sino que necessitas caret lege, que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

ROLDÁN.- Dice muy bien usted: porque la ley fue inventada para la quietud; y la razón es el alma de la ley; y quien tiene alma, tiene potencias: tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: usted tiene muy buen entendimiento; porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Venus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

SARMIENTO.- ¡Por el diablo que acá me trajo, esto es lo que yo había menester, después de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

ROLDÁN.- ¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fue la que dio Caín a su hermano Abel; aunque entonces no había cuchillos: cuchillada fue la que dio Alejandro Magno a la reina Patasilea, sobre quitalle a Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde, don Pedro Anzures, sobre el jugar a las tablas con don Gaiferos entre Cavañas y Olias: pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traición se comete al rey; la alevosía contra los iguales: por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la Conjuración de Catilina...

SARMIENTO.- Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio: ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

ROLDÁN.- ¿Bernardinas dijo usted?, y dijo muy bien, porque es muy lindo nombre; y una mujer que se llamase Bernardina, estaba obligada a ser monja de san Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podía ser: que las Franciscas tienen cuatro eses: la F es una de las letras del A, B, C: las letras del A, B, C son veintitrés: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entonces decimos la caca, que se compone de dos veces esta letra K: dos veces pueden ser de vino: el vino tiene grandes virtudes: no se ha de tomar en ayunas, ni aguado; porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al cerebro; y entrando puros...

SARMIENTO.- Téngase que me ha muerto; y pienso que algún demonio tiene revestido en esa lengua.

ROLDÁN.- Dice usted muy bien; porque quien tiene lengua a Roma va: yo he estado en Roma y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalbán: Montalbán era un castillo, de donde era señor Reinaldos: Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comían con el emperador Carlomagno en la mesa redonda; porque no era cuadrada, ni ochavada: en Valladolid hay una placetilla, que llaman el Ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudos, hay escudos de paciencia, y hay escudos...

SARMIENTO.- Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido.

ROLDÁN.- Perdido dijo usted y dijo muy bien, porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija o un lienzo, perder...

SARMIENTO.- Acabe con el diablo.

ROLDÁN.- ¿Diablo dijo usted? Y dijo muy bien; porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne: la carne no es pescado: el pescado es flemoso: los flemáticos no son coléricos: de cuatro elementos está compuesto el hombre, de cólera, sangre, flema y melancolía: la melancolía no es alegría; porque la alegría consiste en tener dineros: los dineros hacen a los hombres: los hombres no son bestias: las bestias pacen; y finalmente...

SARMIENTO.- Y finalmente me quitará usted el juicio, o poco podrá; pero te suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

ROLDÁN.- ¿Qué manda usted?

SARMIENTO.- Señor mío: yo tengo una mujer, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mujeres en el mundo: es de suerte lo que había, que yo me he visto muchas veces resuelto a matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido a propósito: a mí me ha parecido que si yo llevase a usted a mi casa, y hablase con ella seis días a reo, me la pondría de la manera que están los que comienzan a ser valientes delante de los que ha muchos días que lo son. Véngase usted conmigo,

suplícoselo: que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré a usted en mi casa.

ROLDÁN.- ¿Primo dijo usted? ¡Oh, qué bien que dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre: primo a un zapatero de obra prima: prima es una cuerda de una guitarra: la guitarra se compone de cinco órdenes: las órdenes mendigantes son cuatro: cuatro son los que no llegan a cinco: con cinco estaba obligado a reñir antiguamente el que desafiaba de común; como se vio en don Diego Ordóñez, y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el rey don Sancho...

SARMIENTO.- Téngase por Dios, y véngase conmigo, que allá dirá lo demás.

ROLDÁN.- Camine delante usted, que yo le pondré esa mujer en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

SARMIENTO.- No te oiré palabra.

ROLDÁN.- Pues, camine, que yo le curaré, a su mujer.

(Vanse SARMIENTO y ROLDÁN; y sale DOÑA BEATRIZ e INÉS su criada.)

DOÑA BEATRIZ.- ¡Inés! ¡Hola Inés! ¿Qué digo? ¡Inés, Inés!

INÉS.- Ya oigo, señora, señora, señora.

DOÑA BEATRIZ.- Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondéis vos con ese lenguaje? ¿No sabéis vos que la vergüenza es la principal joya de las mujeres?

INÉS.- Vuestra merced, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

DOÑA BEATRIZ.- Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil añadiéndole ceros: los ceros no tienen valor por sí mismos.

INÉS.- Señora, ya lo tengo entendido: dígame vuesa merced qué tengo de hacer, porque haremos prosa.

DOÑA BEATRIZ.- Y la prosa es para que traigáis la mesa, para que coma vuestro amo: que ya sabéis que ande mohíno; y una mohína en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

INÉS.- ¿Pues hay más de sacar la mesa? Voy volando.

(Salen SARMIENTO y ROLDÁN.)

SARMIENTO.- Hola, ¿no está nadie en esta casa? Doña Beatriz, hola.

DOÑA BEATRIZ.- Aquí estoy, señor. ¿De qué venís dando voces?

SARMIENTO.- Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mío convidado: acaricialde y regalalde mucho, que va a pretender a la corte.

DOÑA BEATRIZ.- Si vuesa merced va a la corte, lleve advertido que la corte no es para Carlos tu encogido; porque el encogimiento es linaje de bobería; y un bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la acción consiste...

ROLDÁN.- Quedo, quedo: suplico a vuestra merced, que bien sé que consiste en la disposición de la naturaleza; porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y ya disponiendo los sentidos: los sentidos son cinco, andar, tocar, correr y pensar, y no estorbar: toda persona que estorbare es ignorante; y la ignorancia consiste en no caer en las cosas: quien cae y se levanta, Dios le da buenas pascuas: las pascuas son cuatro, la de Navidad, la de Reyes, la de Flores, y la de Pentecostés: Pentecostés es un vocablo exquisito.

DOÑA BEATRIZ.- ¿Cómo exquisito? ¡Mal sabe vuestra merced de exquisitos: toda cosa exquisita es extraordinaria: la ordinaria no admira: la admiración nace de cosas altas: la más alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza: la más baja es la malicia, porque todos caen en ella: el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas, el principio, el aumento y la de declinación.

ROLDÁN.- Declinación dijo vuestra merced, y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre: y los casados son obligados a quererse, amarse y estimarse, como lo manda la santa madre Iglesia; y la razón de esto es...

DOÑA BEATRIZ.- Paso, paso: ¿qué es esto, marido? ¿Tenéis juicio? ¿Qué hombre es éste, que habéis traído a mi casa?

SARMIENTO.- Por Dios me huelgo, que he hallado con que desquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos: que el señor Roldán ha de ser huésped mío seis o siete años.

DOÑA BEATRIZ.- ¿Siete años? Malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

SARMIENTO.- Él era harto mejor para serio vuestro. Hola, dad acá la comida.

INÉS.- ¿Convidados tenemos? Aquí esta la mesa.

ROLDÁN.- ¿Quiénes esta señora?

SARMIENTO.- Es criada de casa.

ROLDÁN.- Una criada se llama en Valencia fadrina, en Italia masara, en Francia gazpirria, en Alemania filimoquia, en la corte sirvienta, en Vizcaya moscorra, y entre pícaros daifa. Venga la comida alegremente: que quiero que vuestras mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

DOÑA BEATRIZ.- Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido: que reviento por hablar.

ROLDÁN.- ¿Hablar dijo vuestra merced? Dijo muy bien: hablando se entienden los conceptos; estos se forman en el entendimiento: quien no entiende no siente: quien no siente no vive: el que no vive es muerto: un muerto echalle en un huerto.

DOÑA BEATRIZ.- ¿Marido, marido?

SARMIENTO.- ¿Qué queréis, mujer?

DOÑA BEATRIZ.- Echadme de aquí este hombre con los diablos: que reviento por hablar.

SARMIENTO.- Mujer, tened paciencia: que hasta cumplidos los dichos siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y

estoy obligado a cumplirla, o no seré quien soy.

DOÑA BEATRIZ.- ¿Siete años? ¡Primero veré yo mi muerte. Ay, ay, ay!

INÉS.- Desmayose. ¿Esto quiere ver vuestra merced delante de sus ojos? Vela ahí muerta.

ROLDÁN.- Jesús, ¿de qué lo ha dado este mal?

SARMIENTO.- De no hablar.

(Dentro la justicia.)

ALGUACIL.- Abran aquí a la justicia, abran a la justicia.

ROLDÁN.- ¡La justicia! ¡Ay triste de mí! Que yo ando huido, y si me conocen me han de llevar a la cárcel.

SARMIENTO.- Pues, señor, el remedio es meterse en esta estera vuestra merced: que las habían quitado para limpiarlas; y así se podrá librar: que yo no hallo otro.

(Métese en la estera ROLDÁN, y salen ALGUACIL, ESCRIBANO y CORCHETE.)

ALGUACIL.- ¿Era para hoy el abrir esta puerta?

SARMIENTO.- ¿Qué es lo que vuestra merced manda, que tan furioso viene?

ALGUACIL.- El señor gobernador manda que, no obstante que vuestra merced ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga vuestra merced a darle la mano a este hombre, y se abracen y sean amigos.

SARMIENTO.- Querría comer agora.

ESCRIBANO.- El hombre está aquí junto; y luego se volverá vuestra merced a comer despacio.

SARMIENTO.- Vamos en buen hora.

INÉS.- Vuelve en ti, señora: que si de no hablar te has desmayado, ahora que estás sola hablarás cuanto quisieres.

DOÑA BEATRIZ.- Gracias a Dios, que ahora descansaré del silencio que he tenido.

(Saque ROLDÁN la cabeza de entre la estera y mirando a BEATRIZ, diga:)

ROLDÁN.- ¿Silencio dijo vuestra merced? Y dijo muy bien; porque el silencio fue siempre alabado de los sabios; y los sabios callan a tiempos, y hablan a tiempos; porque hay tiempos de hablar, y tiempos de callar; y quien calla otorga; y el otorgar es de escrituras; y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado siete; porque...

DOÑA BEATRIZ.- Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo a desmayarme.

(Vuelven a salir todos.)

SARMIENTO.- Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestras mercedes beban con una caja. Hola, dad acá la cantimplora y aquella perada.

DOÑA BEATRIZ.- ¿Ahora nos metéis en eso? ¿No veis que estamos ocupadas sacudiendo estas esteras? Muestra el palo, y tú con esotro démoslas hasta que queden limpias.

ROLDÁN.- Paso, paso, señoras: que bien entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de mano.

ALGUACIL.- Oiga, ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

ESCRIBANO.- El mismo.

ALGUACIL.- Sed preso, sed preso.

ROLDÁN.- ¿Preso dijo vuestra merced? Y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

ALGUACIL.- Que no, no, aquí no ha de valer la habladura: vive Dios que habéis de ir a la cárcel.

SARMIENTO.- Señor alguacil, suplico a vuestra merced que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se le lleve: que doy palabra a vuestra merced de darle con que se vaya del lugar, en curándome a mi mujer.

ALGUACIL.- ¿Pues de qué la cura?

SARMIENTO.- Del hablar.

ALGUACIL.- ¿Y cómo?

SARMIENTO.- Hablando porque como habla tanto, la enmudece.

ALGUACIL.- Soy contento por ver ese milagro; pero ha de ser con condición, que si la diere sana, me avise vuestra merced luego; porque le lleve a mi casa: que tiene mi mujer la propia enfermedad, y me holgaría que me la curase de una vez.

SARMIENTO.- Yo avisaré con lo que hubiere.

ROLDÁN.- Yo sé que la dejaré bien curada.

ALGUACIL.- Vete, pícaro hablador.

SARMIENTO.- No me desagrada el verso.

ALGUACIL.- Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna vena de poesía.

ROLDÁN.- ¿Oiga: poesía ha dicho vuestra merced? Pues repare, que por Dios que la ha de llevar de puño.

(Hácense la salva, y van diciendo las glosas.)

ALGUACIL

La condición del hablar
mas parece tentación
de quien nos suele tentar;
ni puede ser condición
en hombre que es muladar.
Parte a servir de alambor

con esa lengua, embaidor;
y pues que con mayor ruido
suenas a un discreto oído,
vete, pícaro hablador.

ESCRIBANO

Después de muerto sé yo
que ha de ponerse en lugar
de epitafio: Aquí murió
quien muerto no ha de callar
tanto como vivo habló.

INÉS.- Esa quiero yo acabar.

ESCRIBANO.- Diga, veamos.

INÉS

Y pues de hablar el rigor
a un muerto pone temor,
a un monte, donde a ninguno
seas hablando importuno,
vete, pícaro hablador.

SARMIENTO.-

Va la mía:
Oh tú que hablaste por veinte,
y hablaste por veinte mil...

DOÑA BEATRIZ

Yo la acabaré, detente.

ROLDÁN

Por hablar; traza sutil.

DOÑA BEATRIZ

Repare, señor pariente,
vete adonde tu rumor
no suene para tu mengua;
y pues se sabe tu flor,
vete enfermo de la lengua,

vete, pícaro hablador.

ROLDÁN.-

Oigan y reparen vuestras mercedes, que no será peor la mía:

Aquí he venido a curar
una mujer habladora,
que nunca supo callar,
a quien pienso desde agora
enmudecer con hablar,
convídame este señor,
y comeré con rigor,
aunque diga su mujer,
por no me dar de comer:
vete, pícaro hablador.

(Éntranse dándose vaya, con que se da fin.)

Lupercio Leonardo de Argensola

Isabela

Tragedia

PERSONAJES

LA FAMA, que hace el prólogo.

ENGRACIA, madre de Isabela.

ALBOACEN, rey de Zaragoza.

ANA, hermana de Isabela.

AUDALLA, consejero.

UN VIEJO, ciudadano.

AJA, hermana.

TURBA DE HOMBRES, MUJERES y NIÑOS CRISTIANOS.

MULEY ALBENZAIDE, privado.
NUNCIO.
ZAUZALA.
ALADÍN, criado de Muley Albenzaide.
AZAN.
CRIADOS del rey de Zaragoza.
ADULCE, rey de Valencia.
UN ALCAIDE.
SELÍN, criado suyo.
UN PORTERO.
EL ESPÍRITU DE ISABELA.
ISABELA, dama cristiana.
LAMBERTO, padre de Isabela.

La escena pasa en Zaragoza, metrópoli de Aragón.

Prólogo

LA FAMA Yo soy la que levanto los ingenios
en medio las miserias de este siglo,
porque la de virtud, difícil cumbre,
pueda ser de los hombres alcanzada,
de los cuales vulgar y comúnmente 5
ilustre Fama recibí por nombre.
No soy aquella Fama que Virgilio
dijo, que por ofensa de los dioses,
produjo la primera madre vuestra,
a la cual dignamente llamó monstruo. 10
Por mí sobre la tumba del gran Griego,
lloró, como sabemos, Alejandro,
y de envidia de ver los hechos de éste,
el dictador que dio su nombre a Julio.
Yo con eternas letras registrados 15
tengo los famosísimos varones
que tras de la virtud se remontaron,
unos por armas y otros por las letras,
y los que por entrambas estas cosas.
Ni vosotras, mujeres, perseguidas 20
de serpentinas lenguas, os quedasteis
(en colosos eternos levantadas)
sin vuestras merecidas alabanzas;
y, mal grado del gran Marón, tú, Dido,
entre las viudas castas te colocas. 25
Tienen cuidado pues los blancos cisnes
de quien el Ariosto dio noticia,
de celebrar con versos numerosos

los claros hechos de estos y de aquellos;
y los que no son dignos de este canto, 30
en bocas de los cuervos disonantes
andan con alabanzas limitadas,
a cuyas roncadas voces no responde
el eco de las doctas opiniones.
Por más que los cuitados cuidadosos 35
procuran imitarme, poco digo,
procuran competir con esta trompa
por mí tan solamente dedicada
para cantar nombres de los héroes.
Siguiendo mi costumbre pues agora, 40
bien que contra la ley de las tragedias,
en los teatros públicos parezco
a daros alabanzas infinitas,
como las merecéis todos vosotros.
Podeisme responder que lisonjeo, 45
pues que sin distinción de vuestros hechos,
y sin contar alguno los alabo,
en mi satisfacción respondo a esto,
que cuando no tuviera yo noticia
de todo lo que digo, me bastaba 50
que de vuestro valor hice experiencia;
pues publicando yo, que recitaba
Salcedo no comedias amorosas,
nocturnas asechanzas de mancebos.
Y libres liviandades de mozuelas, 55
cosas que son acetas en el vulgo;
sino que de coturnos adornado,
en lugar de las burlas, os contaba.
Miserables tragedias y sucesos,
desengaños de vicios, cosa fuerte, 60
y dura de tragar a quien los sigue:
vosotros, por no ser amigos de esto,
venís a ver los trágicos lamentos
y la fragilidad de vuestra vida:
evidente señal de que sois tales, 65
que discernís lo malo de lo bueno,
para lo cual ternéis materia luego,
si proseguís a oírme con sosiego.

Escena I

ALBOACEN, AUDALLA.

ALBOACENNi yo tengo temor a los cristianos
por verlos tan vecinos a mi tierra,
que casi nos podemos dar las manos:
y puesto que la gente de la sierra
de pláticos soldados se refresca, 5
queriendo proseguir la dura guerra,
no temo de la furia soldadesca
ver talados mis campos y riberas,
cual vio (por nuestro mal) el rey de Huesca:
ni temo de sus máquinas guerreras, 10
ni la gente que junta y acumula
debajo sus insignias y banderas:
ni tanto me fatiga y atribula
don Pedro, rey soberbio de Sobrarve,
que ya de Zaragoza se intitula; 15
pues sabe que a la vista de un adarbe
a su padre don Sancho le dio muerte
la cautelosa flecha de un alarbe.
Y puesto (según dicen) que es tan fuerte,
el ejemplo que digo será parte 20
que con más discreción pruebe la suerte.
Bástale ver al rey en su estandarte
cuatro cabezas nuestras por trofeo,
que cada cual tuvimos por un Marte;
y cuando no bastare (que lo creo), 25
aún tengo yo dos manos, y hay alfanjes
que puedan reprimirle su deseo.
Ordene sus escuadras y falanges,
y prométase ya con vanagloria
la tierra que tenemos de aquí al Ganges, 30
que no será tan fácil la victoria,
aunque suelen decir que en el extremo
y en la dificultad está la gloria.
Otro mayor contrario que el rey temo,
tan fuerte, que pensando lo que puede, 35
unas veces me hielo, y otras quemo.
Concedo que mi mal también procede
de quien yo sé: mas basta, no se diga:
mucho mejor será que aquí se quede.

AUDALLAMas antes será bien que se prosiga, 40
que con sólo nombrar lo que no temes,
no queda descubierta tu fatiga.
¿Será bueno, señor, que tú te quemes,

y por no descubrir el fuego fiero,
huyas el agua, y del dolor extremes? 45
Quien el peligro cierto ve primero,
y no busca remedio conveniente
al daño que sospecha venidero,
padecerá la pena justamente.
Arrepentido en vano de su falta, 50
quedando para risa de la gente.
¿Fáltate juventud? ¿Poder te falta
o belicosa gente, la cual pueda
romper al montañés la cerviz alta?
Presto verás volver la veloz rueda, 55
y derribar fortuna de la cumbre
al que piensa tenella fija y queda;
y si es (como lo es) de su costumbre
favorecer a osados, yo le mando
al ciego rey precisa servidumbre. 60
No vayas tú sospechas dilatando,
pues quien con prevención sus cosas rige,
menos tiene después que estar llorando.
Dime ¿qué te da pena?

ALBOACENYa yo dije
que no tengo temor al rey cristiano, 65
ni la propincua pérdida me aflige;
mas miro mi contrario tan cercano
que en cualquiera remedio que provea,
el fin de mi trabajo será vano.
Un muro comúnmente nos rodea 70
a mí y a mi enemigo poderoso,
que por ocultos términos pelea:
no me separa de él muralla o foso,
porque los dos en medio Zaragoza
tenemos nuestras casas y reposo; 75
mas antes él es solo quien la goza,
que yo no la conozco ni pretendo.

AUDALLANo puede reposar la sangre moza,
pero de tus razones comprehendo
que temes de tus mismos ciudadanos, 80
sus ciertas asechanzas entendiendo,
digo de tus vasallos los cristianos,
que en medio Zaragoza los permites
vivir, y celebrar sus ritos vanos.
No sé quien te detiene que no quites 85
un abuso tan grande de tu tierra,
y que preciso tiempo les limites:
ni sé quien es tan bárbaro, que encierra

los lobos y ganado juntamente,
siendo tan diferentes paz y guerra, 90
y no por ser pacífica tu gente;
pero puesto, señor, que se recela,
no se puede librar tan fácilmente:
esta canalla torpe siempre vela,
y con humildes hábitos y gesto 95
a la secreta guerra dan espuela.
Con justa causa temes, señor, esto,
pues entre tan ocultos enemigos
(Ocultos, antes claros) estás puesto.
Aquí los tienes puestos por testigos 100
de las cosas de guerra que preparas,
que aún no deben sabellas los amigos;
¿y gente dobladiza de dos caras?
Es bien que te descubra tus secretos,
y nuestras asechanzas haga claras? 105
En vano pensarás tener quietos,
aunque gocen riquezas infinitas
a los que llevan nombre de sujetos.
Es muy bueno, señor, que les permitas
ese templo que llaman de María, 110
en medio de tus baños y mezquitas,
en donde se celebran cada día
los sacrificios de estos y sus cantos
con música solemne y armonía,
y digan que su temido sobre cuantos 115
celebran los cristianos fue primero
fundado por los ángeles y santos;
y tienen por negocio verdadero,
que vino aquí la virgen siendo viva,
y pisó las riberas del Íbero. 120
A la soberbia de estos excesiva,
juntándose la fe que tienen de esto,
mira si la cerviz tendrán altiva.
El simulacro pues que tienen puesto
encima la columna venerada, 125
nos muestra lo que digo manifiesto;
y tienen ya por cosa averiguada
que si permaneciere su firmeza
España podrá ser recuperada.
No creyeron jamás con la simpleza 130
en el paladio bulto los troyanos
mostrando contra griegos fortaleza,
cuanto tienen por cierto los cristianos
poder con el amparo de su templo
quitarnos las victorias de las manos 135
y dicen (por probarlo con ejemplo)
que no fue su parroquia jamás nuestra
en cuya pretensión su fe contemplo.

Alza pues, poderoso rey, la diestra,
haciendo por castigo ce su yerro, 140
de tu poder y su locura muestra:
manda que cumplan fuego su destierro:
qué digo, desterrallos es muy leve,
no quede con la vida ningún perro.
¿Por ventura cualquiera no se atreve 145
a probar contra nos su fuerza flaca?
Pues mira si la vida se la debe.
¿Sabes de su comercio qué se saca?
Vivir en nuestras casas con tal miedo,
como si las tuviésemos en Jaca. 150
Quisiérate decir, pero no puedo,
(Hace el rey un extremo dando un suspiro.)
que pues inclinas tanto labio y ceja,
veo que de tu gusto, rey, excedo,
esa puerta, que llaman la Cineja,
(cenizas otro tiempo) te da gritos 155
y en mi lugar lo justo te aconseja.
En ella fueron muertos infinitos,
los cuales ofendieron a Daciano,
burlando de sus dioses y sus ritos.
Alza pues, poderoso rey, la mano. 160

ALBOACEN Mas antes será bien atar la tuya,
y defender con éstas al cristiano.
Primero Dios, que puede, me destruya
que yo deje de ser con ellos pío,
por ellos no, más es por cosa suya; 165
que menos es perder mi señorío
que tu gracia, cristiana, por quien vengo
a no poder gozar del albedrío:
¿Mas cómo perderé lo que no tengo,
si sólo con soñadas esperanzas 170
la vida para males entretengo?
Isabela cruel, cruel alcanzas
estado tan altivo que si quieres,
en mí puedes hacer cien mil mudanzas:
¡y tú la más cruel de las mujeres, 175
correspondes tan mal a mis servicios!
No sé por qué ¿por qué? Por ser quien eres.
Probete a conquistar con beneficios
también con amenazas, pero fueron
fabricar en los aires edificios. 180
Ni mis largas promesas te movieron
que suelen ablandar a la más casta;
ni miedo mis castigos te pusieron;
y pues a persuadirte nadie hasta,
ahora con engaños me pertrecho, 185

moneda que en el mundo más se gasta.
Este fiero pregón habernos hecho,
por ver si con el daño de tu gente,
en algo rendirás el duro pecho.

AUDALLA Bastaba mi sospecha solamente: 190
pero ya descubierta, señor, veo
la causa de tus daños evidente.
No busques más excusa ni rodeo,
pues es cosa de reyes tan ajena
aprobar por hermoso lo que es feo, 195
y pues tú con vergüenza de tu pena
(por ser baja la causa) la callabas,
esa misma vergüenza te condena.
Son esas las bravezas que mostrabas
en tu niñez gallarda, por ventura 200
¿a cosas semejantes aspirabas?
Cual suele parecer en noche oscura
prodigioso cometa, prometiendo
de reyes o monarcas desventura,
que con admiración su forma viendo, 205
los ojos en las nubes enclavados,
estamos sus efectos inquiriendo,
por ver si los planetas indignados
influyen sobre nos en triste suerte,
y nos dejan del daño preservados, 210
así también a ti (que tras la muerte
de tu padre sucedes en su silla)
todos alzan los ojos para verte.
Mirámoste, señor, con maravilla,
milagros de tus obras esperando, 215
los moros de Aragón y de Castilla
pensábamos que estabas afilando
cuchillo riguroso de venganza,
a tus predecesores imitando;
y tú, tan al revés de la esperanza, 220
ocupas tus altivos pensamientos
en lo que quien no quiere no lo alcanza.
Una mujer revoca tus intentos,
teniendo mil ejemplos en las manos
de casos miserables y sangrientos 225
Helena, pestilencia de troyanos,
Cleopatra verdugo fue de Roma,
La Cava, perdición de los hispanos.
En estos pues ejemplo claro toma
y si quieres domar a tus vasallos 230
a ti mismo, señor, primero doma.
¡Cómo! Que con un freno los caballos
más furiosos se rigen, ¡y no pueda

la razón a los hombres gobernallos
pretendemos al sol torcer su rueda, 235
¡y nuestra voluntad, que es propia nuestra,
no podremos tenerla fija y queda!
Que la necesidad, común maestra,
un modo conveniente de la vida
a los animalejos simple muestra 240
el uno pide al dueño la comida
con extranjera voz; el otro tiene
su casa de manjares proveída:
¡y nosotros con ver que nos conviene,
no sólo convenir, mas es preciso, 245
para que una república se ordene,
huimos ciegamente del aviso,
siguiendo el apetito que nos llama,
tras glorias de un soñado paraíso.
Vuelve, vuelve los ojos a tu fama, 250
mira que soy tu siervo, que soy viejo
y por el consiguiente, quien te ama:
admite mis razones y consejo,
y ten a tus abuelos valerosos
para mirar sus obras por espejo: 255
si quieres pasatiempos amorosos,
(que no me admiro de esto, por ser cosa
común a los mancebos orgullosos)
¿hate de faltar mora más hermosa,
más afable, discreta, ni hidalga, 260
que esa perra cristiana rigurosa?

ALBOACENTú quieres que tu rey de seso salga:
¿dí, blasfemo, tenemos en el suelo
ni en el cielo tampoco, quien más valga?

AUDALLAA no tener de tu pesar recelo, 265
dijera; pero temo...

ALBOACEN¿Qué?

AUDALLANo sea
mi daño.

ALBOACENNo será, dilo.

AUDALLADirelo,

direlo, y ya que a mí no se me crea,
esta carta verás.

ALBOACEN¿Cuya es?

AUDALLA De un hombre
que no menos que yo tu bien desea. 270

ALBOACEN¿Quién es?

AUDALLA Es un cristiano.

ALBOACEN¿Tiene nombre?

AUDALLA Si tiene, más por ser amigo tuyo,
es bien que claramente no se nombre.

ALBOACEN Pues no me precio yo de serlo suyo,
que siempre de traidores a sus reyes, 275
y más de los que son secretos, huyo.

AUDALLA¿Guardarás esa ley?

ALBOACEN¿Pues no? Las leyes,
igual hacen al rico y al que labra
la tierra con el yugo tras los bueyes.

AUDALLA Léela, si te sirves.

ALBOACEN No se abra 280
la carta, que de ti sólo confío:
mejor es que lo cuentes de palabra.

AUDALLA Oye pues brevemente, señor mío,
de Muley Albenzalde la cautela,
o por decir mejor el desvarío: 285
a ti rompió la fe por Isabela:
secretamente, fue; pero ya clara,

que la verdad el tiempo la revela.
Ni pienses que la dama le fue cara,
pues en correspondencia del amante 290
la voluntad recíproca declara.
Pasaran sus amores adelante
por ser las voluntades tan iguales,
que es la de él a la de ella semejante,
sino porque a los lazos conyugales 295
las leyes diferentes impedían,
y el ser los deudos de ella principales.
Pues viendo que casarse no podían,
por no perder los dos el tiempo en vano,
o porque así los hados lo querían, 300
determinó Muley de ser cristiano,
y púsolo por obra, según cuenta
esa carta que tienes en la mano.

ALBOACEN; Sufrir pueden los cielos tal afrenta!
Yo juro pues por ellos que la mía 305
haré que con su daño Muley sienta.

AUDALLA Pues mira quien dejó tu monarquía
por un alcaide tuyo fementido,
si renombre de perra merecía.

ALBOACEN Estoy de la maldad tan ofendido, 310
que me faltan palabras suficientes,
el aliento, la lengua y el sentido;
y porque más despacio me lo cuentes
a mi jardín nos vamos, al cual demos
de nuestros tristes ojos turbias fuentes, 315
y la justa venganza concertemos.

Escena II

ISABELA.

ISABELA Noche triste, deseada
para descansar los moros
a los cristianos pesada,
pues con suspiros y lloros 320
has de ser solemnizada.
Con justa causa la luna
esconde su blanca cara,
sin dar claridad alguna,

por no mirar la fortuna 325
que contra nos se prepara.
Tú, Ebro, que te apresuras
con tus aguas enturbiadas;
en cuyas olas murmuras
nuestras glorias ya pasadas 330
y presentes desventuras
como cuando de trofeos
sus aguas turbias y feas
adornaron los caldeos,
llorando por las riberas 335
los ya vencidos hebreos
cuyos mudos instrumentos
en sus árboles colgados,
algunos de sus acentos
eran solo frecuentados 340
de los importunos vientos;
tales verás tus cristianos
en los nudosos cordeles
puestas las cruzadas manos,
sujetos a los infieles 345
y bárbaros africanos;
y también verás tu arena
de colorados matices,
que con abundante vena
le dirán nuestras cervices, 350
y de cuerpos muertos llena.
Vuelve pues, padre clemente
los ojos a nos, y mira
del tirano rey la ira,
y a tu perseguida gente 355
lo que debe hacer inspira:
y también a mi Muley,
que salió de su ciudad
para confesar tu ley,
confirma su voluntad 360
y muda la de su rey.
¡Ay, Muley! ¡Y quién creyera
que el día de nuestras bodas
el de nuestra muerte fuera,
que con las reliquias godas 365
juntamente nos espera!
Vientos, si de mi pasión
tenéis dolor, dadle parte
a Muley, que en tal sazón
está con el nuevo Marte, 370
don Pedro, rey de Aragón.

ISABELA, ANA.

ANA¿Hasta cuándo determinas
estar, hermana, llorando?
Deja las quejas continas,
pues al gozo te avvicinas 375
que estábamos deseando.
Albenzaide, nuestro amigo,
llegó ya, como deseas.

ISABELA¿Quién dices, hermana?

ANADigo:
pero para que lo creas, 380
estará luego contigo;
porque como me desvela
el peligro de tu vida,
estuve cual centinela
esperando su venida, 385
y el contento de Isabela.

ISABELA¿Vendrá?

ANASi le das licencia

ISABELAÉl la tiene ya por cierto.

Escena IV

ISABELA, ANA, MULEY.

MULEYA lo menos no paciencia
de estar, señora, cubierto 390
delante de tu presencia;
y pues que mi gloria eres,
Suplícote que me des
tus blancas manos; ¿no quieres?
Pues no me niegues los pies. 395

ISABELANI pies ni manos esperes.

ANA¿A Muley piensas negarlas?

ISABELA¿Y tú defiendes su parte?

ANAAI fin huyo de rogarte.

ISABELANo las di para besarlas, 400
sino para levantarte.
¿Pues, Muley?

MULEYNadie me nombre,
porque ya no soy Muley.

ISABELA¿Pues quién eres?

MULEYSoy un hombre
a quien da la nueva ley 405
nuevo ser y nuevo nombre.
Muley fui, Lupercio vengo
cristiano tan verdadero,
que solo de Muley tengo
serte fiel como primero, 410
y en lo demás desconvengo.
En Monte-Aragón nací
con el agua del bautismo
que de Cristo recibí
por mano del abad mismo, 415
que tiene su silla allí.
Enseñome vuestra ley
de la suerte que la enseña
el de San Juan de la Peña.
Fueron padrinos el rey, 420
otro monje, y una dueña.

ISABELAEn extremo me consuela
ver que respondes por ti.

MULEYTambién me consuela a mí
hallarte tal, Isabela, 425
como cuando me partí.

ISABELA;Ay dolor!

MULEY¿De qué suspiras?

¿Por ventura ya te pesa
de la jurada promesa,
ahora que el plazo miras 430
que se cumple con tal priesa?
Y viendo que soy cristiano,
y que ya te falta excusa,
con estar el hecho llano,
¿estás pensando confusa 435
cómo retirar la mano?
Y si como me tuviste,
me tienes en tu memoria
¿por qué con agüero triste
interrumpes esa gloria, 440
y tales suspiros diste?

ISABELANo tengas miedo, Muley,

(Lupercio quise decir)
que pues tienes ya mi ley,
te deje yo de seguir 445
contra la furia del rey.
Mudanza de mí no creas,
(si ya no mueren las almas)
entretanto que no veas
en las cumbres pirineas 450
cedros, naranjos y palmas.
Pero no quiero poner
tiempo para mi mudanza,
pues que ni le puede haber,
ni ocasión para perder 455
un punto de tu esperanza
que puesto acaso que fuese
posible la que decía,
para mí no lo sería
mudarme, ni que torciese 460
un punto de la fe mía;
pero sabe que la causa
del dolor que manifiesto...

MULEYNo te turbes, dila presto.

ISABELAEs el rey el que la causa, 465

rey tirano, rey molesto.
No sé por cuál novedad
mandó pregonar el rey,
que con suma brevedad
desampare su ciudad 470
la gente de nuestra ley.
Dícese que nos destierra,
porque es grande inconveniente
para la futura guerra,
vivir dentro de su tierra 475
nuestra miserable gente;
y que usando de clemencia,
las vidas quiere dejarnos.
Yo temo que es apariencia
para mejor descuidarnos, 480
y darnos cruda sentencia.
Concurren muchas razones
que dan de esto certidumbre.

MULEY Bástanme las que propones.

ISABELA Y tras estas la costumbre 485
de tales persecuciones.

MULEY ¿Será posible?

ISABELA Seralo.
Mira si debo sentir
más dolor del que señalo.

MULEY ¿Que tal se pueda sufrir! 490

ANA ¿Y no hay algún intervalo?

ISABELA Sí lo hay, y aun en mi mano,
pero nunca Dios lo quiera,
porque es amar al tirano,
y vale más que yo muera. 495

MULEY O yo, que soy quien más gano.

ISABELAQue no temo yo la muerte
donde la gloria se gana,
ni tendré por menor suerte
que la virgen lusitana 500
hallar al tirano fuerte.

MULEYNo temas pues, que yo creo
que tendrá remedio todo.

ISABELARemedio ninguno veo.

MULEYYo sí, que tu bien deseo: 505
oye.

ISABELADime, ¿de qué modo?

MULEYYa sabes que el rey me ama,
y lo que de mí confía.

ISABELASé que confiar solía,
pero si llegó la fama 510
del bautismo...

MULEYNo podía.
Yo lo pintaré delante
una gran dificultad,
tan eficaz y bastante,
que mude su voluntad, 515
si bien fuese de diamante:
hay aparente razón
que si ahora nos destierra,
declara la prevención
los discursos de la guerra, 520
y en efecto su intención.
Dírele que se suspenda
el riguroso castigo,
porque con él no se ofenda
y haga que el enemigo 525
sus designios comprenda;
y que al rey don Pedro pida
paz, y le prometa parias,
y debajo paz fingida
de las cosas necesarias 530

haga prevención cumplida.
El rey don Pedro ya queda
de estas cosas prevenido,
para que la paz conceda,
y debajo de partido 535
junte la gente que pueda;
y procuraré también
que todos los de esta tierra
(digo cristianos) estén
prevenidos para guerra, 540
cuando la seña les den:
y cuando Alboacen tirano
niegue, como negar piensa,
las parias al rey cristiano,
mira si con tal ofensa 545
tenemos el hecho llano.

ISABELAEl rey de Aragón parece,
que no cumple con quien es,
aunque la guerra no empiece,
pues que las paces ofrece 550
para romperlas después.

MULEYEl astuto cazador
guarda semejante traza
vístese de la color
que menos teme la caza, 555
para cazarla mejor.

ISABELAMil inconvenientes veo,
que pueden atravesarse.

MULEYPues yo lo contrario creo.

ANATarde vemos un deseo 560
de su mal desengañarse.

MULEYY cuando todo no baste,
amigos tengo yo tales,
y deudos tan principales,
que pueden hacer contraste 565
a los preceptos reales.

ANA La plática se concluya,
por que ya la luz del día
sojuzgo la noche fría.

MULEY Él manifiesta la suya 570
envidioso de la mía.
Yo me voy; pero primero...

ISABELA Para mañana te emplazo,
y en este lugar te espero.

MULEY Querría...

ISABELA ¿Qué quieres?

MULEY Quiero 575
que me dices un abrazo.

ISABELA ¿Abrazo?

ANA ¿Qué duda pones?

ISABELA Para mejor ocasión.

MULEY ¿Que no pueda la aflicción
quitarte con ocasiones 580
la rienda de la razón!

ISABELA Quitánmela tus querellas.

ANA Al fin vence quien porfía.

MULEY A Dios, hermosas doncellas:
pues es muy propio del día 585
escondernos las estrellas.

Escena V

AUDALLA.

AUDALLA ¿Hay género de cosa más odiosa,
o monstruo por ventura más horrendo.
Que los que vituperan una cosa,
la cual a toda furia van siguiendo, 590
y llenos de apariencia mentirosa,
los defectos ajenos reprehendiendo,
intentan de dar leyes a los hombres,
solo por dilatar su fama y nombres?

Si yo con las heladas del invierno, 595
ceñido de vejez, del todo cano,
sigo la vanidad con que discierno
ser extremo del mal un viejo vario,
¿por qué pienso templar de un mozo tierno,
en medio los ardores del verano, 600
los amorosos fuegos y sus bríos,
no sabiendo templar los propios míos?

¿Por qué quiero templarlo? Porque es justo
que por sus apetitos no se siga,
ni por decir soy mozo, rey, robusto, 605
que la virtud a todos nos obliga,
pero si vitupero de su gusto,
¿por qué tiendo las alas en su liga?
Esto con más razón decir podría,
mas antes con razón llorar debería. 610

¡Audalla desdichado! ¿Qué pretendes?
¿No ves que tras los vicios te despeñas?
Si los efectos del amor entiendes,
y remedios tan fáciles enseñas,
¿por qué de su poder no te defiendes? 615
¿Qué son de las palabras zahareñas
con que dabas al rey consejos vanos,
y tantas medicinas en las manos?

Carecen ya mis yerros de disculpa:
cualquiera de estas cosas me la quita, 620
y a todos el ejemplo de mi culpa
el camino del vicio facilita:
que cuando quien los hombres torpes culpa,
sabemos que ese mismo les imita,
entonces la maldad autorizada 625
con fácil ocasión es tolerada.

Ya llegas, desengaño de amor, tarde,
y es fuerza que este fuego me deshaga
que cuando los maderos secos arden,
hasta ver las cenizas, no se apaga: 630
no es justo pues que muera por cobarde
apliquemos remedios a la llaga

veamos, Isabela. de qué suerte
nos llevas en las manos de la muerte.

Mayor pasión de amor que el rey os tengo; 635
porque si de Albenzaide celos tiene,
los mismos celos yo de los dos tengo,
y doblada defensa me conviene:
por el mismo camino que ellos vengo
hay esta diferencia, que aquel viene 640
con favores, el rey con esperanza,
si no de ser amado, de venganza.

Yo vengo solamente sin reparo,
para sufrir tus tiros, Isabela,
en mí tienes el blanco muy más claro, 645
y contra mí tu flecha mejor vuela;
pero si yo mi pecho no declaro,
en tanto que de mí no se recela,
del rey podré mirar la saña fiera
que contra su rival Muley se espera. 650

Cual toro que de lejos ve que asoma
el toro que a su vaca también ama,
de cuya vista nueva furia toma,
y con celosa voz gimiendo brama,
y ya su pastor mismo que los doma, 655
elige de algún árbol gruesa rama
para ver la batalla, temeroso
del animal feroz y más celoso;

no menos el colérico rey moro
contra su rival fiero se embravece, 660
que ya no le refrena su decoro,
ni mis sanos consejos obedece.
Con estas diferencias yo mejoro
si fortuna tras ellos favorece;
y pues determinado voy, arrojo 665
el pecho al agua, y el temor recojo.

Escena VI

ISABELA, ALADIN.

ISABELA Pararon mis sospechas en lo cierto,
que el rey mandó prendello con tal ira;
ya debe según eso de ser muerto.
¿El sol por qué se muestra, si tal mira? 670

ALADIN Apenas a decir, señora, acierto,
según la lengua al llanto se retira,
el lamentable caso, caso triste;

¡injusto rey, o rey que tal hiciste!

Por gran favor me llevan donde estaba 675
(no te sabré decir con cuánta pena)
en una cárcel honda, que mostraba
estar de venenosas sierpes llena,
a cuya gran fiereza acompañaba
el ronco murmurar de la cadena, 680
injusto peso que Muley sostiene,
la garganta del cual ceñida tiene.

A la pequeña lumbre de una vela,
apenas pude velle bien la cara:
dijo: sepa mis males Isabela... 685

ISABELA ¡Pluguiera a Dios que sola los pasara!

ALADIN Y tú como supieres la consuela.
También dijera más, si no llegara
el crudo carcelero con voz fiera,
mandándome salir al punto fuera. 690

(Aquí cae ISABELA desmayada.)

¡Ah, señora, señora, qué congoja
te priva de dolor y de sentido!
No te muestres por Dios ahora floja:
¿Qué debo hacer? ¡Ay triste! Soy perdido.
Este fiero desmayo no se afloja, 695
y si pido socorro soy sentido;
pero pues viene ya su hermana bella,
a mí podrá librarne y socorrella.

Escena VII

ISABELA, ALADIN, ANA.

ANAAladin, no te pares, vete presto,
que vienen nuestros padres.

ALADIN ¿Por qué parte 700
puedo salir?

ANA Por ésta. Tú con esto
no quieras, Isabela, declararte;
aserena por Dios el claro gesto,

que vienen nuestros padres a buscarte,
y los demás cristianos desdichados, 705
al preciso destierro condenados.

Tenemos nuestra casa rodeada,
y dentro que no cabe, toda llena
de la devota gente bautizada,
a quien el rey sin ocasión condena. 710
Oye la ronca voz desentonada,
que formada de tantas así suena
escucha por ventura si conoces
de tus padres también las tristes voces.

Un lloroso tropel de viejos canos, 715
a quien muchas mujeres ven siguiendo,
hiere con triste son los aires vanos,
a Dios perdón, y a ti piedad pidiendo.
Estos llevan los niños de las manos,
aquellos a los pechos, reprimiendo 720
las inocentes voces, que con lloro
Muestran también temor del fiero moro.

ISABELA; Y sabes qué pretenden de mí?

ANACreo

que saben los amores del tirano.
Pero ya nuestra gente venir veo, 725
y por su capitán mi padre cano.
Yo me junto con ellos, pues deseo
alcanzar el remedio de tu mano;
y puesto que mis ruegos valgan poco,
entre los suplicantes me coloco. 730

Jornada II

Escena I

LAMBERTO, ENGRACIA, ISABELA, ANA, un VIEJO y TURBA DE
HOMBRES,
MUJERES y NIÑOS CRISTIANOS.

LAMBERTO; Oh virgen generosa, de quien pende
el bien común, y público reposo!
(Hija diré mejor) si cual entiendo

el vulgo, soy tu padre venturoso;
si mi cansada vida no te ofende, 5
ni tienes este nombre por odioso,
óyeme, si cual padre no, cual hombre
que tiene de cristiano ley y nombre.

ISABELA; Oh padres a quien debo reverencia!

¡Oh santa, perseguida compañía, 10
postrada, sin razón, en mi presencia,
espectáculo triste de este día!
¿De qué manera puedo dar audiencia,
ni quien seso tuviese la daría,
viendo vuestros aspectos venerados 15
a mis indignos pies así postrados?

Las rodillas alzad del duro suelo,
o revolved los ojos hechos ríos
al sumo plasmador de tierra y cielo,
y dirigid allá los votos píos; 20
y pues que mis entrañas no son hielo,
ni los bircanos tigres padres míos,
probad a conquistar otra dureza
con estos aparatos de tristeza:

que yo sin espectáculo presente, 25
cuando fuese mi muerte necesaria,
padeceré las peñas obediente;
obediente, ¿qué dije? Voluntaria.

Y por el bien común de nuestra gente,
y daño de la pérvida contraria, 30
una muerte, mil muertes, y si puedo,
muchas más pasaré sin algún miedo.

LAMBERTO Pues oye: bien sabemos cuán rendido

en amorosas llamas al rey tienes,
y cuán desesperado y ofendido 35
con tus castas repulsas y desdenes;
pero si tú con un amor fingido
sus locos pensamientos entretienes,
y cebas la esperanza lisonjera,
al yugo volverá la cerviz fiera. 40

Así que con hacer lo que te digo,
queda la voluntad del rey por tuya,
harás que no prosiga su castigo,
ni de la dulce patria nos excluya,
puedes así vencer al enemigo, 45
o darnos ocasión que se atribuya
a sola tu dureza nuestra pena,
y digan: Isabela nos condena.

Y por el consiguiente, si procuras

el bien universal (como lo creo) 50
y nuestras posesiones aseguradas,
(cual la santa Judith al pueblo hebreo)
tu nombre librarán las escrituras
mal grado de las aguas del Leteo,
del fugitivo tiempo carcomido, 55
amigo de la envidia y del olvido.

Ahora mira pues cuál nombre quieres:
ser madre de tus padres y tu gente,
(que tal nombre te cuadra si nos dieras
remedio, como puedes, suficiente) 60
O ser la más cruel de las mujeres
y con tus mismos padres inclemente
en una de estas cosas te resuelve,
condénanos, o luego nos absuelve.

Al rey por cierto tiempo fingir puedes 65
precisa castidad tener votada,
y que cuando del voto libre quedas.
La prenda le darás tan deseado.
En este medio, tiende astutas redes
suspiros, llantos, vistas regaladas, 70
palabras tiernas, echo de estas cosas,
y lágrimas, si puedes, amorosas.

Suspenderás del rey la furia loca
con estas apariencias, Isabela,
volviendo con el aire de tu boca 75
a todas partes su movible vela;
así nuestra sentencia se revoca,
así puede fingirse la cautela;
y nosotros también en este medio
seguros aprestar nuestro remedio. 80

No salga sin efecto nuestro lloro,
ni áspide cruel en esto seas,
así la majestad del sumo coro
disponga de tus cosas cual deseas,
y tus cabellos, émulos del oro, 85
en blancas canas convertidos veas,
después de largos años venerada,
de hijos y de nietos rodeada.

¿Por qué razón te turbas y suspiras?
¿Tan duro te parece lo que pido? 90
Con una risa falsa y dos mentiras
tienes este negocio concluido.
Por estas tristes lágrimas que miras,
por este vicio cano y afligido,
por esta triste madre te conjuro 95
no muestres a mis ruegos pecho duro.

Si ver la perdición de los cristianos
no basta (que bastar sólo debía),
ni la muerte cruel de tus hermanos.

La de tu vieja madre, ni la mía, 100
por el que puesto en cruz las santas manos,
hijo del Padre eterno y de María,
te conjuro, te ruego, pido y mando
que muestres a mis ruegos pecho blando.

ENGRACIAHija, ¿qué digo? Lumbre de estos ojos 105

que, como tú les faltes, son ya ciegos,
y un tiempo suspensión de mis enojos,
inexorable ya para mis ruegos,
y yo satisfacción de tus antojos
en tu niñez y vagamundos juegos, 110
y en más crecida edad con mil arreos
complacencia también de tus deseos.

¿Por qué dilatas tanto la respuesta?
¿Aguardas por ventura que te pida,
besándote los pies y descompuesta, 115
merced a voces de mi corta vida?
¿O gustas de mirar ante ti puesta
esta mísera gente perseguida?
Di, ¿qué solemnidad del pueblo quieres,
que tanto la respuesta nos difieres? 120

Por esos pocos años florecientes,
y por la muchedumbre de los míos;
por estos tristes ojos hechos fuentes,
¿qué digo fuentes? Caudalosos ríos,
te ruego yo, te ruegan tus parientes, 125
que dejes las excusas y desvíos
que contra nuestras justas peticiones
por ventura, recoges y compones.

Mira que si salimos de los muros
por el segundo César fabricados, 130
a más que no saldremos muy seguros
de ser todos o muertos o robados,
porque jamás los bárbaros perjuros
observan ley ni pactos concertados,
la sagrada ciudad queda desierta, 135
y nuestra religión en ella muerta.

El templo de la Virgen quedaría,
si no por los cimientos derribado,
a lo menos con vicios cada día
de los odiosos moros profanado; 140
y todo su tesoro se daría
en manos del sacrílego malvado,
reliquias y devotos simulacros,
todos los ornamentos al fin sacros;

el cual prevaricándoles el uso, 145
osará coronar su torpe frente
de la corona que a la Virgen puso

(digo a su imagen) la devota gente
y con introducción de tal abuso
trocadas en oficio diferente, 150
servirán las casullas y frontales
de marlotas al fin, o cosas tales.

Harán de las dalmáticas jaeces
a los fieros caballos andaluces,
con las borlas pendientes, que mil veces 155
acompañaron clérigos y luces;
y para refirmar los pies soeces,
el oro servirá de nuestras cruces,
haciendo de él labradas estriberas,
quizá con las historias verdaderas. 160

Pero dejando aparte los tesoros,
y las vidas por Dios bien empleadas,
vuelve a mirar ahora nuevos lloros
de las míseras madres lastimadas,
que dejan sus hijuelos a los moros, 165
y por el consiguiente condenadas
sus almas, pues serán de su ley misma,
haciéndoles dejar la sacra crisma.

¿Será posible pues que tú permitas,
con daño de los tuyos infelices, 170
que solas permanezcan las mezquitas,
y que sus ignominias autorices?
Tú, tú, de la ciudad sagrada quitas
la religión cristiana y sus raíces:
tu dura pertinacia nos destierra, 175
y no la del tirano de la tierra.

ISABELA No más, no más, queridos padres, basta,
si no queréis sin vida verme luego,
que donde la razón así contrasta,
poca necesidad hay de tal ruego. 180
Yo pues con intención sincera y casta,
sólo por procurar nuestro sosiego,
al fiero rey daré de amor señales
fingidas, si fingirse pueden tales.

LAMBERTO La bendición de Dios omnipotente, 185
y la nuestra también recibe ahora
tu nombre se dilate y acreciente
en cuanto mira el cielo y el sol dora;
y si es de creer que alguna gente
debajo del ignoto polo mora 190
allá tus alabanzas se dilaten,
y con admiración todos las traten.

ENGRACIA Estos maternos brazos lo primero
recibe por señal de lo que siento:
sírvente de collar, bien cual grosero, 195
pero lleno de amor y de contento.
Que en otro tiempo más felice espero
con mayor aparato y ornamento
mejorar estos dones, y tu cuello
ceñirlo del metal de tu cabello. 200

VIEJO En tanto que el caudal del Ebro vaya
al poderoso mar Mediterráneo,
y en el alto Moncayo nieves haya,
Nieves que por renombre le dan cano,
y en tanto que dividan y hagan raya 205
entre el aragonés y el aquitano
los altos y nevados Pirineos,
donde tienen los nuestros sus trofeos,
tus obras cantaremos excelentes,
si bien a la desierta Libia vamos, 210
o bajo de la zona los ardientes
y no sufribles rayos padezcamos,
y nuestra sucesión y descendientes
darán las mismas gracias que te damos;
los niños con la lengua ternezuela 215
repetirán el nombre de Isabela.

LAMBERTO No gastemos el tiempo más en esto;
¿no veis que la tardanza dañar puede,
y que según el rey está dispuesto,
el caso dilaciones no concede? 220

ISABELA Dejadme sola pues, porque más presto
trazada mi intención astuta quede,
porque la soledad es aparejo,
y verdadera madre del consejo.

LAMBERTO El Espíritu santo pues presida 225
en tus justos designios, Isabela,
y los del enemigo ahora impida
con esta nuestra lícita cautela.

ISABELA.

ISABELA Cual suele de los vientos combatida
en el soberbio mar hinchada vela, 230
los cuales a gran furia la relevan,
y con alternos sopios se la llevan;
el dudoso piloto no bien sabe
a cuál de los dos vientos seguir deba
al uno vuelve ya la frágil nave, 235
y luego de seguir al otro prueba,
y en tanto que consulta el hecho grave,
éste y aquél a más andar la lleva,
y sin determinarse llega a puerto,
mucho más que el dudoso mar incierto; 240
de tal manera voy confusa el alma,
a buscar el remedio de mi gente;
por otra parte mi Muley me llama
de la triste prisión con voz doliente
¿qué debe hacer quien ambas cosas ama? 245
¿A cuál debe mostrarse más clemente?
¿A quién he de poner aquí delante
a la fe, o a la patria, o al amante?
Sin saber resolverme, voy confusa
a los odiosos pies del rey tirano, 250
y con adulación, como se usa,
le tengo de besar la fiera mano,
juntamente buscar bastante excusa
de refrenar su ciego amor profano.
Incierta voy de todo: tú me guía, 255
estrella de la mar, dulce María.

Escena III

ADULCE, SELIN.

ADULCE Tres veces os he visto, verdes plantas,
de vuestras verdes hojas despojadas,
tres veces descompuestas, y otras tantas
de flores y de frutos adornadas, 260
después que la soberbia, sobre cuantas
han sido por hermosas celebradas,
aja cruel, origen de mi pena,
a mi dura cerviz puso cadena.
Dejé los altos muros de Valencia, 265
ciudad con lo demás del reino mía,
huyendo la tirana competencia
que contra mi poder prevalecía;
y para castigar su resistencia,

atrevido furor y tiranía, 270
al rey de Zaragoza, mi pariente,
amistad demandé, favor y gente.

Cosa no me negó de las que digo;
pero ninguna de ellas cumplir puede
hasta que dé lugar el enemigo, 275
y con seguridad el reino quede.
En este medio tiéneme consigo,
y libertad tan larga me concede,
que puedo disponer de su corona,
y casi represento su persona. 280

¿Pero de qué me fío, pues que tiene
una rabiosa tigre por hermana?
Tigre que de mi llanto se mantiene,
mas antes no lo escucha, ni se humana,
tres años ha que vivo me entretiene 285
una esperanza de mi gloria vana,
y tantos ha también, ¡ay, Aja fiera!
Que tu terrible furia persevera.

SELIN
Tiempo vendrá, señor, en el cual veas
las tierras usurpadas en tu mano, 290
y que sin sobresalto las poseas,
echando fuera de ellas a tu hermano,
y que goces la llama que deseas,
o vivas de su llaga fiera sano:
cosa fácil por cierto la postrera, 295
si con sagacidad se considera.

ADULCE
Aunque la majestad perdida cobre,
como tú pronosticas y yo creo,
y mi prosperidad me suba sobre
los montes de venganza que deseo, 300
no dejaré por eso de ser pobre,
si junto con el cetro no poseo
la dama, que merece dignamente
ser más que respetada de la gente.
Pero dime, si sabes, ¿Aja quiere 305
salir, como dijeron, hoy a caza?
Porque quiero seguilla adonde fuere,
y dar a mi dolor alguna traza.

SELIN
De cierto no lo sé, pero quien viere
los hombres que concurren a la plaza 310
y cubren del palacio la gran puerta.
Su salida tendrá, señor, por cierta.
Un palafrén más blanco que la nieve,

con guarniciones rojas y doradas,
de la puerta real el polvo mueve, 315
y deja en él las manos estampadas:
éste pienso será para que llevo
a tu dama, señor, que las preciadas
guarniciones y silla dan indicio
que sólo debe ser de su servicio. 320

ADULCE Pues yo sin ocasión alguna tardo.

SELIN Así me lo parece.

ADULCE Vamos luego,
que pues en amorosas llamas ardo,
no tengo de tener aquí sosiego.

SELIN Un caballo te espera tan gallardo, 325
que dirán que nació de vivo fuego,
y que de viento sólo se mantiene;
tanta velocidad y fuerza tiene.

Escena IV

ALBOACEN, AUDALLA, un PORTERO.

AUDALLA Ahora que mostrar contento debes,
pues tienes en prisión a tu contrario, 330
cuyas horas de vida serán breves,
¿por qué, tan al revés de lo ordinario,
con la dulce venganza te entristeces,
y muestras del principio tu fin vario?
Y tú que graves pérdidas mil veces 335
con los ojos enjutos has mirado,
¿ahora sin razón los humedeces?
Viste morir tu viejo padre al lado,
¿y negando a su muerte digno llanto,
lo das a la de un perro renegado? 340

ALBOACEN Es la amistad un nudo firme y santo,
y de todas las cosas de la vida
alguna no verás que valga tanto:
a todas es de sabios preferida,
en todos los estados importante 345

compás de los mortales y medida.
Es la amistad el mauritano atlante
que la celeste máquina sostiene,
digo que es a tal monte semejante:
también nombre de monte le conviene, 350
porque por más que el cielo se revuelva,
y arroje rayos, y con ira truene,
y puesto que en cenizas se resuelva,
con furia de las llamas y los vientos,
la vieja cumbre de encinosa selva, 355
jamás mudan los montes sus asientos,
ni los fieles amigos mudar pueden
en las adversidades los intentos.
Así que con razón mis ojos llueven
estas copiosas lágrimas, pues vemos 360
que los más firmes montes ya se mueven
y es gran razón, Audalla, que lloremos,
cuando vemos morir la fe sagrada
en los que más constante la creemos.
No lloro por la muerte desdichada 365
que a Muley ha de darse; pero lloro
por ver que con razón le será dada.
Dejó nuestra mezquita, siendo moro;
robome la cristiana rigurosa,
olvidando su ley y mi decoro. 370
Muéveme la venganza sanguinosa,
y la sacra corona con que ciño
la cabeza real y poderosa.
Yo mismo juntamente me constriño
a la misericordia que demanda 375
el amor que le tuve desde niño;
y cuando ya parece que me ablanda,
pónese la justicia de por medio,
y que muera Muley a voces manda.

AUDALLA En su muerte consiste tu remedio; 380
y pues sabes, señor, lo que se gana,
elige por tu bien del mal el medio.

PORTERO Poderoso señor, una cristiana
que a no dar de sus males apariencia,
la juzgara por diosa soberana, 385
para besar tus pies pide licencia,
y para relatarte su fatiga,
como tú sueles darles grata audiencia.

ALBOACEN Su petición y nombre di que diga.

PORTERO
Isabela se llama, según dijo. 390

ALBOACEN
Ya su misma dureza la castiga.
Entre, pero yo juro de estar fijo
en mi resolución, por más que oya
palabras tiernas y clamor prolijo.

AUDALLA
Los caudillos, señor, de la gran Troya, 395
por entrar el caballo como ciegos,
creyendo ser de Palas don y joya,
vieron de noche los ocultos fuegos
salir de la gran máquina preñada
de la grave cautela de los griegos. 400
Así, señor, la gente bautizada
temo que con el medio de esta dama,
alguna gran traición tienen trazada.

ALBOACEN
Antes pienso cubrir así mi llama,
que pueda descubrir su pensamiento, 405
y ver que tan de veras me desama.
¿Qué nueva turbación es la que siento
con ver esta cristiana? Pero venga,
que no podrá mudarme de mi intento.

Escena V

ISABELA, ALBOACEN, AUDALLA.

ISABELA
Poderoso señor, porque no tenga 410
ocasión de cansarte tu cautiva
con largos ruegos y prolija arenga,
y porque la pasión es excesiva,
a mí triste semblante me remito,
semblante de mujer apenas viva. 415
Parte de mi dolor verás escrito
en mis húmedos ojos, pues con ellos
los duros pechos a llorar incito;
y parte de él verás en los cabellos,
sembrados a los pies que tienes puestos 420
sobre rendidos y postrados cuellos
parte verás en los turbados gestos
de nuestros miserables ciudadanos,
no sé por qué razón a ti molestos:

parte verás en mis cruzadas manos, 425
que cautiverio triste significan
de tus vasallos míseros cristianos
mas antes estas cosas las publican
hasta los animales sin sentido,
y todos lo que yo, señor, suplican. 430
En suma, gran señor, lo que yo pido,
es una general misericordia
con este nuestro pueblo perseguido;
y que con nuevos pactos y concordia
suspendas de tus siervos el tumulto, 435
nacido de esta súbita discordia:
y no lo dudo yo, ni dificulto,
pues por ser cosa justa, será tuya
que todos consigamos este indulto.
Tu benigna bondad nos constituya 440
en nuestras posesiones y descanso,
sin que tu gran castigo se concluya
y porque con mis voces quizá canso,
proseguiré con lágrimas mi ruego,
hasta que me respondas, señor manso. 445

ALBOACEN Verdad es; pero ser sin causa niego,
que yo con mis edictos y pregones
he querido turbar vuestro sosiego
moviéronme justísimas razones,
infaustas y tristísimas señales 450
de fieras y sangrientas rebeliones;
y para prevenir a tantos males,
con un alfaquí docto me aconsejo,
que sabe los erectos celestiales;
pues hechos sus conjuros, el buen viejo 455
diome del vaticinio por respuesta
un duro y asperísimo consejo.
Yo vi con apariencia manifiesta,
que no fue la respuesta por él mismo,
mas por algún espíritu compuesta, 460
como si alguna furia del abismo
al sabio las entrañas lo royera,
o como que le toma parasismo,
con los mismos erectos: y tal era
la presencia del viejo, cuando vino 465
a darme la respuesta verdadera.
Andaba con furioso desatino,
torciéndose las manos arrugadas,
los ojos vueltos de un color sanguino:
las barbas, antes largas y peinadas, 470
llevaba vedijosas y revueltas,
como de fieras serpes enroscadas

las tocas, que con mil nudosas vueltas
la cabeza prudente le ceñían.
Por este y aquel hombro lleva sueltas 475
las horrendas palabras parecían
salir por una trompa resonante,
y que los yertos labios no movían.
Si quieres que tu Dios, o rey, levante
la rigurosa diestra (dijo) mira 480
el medio que será sólo bastante.
Si quieres aplacar tan grande ira
como muestra tener nuestro profeta
pues ya de tus estados se retira;
si no quieres tu gente ver sujeta, 485
y también descompuestas ambas sienes
del lucido metal que las aprieta,
conviene que te prives y enajenes
de la persona triste de tu corte,
a quien más voluntad y afición tienes: 490
aquella que te da mayor deporte,
ahora sea varón, o ahora sea
la dama que tomases por consorte.

AUDALLA Según el rey lo finge y hermosea,
parece que es verdad esto que dice: 495
(Aparte.)
¿Habrà quien esta fábula no crea?

ALBOACEN Divisas diferentes de ello hice,
la gravedad del caso ponderando,
por ver el que será tan infelice,
mis gentes y vasallos numerando, 500
sus obras y servicios repitiendo,
y cada cosa de ellas ajustando,
mi voluntad dudosa confiriendo
con cada cual, por ver a quién amaba:
¡extraña voluntad, y amor horrendo! 505
Y en tanto que con duda tal estaba,
llegó nuevo dolor a la memoria
y claro le mostró lo que buscaba
y vi que de la vida transitoria
eres tú solamente quien podía 510
darme mas aflicción o mayor gloria.
Creí luego que el hado disponía
que fueses tú la víctima y ofrenda
que pide la confusa profecía;
y que para torcerme de la senda 515
por donde me despeña mi deseo,
a ti sola su furia comprenda,

por ser en nuestra secta caso feo
amar a quien a Cristo reverencia,
que ya debes saberlo, según creo. 520
Todos interpretamos la sentencia,
aunque con gran dolor de parte mía,
contra lo que merece tu presencia.
Así para cumplir lo que debía,
te quise desterrar ocultamente 525
con darte tan copiosa compañía
y mandé pregonar públicamente
que salga dentro tiempo limitado
fuera de Zaragoza vuestra gente.

ISABELA; Con qué supersticiones engañado, 530
o poderoso rey, te determinas
a perseguir el pueblo bautizado!
Mira que las sentencias repentinas,
por un sólo varón determinadas,
suelen parar en míseras ruinas; 535
y que muchas provincias encumbradas,
por otras novedades semejantes,
quedaron abatidas y postradas.

ALBOACEN; Oh, mujer afligida! ¿Por qué antes
de saber mi propósito dos voces? 540
Oye, mas ruégote que te levantes.
Ya quiero que gocéis, y que tú goces
todo cuanto me pides, puesto caso
que mis largas mercedes desconoces.
Verdad es que me mueve nuevo caso, 545
y no tu triste ruego solamente,
que muy más adelante en esto paso.
Por el común descanso de mi gente,
por dar satisfacción al gran profeta,
y ser a sus preceptos obediente, 550
por ser tú la persona más asceta,
y que mi voluntad tiene propicia,
y no sólo propicia, más sujeta:
creyendo que del cielo la justicia
con esto me mandaba que dejase 555
del amor insaciable la codicia,
mandé por mi ciudad se pregonase
que nadie de la gente bautizada
en los muros augustos habitase.
Quedaras tú con esto condenada; 560
mas en tu vez hallar pude persona,
por justas ocasiones más amada,
tanto, que pospusiera mi corona

por no privarme de ella, mas el hado
sin esta privación no me perdona. 565
Al fin, es Albenzaide, mi criado,
quien pudo suspender vuestro castigo
y quien ha de morir por ser amado:
que pues lo quiero tanto, como digo,
con traspasar en él vuestra sentencia 570
de todo lo demás me desobligo.
Segura parte ya de mi presencia
a consolar tus míseros cristianos
con dalles tú la nueva, y yo licencia.
¿Por qué con ira tuerces ambas manos 575
y con tan tristes lágrimas ahora
eclipsas esos ojos soberanos?
Injustamente un hombre su mal llora
después que ya su furia no le daña,
o cuando claro ve que se mejora. 580

ISABELA Si quieres aplacar. ¡Oh rey! La saña
del que llamas profeta con privarte
del que te da más gusto, ¡ley extraña!
Yo quiero ser aquí contra mi parte,
por ver a la razón de la contraria, 585
y de tu ceguedad desengañarte.
¿Tú tienes ya por cosa necesaria
privarte del que amares más?

ALBOACEN Concedo.

ISABELA Pues mira tu sentencia temeraria.
Injustamente yo sin pena quedo, 590
pues soy la más amada.

ALBOACEN ¿De qué suerte?

ISABELA Porque contigo más que todos puedo.
Esta sola razón puede vencerte.
A mí me desterrabas por castigo,
y das a tus vasallos cruda muerte. 595

ALBOACEN Pudiérame valer eso contigo,
mas no con un varón tan importante,
el cual fuera viviendo mi enemigo.

ISABELA Quiero que esa razón fuera bastante.
Pero dime: ¿tuvieras amor firme 600
al moro si lo vieras inconstante?

ALBOACEN Antes por acertar bien a servirme,
y serme tan leal, su muerte lloro.

ISABELA Luego ya no podrás contradecirme:
pues yo que no leal como ese moro, 605
antes traidora soy o tu grandeza,
la cruz es mi señal, y a Dios adoro.
Con ver en mí tan clara la dureza.
Con verme, como digo, bautizada,
no te pude mudar de tu firmeza, 610
mas antes soy de ti muy respetada,
que tanto cuanto yo me muestro dura,
tú muestras voluntad aficionada.
¿Sufrieras tú del moro por ventura
tan grandes desacatos y desdenes? 615
Ya dijiste que no.

ALBOACEN Fuera locura.

ISABELA Luego mayor amor a mí me tienes.
¿Por qué condenas pues al menos grato?
A mí será mejor que me condenes.
¿Consiste, di, señor, en un buen trato, 620
con la que te desama ser benigno,
y con el que te sirve bien ingrato?
Si sus fieles servicios le hacen digno
del amor que te muestras, ¿es ley justa
pagarle con castigo tan indigno? 625
Por sentencia tendré menos injusta,
que todos los cristianos miserables
dejemos la ciudad Cesaraugusta.

ALBOACEN Ya no son tus palabras tolerables,
ni yo puedo sufrir en mi presencia 630
que con tal libertad y furor hables.
Con menos artificio y elocuencia
a tu cristiano pueblo defendías,
cuando me provocabas a clemencia;
porque su propio daño no tenías 635
por tan propio, traidora, como tienes

éste que contradices por mil vías.
A solo defender su causa vienes,
según has olvidado la primera,
y de razones prontas te previenes. 640
¿Puedo disimular? ¡Quién tal creyera,
que la que con un rey fue rigurosa,
con un vasallo suyo no lo fuera!
La muerte pues que pides animosa,
¡oh perra!, te darán en compañía 645
del perro que te tiene por esposa.

ISABELA
Ese fiero furor y tiranía
las vidas cuando mucho, quitar puede:
Muley dará la suya, y yo la mía:
pero después la gloria que sucede 650
al martirio dichoso, no la quita,
ni tal jurisdicción se te concede.
En Muley hallarás otro levita;
pues para ser católico cristiano,
en su patria dejó vuestra mezquita. 655
En mí verás también, como Daciano,
el pecho que mostró la virgen bella,
honor del apellido lusitano.
Yo pues te seguiré, casta doncella,
cuyo sangriento clavo resplandece 660
en tu divina frente como estrella.

AUDALLA
Poderoso señor, ¿no te parece
que todo lo que dije verifica
quien ambas las dos vidas nos ofrece?

ALBOACEN
Delitos a delitos multiplica 665
quien, sin arrepentirse de los hechos,
después con pertinacia los publica.
En polvos los cadáveres deshechos,
y vuestros corazones tan conformes
arrancados veré de vuestros pechos. 670

ISABELA
Pues aunque de metal un toro formes,
y quieras como un Fálaris tirano,
inventar los castigos más enormes,
el pecho que se precia de cristiano
recibirá gozoso cuantas penas 675
inventes y procedan de tu mano.
¡Oh lazos apacibles, y cadenas
temidas de los flacos corazones,

por ser de tales ánimos ajenas!
Ceñidme ya, dulcísimas prisiones, 680
seréis preciosas arras de mis bodas,
y del esposo dulce gratos dones:
venid a mí, cargad sobre mí todas;
y tú, danos el tálamo dichoso
que para los dos juntos acomodas. 685

ALBOACEN En el lugar que sabes tenebroso,
Audalla, mandarás que pongan esta
enemiga cruel de mi reposo;
y después que la dejes allí puesta,
vendrás adonde dije, porque quiero 690
solemnizar de veras esta fiesta.
Esto con brevedad, porque te espero.

AUDALLA Así se hará, señor, ¡oh desdichado,
mas antes venturoso carcelero!
¡Oh rey! En mi poder has hoy dejado 695
la joya que yo precio más ahora
que todo cuanto Dios tiene criado.
Desviaos ya vosotros. Tú, señora,
confía, pues Audalla va contigo,
que la contraria suerte se mejora. 700

ISABELA ¿Qué dices?

AUDALLA Tú sabrás lo que yo digo
cuando los dos estemos donde haya
dejado los que van aquí conmigo.
Ni la trabéis de brazo ni de saya;
dejadla, bien podéis seguramente, 705
que de su voluntad ella se vaya,
y no venga tampoco tanta gente.

Escena VI

AJA.

AJA No somos ambos hijos de una madre,
injusto rey, por cierto no lo creo;
tanto diferenciamos en los hechos 710
mas antes juzgo yo por lo que veo,
que algún helado monte fue tu padre,

y tigres te debieron dar los pechos.
¿Tú los servicios hechos
or Albenzaide fuerte 715
pagas con triste muerte?
¡Injusto galardón, sentencia dura!
Yo Aja, sin ventura,
del soberbio mancebo desamada,
por más que me fue duro, 720
tu rigurosa espada
de esa bella cerviz quitar procuro.
En mi secreto tálamo fundado
sobre los claros baños y jardines,
donde el rey muchas veces se recrea, 725
hay un balcón cubierto de jazmines,
lugar para mirar acomodado,
sin que la gente del jardín lo vea:
yo, como quien desea
saber su mal, y acecha, 730
o porque mi sospecha,
o porque la costumbre me llamaba,
en el balcón estaba,
y vi venir al rey con rostro fiero,
tan solo con Audalla, 735
su falso consejero.
Mas ¡ay en quien amor ofensa halla!
Mis oídos atentos, y sus voces
altas, por ser con ira, me mostraron
ayudando también los movimientos, 740
gran parte de las cosas que trataron
los indignados ánimos feroces,
y la revolución de sus intentos.
Parte de ellos los vientos
y sonoras corrientes 745
de las heladas fuentes
no dejaron llegar a mis oídos,
y de ellas impedidos,
la causa de sus cóleras ignora
al fin dieron sentencia 750
contra mi dulce moro
en el secreto tribunal y audiencia.
¿De qué furor movido, duro viejo,
a tal atrocidad, a tan gran furia,
el venenoso pecho solicitas? 755
¿Y cuál fue de Muley tan gran injuria
para que sin proceso ni consejo
la vida, rey, le quites, como quitas?
¡Oh cielo, no permitas,
pues eres justiciero, 760
u suceso tan fiero!
Y tú también, Adulce, llega presto,

otras veces molesto,
ahora sumamente deseado:
oye, que tu tardanza 765
aumenta mi cuidado,
y muere, si tú tardas, mi esperanza.

Escena VII

ADULCE, AJA.

ADULCE Si sobre las almenas de Valencia
hubiese ya fijado mi bandera,
y todos sus rebeldes castigado, 770
por menos buen suceso lo tuviera
que mandarme venir a tu presencia,
habiendo sido de ella tan odiado;
pero pues he llegado
a la sublime cumbre, 775
si mudas de costumbre,
declárame, señora, qué deseas;
porque quiero que veas
cuán bien tus mandamientos obedezco.
Cultivar las arenas 780
de la Libia me ofrezco,
si para tal trabajo me condenas;
y si con las desnudas plantas quieres
que pase de la Scitia los helados,
no tendré por difícil este hecho; 785
y si por el camino las espadas
sedientas de mi sangre me pusieres,
no dudaré de dallas este pecho.

AJA Con juramento estrecho
primero, pues, te obliga, 790
que de lo que te diga
eternamente guardarás secreto.

ADULCE Así te lo prometo,
y por mí ley lo juro.

AJA Pues más quiero.

ADULCE Juro que cuanto mandes 795
cumpliré si no muero.

AJAMira que son promesas las dos grandes.

ADULCEA todas me prefiero.

AJAPues ahora

has de saber, Adulce, que te llama
Aja, la más que todas triste mora; 800
Aja, que tan sin culpa te desama;
Aja, que ya su mal cercano llora,
enemiga del rey y de su fama,
para que la defiendas con tu mano
de la furiosa diestra de su hermano. 805

No sé por qué razón, pero sé cierto
que Muley Albenzaide, señor mío,
señor ha muchos años encubierto,
aunque siempre conmigo mármol frío,
hoy ha de ser injustamente muerto. 810

Si tú, de cuya diestra me confío,
no te libras, señor, del vivo fuego,
con armas, cuando no valiere ruego;
si matan al mancebo de tal suerte,
yo moriré también desesperada. 815

A mí me libra pues de cruda muerte,
si tanto como dices soy amada.
Apiádate pues, ¡oh varón fuerte!
De esta tierna muchacha enamorada:
no mires a que fui dura contigo. 820
y te mando librar a tu enemigo.

Y si de mis desdenes ofendido,
procuras la venganza dignamente
mi pecho, que del mal autor ha sido
tus rigurosas manos ensangrientes: 825
mas con fiero suplicio no debido,
Muley, en mis delitos inocente,
no permitas que muera; viva, viva,
y muera yo, que fui y soy esquiva.

Por esa fuerte diestra, la cual veas 830
de tus rebeldes moros vencedora;
por la digna corona que deseas;
y si puedo decir, por esta mora,
en quien la voluntad tan mal empleas,
y tienes o tuviste por señora, 835
te suplico, señor, que, a Muley libres,
y luego contra mí tu lanza vibres.

¿Por qué no me respondes? ¿Por ventura
pretendes no cumplirme la promesa?

¿O puédome partir de ti segura? 840
¿Aceptas con silencio tal empresa?
En tanto que suspensa mi ventura
tu valor y mi priesa te da priesa,
a tus ya favorables pies me postro,
tendidos los cabellos por el rostro. 845

ADULCE; Hay caso más atroz ni temerario!
¡Oh dama rigurosa! ¿Qué pretendes?
¿Yo tengo de librar a mi contrario,
Sabiendo que por él a mí me ofendes?
Pero porque no digas que soy varío, 850
yo quiero defender al que defiendes:
a lo menos haré con tal oficio,
aunque sin galardón, algún servicio.
¡Oh vana, pretensión de los humanos,
que viven de sus cosas confiados 855
en la prosperidad del mundo vanos,
sobre las altas ruedas colocados,
y vienen muchas veces a las manos
de aquellos a quien tienen agraviados,
los cuales, en lugar de hacer venganza, 860
convierten sus miserias en bonanza!

AJA; Oh pecho sin razón desheredado,
no sólo de tu reino, mas del mundo!
Que sólo se te debe tal reinado,
sólo, sin que conozcas rey segundo. 865
Tan cortés y benigno te has mostrado,
que yo misma de verlo me confundo:
conozco cuán ingrata fue contigo,
y con esta venganza me castigo.
Y ya que dignamente recompensa 870
no puede recibir tu cortesía,
pues no puedo pagarte sin ofensa
del moro, cuya soy, pues no soy mía;
aunque fortuna varia que dispensa,
y por su voluntad las cosas guía, 875
las nuestras las dispone como pido,
jamás pondré tus obras en olvido.
Y si sucede bien, como lo creo,
pues te llevo, señor, por mi columna,
tu gozo gozarás de este trofeo, 880
sin que de él participe la fortuna;
pero si sale vano mi deseo,
culpa no te daré, señor, ninguna,
mas sólo quejareme de los hados,
contra mis pretensiones conjurados. 885

Y porque, como sabes, la tardanza
muchos buenos sucesos desbarata,
y por el consiguiente los alcanza
quien con solicitud sus cosas trata,
parte luego, señor, con esperanza 890
de que tu pretensión ha de ser grata,
que yo me voy también con harto miedo.

ADULCEY yo con las mortales ansias quedo.

Escena VIII

ADULCE.

ADULCE ¿Ha quedado tormento, por ventura,
sin ser fiero verdugo de mi pecho? 895
¿Puede llegar a más mi desventura?
¿Puedes hacer, amor, mas de lo hecho?
Amo sin esperanza, ¡cosa dura!
Dejo por el ajeno mi provecho;
y no sólo mi mal llevo conmigo, 900
sino también el mal de mi enemigo.

No sé cómo será, porque primero
que me contase Aja su fatiga,
sólo por ser Muley tan buen guerrero
que con razón a todos nos obliga, 905
al rey rogué por él; pero severo
al punto respondió: que lo castiga
con gran razón; y en esto resolute,
quedó mi pretensión sin algun fruto.

Pues vemos que los ruegos salen vanos 910
y tengo tanta gente de mi porte,
será bueno valerme de las manos,
y junto con las fuerzas poner arte
y con mentido traje de cristianos,
pasada de la noche la más parte, 915
asaltar la prisión y cárcel fuerte,
para librar al moro de la muerte.

¡Oh ciego desatino, qué pretendo!
Veamos, puesto caso que sucedan
muy bien cuantas quimeras voy haciendo, 920
y defender las guardas no se puedan
si los contrarios yo del rey defiendo,
mis hechos y mi fama, ¿cuáles quedan?
Mancillados por cierto, pues que trato
de ser con quien me da favor ingrato. 925

Pues, ¿debo de quebrar la fe debida

al rey, de cuya mano mi persona
espero que será restituida
en los perdidos reinos y corona.
Os quebraré la jura prometida 930
a esta ferocísima leona?

¡Terrible duda! Todo lo revuelvo,
y no me determino ni resuelvo.

Éste con beneficios me detiene,
aquella con su mando me da priesa, 935
suspenseo cada cual mi pecho tiene,
sin decidir cuál más o menos pesa.
¿Mas qué necio furor es el que viene,
y de mis confusiones hace presa?
Sigamos esta furia que me llama, 940
y viva para siempre nuestra fama.

Jornada III

Escena I

AUDALLA, ISABELA, un ALCAIDE.

AUDALLAHete querido dar, perra, la vida,
y despréciasla tú de tal manera,
que no temes la muerte, tan temida
del hombre más valiente que la espera,
pues luego se verá si fue fingida 5
esa severidad o verdadera,
y si con el principio de las penas
la furia de la cólera refrenas.

ISABELA¿Adónde me lleváis?

AUDALLAAdonde veas
primero que las llamas encendidas 10
a los que tanto hablar y ver deseas,
para que te consueles y despidas:
porque puesto que ya tan dura seas,
sin mirar las ofensas recibidas,
el último consuelo te dejamos. 15

ISABELA Invención de tiranos es; mas vamos.

AUDALLA Antes vendrán aquí: llamados luego;
pero mejor será que yo los llame.

ISABELA Una sola merced señor, te ruego;
y después de cumplida, muerte dame. 20
No pido que me libres, no, del fuego,
sentencia reputada por infame,
y para mí dichosa: solo quiero
me dejes con Muley hablar primero.

AUDALLA Yo voy; haced vosotros lo que digo. 25

ISABELA ¡Ay Dios, si se cumpliera mi deseo!
Temo que con temor de tu castigo,
dejes, Muley, tu fe; mas no lo creo
pero si yo me puedo ver contigo
bien sé que ganaremos hoy trofeo, 30
y coronas de mártires gloriosos,
contentos y purísimos esposos.

ALCAIDEA Ahora mira pues, ¡oh triste dama!
Estos tan conocidos troncos fríos,
troncos que produjeron esa rama, 35
y vierten por sus cuellos rojos ríos;
hoy tienes ocasión de ganar fama.

ISABELA ¡Ay, padres desdichados, por ser míos!
¡Ay, hermana también! ¡Qué dura mano!
¡Ay, implacable saña de tirano! 40
¿A cuál de estos tres cuerpos son debidas
estas copiosas lágrimas que vierto?
¿A cuál han de lavalle las heridas
que los fieros puñales han abierto?
¿Sobre cuál de las prendas conocidas 45
ha de caer con tal dolor incierto
éste con gran razón dudoso pecho?
¿A cuál abrazaré con lazo estrecho?
¡Oh padres, otro tiempo cuidadosos
de mis infaustas bodas, si llegaran! 50
¿Así me consoláis en los fogosos

tormentos que los moros me preparan?
¿Y tú, cuyos dos ojos luminosos
los pechos más rebeldes ablandaran,
hermana, consejera de mis males, 55
a ver mis vituperios así sales?

¿Así me consoláis la partida,
y me dais a besar las santas manos?
¿Así de vuestros brazos detenida
me sacan con violencia los paganos? 60
¡Oh diestra de los nuestros homicida!
Tirano, descendiente de tiranos,
¿por qué las bendiciones de mi padre
me niegas, y los besos de mi madre?

Pero yo, temeraria, ¿por qué lloro, 65
y las ilustres ánimas ofendo?
Ellas ocupan ya las sillas de oro,
las celestiales músicas oyendo,
y yo con imputar al fiero moro
la voluntad inmensa reprehendo. 70
¡Oh loca! ¿Tú no sabes que del cielo
procede lo que miras en el suelo?

Dios quiso colocarlos de tal suerte
entre los que contemplan su grandeza,
y dar a mi paciencia con su muerte 75
un toque verdadero de firmeza.
Ea pues, Isabela, tú convierte
en alboroto dulce esa tristeza;
de las adversidades fuerzas sala,
cual suelen de las víboras triaca. 80

ALCAIDE Cubrid esos difuntos, no los vea,
y con ellos le demos ya materia,
que nuestra confusión notoria sea,
en gozo convirtiendo su miseria.
Y no puedo negarte, mujer rea, 85
que cuando la famosa Celtiberia
de dignas alabanzas careciera,
por sola tu constancia las tuviera.

Escena II

AJA.

AJA Por ser de nuestra casa lo más alto
estoy en esta torre congojosa 90
con un apasionado sobresalto;
acá y allá la vista codiciosa

me lleva por los campos diligente
el triste corazón que no reposa.
¡Ay, Aja!, con cuidado diferente 95
solías frecuentar estos lugares,
para tender la vista libremente.
¡Mas ay, memoria triste!, ya no pares
a contemplar el bien que no poseo,
cuando vienen los males a millares. 100
El horrendo lugar de lejos veo,
en el cual suelen dar infame pena
los ministros fierísimos al reo.
De gente la campaña miro llena:
de voces y trompetas discordadas 105
un confuso clamor en torno suena.
De polvo densas nubes levantadas
oscurecen los aires, y no dejan
discernir bien las cosas apartadas.
Parece que los campos se me alejan, 110
porque no pueda ver el caso fiero,
y que del riguroso rey se quejan.
¡Cuándo veré vislumbres del acero,
y llegar el socorro favorable
que del desheredado rey espero! 115
¡Cuándo veré librar al miserable
a las ardientes llamas condenado,
con un atrevimiento memorable!
Mas, Aja, ¿para qué tienes cuidado
del que no solamente no te quiere; 120
pero dicen también que es bautizado,
y que con pertinaz ánimo muere,
junto con Isabela, tan conforme,
que de su ley y pecho no difiere?
Pero por mucho más que disconforme 125
el suyo de mi pecho, no por esto
aprobaré castigo tan disforme.
¡Oh Adulce! No te tardes, llega presto,
que ya deben tener al condenado
en el ignominioso lugar puesto. 130
¡Qué llamas tan horrendas se han alzado!
El humo negro sube por los vientos,
y de ellos es acá y allá llevado.
¿Qué voces con tristísimos acentos
un cautivo cristiano viene dando? 135
¡Ay me! ¡Qué lastimosos movimientos!
El rostro con las uñas arañando,
rasgándose también el pecho viene,
los brazos a los cielos levantando.
¿Cómo no bajo pues? ¿Quién me detiene? 140
¿Por qué públicamente no pregunto
si Muley Albenzaide vida tiene?

¡Oh, si yace su cuerpo ya difunto,
acompañarle quiero con el mío!
¡Dichosa si me viere con él junto! 145

Escena III

AJA, NUNCIO.

NUNCIO; Oh pueblo religioso, pueblo pío,
con largo cautiverio castigado
debajo de tirano señorío!
Hoy eres por el suelo derribado,
hoy dos firmes columnas has perdido, 150
mas antes hoy dos santos has ganado.
¡Oh tirano cruel endurecido!
Castíguete la mano poderosa
de Dios, en sus cristianos ofendido.
De esta casa real y suntuosa 155
que vosotros llamáis Aljafería,
y yo cueva de sierpes ponzoñosa,
permita Dios que llegue presto día
en que caigan sus muros levantados,
absoluto poder y tiranía; 160
y los soberbios techos tan dorados,
en vengativas llamas yo los vea
por manos de los nuestros abrasados.
Y ya que preservada de esto sea,
alcázar se convierta de cristianos, 165
y príncipe cristiano la posea,
el cual para los pérfidos paganos
tenga después en ella cárcel fuerte,
y mueran castigados a sus manos.

AJA Si vienes, ¡oh cristiano! Tú por suerte, 170
aunque bien lo declaras con tus voces,
de ver ejecutar la torpe muerte;
pues que mi voluntad también conoces,
declárame de todos el suceso,
así la libertad perdida goces: 175
que, puesto que soy mora, yo confieso
que tengo compasión de vuestras cosas,
por ver que son juzgadas con exceso.

NUNCIO; Oh tú que reprobar los malos osas,
cuando más prevalecen sus maldades, 180
y cortan sus espadas rigurosas?

Ahora de mi pena te apiades,
ahora lo preguntes con cautela,
para saber así las voluntades.
De nadie ya mi lengua se recela, 185
antes en altas voces contar quiero
las muertes de Muley y de Isabela;
pero mejor será contar primero
de sus padres, amigos y parientes
el martirio cruel, el caso fiero. 190

AJAMas antes yo te digo que no cuentes
sino de los dos solos.

NUNCIOPues prepara
de manantiales lágrimas dos fuentes.
Como suele fingir la madre cara
a veces del enojo del marido, 195
con el hijo que vio que desampara
el padre sin razón endurecido,
colérico la riñe si defiende
al joven de su casa despedido:
ella muestra que en ello condesciende, 200
pero llora después el hijo ausente,
de suerte que el marido ya lo entiende:
tal, y con tal dolor la triste gente,
a vueltas la cristiana con la mora,
encubren su pasión difícilmente. 205
Cada cual de Muley el caso llora,
por ser en la ciudad amado tanto,
y por su conversión mejor ahora.
Ni quedas, Isabela, tú sin llanto;
pues moros y cristianos afligidos 210
con lágrimas celebran tu fin santo:
mas por no ser del rey también punidos,
refrenando las lenguas temerosas,
daban indicios de esto conocidos;
y con las voces bajas y llorosas, 215
llenos de turbación, se preguntaban
la causa principal de tales cosas;
pero como los más se recelaban,
negando la respuesta sin hablarse,
los hombros y cabezas levantaban; 220
y como suelen muchos engañarse,
algunos en favor del rey decían
que con sabios debió de aconsejarse.
En tanto que estas cosas sucedían
y delante la cárcel apiñados 225
los atónitos hombres concurrían

sacaron a los tristes condenados
cuyos brazos, indignos de tal pena,
llevan a las espaldas amarrados,
encima de los cuales también suena, 230
dando clara señal de pesadumbre,
de torcido metal una cadena:
cércales, como tiene de costumbre,
así de los ministros del rey fiero,
como de circunstantes, muchedumbre. 235
La bella dama fue la que primero
maravilló la gente circunstante,
con descubrir el rostro tan severo.
Pasmáronse de verla tan constante,
que en ánimo, lugar y fortaleza 240
al valiente Muley iba delante.
No sólo no mostró tener flaqueza;
pero con ser tan triste la salida,
negó las apariencias de tristeza.

AJANo deben estimar la corta vida 245
los que saben cuán frágil es su gloria,
y tienen su mudanza conocida.

NUNCIONo rompas el proceso de mi historia.

AJAProsigue.

NUNCIOLos cabellos extremados,
tan dignos de quedar en la memoria, 250
suelos, sin más adornos por los lados
con una redecilla conteniendo,
y de ella con el viento libertados,
andaban varias luces despidiendo,
como suelen tal vez las rubias mieses, 255
con este y aquel viento compitiendo.
¡Cosa digna de lástima!

AJANo ceses.

NUNCIOLa gravedad del rostro no dejaba
llegar a los ministros descorteses:
con los hermosos ojos los turbaba, 260
que como la virtud se traslucía,
los ánimos más bárbaros domaba.

Notósele también cómo volvía
los ojos muchas veces, animando
al valiente Muley, que la seguía. 265
¡Extraña cosa ver un pecho blando
de una tan muchacha cuanto bella,
al más valiente joven consolando!
Topábanse los ojos de él y de ella;
los de Muley llorando por su muerte, 270
o por la de la huérfana doncella.
Al fin llora Muley, con ser tan fuerte,
(¡Oh virtud, cuánto puedes!) y la dama
una mínima lágrima no vierte.
Todo lo pasa bien quien a Dios ama 275
dejemos esos bárbaros gentiles,
que trocaron la vida por la fama:
mirad correr en años juveniles
a morir una dama tan contenta.
Pospuestas las flaquezas mujeriles, 280
como suele tal vez correr sedienta
a la vecina fuente veloz cierva,
cuyas hermosas aguas ensangrienta
hay un campo ribera de la Guerva,
al cual niegan los hombres el arado, 285
y Dios da en todo tiempo verde yerba:
lugar para dar muerte dedicado,
y por esto que digo tan inculto,
que de él huyen las fieras y ganado.
Aquí con grandes voces y tumulto 290
trajeron a los dos fieles cristianos,
que ya Muley dejó de serlo oculto
y luego los ministros inhumanos
espalda con espalda los ataron,
por los pies, por los hombros y las manos. 295
Todos los circunstantes se pasmaron,
y con silencio triste muy atentos,
cuanto les permitieron se acercaron:
dijeras que también los raudos vientos
se paraban a ver el caso fiero, 300
según vimos cesar sus movimientos.
El silencio rompió Muley primero,
y con osada voz y fuerte pecho
confesó ser cristiano verdadero.

AJA¡Oh fermentido moro, tal has hecho, 305
y téngote yo lástima!

NUNCIOLA dama
prosigue de Muley el viril hecho,

diciendo: pues el pecho nos inflama
el que por redimir a los humanos
tomó para morir la cruz por cama, 310
preciémosnos de ser sus cortesanos
y ya que cual él hizo no podemos
alargar en la cruz los pies y manos,
a sus graves tormentos imitemos:
tú puedes ser mi cruz y yo la tuya, 315
y juntos de esta suerte moriremos,
y pues las almas son hechura suya,
procure cada cual que cuando muera,
al mismo que la dio la restituya:
dijo: pero sin duda más dijera, 320
si rompiendo los aires una flecha
contra la bella dama no viniera:
entrose por la boca tan derecha,
que le clavó la lengua, que tenía
ya gran predicadora de Dios hecha. 325
Entró la flecha pues cuando salía
por la cristiana boca repetido
el nombre del gran hijo de María.
Todos vuelven a ver el atrevido,
mas antes el cruel que con tal furia 330
de tan grande maldad autor ha sido,
el cual fue Bayaceto de Liguria,
un tiempo bautizado, ya precito,
pues que dejó su ley por la lujuria:
alzan un general y triste grito, 335
y todos lo señalan con el dedo,
diciendo que merece ser proscrito
mas él se presentó con gran denuedo
diciendo que por honra de su secta
el arco disparó sin algun miedo. 340
Con esto la canalla ya quieta,
a la dama se vuelve, que tenía
inserta por la boca la saeta.
Una fuente de sangre despedía,
que por el blanco pecho discurriendo. 345
Coral sobre marfiles parecía;
y ya del blanco rostro desistiendo,
cual de cortada flor, el color bello,
las gracias se mostraban ir huyendo.
Inclinó con dolor el blanco cuello, 350
cual con la grande lluvia combatida
la dormidera verde suele hacello.
Así quedó la virgen adormida:
que la muerte del justo, sueño breve
le llaman, y principio de la vida. 355

AJAA compasión grandísima me mueve
la muerte de esa dama desdichada.

NUNCIOEs deuda general que se lo debe,
por estar, como dije, tan atada
al valeroso joven, que vivía, 360
no cayó la difunta desangrada.
El cuerpo de Muley la sostenía,
el cual debió sentir un nuevo peso
cuando la bella dama quedó fría
debióle discurrir por cada hueso 365
un hielo, cuando supo que, con vida,
con la que no la tiene estaba preso.
Así la vid nudosa, retorcida
por el amado tronco, que la tiene
encima de sus ramos sostenida, 370
por más que la pesada segur suene
y corte la raíz, ella segura
en el amado tronco se sostiene;
pero sécase luego su verdura,
y descubre los pámpanos marchitos, 375
la fruta, ni bien verde, ni madura.

AJA¡Ay triste, si pudiese yo dar gritos!
¡Ay honra!, que suspendes mi querella,
y doblas mis tormentos infinitos.

NUNCIOMuley, o que por ver a la doncella, 380
se quisiese volver forzosamente
y desatar los lazos de él y de ella,
o que, y es lo más cierto, del presente
dolor el corazón se le cubriese
con alguna congoja y accidente; 385
ahora por querer forcejear fuese,
ahora por desmayo repentino,
que como dicho tengo, le viniese;
al fin sin hablar más a tierra vino
con el amado peso de la dama, 390
como hiedra cortada con su pino.
Alrededor encienden viva llama,
la cual les escondió en humo luego,
y fue su conyugal primera cama.

AJADime también, cristiano, yo te ruego, 395
¿hubo quien pretendiese, si lo viste,
libertará a los míseros del fuego?

NUNCIO¿Tal cosa me preguntas? ¡Ay me triste!
Ni quien contradijese la sentencia,
sino con el recato que ya oíste. 400

AJAYa me faltan las fuerzas y paciencia;
déjame sola, joven desdichado.

NUNCIO Pues yo me parto ya de tu presencia
a renovar el llanto comenzado.

Escena IV

AJA.

AJA Suspiros detenidos, 405
salid ahora ya del triste pecho:
ojos inadvertidos,
puesto que es sin provecho,
llorad, pues tanto daño me habéis hecho.
En tanta desventura 410
¿de quién me debo yo quejar primero?
¿De mi corta ventura?
¿De Muley, por quien muero?
¿Del rey, o de su falso consejero?
¿O sólo tendré queja 415
del fementido moro valenciano,
que con su fraude deja
su juramento vano,
cuando pensé tener el hecho llano?
Adulce fementido, 420
mejor fuera negarme claramente
el don por mí pedido,
que mostrar obediente
el corazón, después tan inclemente.
Menor culpa comete 425
quien niega lo que justamente puede,
cumplir, que quien promete,
y después no procede
a dar, ni querer dar lo que concede.
Tal es quien disimula, 430
y muestra buen semblante por de fuera,
como quien nos adula
con lengua lisonjera,
y después en ausencia vitupera.

¿Tú pretendes corona? 435
¿Tú pretendes el cetro que perdiste?
¿Por qué? ¿Por tu persona?
¿O por qué me cumpliste
las prolijas promesas, que me diste?
Antes el rey que falta 440
en algo que tuviere prometido.
De la majestad alta
en que se vio subido,
merece ser de todos abatido.
Y tú también, tirano, 445
que tanto tus castigos aceleras.
Tan presto, tan temprano
nuestras gentes alteras,
y dejaste de ser quien antes eras.
Antes que la corona 450
esa cabeza bárbara ciñese,
jamás hubo persona
que de ti no dijese
que justa con tus méritos viniese.
¡Ay, cuántos pretensores 455
de reinos y soberbias dignidades,
antes de ser señores,
ganan las voluntades,
cubriendo con virtudes sus maldades!
¿Pero yo, desdichada, 460
con importunas voces solamente
he de quedar vengada?
¿Y de la vulgar gente
no tengo de mostrarme diferente?
Llorar, cualquiera llora: 465
a más ha de pasar mi sentimiento.
Sigamos pues ahora
ese mortal intento:
no se dilate más, yo lo consiento.
La noche me convida 470
con sus vecinas sombras a tal hecho:
yo quitaré la vida
en el ocioso lecho
al hermano cruel contra mi pecho;
y con osada mano 475
abrasaré los miembros fraternales;
porque tú y el tirano,
¡Oh Muley! Vais iguales
en estas ceremonias funerales.

Escena V

AZAN, ZAUZALA.

AZAN En los oídos traigo las querellas 480
del indignado pueblo, cuyos gritos
hieren con triste son en las estrellas.
Los hombres y los niños pequeñitos,
cubriéndose los ojos con las frentes,
llevan allí sus ánimos escritos. 485
De Muley los amigos y parientes,
puesto que disimulan con cuidado,
procuran la venganza diligentes.
Dicen que fue Muley bien castigado,
pero que la manera del castigo 490
de los términos justos ha pasado.

ZAUZALA ¿Y fáltales razón?

AZAN Yo también digo
que no fue castigarlo como reo,
sino vengarse de él como enemigo.
El rey, por estas cosas, según creo 495
y por dejar las suyas sepultados,
como suelen decir, en el Leteo:
por ser, como tú sabes, consultadas
con Audalla las más, injustamente
por ellos los dos solos sentenciadas; 500
por atajar el daño ya presente,
queriendo descubrir mejor su pecho,
de privadas pasiones inocente,
y que si con rigor hubiese hecho
alguna cosa de estas, es Audalla 505
quien el castigo dio contra derecho,
hale mandado dar la muerte.

ZAUZALA Calla
que no le mandó dar por eso muerte,
sino por Isabela, su vasalla.

AZAN Cosa grave me cuentas.

ZAUZALA Pues advierte, 510
pero bajo la llave del secreto,
aunque sólo me basta conocerte.

AZANUna, ciento, y mil veces te prometo
que no lo sepa nadie por mi parte,
puesto que tomo cargo de discreto. 515

ZAUZALANo será necesario pues contarte
cómo prendieron hoy a la doncella.

AZANNo, si ya no gustares de cansarte.

ZAUZALAAudalla pues quedó solo con ella,
no menos que los otros, según vimos, 520
abrasado también de su centella;
porque cuando nosotros nos salimos,
detrás de ciertas puertas acechando
Aldujabar y yo nos escondimos;
y los atentos ojos aplicando 525
a ciertos agujeros, estuvimos
con gran facilidad los dos mirando
al viejo consejero del rey vimos.
No cierto combatir con los cristianos;
ni sus despojos pretender opimos; 530
mas antes con suspiros, pero vanos,
a la bella cristiana se rendía,
queriéndole besar las blancas manos,
ella con gran valor le resistía,
haciendo poco caso de la vida 535
la cual y mucho más le prometía.
Ni pienses que por esto se comida
Audalla, pero muda de consejo
contra la dama bella y afligida.

AZANSi delante los ojos un espejo 540
entonces al amante le pusieran,
y si pudiera ver el rostro viejo,
sus arrugas y canas, detuvieran
su furia, y a la dama juntamente
con su misma vergüenza defendieran. 545

ZAUZALAJurole con acuerdo diferente
de juntar a su muerte rigurosa
la de sus viejos padres y su gente:
ni por esto la dama valerosa
aflojó la constante resistencia, 550
ni se quiso mostrar más amorosa.
Pasaran las palabras a violencia,

si no temiera Audalla ser sentido.

AZANMuy tardese valió de su prudencia.

ZAUZALAPero de los desdenes ofendido, 555
o si no por ventura con vergüenza,
para cubrir sus culpas con olvido,
o porque muchas veces quien comienza
un pecado, tras él se precipita,
hasta que la maldad del todo venza; 560
Audalla la sentencia solicita,
y por mejor vengarse de la dama,
las vidas a sus viejos padres quita.
Ella murió después en viva llama,
y nosotros también al rey nos fuimos. 565
Que yace, como sabes, en la cama
allí le relatamos lo que vimos,
el cual con tanta saña nos oía,
que con darte el aviso, lo temimos.
Prolijo y prolijísimo sería 570
repetir las demandas y respuestas
que el rey sobre lo dicho nos hacía:
al fin con evidencias manifiestas
el rey se satisfizo.

AZANMuy bien pudo,
y fueron muy bastantes causas estas. 575

ZAUZALAAsí que por lo dicho yo no duda,
sino que le mató por su pecado,
y no para tenerle por escudo.

AZANNo sé si fue por eso castigado:
pero, como te dije, yo sé cierto 580
que yace con infamia deshonrado.

ZAUZALA¿Vístele tú morir?

AZANYo le vi muerto,
y con innumerables puñaladas
el corazón oculto descubierto.
Vile las blancas canas afeadas, 585
sin honor, polvorosas y sangrientas,

que fueron otro tiempo veneradas.

ZAUZALA Audalla feneció, según me cuentas.

AZAN Esta cabeza suya, que yo llevo,
relación te dará de sus afrentas: 590
con ella sentiremos horror nuevo,
cuando, como la piensa dar, la diere
El rey a sus lebreles para echo.
Los divididos miembros también quiere
fijar en estos muros, porque sea 595
ejemplo de temor a quien los viere.

ZAUZALA ¿Habrá quien los mirase, que no crea,
viendo con tal adorno las almenas,
que son estas la casa de Medea,
o las de los hermanos de Micenas? 600

Escena VI

AJA, SELIN.

AJA ¿Yo soy la que rabiaba por venganza?
¿Pues cómo ya la cólera no arde?
Temprano, corazón, haces mudanza.
¿Temprano? Muy mejor dijera tarde.
Antes de comenzar esta matanza 605
te debieras mostrar, Aja, cobarde,
antes que con la sangre de tu hermano
su lecho mancillaras y tu mano.

SELIN ¡Oh noche tenebrosa! ¡Oh noche fiera!
Que con anticipar tu sombra tanto, 610
prodigio quieres ser, y mensajera
de la terrible causa de mi llanto.
Dilata tus tinieblas de manera
que dejes a los hombres con espanto,
y puedan conocer en las señales 615
sin que yo los relate nuestros males.
¿Mas quién es tan osado que procura
con importunas luces ofenderte?
¡Oh tú, si fueres alma, por ventura
de los que recibieron hoy la muerte! 620
Pero ya te conozco, mujer dura,

y bien puedo por cierto conocerte
en las tristes insignias y despojos
con que te manifiestas a mis ojos.

AJA¿Quién eres, desdichado, tú que vienes 625
endechas tan prolijos derramando?

SELINPropio nombre mediste, pues mis bienes,
perdidos por tu causa, voy llorando
pero si de Selin memoria tienes,
Selin, que ya se vio felice cuando 630
Adulce, su señor y rey, vivía,
Selin soy yo por la desdicha mía;
y pues en tal lugar hallarte puedo
sin turba de doncellas ni de gente,
escucha tu maldad.

AJAYo te concedo 635
que me digas injurias libremente.

SELINNo pienses que por ti tuviera miedo,
que ya con mis desdichas soy valiente,
y no temo la muerte que pudieras
mandarme dar al punto si quisieras. 640

AJANo dilates el caso.

SELINDe tus cosas
Adulce con razón desesperado,
esta mañana se salió conmigo
pensé, como lo tuvo por costumbre,
que solo por salir a ver los campos, 645
o por hacer cansar en la carrera
algún veloz caballo. ¡Cuántas veces,
ay triste, deseoso de agradarte,
en estos trabajosos ejercicios
ejercitó su valeroso cuerpo! 650
Pensé que por ventura pretendía
desenfadar el ánimo perplejo.
¡Ay me! Con gran razón culpar te debo
señor, pues encubriste de tu siervo
un hecho tan atroz.

AJAProsigue.

SELINLuego, 655

como de la ciudad nos apartamos,
el corazón me daba mil latidos,
y con agüeros tristes vi muy claro
el daño de que soy testigo y nuncio.
¿Mas qué valen agüeros y portentos 660
al que quiere morir y lo procura
Los ligeros caballos parecía
que, como subidores del suceso,
no quisieran seguir aquel camino,
y con las altas crines rebufantes, 665
las agudas espuelas no temiendo,
dudaron de pasar la larga puente,
por bajo de la cual Gallego corre.

AJANo me tenga suspensa más prosigue.

SELINEn unos laberintos intrincados 670

de retamas amargas, tan espesos
que casi los caballos nos cubrían,
entramos los dos juntos, mas el uno
para quedar allí perpetuamente.
Apeados los dos de los caballos, 675
Adulce dio la muerte juego al suyo.
Sospeché su propósito furioso,
mas no le pregunté por qué lo hacía.
Luego con profundísimos suspiros,
dijo: sabrás, Selin, que mi señora 680
(no lo puedo negar, por tal la tengo)
me mandó cierta cosa, no la nombro
porque le prometí de no decilla,
como le prometí también de hacella.
Quise poner por obra la promesa, 685
y no me fue posible, puesto caso
que no temiera yo de los peligros
que me pudieran ser inconvenientes,
cuando también la honra no lo fuera.
Vi que sin ser traidor, sin ser ingrato 690
a las amigas obras de su hermano,
no pudiera cumplir lo prometido.
Así por esta causa pensativo,
he salido confuso, procurando
darle satisfacción, como lo debo. 695

AJA Inútiles excusas, y livianas.

SELINÉl estaba diciendo lo que digo,
y yo ya, prevenido, con razones
queriendo consolarlo, cuando fiero
dos y tres veces con rabiosa furia 700
el noble pecho con la daga rompe.
Quísele socorrer, pero fue tarde,
ni le pude quitar la fiera daga
primero que su saña concluyese;
y dando muchas vueltas en el suelo, 705
con los horrendos ojos ya mortales,
me dijo: contarasle mi suceso
a la que fue la causa.

AJA De mayores
males soy también causa.

SELIN Porque sepa
que quise más morir, que dar la muerte 710
a los claros renombres de mi fama;
porque no se dijese que mi pecho,
en donde su retrato tuve siempre,
cubrió jamás engaños y traiciones:
pero que pues le di mi fe constante, 715
de morir, o cumplir su mandamiento,
que cumplo mi promesa, pues que muero;
y para testimonio de mi muerte,
tú, Selin, llevarasle mi cabeza.
Éstas fueron las últimos palabras 720
con que me lastimó quedando muerto.
Al punto con humilde sepultura
a mi rey sepulté con celo pío;
quitele la cabeza valerosa,
la cual te doy ahora por trofeo. 725

AJAA no temer aquí mayores daños,
diérame más dolor el que me cuentas;
puesto caso que siento sumamente
la muerte de tu rey.

SELIN Yo también creo
que no sin novedad a media noche 730
con tantos improperios estás sola
fuera de tus palacios de tal suerte.

AJAPues Adulce calló, como debía,
lo que yo le pedí, quiero callarlo.
Sólo sabrás que con enojo de ello 735
hice lo que diré luego.

SELINComienza.

AJAEn este su real palacio fuerte,
ceñido de este muro que lo cerca,
en vano tan murado, pues la suerte
enemiga le dio mucho más cerca, 740
lejos el pensamiento de la muerte,
evidente señal de que se acerca,
estaba mi cruel hermano, cuando
Aja le va colérica buscando.

El sueño postrimero le tenía 745
ocupados los ojos a mi hermano
bien lo pude ver yo, porque tenía
estas ardientes llamas en la mano.
Tuve lugar de ver a quien hería;
tuve lugar, y vile, mas en vano; 750
pues con este puñal abrí su pecho,
y con las llamas abrasé su lecho.

Abrió los ojos tristes por ventura,
para que mi delito mayor fuese:
hermana, me llamó dos veces, dura; 755
y como la tercera vez quisiese
repetir este nombre con dulzura,
el aliento faltó, sin que pudiese
proseguir la dicción; pero moviendo
los yertos labios, le quedó diciendo. 760

Vi la maldad entonces descubierta
en la fraterna sangre que corría:
quise salir huyendo, mas la puerta
atinar de turbada no podía;
pero tuve después salida cierta, 765
acordándome luego que traía
una llave maestra, cuyo medio
es quien para salir me dio remedio.

¿Pero por qué relato por extenso
el fin de mis maldades tan horrendo? 770
¡Oh tú que con dolor estás suspenso,
estos sucesos míseros oyendo!
Pues yo con tales daños recompensó
al que quiso morir obedeciendo,
dame la digna muerte de tu mano, 775

a tu señor vengando, y a mí hermano.

Y ya que las estrellas y Diana
se cubren por no verme tan sangrienta,
no quieras que la luz de la mañana
a mis ojos revele tal afrenta: 780
o que por no mirar de sangre humana
una mujer cual yo vivir sedienta,
el sol cubra su luz, contra su uso,
en vez del cual se extienda caos confuso.

Yo soy quien te quitó tu señor caro, 785
cuya temprana muerte vengar debes;
yo soy quien te quitó tan buen amparo;
por mí contigo son sus dones breves
muévete por tu daño sin reparo,
ya que por sus miserias no te mueves 790
con esta misma daga fraticida
me puedes acortar la torpe vida.

SELIN Cuando me fuera lícito matarte,
cosa de mi valor tan apartada,
lo dejara de hacer por contemplarte 795
de mi señor en vida tan amada;
y pues él se mató por contentarte,
(testigo su cabeza destroncada)
para que satisfagas a lo hecho,
tú te puedes romper el duro pecho. 800

AJA Pues sigue mis pisadas.

SELIN Ya te sigo.

AJA Verás con la constancia que lo hago.

SELIN Yo voy, pues he quedado por testigo,
aunque también soy parte en el estrago.

AJA Mi triste muerte contarás, amigo, 805
(Dentro.)
y recíbeme tú, profundo lago,
porque jamás las gentes no me vean.

SELIN Las aguas turbias tu sepulcro sean.
(Dentro.)

Escena VII

EL ESPÍRITU DE ISABELA.

ESPÍRITU A los rayos del sol opuesta, hace
con olorosos leños una cama 810
la fénix, y después con viva llama,
sacudiendo las alas, se deshace:
y luego (que con esto satisface
a la preciosa muerte que la llama,
según tienen los más por cierta fama) 815
con nuevas plumas y color renace.
Yo pues en los tormentos y dolores
de las ardientes llamas, cuyo humo
es olor agradable para el cielo,
cual fénix, Isabela, me consumo, 820
pero con vivas alas y colores
renazco para dar eterno vuelo.
Y pues a los del suelo
admiración os causo,
cuando alguno presume, 825
aunque con torpe pluma,
escribir mi suceso, dadle aplauso.

Don Alfonso Velázquez de Velasco

El celoso

PERSONAJES

LENA, tercera.

CERVINO, celoso.

MARCIA, segunda mujer de Cervino.

CASANDRA, hija de Cervino, de otra mujer.

MORVECO, hermano de la primera.

INOCENCIO, bachiller, criado de Cervino.

BEZERICA, paje de Marcia.
VIOLANTE, viuda.
DAMASIO, ama a Marcia, hijo de Violante.
MACIAS, ama a Casandra, hijo de Violante.
CORNELIO, su criado; ama a Policena.
ARIES, padre de Marcia; ama a Violante.
VIGAMON, su criado.
RAMIRO, barbero.
POLICENA, su hija.

Prólogo

LENA.- Terrible cosa es, que no se pueda, sino por maravilla, hacer colada que no lleva. No hay ya vivir en este mal mundo: pues como el lobo, tanto empeora cuanto más envejece: bien necio es que de ti se fía. ¿Qué se hizo aquel cortés respeto que la buena memoria de mi madre de su tiempo me contaba? Diciendo, que como se vía una persona de edad, fuese quien fuese, andaban las reverencias hasta el suelo; siendo en todas partes bien vista y acariciada, sin nunca hallar puerta cerrada; porque se vivía a la buena, sin las falsas sospechas que hay el día de hoy. Creo que me engendró la desgracia, y que si tuviese en las manos oro, se me volvería plomo; pues no pesco con mis designios sino mordedores cangrejos que me destruyen. Entré, que no debiera, en casa de aquel maldito Cervino, a mostrar a la señora Marcia, su mujer, ciertas galanterías, de que suelen gustar las damas curiosas como ella; y al punto de concertarnos, sobrevino el mal hombre, y, sin más ni más, llamándome de vieja hechicera, alcahueta, encorozada, con otra sarta de injurias, que por mi crédito y honra callo, me dio tal granizo de torniscones, que a sus pies cayera muerta, a no socorrerme en la tempestad una buena persona que le detuvo; mas alcanzándome con un puntillazo, dio conmigo por la escalera abajo, donde perdí mi hacienda, y aun la gana de recogerla, porque se daba tal priesa con aquellas manos de oso, en la picota las vea, que la fin de una puñada era principio de otra mayor; y así con dolores de bolsa y corazón, que aún me duran por todo el cuerpo, me salí a la calle del rey, mas que de paso; y no lo siento tanto, como haber perdido una receta de agua de rostro, que me valiera un tesoro, porque bastara a hacer hermosa a la más fea de Guinea; la cual me acaba de dar una devota persona, diciéndome habérsela tomado a la condesa de Nosédonde, para quemarla, y que después, viéndola tan perfecta, de lástima se había arrepentido. ¡Oh, quién la supiera! ¿Paréceos bien, señores, el daño que aquel descomulgado me ha hecho? Mas a fe que tiene que hacer con gata que trae pelada la cola. Estoy por irme a la justicia, si la hay en la tierra, y querellándome de él, diciendo que me ha hecho fuerza, y robado mi hacienda en su casa, hacer que me la pague con las

setenas. Mas, pobre de mí, ¿de qué me servirá? Pues, por el maldito favor, en lugar de castigarle, aunque muestre la bandera rota, digo las molidas espaldas, darán mas crédito a su mentira que a mi verdad. Loca sin juicio, ¿qué digo? ¿Por qué no le daré de mi propia mano la pena y castigo que merece? Éste es el más sospechoso animal que sabemos; y al presente está tocado de tan rabiosos celos, que se te comen vivo. Ha sido casado dos veces; y de la primera mujer tiene una hija llamada Casandra, de dieciséis a diecisiete años; encerrada en un aposento, como una muda, tan oscuro, que a medio día se le pueden dar buenas noches; sin consentir que trate con nadie, diciendo que la doncella es como flor cubierta de rocío, que por poco que la toquen se marchita. Cada día visita la orina, dando a entender, por amedrentarla, que en ella conoce el humor pecante. No quiere que coma bocado de carne fresca, porque halla que solicita y despierta el apetito de la salada; y de la miseria que la envía para sustentarse, hace antes anatomía, temiendo no haya dentro alguna contraseña. Si meten alguna cesta de paños, o de otra cosa, lo revuelve de bajo arriba: porque una reina de Escocia, dice, que se enamoró de su enano y que dentro de una canasta se le metieron en su cámara. Quiero que los criados hablen como por señas, porque no los oigan las mujeres, guardándolas, como si fuesen yeguas, del relincho y salto del caballo. Con esta segunda mujer se casó poco ha, por ser hermosa y de buen linaje; y pareciéndole temprano, aun no se atreve a estrecharla tanto como querría; aunque no se pudo ir a la mano, cuando me hizo el tiro que os he contado. No niego haber yo ido con intención de hacérsele como él merece; porque un caballero, que está apasionadísimo por ella, me encomendó que la procurase dar esta carta, y aunque no lo hice, a lo menos cumplí con arriscarme a lo que me vino; y así él, considerando no haber quedado por mí, restaurará, sin duda, mi pérdida: de manera, que con tan buen premio como el que espero, me serían buenos al mes un par de tales encuentros. Pero para que la suerte no me salga en blanco, lo que lince al caso es procurar, ya que no pude servirle por mi pico, que se haga por tercera persona. Mas si mientras busco gato que me saque la castaña del fuego, y voy poniendo liga al pájaro, este gentilhombre muda de pensamiento, como es costumbre de los enamorados de ogaño, ¿no lo perderé todo? No, pues cuando no me diere de comer en su casa, no me faltará de cenar en otra, con la misma empresa. Yo soy la balanza, que se inclina a la parte que más recibe: y cual cera que aunque tenga imagen, como se le carga sello, deja la primera, y toma la forma dél. Harto he vivido para saber vivir. Es lo bueno que al punto comprendió la buena señora a lo que yo iba: mas a las que son tan discretas, el diablo se lo pone delante. ¿Qué haré pues yo ahora? Piensa bien, Lena, piensa y repiensa; hasta que, con su vergüenza, le hagas andar como el que tiene pintado el barbero mi vecino, que fue comido de sus propios perros: helo de hacer si pensase morir en la demanda, que no es persona la que no sabe hacer bien y mal: quien la hace la espere, y la mitad del camino está andado, porque los celos hacen a la mujer más fácil de rendir. Mas entretanto, ya que, transportada de cólera,

he echado mis vergüenzas, y las ajenas, en la calle, dándome a conocer por solicitadora, agente, o tercera, que algunos necios llaman a la antigua, alcahueta, vituperando esta sarta que traigo al cuello: quiero contaros un Érase que se era, el bien para nosotros sea y el mal para la manceba del abad, digo de parte de lo que por mí ha pasado. Ante todas cosas fui doncellica niña, hasta que de doce años, cegándome el demonio, nunca se lo perdono, me enamoré de un mozo de casa, que era como un pino de oro; y habiéndome, a los trece años, pegado el mal de los dos vasos: viéndome mi madre hidrópica, a gran priesa, por su honra y la mía, que siempre la hemos guardado como los ojos de la cara, me casó con un hombre de más edad y templanza. que para la mía era menester, y así no pudiendo sufrir sus buenas costumbres, me le desaparecí: y de lance en lance, fui a dar comigo en Nápoles: donde habiendo estado en opinión de doncella, como tres semanas, en compañía de cierta viuda muy recogida, la cual me instruyó aosadas, un mercader, persona honrada, me tomó a su cargo: y al cabo de pocos días, no faltándome ya quien me alentase a vivir a mis anchuras, me resolví de tomar casa de por mí, y puse tienda abierta de cortesana: y así continué la mercancía, como poco más de treinta años. El que estuvo allí, en tiempo del buen duque de Osuna, se acordará de la Buiza, que así me llamaba entonces, y después de mil vaivenes, prosperidades y mudanzas, habiendo rematado mis prendas, haciendo como el marinero, que fácilmente echa a la mar lo que del pasajero ha recibido; se me desapareció como humo en dos días, cuanto en tantos años, por medio de mi pertinaz pecado, había adquirido; quedándome solamente con los achaques que acompañan siempre a las de aquella profesión: que cuando más bien parados, tienen un pie en su casa y el otro en el hospital, no bastando al fin, cuando mas prósperamente se ha navegado, cuanto pueden acumular, para emplastos y zarzaparilla. Pues hallándome pobrísima, olvidada y sola, comenzándome la enojosa vejez a amenazar y salir a la cara, embotadas en ella, por mi desdicha, las herramientas del miserable trato, me volví a Valladolid, mi cara y deseada patria; y viendo yo aquí una corte destrozada, transida, y hecha capítulo general de alquimistas, acordé de tomar este oficio, con cuatro camas que alquilar, por serme como natural, que siempre la ramera muere tercero, o mesonera: habiéndome antes informado, de que en ningún otro se hacen más negocios de honra y provecho que en éste; aunque corriendo muchas borrascas, de las que os he contado. Mas todo lo doy por bien empleado, viendo por este medio tan insigne auditorio, para lo que oiréis. Tened, como yo, paciencia, os ruego, que no será tiempo perdido.

Acto I

Escena I

CERVINO, INOCENCIO.

CERVINO.- Ya sabéis, bachiller Inocencio, que teniéndoos por virtuoso y de confianza, os he metido en mi casa, y también la voluntad que tengo de haceros bien con el tiempo: dándoos entro tanto por prenda la guarda de toda mi honra, la cual estimo más que hacienda y vida.

INOCENCIO.- Sit modo dignitas incolumis. No puedo, señor, con palabras dignas responder a tanta merced, mas en reconocimiento de la confianza, con toda fidelidad y amor, serviré vuestra merced y a mi señora, de día y noche.

CERVINO.- De noche, no, amigo; déjame a mí ese cargo, que no es poco pesado. Ahora pues quiero que entendáis de qué manera os habéis de gobernar. Y no os espantéis de haberme visto tan colérico con aquella mula del diablo: que no sabéis quién es, ni las malas burlas que suelen hacer las tales.

INOCENCIO.- Rectum indicium indicate. ¿Qué sabemos si aquella mujer venía o no, a lo que vuestra merced piensa? Y teniendo hijos, o nietos, fallándoles el sustento, por no poderse valer de las cosas que dejó en casa, habría vuestra merced cargado de aquel peso su conciencia.

CERVINO.- Hareisme con vuestros escrúpulos renegar, no sólo de la buena opinión que de vos tengo; mas estoy por decir de otra cosa. Yo no os quiero en mi casa para predicador; si queréis hacer a mi modo, habéis de oír y callar sino, buscaré quien lo haga.

INOCENCIO.- Esto ha nacido, señor, de que cuanto más pobre es un hombre, tanto más se duele de la miseria de otro: no se enoje vuestra merced, que yo haré cuanto fuere servido, como no se atraviere la alma.

CERVINO.- No os digo yo: estad pues atento. Cuando yo no estuviere en casa, habéis vos de estar siempre en el portal, mirando como otro vigilantísimo Argos.

INOCENCIO.-

De hoc ita Ovidius:

Centum luminibus cinctum caput Argus habebat,
in quibus, suis vicibus capiebant bina quietem,
caetera servabant, atque in statione manebant. 830

Pero mala burla le hizo Mercurius a Jove missus, cantus
dulcedine.

CERVINO.- ¿Pues qué entendéis por eso?

INOCENCIO.- Que son peligrosas estas custodias, si anda Juno celosa; pues no se puede el hombre dormir en las pajas.

CERVINO.- Huelgo mucho que nos entendamos. No me dejéis entrar persona, aunque viniese mi propia sombra: y sobre todo, abrí el ojo

a estas corredoras ministras de Satanás que traen la peste consigo. Si vos hubiéredes menester alguna cosa, decí a Bezerrica que la pida a las mujeres; y si ellas os llamaren, díganle también lo que quisieren: no toméis trabajo de subir arriba. Si acaso pasaren algunos a caballo, entraos luego en el patio; hacé llamar a mi mujer con algún achaque, y entretenedla, desde abajo, con cualquier conseja, como de brujas y hechiceras, hasta que veáis que han pasado, y que no vuelven; que todo es menester para que no se ponga la ventana. INOCENCIO.- Pues qué cuentos sé yo para eso; tendrela dos horas con un palmo de oído, escuchándome: déjeme vuestra merced con ella, que vincam, meis officiis cogitationes tuas. No habrá falta en lo que yo pudiere.

CERVINO.- Pues con esa confianza, de aquí adelante saldré seguro, y estaré fuera de casa Con el ánimo reposado.

INOCENCIO.- Magnam, omnibus in rebus tuae dignitatis rationem habeo.

CERVINO.- No pudiera hallar, de poniente a levante, hombre más a mi propósito que éste, porque realmente es puro y sin malicia, pero está su sinceridad, que me aprovechará, para asegurarme de que no me podrá engañar. *Pone seram, cohibe, sed quis custodiet ipsos custodes? cauta est, et ab illis incipit uxor.* Guárdeme Dios de quien me fío. La memoria de mil malos sucesos me inquieta y desconfía en gran manera. Mas cuando deste no haya que temer, me da cuidado pensar que, por mi desgracia, lo podría engañar alguno de tantos cuclillos, como siempre andan tras ajenos nidos. Por otra parte, tiemblo de meter en mi vasa otro más astuto, que se pueda aprovechar de la ocasión, y así huyendo del monte vendría a dar a un pantano: porque de los domésticos no se puede hombre guardar. Cuán de experimentado anduvo aquel, que tratando de casar a un hijo suyo mozo, diciéndole uno que no convenía darle mujer tan temprano y que debía esperar a que supiese mas del mundo, le respondió que se engañaba; porque si lo conociese, nunca se casaría. Casamiento y vejez corren las parejas: muchos o los más lo desean, que en llegando lo aborrecen. Y así decía un viejo muy sabio: Hijos, antes que casaros, ni llegar a viejos, dejasos comer de perros. Maldito sea el punto en que me vino pensamiento de meterme otra vez en semejante laberinto. ¿Qué dote, o herencia, pueden recompensar tantos fastidios? La primera vez cortan las orejas a los ladrones, para que tornando a hurtar, sean sin mas información ahorcados. Lo mismo deberían hacer al que habiendo enviudado se casa segunda vez: pues al cabo, al cabo, una buena cabra, una buena mula, y una buena mujer, son tres malas bestias.

Escena II

MACIAS, VIOLANTE.

MACIAS.- Con cuánta fuerza tiras, o Amor, las invisibles flechas, cuyas heridas se sienten en medio de los corazones, donde con ser ciego tan incierto aciertas: derramando por las venas el oculto

veneno, con que enciendes la pureza de los mas helados y castos pechos. ¿Qué cetro hay que al tuyo pueda hacer resistencia, teniéndolos todos a tu dominio sujetos? ¿Quién hay que no sigue tu estandarte? ¿Quién puso a Troya en tanta ruina y desventura, que de ella no dejó casi cenizas? ¿Quién afeminó el robusto y fuerte brazo de Hércules, y puso en sus vengadoras manos, en lugar de la pesada masa, una ligera rueca? Sino tú, que escudriñando los más escondidos senos del mar, en su profundo abismo a los mudos peces enciendes: a las aves en la región del aire no perdonas: ni menos a los brutos animales, a quien traes en continua guerra. ¿Qué braveza muestran los feroces leones, los crueles tigres, los fuertes toros, y los ligeros ciervos, cuando se sienten heridos de tu flecha? Al fin todo este mundo, y el que no vemos, no es otra cosa sino una unión y suave liga, con que todas están trabadas: tú las crías, conservas y entretienes: por ti respiran, y no se acaban. Serían los hombres peores que las fieras, si tú no fueses el celo y alimento de sus corazones. Mas ay de mí, que con ser tan benigno, me tienes, cual nuevo Ticio, sin esperanza de mejorar mi triste suerte.

VIOLANTE.- ¿Qué devaneos son esos, hijo mío? Vuelve sobre ti, que si el amor te ciega, la razón te debe guiar: conociendo que no pretendes cosa imposible y que la violencia y aspereza del deseo impide más que aprovecha al fin de lo que se intenta. No te esquives ni huyas de mí, pues, como tierna madre, voy, teniendo por propia tu pena, tratando de darte entera satisfacción, con esperanza de hacerte en breve contento.

MACIAS.- Eso, señora mía, es, a mi parecer, vender el pellejo del lobo antes de cazarle. ¿En qué funda vuestra merced lo que se promete, viéndome mordido de un áspide, sin ningún remedio? Estando la vida tan a punto de perderse, aumenta más el sentimiento y pena la tardanza de la muerte: si no me diesen a beber de aquella agua de Beocia, que dicen quita de todo punto la memoria. Mas la de la cosa tan amada, que ya está impresa en mi alma, no se puede borrar, si la vida no se acaba.

VIOLANTE.- Terrible cosa es haber de contrastar contra la insolencia de tu locura. ¿Dime por qué te afliges y desconfías tanto? El que desea sanar descubre al médico la dolencia.

MACIAS.- En mal de muerte, no hay médico que acierte: y así la primera cosa que desampara al paciente, es la esperanza de cobrar la salud.

VIOLANTE.- La oscura niebla de tu pasión te confunde la vista de los ojos del entendimiento: que si con prudencia considerases el fin de las cosas, ninguna, por dificultosa que fuese, te parecería imposible.

MACIAS.- Y aún por serio esta tanto, no pudiendo sanar, como Telefo, sino con el hierro que me hirió, llevándome tras si mi dolor, desespero de la vida: si bien no puedo decir que vivo, pues ni amanece, ni anochece para mí.

VIOLANTE.- Huelga de tener vida, que con ella mucho se alcanza.

MACIAS.- Y cuando se acaba no falta nada: y así hagan las tristezas a su voluntad: que entonces mi mal acabará conmigo.

Escena III

VIOLANTE, VIGAMON, RAMIRO.

VIOLANTE.- Al punto que, sale el muerto marido de casa, se debería la mujer ir a enterrarse con él viva: porque no llevan tanto mal los difuntos, como dejan a las viudas. Porque fuera de innumerables fastidios y cuidados, que las cercan y acompañan continuamente, quedan tan sujetas a la ruin fama, que aunque hagan milagros, se tiene mala sospecha de ellas. Si andan las desconsoladas limpias y afeadas, luego las lenguas de oro las levantan que rabian. Si van al descuidado, mal aliñadas, no falta quien diga que la hipocresía atiende más al provecho que al fausto, y que ellas se entienden. Después desto, ¿qué trabajo se puede comparar al que se padece en el gobierno de los hijos? Criándolos de pequeños, con tantos de los malos días, y peores noches: comportando las viciosas amas: guardándolos, enseñándolos, proveyéndolos: teniendo cuidado de aumentar y conservar la hacienda que en siendo grandes disipan y consumen con tantos distraimientos, malas compañías, pendencias, juegos, trajes y amores, con que don siempre ocasión a las tristes madres para andar fuera de sí como locas sin sentido: sin más bien ni consuelo, de no tener quien las vaya a la mano.

RAMIRO.- Señora mía, beso las manos a vuestra merced.

VIOLANTE.- Dios os guarde, Ramiro, huelgo mucho de veros con buena disposición.

RAMIRO.- Lo mismo puedo yo decir: aunque en el rostro muestra vuestra merced ir descontenta.

VIOLANTE.- Amarga de mí, no es mucho que se eche de ver en él la pasión de que el corazón anda lleno: estoy tan cansada del mundo que deseo se acabe ya esta miserable vida.

RAMIRO.- Santo Dios, ¿qué oigo? ¿Puede tener ocasión para tanto aborrecerse una señora principal, honrada, rica, estimada, con dos hijos y una hija que valen unas Indias?

VIOLANTE.- Yo tengo mas bienes de los que se parecen de fuera que merezco: pero en mi espíritu, y de mis puertas adentro, más trabajos y disgustos que puede llevar una mujer tan flaca como yo: pues pensando descansar, cuando mis hijos fuesen hombres, tengo ahora con ellos intolerables penas.

RAMIRO.- Mucho me pesa de oír eso. ¿Hay alguna pendencia que los inquieta?

VIOLANTE.- No es esa la causa: mas estoy por decir que es otra peor.

RAMIRO.- De quien ellos son, no se puede pensar cosa mala. Dígame vuestra merced lo que hay.

VIOLANTE.- Diréoslo, como a persona tan de mi casa, y así los tendréis secreto, por amor de mí.

RAMIRO.- No dude vuestra merced, porque cuando es menester, tengo menos lengua que un pescado.

VIOLANTE.- No creo yo menos de vuestra persona. Habéis pues de

saber que yendo Macias con Damasio, que no debiera, a las bodas de Cervino, vio allí a Casandra su hija, que es, como debéis de saber, en extremo hermosa y agraciada: y quedó tan enamorado della, que no pudiendo verla después acá, por tenerla el padre de manera, que apenas ve sol ni luna, ha dado en tan terrible melancolía, que no basta nadie a hacerle comer, ni beber, sino a pura fuerza: haciendo tantos extremos, que temo no venga su mal secreto a dar en manifiesta locura: y para remediar esto, voy a tratar con el señor Aries, su suegro, que sea medio para que se la dé por mujer: que entiendo nos estará bien a ambas partes.

RAMIRO.- Esa, señora, no es cosa, a mi parecer, que haya de dar tanta pena a vuestra merced.

VIOLANTE.- ¿No es grande mal verme a punto de tener un hijo loco?

RAMIRO.- No sería pequeño: mas no debe estar en ese peligro: y no dudo de que el señor Cervino no alce los ojos al cielo, en oyendo semejante embajada. Lo recio fuera, cuando el señor Macias la pretendiera por otra vía; que en tal caso te podríamos atar desde luego: pues sería agua hirviendo sobre la quemadura; porque yo voy cada quince días a afeitar a su padre, y puedo decir con verdad no haberla visto, en dos años, tres veces.

VIOLANTE.- Haga Dios lo que más sea de su servicio. ¿No es ésta la casa?

RAMIRO.- Sí, señora. Ta, ta, ta.

VIGAMON.- ¿Quién llama?

RAMIRO.- Mi señora Violante de Cabrera viene a hablar al señor Aries.

VIGAMON.- Entre vuestra merced, si es servida, que yo le voy a avisar.

Escena IV

LENA, INOCENCIO.

LENA.- Quiero ver si habrá salido de casa aquel malvado de Cervino: que lo tengo de armar un lazo que no se me escape, aunque esté más vigilante que una grulla. A su puerta veo, si la vista no me engaña, aquella buena persona que me libró de sus malditas manos: sí, él es. Ahora es tiempo de emplear mis cuentas en beneficio de mi bolsa: quiero entrarlo cola el sabroso pecado de la adulación, bisbisando mis oraciones. Y no nos educas, liberenos vita eterna, amén. Señor mío, bien aventurado el cuerpo, que por la ánima trabaja. No piense que lo digo por el bien que me hizo, librándome de la furia de aquel su Escariote: sino porque no creará la fama que corre por toda esta ciudad, de sus virtudes y buena vida: dichosa yo, si tan solo una vez al mes, se acordase de mí en sus devotas oraciones.

INOCENCIO.- Yo tengo, hermana mía, tantos pecados, que no me bastarán para la milésima parte de ellos: mas confío en la gran misericordia.

LENA.- Ella sea loada sin fin. Dígame, amor mío, ¿ha salido de casa aquel turco?

INOCENCIO.- Si no fuédeses mujer, y apasionada, os reprendería acerbamente, porque no se puede dar ese nombre a ningún cristiano.

LENA.- ¿Y qué perro hay tan rabioso, como él fue conmigo?

INOCENCIO.- Cierto que yo quedé escandalizado de ver lo que pasó. Son días infaustos: otra vez mirá con qué pie entráis en casas ajenas.

LENA.- A la fe, no quedo por eso, pues en lunes metí el derecho, sin tocar al lumbral de la puerta. Y porque no soy nada agorera, vuelvo en martes, a ver si no estando el..., no le quiero tomar en la boca, en casa, podré decir dos palabras a la señora Marcia.

INOCENCIO.- Ni él está en casa, ni vos le podéis hablar. Liberam nota habeo, facultatem. Porque me ha mandado, que no la dejo ver a persona ninguna, aunque viniese su padre del otro mundo, y particularmente, bohonero, ni corredora. Este entiendo que es vuestro trato.

LENA.- Triste de mí, que la necesidad me hace algunas veces usar de ese oficio, por no dar en otro peor: que al fin es ganar el pan, con el sudor que Dios manda.

INOCENCIO.- Así, unusquisque propriam mercedem accipiet secundum suum laborem. Y porque os tengo lástima, voy procurando que se os vuelvan vuestras cosas. ¿Tenéis familia que sustentar?

LENA.- ¿Familia, dice, hijo mío? No menos de cinco pobrísimas hijas: las cuatro doncellas, como tantas perlas, y la mayor viuda de veinte y tres años, que se me ha vuelto a casa, con dos criaturicas: y así vivimos con la miseria que puede pensar. Y por no haber hallado que labrar, ni entrado bocado de carne en mi casa, en estos tres días, me enviaron a vender aquellas galanterías: algunas hechas de sus propios cabellos, que los tienen como hebras de oro: mire cuáles estarán las desamparadas ahora, habiéndolas quitado en esta casa lo que las había de ayudar: hu, hu hu.

INOCENCIO.- Doleo dolorem tuum. No lloréis, os ruego, que trae rompéis las entrañas de compasión. Y así adivinando todo eso, lo he ya puesto en conciencia al señor Cervino. Y porque erigere jacentent debemus, yo le volveré a hablar.

LENA.- Peor hace quien a perro viejo incita. ¿A tan mal hombre quiere ablandar con palabras? Guárdese de tal cosa, pues siendo un Faraón, sería para más endurecerle: no le pediría el ojo derecho, aunque me le hubiese sacado. Si lo pudiese alcanzar de la señora, bien, y sino sobre su alma vaya. Déjeme, mi bendito, besar esas santas manos.

INOCENCIO.- No, eso no, absit.

LENA.- Véale yo en paraíso.

INOCENCIO.- Dios os acompañe.

LENA.- Ahora sí que va bien encaminada al agua al molino: éste es sin duda de aquellos que cuentan de la tierra de Babia, donde los trigos se siegan con escaleras: al fin el que yo he menester.

Benditas sean mis lágrimas, y rebenditos ojos, que tan a punto las dejáis caer. Estad con buen ánimo, que yo os prometo tantas de las de Alaexos, cuantas habéis derramado: ya es tiempo de cumplirlos la palabra, porque no puedo más paladear.

Escena V

DAMASIO, CORNELIO.

DAMASIO.- ¿Crees, Cornelio, que hará Lena algún buen efecto?

CORNELIO.- Téngolo, señor, por hecho, y si faltare, será más por culpa de la suerte, que de su diligencia: si ya no hace como los maliciosos cirujanos, que no quieren cerrar las llagas, por la ganancia que tienen de ellas.

DAMASIO.- ¿Parécete que va buena la carta?

CORNELIO.- Mal año para cuantos de a real las venden en Lisboa: va que ablandara a una peña. Mas si por desgracia no aprovecharé, que no es posible, porque las hojas verdes muestran no estar el árbol seco, a dos va la vencida: cebar otra que encienda más el fuego.

DAMASIO.- Así la tengo yo a punto, a las mil maravillas: aunque más quería que no fuese menester.

CORNELIO.- ¿Podrarse creer eso sin escrúpulo?

DAMASIO.- Sobre mi conciencia. ¿Has visto los extremos que hace mi hermano, con sus amores?

CORNELIO.- No es maravilla, por ser los primeros: que son siempre como el calor de san Lorenzo, y el frío de san Vicente, que dan mucha pena y duran poco; o fuego de paja, presto da llama y muere.

DAMASIO.- Cierto que no es mi amor de menos quilates que el suyo, aunque no me encierro a llorar ni doy tantos suspiros como él: y no creo poderse acabar, no sólo tan presto como tú dices, mas en ningún tiempo.

CORNELIO.- Bueno es eso para Cornelio, que por no ser filósofo, no sabe dar más razón, de que con soportación de vuesa merced no lo cree.

DAMASIO.- ¿Por qué no lo crees?

CORNELIO.- Ya he dicho que no lo alcanzo: mas por haber estado con otros amos enamorados, a quien vía hoy fuego, mañana nieve: y aborrecer un día lo que otro amaron, me ha hecho la experiencia incrédulo.

DAMASIO.- ¿Sabes a quién acaece así?

CORNELIO.- A todos.

DAMASIO.- Eso no, saco mi blanca: solamente a aquellos que aman a mujeres de poco valor que como para su fuego, que ni cuece ni ésa, cortan la leña en pequeño monte, al mejor tiempo se les acaba. ¿Mas cómo podré yo esperar que el mío se consuma, siendo infinita la belleza y el valor de quien es la leña y el fuego, donde suavemente estoy ardiendo? Y puedo decir que nunca vuelvo a verla, que no hallo en ella nuevas gracias.

CORNELIO.- Vuesa merced ha entrado en materia, donde yo no ahondo un palmo: y así podrá echar libremente por donde fuere servido: y yo entre tanto, creeré lo que me pareciere. Mas si vale decir verdades, no veo en ella tantas cosas, como el ciego amor hace ver a vuestra merced, que según le da a entender, nunca se vieron venir de la India oriental tantas joyas preciosas.

DAMASIO.- A lo menos ninguna de tanto valor, ni ha salido de Vizcaya mayor asno que tú.

CORNELIO.- Ése es el premio que recibe el que no sabe hablar a sabor del paladar.

DAMASIO.- A lo menos, el que merece quien es tan grosero como tú: que hasta ahora me has tenido engañado con tus bachillerías, creyendo que sabías más de achaque que de perfecciones. No sé cómo, o por qué, no te he sembrado los dientes en esa blasfema boca.

CORNELIO.- Porque me saltarían de ella hombres armados como de los del sembrado de Cadmo: pero no contra vuestra merced, aunque más injurias me diga.

DAMASIO.-

¿Di, necio, no se ve claramente que amor tiene en aquella frente, o tribunal, todo su poder, pues con un solo movimiento, desdeñoso o alegre, condena a muerte, y da vida a quien la mira? Si se apartase la oscura niebla de tu torpe entendimiento, verlos aquel cabello de color del sol, como encadenadas sortijas de oro, partido en órdenes, por el dilatado espacio de su frente. Las cejas ser dos enarcadas líneas con cierta majestad tan vencedora que nunca la mostraron tal los arcos triunfales de los Augustos de Roma. Las orejas pequeñas, y puestas en lugar tan medido y compasado, que la tierra menos igualmente dista de las circunferencias del cielo, que ellas del sitio conveniente. Los ojos de tan peregrina y nueva gracia, que en ellos claramente se ve la risa abrazada con la gravedad: tan dulces en el movimiento, que el aire circunvecino muestra quedar enamorado y deseoso de introducirlos en ellos. La niña de dentro, o ojo del ojo, tan puramente negra que considerando después la luz de la plateada yema, parece que está la noche recogida en aquel pequeño círculo por defenderse de la serenidad que en torno la ciñe. Que el párpado que los cubre es blanquísima nubecilla delante de la cara del sol, o catarata del cielo que abriéndose descubre los vivos resplandores del paraíso, y cerrándose queda por consuelo la misma materia celeste. Que las largas y sombrías pestañas son puras violetas que se espejan a la orilla de cristalina fuente. Que de las mejillas de su perfectísimo rostro es la tez de tanta blancura y lustre, que enfrena la imaginación, para no ver lo que falta: si falta puede llamarse aquello que aunque no se tenga, no se siente faltar. Que el perfil de la nariz parece estar en medio de aquel hermoso teatro, como cuchillo, debajo de cuyo filo inclina y pone la envidia su cuello. Que la tierna y con dulce relieve proporcionada boca, pronunciadora de tantas sentencias y gracias, que por no dar en el infinito, no quiero contar, merece que algún ángel la predique, con las demás bellezas; como los dientes de

perlas, el cuello de marfil, y las manos de alabastro.
Baste decirte, que la dichosa alma, regidora de aquella
preciosa materia, la informa y mueve con tan dulces y
alegres ademanes, que no se puede mirar sino con ojos de
sátiro.

Quid laudem femur, aut femori confinia membra?

Has tractare juvat, potius quàm dicere partes.

CORNELIO.- A hora confieso que oír esas cosas me ha hecho gemir
tácita y recalladamente, en lo íntimo de las entrañas, como el
cansado caballo, cuando acaba de orinar.

DAMASIO.- Ha, ha, ha! dígame cierto, que cuando pienso en sus
divinas partes, estoy en duda, si la debo llamar mujer o ángel.

CORNELIO.- No la pongamos, señor, tan alta que la perdamos de
vista: que todavía me quedo yo en mis trece, y no me sacarían de
aquí los doce pares de Francia.

DAMASIO.- Eso creo yo, porque tu vista no es capaz de cosas tan
altas.

CORNELIO.- Los ojos humanos no pueden, según dicen, percibir las
cosas, sino por las formas de su conocimiento, pero no nace de ahí.

DAMASIO.- ¿Pues de qué procede tu ignorancia?

CORNELIO.- De saber que es muy propio de enamorados, tener a sus
damas por más hermosas de lo que son. Y así yo como uno dellos, que
por ruin que sea el asno tiene su cola, creo sin ninguna duda, que
la mía es sin comparación, la más bella del mundo, y que por mi
ventura, no habrá ojos que tengan virtud para conocer su rara
hermosura, tan perfecta como ella es, y yo la contemplo. ¿Qué me
dirá vuestra merced a esto?

DAMASIO.- Que eres un loco desatinado.

CORNELIO.- A lo menos atinado en esto; y dejare de contar por
extenso sus extremadas gracias, porque no quiero poner en condición
mi salud y el reposo de vuestra merced.

DAMASIO.- Es costumbre natural de los necios celosos, que temiendo
que lo que aman se mejore, si no le vituperan, callando ocultan lo
bueno que a su parecer tienen. Mas aunque creo que estás también en
este engaño, holgaría de oírte decir alguna de sus desgracias, como
si desvarieses con calentura, o estuvieses endemoniado.

CORNELIO.- Si Cupido es el demonio de la fornicación, mas merece el
que le sigue ese nombre que el de enamorado.

DAMASIO.- Ya te ha entrado el espíritu maligno, prosigue.

CORNELIO.- Son tan innumerables sus perfecciones o las estrellas
del cielo: porque de cuanto naturaleza puede dar, la hizo un
escogido compendio, adonde se halla todo junto en su perfecto ser.
Si vuestra merced fuese tan dichoso que pudiese ver la gran
proporción y orden, que tan curiosamente observo en su rostro,
confesaría por fuerza, haber el cielo largamente derramado sobre
ella los tesoros de gracias que suele repartir; y que merece ser
celebrada por el más exquisito milagro de hermosura.

DAMASIO.- Tente, dame la mano, no quiero que pases más adelante porque no caigas. ¿Pero sepa yo ahora quién es esa alhóndiga de gracias?

CORNELIO.- Es verdad que me avergonzaré de nombrarla. Cuando menos la señora Policena hija del señor Ramiro Corvato.

DAMASIO.- A fe de quien soy que lo sospechaba. Vales cuanto pesas, para loar una martingala. Ha, ha, ha! Ahora sí que puedo decir, que el devaneo ha manifestado tu modorra, o locura: dale tú el nombre que se te antojare; que la comparación, dejando aparte la sangre de la señora, ha sido cierto extremada.

CORNELIO.- Luego los caballeros dan en la sangre, sin mirar que es la peor cosa que las mujeres tienen, pues las hace inútiles los seis días del mes.

DAMASIO.- ¡Ha, ha, ha mala! Pascua te venga, bellaco desvariado, que me haces reír sin gana: no más, que es ya tiempo de ir a saber lo que mi señora habrá hecho con Aries, que no veo la hora de salir de este preñado.

CORNELIO.- Antes de entrar en él.

DAMASIO.- El diablo te lo dijo.

Escena VI

RAMIRO, VIOLANTE, DAMASIO, CORNELIO.

RAMIRO.- ¿No ve vuestra merced al señor Damasio, como nos sale al camino?

VIOLANTE.- Ya le he visto. Y bien, ¿adónde vas ahora, Panperdido?

DAMASIO.- Vengo a acompañar y servir a vuestra merced. ¿Pues, señora, podemos esperar algo de bueno?

VIOLANTE.- Creo que sí, porque este caballero, habiéndole parecido bien, me ha prometido de tratallo con Cervino su yerno, y hacer de manera que haya efecto.

DAMASIO.- Es tan extraño el humor de aquel hombre, que lo pongo en duda.

VIOLANTE.- No hay razón para desconfiar, y muchas para darlo por hecho, y así con esta buena esperanza, anima a Macias, que te creará más que a mí: haz de manera que coma y se alegre.

DAMASIO.- Oyes, Cornelio, torna presto.

CORNELIO.- Déjeme vuestra merced ir primero, que si no voy no podré volver en un año.

DAMASIO.- Digo que eres un sabiondo mozo, sea así ni presto, ni tarde: mas vuelve a tiempo, porque no se nos pase la ocasión.

CORNELIO.- No hará si yo la asgo una vez del copete.

DAMASIO.- Temo que con esas chanzas se te ha de olvidar a lo que te envió.

CORNELIO.- Corría peligro, a no llevar la memoria en la mano: deténgome a posta, porque me parece que no es hora de hallarla en casa, por ser a la que siempre anda a caza de bodas.

DAMASIO.- Vete por donde sospechas que puede acudir, y mira que la ofrezcas grandes cosas.

CORNELIO.- Desde ahora la ofrezco al León del Moro, y la encomiendo a los muchachos de la Plazuela vieja, a quien toca canonizarla: que no la podrá faltar según sus buenos pasos.

DAMASIO.- Haz lo que te digo; camina. Ramiro amigo, mañana os espero: no se os olvide la agua de olor que me habéis prometido, que no la quiero perder.

RAMIRO.- Lo que parece vuestra merced al señor Curuca su padre, que nunca olvidó cosa que le prometiesen.

DAMASIO.- Ya os entiendo: el que trae la cuerda arrastrando, no está libre: hagamos ambos nuestro deber, que yo me acuerdo como veréis.

RAMIRO.- De mi parte no habrá falta, beso las manos a vuestra merced. Así se han de tratar estos aprendices: cómo le he dado en los cascos: mejor se los rompan, que él me saque la agua, si no viene el vino. A Policena con eso.

Escena VII

RAMIRO, CERVINO.

RAMIRO.- Bien dicen que los barberos parece que comen carne de lechuga, porque no pueden guardar secreto, ni yo veo la hora de topar al señor Cervino, para vomitar el del casamiento de su hija, que ya me trae reventando: allí viene.

CERVINO.- ¿Qué hay por acá, Ramiro?

RAMIRO.- Vengo de acompañar a mi señora Violante de Cabrera, que ha estado en casa del señor Aries.

CERVINO.- ¿En casa de mi suegro la señora Violante?

RAMIRO.- La mesma en casa del mismo, y si supiese vuestra merced la causa, podría ser que le fuese de mucho contento.

CERVINO.- Cosa del diablo es la descarada libertad que se toman estas viudas: que so color de no tener quien les haga las cosas, están siempre con los mantos acuestas: no me quitará de la cabeza, que no es agua limpia.

RAMIRO.- ¿Es posible que una persona tan prudente haga juicio temerario, habiéndole dicho, que si supiese a lo que ha ido, por ventura te daría contento?

CERVINO.- Y hasta que sepa otra cosa, me estaré en mis trece. ¿Pues qué hay?

RAMIRO.- No me han dado tanta licencia.

CERVINO.- Ya sabéis mi humor: decí presto lo que sabéis; no me hagáis entrar en alguna mala sospecha.

RAMIRO.- No podrá ser peor, a mi parecer, aunque me tarde; no es razón que yo me atreva a decir lo que toca al señor Aries: mas si se contenta de entender el caso, sin las personas, yo lo diré.

CERVINO.- Decímelo como quisiéredes y sea luego.

RAMIRO.- Que me place. Tratarán a vuestra merced, antes de mucho tiempo, de un cierto matrimonio.

CERVINO.- Mira con que me sale, después de muy regateado, ¿todo eso era? Ojalá fuese de deshacer el mío.

RAMIRO.- Si creyese que vuestra merced lo entiende así, me atrevería a decirle que no tiene razón: porque es muy envidiado de la ventura que ha tenido, en topar con una señora tan principal, de sangre, hermosura y virtudes. ¡Pues qué labores salen de sus manos!

CERVINO.- Podríaos yo responder lo que el caballero romano a uno de sus familiares, que le dijo otro tanto, mostrándole un pie: vos, amigo, solamente veis que este zapato es nuevo y bien hecho: pero no donde me lastima. ¿Mas quién os ha dicho lo que Marcia sabe hacer de sus manos? No pensé que sabíades tanto de su hacienda como decís.

RAMIRO.- Selo por haber servido la casa de su padre veinte años, y haber traído a su merced en estos brazos más veces que tengo pelos en la barba.

CERVINO.- ¿Qué tan grande sería entonces Marcia, a vuestro parecer?

RAMIRO.- ¿Por qué lo pregunta vuesa merced?

CERVINO.- Por saber la edad que tiene ahora: que sobre ella andamos siempre en pleito.

RAMIRO.- Será, si bien me acuerdo, de veintitrés a veinticuatro años. Mas volviendo al casamiento, mire vuestra merced que quiero mis albricias si se hace.

CERVINO.- Si las queréis ganar, habeisme de decir de quién ha de ser.

RAMIRO.- Yo lo diré, pero con condición que no lo ha de saber otro ninguno.

CERVINO.- No habéis miedo.

RAMIRO.- De la señora Casandra, con un caballero que pierde el seso por ella.

CERVINO.- ¿Pues de dónde lo viene? ¿Cómo, o por qué la quiere?

RAMIRO.- No sé, señor, yo tengo que hacer; no quiero nada de vuestra merced.

CERVINO.- Esperad, esperad, ¿qué, prisa tenéis? ¿Hay alguna mala muela, que sacar?

RAMIRO.- A una señora que está rabiando, ya me tardo.

CERVINO.- Rabia mala la mate, sácaselas todas a mi cuenta. Mas decidme, ¿cómo es posible que haya quien esté enamorado de mi hija, no la pudiendo ver persona una?

RAMIRO.- No, sino el día que vuestra merced se casó.

CERVINO.- En una hora.

RAMIRO.- En un volver de ojos se pega aquel mal, que es como el arcabuzazo, que antes hiere que se oye.

CERVINO.- ¿Y quién es, Dios nos defienda dél, el galán de tan seco corazón, que tan presto se encendió?

RAMIRO.- Vuestra merced lo imagine, que yo no sé otra cosa.

CERVINO.- Vais en buen hora. Bien dijo Alexandridas, que el día de las bodas es el principio de muchos males. Quien trata con lobos traiga el perro al lado. Debrían los que gobiernan sus casas con tanto descuido ser puestos en un palo. A dicho deste buen hombre, yo estoy cual digan duelos: él ha servido a mi suegro veinte años: dice que Marcia tiene cuatro más: que la ha tenido en los brazos tantas veces, y esto sería por lo menos a los nueve o diez. El doctor

Cornejo dice que halla en sus libros haberse empenado, algunas de aquella edad. Mira, por amor de mí, qué aliño, para que no le pasen al hombre por la fantasía mil sombras espantosas. Desdichado de quien tiene su honra en tan roedora carcoma, que no le da un momento de reposo. ¿Mas quién puede ser éste tan enamorado? No entiendo cómo ha sido. La doncella de suyo no es maliciosa: está bien guardada: Marcia es su madrastra, y no la incitara el amor que la tiene a sacarla para que nadie la vea. Pero con todo esto, no se han movido sin causa estos tratos que dice Ramiro. No sé qué me pueda hacer más, ni qué me traigo en esta cabeza, que terriblemente me inquieta. Fortis imaginatio generat casum. No querría que me sucediese lo que al otro, que por haberse hallado a un juego de toros, soñó aquella noche que tenía cuernos, y amaneció con ellos en la frente. Si el destino no se puede vencer, y mi cuidado no basta, déme quien es poderoso, para remediar mi pena, paciencia.

Escena VIII

CERVINO, INOCENCIO, BEZERICA.

CERVINO.- Ta, ta, ta.

INOCENCIO.- ¿Quién llama?

CERVINO.- Yo soy: llama a BEZERICA.

BEZERICA.- Aquí estoy, señor.

CERVINO.- ¿Adónde has estado dende que yo salí de casa?

BEZERICA.- Donde vuestra merced me manda que esté.

CERVINO.- ¿Di la verdad, bellaquillo?

BEZERICA.- Allí he estado, por vida de mi madre.

INOCENCIO.- Dice lo que es cierto, por esta ánima pecadora.

CERVINO.- ¿Quién os pregunta nada? Entraos allá.

INOCENCIO.- Lingua fallax non amat veritatem.

CERVINO.- ¿No te has quitado de aquí?

BEZERICA.- Nunca, sino cuando mi señora me llamó para limpiar el estrado.

CERVINO.- ¿Y mientras tú lo hacías bajó ella abajo?

BEZERICA.- No, señor.

CERVINO.- ¿Y el bachiller subió arriba?

BEZERICA.- Tampoco.

CERVINO.- ¿Quién ha hablado con él?

BEZERICA.- Ninguno que yo haya visto.

CERVINO.- ¿Y oído?

BEZERICA.- Ni oído, sino él mismo cantando sus latines.

CERVINO.- ¿Qué vestidos trata aquel que estuvo aquí?

BEZERICA.- ¿Quién, señor?

CERVINO.- El que vino a visitar a tu ama.

BEZERICA.- Yo no he visto sino aquel gatazo negro, que viene siempre a visitar la cocina.

CERVINO.- Donoso os me hacéis, y aún eso es lo que yo he menester: entrad, entrad en casa, que vos sois una mala pieza.

Acto II

Escena I

LENA, INOCENCIO.

LENA.- Cornelio ha venido a sacarme de casa, con un par de ducados: mal año para cuantos abogados hay en chancillería, y una higa para mí, si les fuere a consultar la causa del señor Damasio: en la cual sé más que presidente y oidores, y aun estoy por decir, que todos los alcaldes, cuando más están en su acuerdo. Si aún no estando el horno caliente se muestra tan liberal: ¿qué puedo esperar, cuando los favores de la dama anden en su punto? Sus, Lena, manos a la labor: válgate ahora tu ciencia y habilidad; haz como quien eres. Mas tantas veces va la cabra a las coles, que deja el pellejo. Animo, que las mercancías de mucho provecho no se adquieren sino con gran peligro: ¿es ésta la primera de tus hazañas? Sí, que tan mercader queda quien pierde como el que gana. ¿Mas qué digo? Veisme aquí libre y excusada de ir a casa del caballero del unicornio, pues viene allí mi doctor, con tantas letras sobre el bonete, que lo haré creer que las anguilas no son peces. Animas de purgatorio, ayudame. Benedictus, benedicta, et in secula, sed libranos de mal amen. En hora buena vea yo a mi buen señor. ¿Sin duda que vendrá ya de visitar algunas santas casas? Al fin no vale otra cosa desta vida, sino el haberse empleado con caridad en buenas obras: que el bien hacer nunca se pierde: dichosa madre que tal hijo parió, que yo apenas he tenido tiempo para pasar mi corona, por haberme ocupado en remendar unas camisas a ciertos romeros que van a Cerveros.

INOCENCIO.- Dígoos de verdad, que estando en casa, con sobrarme tiempo, no puedo recorrer mis estudios, y así me voy al cimiterio de la Madalena, a decir mis devociones: por eso ved lo que me mandáis.

LENA.- Bueno sería mandar a quien deseo servir de ojos. ¿Hase vuestra merced acordado de lo que me prometió?

INOCENCIO.- Aunque no lo he olvidado, no he podido hacer nada con mi señora, por ser su marido muy sospechoso: mas no perderé la ocasión.

LENA.- Mayor caridad que esa podría hacer, si quisiese.

INOCENCIO.- Cupio rem gratam facere. Y así decime en qué; que siendo como decís, me emplearé, como veréis, ex todo corde.

LENA.- Es obra tal que si en acabándola muriese, granizaría el cielo ángeles para llevarle al paraíso.

INOCENCIO.- Yo no deseo sino hacer bien.

LENA.- Y tal bien como esté. ¿Qué cosa hay de más merecimiento, que excusar los escándalos, que puede haber entre dos grandes linajes?

¿Qué digo dos linajes? En dos ciudades, donde podrían nacer tantas enemistades, que muriesen personas sabe Dios cuantas.

INOCENCIO.- Decidme pues lo que es presto, que se me hace tarde.

LENA.- Es una de las grandes cosas que habrá oído en su vida: pero por el padre que le engendró, que cuando por evitar estos escándalos, no lo quiera hacer, ni emplearse en tan santa obra, no diga palabra a persona del mundo: que si yo no supiese con quien hablo, y cuanto puede ayudar a remediarlo, antes me dejara coser la boca.

INOCENCIO.- Quis es quem tibi fidem prestare possis? Seguramente lo podéis decir: ¿cómo os llamáis?

LENA.- Tengo, con reverencia, más nombres que un menudo de puerco. Lena Corcuera de Cienfuegos, a su mandado.

INOCENCIO.- He conocido yo desos apellidos, personas muy honradas, y en grandes puestos. ¿Era, por ventura, vuestro pariente Corcuera maestresala del conde de la Gomera, que vino a ser tesorero del de Oñate, y murió contador del marqués de Falces?

LENA.- Al fin como hombre de letras, ha sacado en limpio un parentesco, que no le hallará una hanega de trigo: no fue menos que hermano de mi padre, el cual fue casado tres veces, y a mí me hubo en la segunda mujer llamada Calidonia de Valverde.

INOCENCIO.- Copia flores propinquorum. Mucho me huelgo de tratar con persona de tan buena casta, y así, señora llena de cien fuegos, tornemos ad rem nostram, que aquí quedará todo seguramente enterrado.

LENA.- Ha de saber, pues, que una gran doncella... mire que va en secreto.

INOCENCIO.- Así lo tomo yo; tacitum relinquam.

LENA.- Prima hermana de la señora Marcia, instigada del enemigo malo, se huyó de su casa con un caballero.

INOCENCIO.- ¿Prima hermana de mi señora? Credibilem non est. Mirad lo que decís.

LENA.- Primísima digo.

INOCENCIO.- ¿Y qué se ha huido?

LENA.- Huido, y aportado a esta ciudad, que ni su padre, ni deudos, no saben della, ni menos de quien la sacó: aunque los andan buscando por mil partes, haciendo grandes diligencias y promesas, para hacer crudo estrago en cuantos hallare culpados. Mire qué derramamiento desangrese verá y cuántos rencores para nunca cesar las enemistades. Ahora la pobre doncella está, conociendo su error, arrepentida; desea meterse en algún monasterio, por medio de la señora su prima: y que aquel caballero se vuelva a su casa, a dar muestra de sí, para que no se entienda haberla él sacado. Y esto no se podría venir a saber, sino por boca de vuestra merced.

INOCENCIO.- Ya os he dicho que no os dé pena eso: porque yo hago las cosas debajo de las faldas.

LENA.- Tanto que mejor: podrase decir, que por huir de las vanidades del mundo, se vino de su motivo al olor de la santidad de las monjas desta ciudad.

INOCENCIO.- Recté profecto. Consilium mihi tuum probatur.

LENA.- Probado me dice, si vuestra merced la viese y gustase della tendría mas lástima porque es una rosa de dieciséis años aunque ahora está tan marchita y afligida, que parece una santica.

INOCENCIO.- ¿Qué es lo que yo podré hacer por ella, a vuestro parecer?

LENA.- ¿Qué? No menos que darle vida.

INOCENCIO.- ¿Luego es muerta?

LENA.- Poco menos.

INOCENCIO.- Vengamos pues al modo.

LENA.- A eso voy. La cuitadita, informada de algunas personas espirituales, que, por su virtud, le han dicho ser yo la que debería, ha hecho confianza de mis tocas, rogándome que lleve, o envíe a la señora Marcia una carta, en la cual se le descubre y cuenta B por B, y C por C, el caso: pidiéndola consejo y socorro en su tribulación. Y pues vuestra merced dice que no le puedo hablar, si quisiere encargarse de hacerle tan gran caridad, aquí la traigo.

INOCENCIO.- Pietatem exerce. Dádmela, hermana mía, que yo lo haré de muy buena gana, que cierto la obra es santísima.

LENA.- No quería que nos hubiese visto aquel enemigo de su amo.

INOCENCIO.- No tengáis miedo, que nunca sale de casa, si yo no quedo en ella.

LENA.- Si la señora, después de haberle contado el caso, estuviese dura, diciendo no tener parienta fuera de aquí: que como son personas de calidad, no quieren a las veces, por su honra, aceptar lo que les parece vergonzoso, dígale, que bien se puede fiar de nosotros: y acuérdesse de que la primera cosa que le ha de decir sea, que la dueña a quien su marido trató tan mal, le ha dicho todo esto, y dado esa carta, que creo bastará por su mucha bondad.

INOCENCIO.- Prestabo quod a te mandatatum est libentissimè. Y uso del superlativo, para daros a entender con cuantas veras haré lo que me encomendáis: y porque, a mi parecer, in hoc tota res agitur, quiero volverme a casa, a ver si lo podré poner luego en ejecución.

LENA.- Los truenos y Dominaciones le acompañen.

INOCENCIO.- Ellos vayan en vuestra guarda.

LENA.- ¿Es posible que haga la natura los hombres, y que no se acuerde más de ellos? No verá este pedazo de carne con ojos un cuerno en una barreña de leche: bien haya la burra que acá le trajo: y qué bueno es el hombre, ya no podía sufrir más la risa: gentil centinela para un antecuco como su amo: bueno se le va poniendo el cimero. Lena, Lena, tú sí que te puedes, sola, llamar nata y flor de las mujeres del arte, y aun de los doctores de Salamanca; pues has sabido inventar de repente tan extremada conseja, tan a punto y bien colorarla: tengo una lengua que corta y sé: pero contra un celoso que no sale a cuento. Al fin los maestros hacen bien las cosas. Quiero con tan buen pie volverme a mi casa, que tengo el mal del lobo en el cuerpo, y después iré a buscar al señor Damasio, que no serán de hoy más perdidos. Amén.

Escena II

ARIES, RAMIRO.

ARIES.- Parece que es ya tiempo de ir a hablar a mi yerno: holgaríame mucho de acertar a dar gusto a la señora Violante: que cierto no he visto mujer, que más me hincha el ojo, ni que con tanta gracia diga su razón. Cómo me venís, Ramiro, en buena fe, a propósito.

RAMIRO.- Tendría a buena dicha que se ofreciese en qué poder servir a vuesa merced. Si soy bueno para alguna cosa, aquí estoy como de cera.

ARIES.- Sois bonísimo para todo. Ahora voy a tratar con Cervino lo que mi señora Violante me mandó.

RAMIRO.- Vuestra merced hace como quien es.

ARIES.- Todos somos obligados a servir a semejantes personas.

RAMIRO.- ¿Y piensa vuestra merced hacer algo?

ARIES.- Espero que sí. Mas decíme, por vida mía, ¿cómo tenéis tanta amistad con ella? A fe que os tengo envidia.

RAMIRO.- He sido todo de su marido, y lo mismo soy ahora de sus hijos, que puedo aquella decir haberlos criado así tengo aquella casa siempre abierta para cuanto de ella he menester.

ARIES.- Cierto que la dama es digna de ser amada y servida de todo el mundo: y si yo, por vuestro medio, pudiese entrar en su gracia y alcanzar algún favor, sé de cuánto provecho os sería.

RAMIRO.- ¿Cómo favor? No piense vuesa merced tal cosa, que se le hace muy gran agravio. Si me dijese que se casaría con ella, entonces sería otra cosa, y por ahí llevármela. ¿Mas cómo, señor, es posible olvidar tan presto la difunta? Bien dicen que el dolor de mujer muerta, dura hasta la puerta.

ARIES.- ¿No sabéis lo que dijo Hipponacte: que de un casamiento, no se pueden esperar sino dos días buenos: el de las bodas, y el de la muerte de la mujer?

RAMIRO.- También dicen ellas, que no hay día malo sin marido.

ARIES.- Dejemos eso como quiera que sea: dalda un tiento; ¿qué sabemos? ¿Podéis perder más que las palabras?

RAMIRO.- Una palabra inquieta toda una vida: y así no sería pequeño daño, si, como me podría suceder, las perdiese con el pellejo para siempre: pues en viniendo a oídos de sus hijos, me enviaran a poner tienda al otro mundo: donde nunca he podido saber la ganancia que tienen los barberos, que me dicen andan todos chamuscados.

ARIES.- Bien lo podéis hacer diestramente, que para todo tenéis habilidad.

RAMIRO.- Aquí sale a punto el señor Cervino.

ARIES.- Andad en buen hora, y mirad que no olvidéis.

RAMIRO.- No haré otra cosa.

Escena III

CERVINO, ARIES.

CERVINO.- ¿Señor, adónde en hora buena tan temprano?

ARIES.- A tratar con vuestra merced un negocio que nos importa mucho.

CERVINO.- Mandáreme vuestra merced llamar que yo le hubiera excusado este trabajo.

ARIES.- Deseaba también ver a mi hija; pero luego iremos, que lo hemos de haber a solas.

CERVINO.- Como vuestra merced mandare.

ARIES.- Dicen, señor Cervino, y es así, que el que nos quiere por parientes, nos honra: porque no queriendo decir otra cosa emparentar, que hacerse pares, quien procura ser par nuestro, presupone que nosotros somos mejores que él: porque naturalmente cada uno apetece y pretende su aumento, o verdadero, o aparente. La señora Violante de Cabrera, mujer que fue de Satiron Curuca, ha venido a mi casa a rogarme que proponga a vuestra merced matrimonio entre Macias, que es el menor de dos hijos que tiene, y la señora Casandra. Ya sabemos que los Curucas y Cabrerías son de las casas más antiguas de España, y que su calidad y hacienda es hoy de las mejores de esta ciudad. Él, fuera de desearlo mucho, por estar en extremo enamorado de las buenas partes de la doncella, tiene una mejora de su padre, de mucha importancia: es bien disciplinado y virtuoso, que no importa menos que el ser bien nacido, y así soy de parecer, que se debe abrazar el partido.

CERVINO.- No se puede negar lo que vuestra merced dice, aunque seso, dinero y bondad no es siempre verdad; pero dos cosas no me agradan: la una, que diciéndose que se la he dado, si se la diese, sabiendo que estaba enamorado de ella, que antes de ahora me ha zurriado en las orejas, sería dar a entender que mi hija hubiese hecho alguna liviandad, por la cual me fuese forzoso casarla con él: que a mi parecer es negocio de gran consideración. Y la otra es, que yo, por hablar claro, no quería que su hermano, entrando en mi casa, con esta ocasión intentase, qué sé yo, de Marcia: que es muy propio de los que viven a costa de la comunidad.

ARIES.- Esas son dos frivolisísimas razones: antes muy viles excusas. Cuanto a la primera, la verdad tiene siempre su lugar: y cuanto a la segunda, digo que es gran bajeza pensar cosa, que debe de proceder de tener poco crédito de una mujer tan principal y virtuosa como mi hija, cuya bondad es muy conocida en esta ciudad: y crea que me pesará mucho, si persevera en sus extremos.

CERVINO.- Está bien, señor, yo pensaré en ello, y responderé a vuestra merced con brevedad.

ARIES.- Déjese de buscar el pelo en el huevo: yo soy de parecer que se acepte el partido, y que tratemos cuanto antes de las capitulaciones. Entrémonos a ver a Marcia.

CERVINO.- Malas lanzadas.

Escena IV

CORNELIO, MACIAS.

CORNELIO.- Crea vuestra merced que perdemos tiempo, porque estoy

informado de uno que ha servido en esta casa más que un año, que no la dejan ver ventana sino por jubileos, y si sale de casa de manera que apenas si le pueden ver los ojos. Lo demás del tiempo, está tan presa, como si hubiese hecho algún maleficio.

MACIAS.- Vamos, que con todo eso quiero imitar al elefante, que no pudiendo nadar, se contenta con pasearse a la orilla del río:

Porque ver las paredes que guardan tan precioso tesoro me será como refrescarme en la ardiente sed que por verla padezco, y consuelo para los ojos corporales, envidiosos de los del entendimiento, que con mi gran daño la ven siempre.

CORNELIO.- No puede, señor, uno ser buen criado y adulador: ¿quiere vuestra merced que le diga lo que entiendo?

MACIAS.- Di lo que quisieres.

CORNELIO.- Con esa licencia me atreveré a decir lo que el filósofo Panecio respondió a un mozo que le preguntó, ¿si sería bien que un sabio fuese enamorado? Dejemos estar al sabio, mas tú y yo, que no lo somos, no nos empeñemos en cosa tan cara batida y violenta, que hace a los hombres esclavos de otros, y menospreciados de sí mismos.

MACIAS.- Es muy de sabios decir las cosas mas como sirven que como ellas son.

CORNELIO.- Sea como fuere: yo no persuadí a vuestra merced a salir a espaciarse, para andarnos por aquí, calle arriba y calle abajo, papando viento: que es un despropositado devaneo; el suspirar, ramo de locura; el llorar, locura expresa; y el demasiado deseo, archilocura.

MACIAS.- Si amor, o Cornelio, fuese acto voluntario, tendrías razón de reprenderme; mas siendo forzoso, la reprensión es tan indiscreta como sería decir a un enfermo que hace necesidad en morir. Así que si quisieres ser el buen criado que dices, debes atender a servirme dándome antes ayuda que consejo.

CORNELIO.- Vuesa merced tomo de buena parte cuanto le digo, pues sabe que arriscaré mil vidas por su servicio.

MACIAS.- Procura pues buscarme quien sepa curar de mal de amores; aunque sea, como se sacan los espíritus, a fuerza de conjuros: y si no tiene cura, déjame morir del mal que mi estrella me ha destinado. ¿Piensas tú que desde aquel, para mí triste, día de las bodas de Cervino, donde mi hermano me llevó como por fuerza, no anteví todo esto? Cree que se me representó tan claramente, como lo pruebo ahora: pues viendo entonces las gracias de mi señora Casandra, iba cuando podía deteniendo la vista, y excusando el mago acento de su dulcísima voz. Mas, ay, ay de mí, que mal se puede el hombre esconderse del rayo, cuando Dios nuestro señor quiero herirle. Es su habla tan melodiosa, y de tan grande eficacia, que sujetaría la más rebelde y contraria resistencia de amor; adularía la áspera amargura; atraería la terca rusticidad; depravaría la santidad; encarcelaría la libertad, y ablandarla un corazón de diamante. No le mostró Siques tan bella al dios Cupido su amigo; ni la diosa Venus al hermoso pastor Paris cuando ganó la manzana. De una sola vez que acaso me miró, vi salir vivamente de sus divinos ojos un espíritu de fuego, acompañado de tan grande potencia, que al punto se apoderó de

mi corazón, y me sujetó a esta terrible servitud de amor en que me veo: tanto que los sentidos exteriores, dejando lengua y pollos sin vida, se retiraron adentro a darte socorro: mas no pudiendo, en aquel punto y por la misma vía, enviaron a la alma por embajadora, y partiéndome de allí, en su lugar traje conmigo este tirano espíritu: y dende entonces no tengo nueva ninguna de ella: ¿mira tú ahora lo que será de mí?

CORNELIO.- Por menos he yo visto otros, en casa de los locos.

MACIAS.- ¿Qué dices, hermano Cornelio?

CORNELIO.- Digo, señor, que grande amor es gran dolor. En mí pruebo ahora que las penas ajenas también duelen a quien las oye. Nunca creí hasta este punto, que esta pasión amorosa tiene la virtud de las nóminas que cuentan del otro nigromante, que hacía andar en pie cuerpos sin almas. Pero no se han de comprar latos a cada canto de mochuelo que se oye en el tejado. Mas estimado es lo que con trabajo se alcanza. Veamos en qué para el casamiento, y cuando por el camino que lleva, no hagamos nada: paréceme que debemos fundar toda nuestra empresa en Lena, y en el señor Damasio: porque si la madrastra continua el amor que le muestra, el negocio está en la mano: pues sin duda gustará de que haya quien tenga contenta a la señora Casandra: que como sabe ya lo que pasa, debe estar con más ansias que vuestra merced, porque en el imperio de cupido dicen que los deseos, penas y deleites son iguales.

MACIAS.- Tras las grandes esperanzas está el desesperar. Al consolador, amigo, no le duele la cabeza, ruega a Dios que se efectúe el casamiento, que cualquiera otra cosa es hacer torres en el viento.

CORNELIO.- ¿Por qué, señor?

MACIAS.- Porque tengo por imposible, que aquella señora siendo quien es, y recién casada, comience tan presto a agraviar al marido. Ni cuando, dejando esto aparte, quisiese, no sé si podría hacerlo.

CORNELIO.- ¿No ha oído vuestra merced decir, que donde hay mujeres, hay modo? Quiera ella, que fácilmente le hallará: porque todas en esta materia son dotas, y ella, a buen seguro, no alcanza menos que otra cuando es menester. ¿Piensa vuestra merced que se le hará muy dificultoso engañar al marido? ¿Es por ventura Cervino más que un hombre?

MACIAS.- ¿Y parécete poco si lo es?

CORNELIO.- Poquísimo, porque las mujeres son de la piel del diablo, y la más simple dellas engañara a un colegio de Catones, y en un siglo tan sabio, que comodidad no es suficiente. Cuanto más, teniendo dentro de casa la mejor tercera que podríamos desear.

MACIAS.- Tercera en casa, ¿cómo nunca me has dicho tal cosa? ¿Podémonos fiar de ella?

CORNELIO.- Sin ninguna duda.

MACIAS.- Dime presto quien es, que me has vuelto la alma al cuerpo.

CORNELIO.- Luego no estaba tan lejos como pensaba.

MACIAS.- Basta que reside más donde ama.

CORNELIO.- También tengo yo mi rato de melancolía, pero siempre me

estoy entero como mi madre me parió, y si pensase que por amar me había de faltar un pelo, desde ahora tocaría caja contra amor y sus secuaces.

MACIAS.- No me quiebres la cabeza, ¿di si quieres quién es aquella persona?

CORNELIO.- La desconfianza, que es el todo en aquella casa.

MACIAS.- ¿La desconfianza? Según eso quieres que desconfiando me desespere.

CORNELIO.- No me pasa por pensamiento.

MACIAS.- Declárate pues, que no te entendería Séneca.

CORNELIO.- ¿No sabe vuestra merced que no hay leona ni tigre, a quien hayan quitado los hijos, como es una mujer ofendida de desconfianza? No hay cosa porque más presto se haga enemiga del marido: y esta señora no dice que lo es gran manera, y así debe de tener más deseo de vengarse que quien la incite.

MACIAS.- Cuando las áncoras están firmes, no falta consuelo presente, ni esperanza de lo que está por venir: volvámonos a casa, que esas son consideraciones a la ventura.

CORNELIO.- No hay noche sin día. No nos quejemos tan presto del amor, que por ventura será más benigno de lo que pensamos: pues sus frutos cuanto en su flor son más amargos, tanto son más amargos, tanto son más dulces, cuando maduros: y en teniendo sazón, de fuerza han de caer. Paciencia, señor, que el tiempo es enemigo de los que sin ella se apresuran: él como buen consejero lo dirá: y mientras no se puede galoppear, trotemos.

Escena V

INOCENCIO, LENA.

INOCENCIO.- Gravem curam suscepi. ¿Dónde hallaría yo ahora aquella buena mujer? Que sin duda lo es según sus caritativos pasos. Gran descuido ha sido no preguntarla dónde mora. Anceps valde sum. Habré de buscarla por esos hospitales de donde nunca sale, aunque más acude, según me dijo, a la Concepción: allí pienso hallarla.

LENA.- Ce, ce, ce, señor licenciado, algún buen espíritu le trae siempre adonde es deseado. En este punto estando cogiendo unos paños, que he lavado del hospital de Esgueva, me vino un mensaje de aquella señora, diciendo que desea mucho saber el recado que he dado a su carta, y si puede esperar buen suceso su negocio. Y así diciendo quien deja caridad por caridad, no peca: lo dejé todo, y salí a buscar a vuestra merced.

INOCENCIO.- Fue mi ventura echar por esta calle, viéndome perplejo, por no saber adónde os podría hallar: que por ser tan corto, aun no sé vuestra casa.

LENA.- No me corro yo poco deso, y así quiero la sepa en todo caso: que para personas tales, la tengo siempre abierta. ¿Sabe, hijo mío, la casa de los orales?

INOCENCIO.- No sé otra cosa.

LENA.- Pues pared en medio de un oficial que labra de cuerno, como

tinteros, peines, calzadores y linternas, es mi pobre habitación, a su mandado.

INOCENCIO.- Con tantas señas, no podré errar ya; huelgo mucho de saberla.

LENA.- ¿Tenemos algo conque poder consolar los tristes?

INOCENCIO.- Ya he dado la carta a mi señora: leyola delante de mí, y según lo que pude colegir, entiendo haberle pesado mucho del mal suceso de la prima.

LENA.- ¿De manera que entendió vuestra merced lo que decía la carta?

INOCENCIO.- Las palabras no, porque leía para sí: dígolo por haber visto que mudó de color suspirando, aunque lo quería disimular.

LENA.- ¿Qué piensa que es el amor de la sangre? Decía mi marido, que la sangre se muda fácilmente en agua.

INOCENCIO.- ¡Oh, qué escogida sentencia! Vuélvemela a decir, que la quiero encomendar a la memoria, para no menester.

LENA.- Que la agua se muda presto en sangre.

INOCENCIO.- Y cómo que es ello así, y de ahí proceden las alteraciones y desmayos, que llaman mal de corazón. ¿Nunca os ha tocado algo desto?

LENA.- No ha habido mujer que más presto se alterase que yo en mis preñados, que he sido muy antojadiza.

INOCENCIO.- Al fin el entendimiento del hombre se sustenta aprendiendo. Compra la buena doctrina, y no la vendas, porque no tiene precio. Preguntome quién me había dado la carta. Dijese lo puntualmente, y luego me mandó salir, diciendo: Yo responderé, que no puedo ahora porque vendrá mi marido.

LENA.- ¿Y halo hecho?

INOCENCIO.- De otras empresas más arduas he yo salido con honra: veis aquí la respuesta. *Jacta sunt à nobis fundamenta rei.*

LENA.- El rey le dé, así como me la da, una presidencia, que más de cuatro presidentes hay, que no saben tantos latines.

INOCENCIO.- No perderíades vos nada en ello: pero *bonae artes honores vacant.* Mandome mi señora que os rogase que consoléis y deis ánimo a aquella persona de su parte, diciéndola que su merced lo remediará todo muy presto.

LENA.- Viva mil años tan buena criatura, perfecta y noble señora.

INOCENCIO.- Yo me voy, que es ya tiempo: si fuere menester otra cosa, avisámelo, que no os faltaré: y el Señor os dé salud, para que por vuestro medio se hagan muchas obras semejantes, que cierto: *hoc tuo facto laudabuntur omnes.*

LENA.- Nunca él le falte. Sin duda que me debe de tener éste, por la segunda. Puta vieja, latín sabéis, pues me jerigonza la mayor parte de lo que habla. A buen seguro, que habrá la maestra escrito en esta carta mil petrarquerías, porque, según me ha dicho la ama que la crió, sabe cuanto hay en Amadis, que no hay más que decir, pues el señor Damasio, que ha poco que vino del estudio con las botas llenas de latín, responderá a las mil maravillas, y habrá entre ellos un pasatiempo del otro mundo: y a mí no me faltará contento, pues he de ser repagada del entonar estos órganos.

Escena VI

ARIES, RAMIRO, VIGAMON.

ARIES.- ¿Vigamon?

VIGAMON.- Señor.

ARIES.- ¿Qué hora es?

VIGAMON.- Las nueve darán, si no ha dado.

ARIES.- Mas pensé que se habían de olvidar al reloj en la faltriquera. Sus, veme a llamar a Ramiro presto, dilo que me venga a hablar, que tengo con él un negocio de importancia.

VIGAMON.- ¿Iré a su casa, o a la plaza?

ARIES.- Mas cierto será hallarle en la tienda: mas por sí, o por no, vete por la acera de San Francisco, que podría ser hallarle recogiendo nuevas que contar a sus descansadas lenguas. ¿No es él que allí ves?

VIGAMON.- Él mismo, ¿Ramiro, ah, Ramiro, no oís? Ramiro, esperad con la maldición.

RAMIRO.- Esa te lleve a cuestras, qué gentil crianza de Satán.

ARIES.- Esperad, hermano Ramiro, parece que no queréis oír; ¿dónde vais tan negociado?

RAMIRO.- Ando por mudar de casa, y así voy de priesa a buscar al dueño de una, que me vendrá a propósito, y quiero acudir con tiempo, antes que otro me gane por la mano, que andan muchos golosos por ella; vuestra merced me perdone, si no me detengo.

ARIES.- Esperad un poco, por amor de mí. ¿Habéis visto más a mi señora Violante?

RAMIRO.- Señor, no.

ARIES.- Ya he tratado con mi yerno de aquel negocio que sabéis.

RAMIRO.- Sea muy en hora buena, vuestra merced me dé licencia, que no puedo rascar la cabeza.

ARIES.- Veámonos.

RAMIRO.- Como me desocupe. Renega de viejo que no adivina: en efecto a éste se te ha entrado de rondón la sensualidad en el cuerpo: mirad por amor de mí qué seca llamada, querría él ahora que yo tornase el pulso al gato, mejor le arrastren: no haría semejante bajeza, si me diese cuanto tiene. Es aquella señora una bendita, y cuando no lo fuese, menos lo haría porque fuera de ser oficio de ruines hombres, está de por medio aquel desenvainador de Damasio, su hijo, que trae el seso, como los cangrejos, en la escarcela: no querría darle ocasión para que me matase, y que después, entiendo el porque, dijese toda la ciudad: benditas sean manos que tal hicieron: si quisiere hacerse la barba, lavársela he con mil aguas de olores; si sangrarse, hasta que no le quede gota en el cuerpo, me emplearé en su servicio de mil amores: pero alcahuete yo, no es cosa. Es lo bueno, que cuando bien pudiese ponerlos a brazo partido, le tendría por la misma castidad: porque cuando un viejo presume hacer del valiente, es para perder antes con antes el pellejo. Mas dejando esto aparte, ¿qué cosa es ver un venerable anciano que pone en punto

de aguja, seso, honra, hacienda y vida a discreción de una flaca mujer? ¿Qué pensamientos le acompañarán, cuando después de haber sido marido treinta años, se ve a pique de andar su honra por los cantones, mostrado con el dedo, hecho pasatiempo y fábula del pueblo, sin poderse librar del mercado que se hace en nuestras tiendas? Mas quién no mofaría ver derramar lo que con tanta tenacidad se ha escaseado toda la vida, conociendo su impotencia, con quien presume que le puede renovar y hacer un sansón, sin copete, a fuerza de sus envaimientos y filtros amorosos, de los cuales nos libre Dios y a los casquivanos que allí vienen tocados de la misma yerba.

Escena VII

CORNELIO, MACIAS, DAMASIO.

CORNELIO.- ¿Quién pudiese adivinar en qué casa habrá entrado a sembrar cuernos la astutísima Lena? Debe de estar emboscada, pues no la podemos descubrir en tantas horas.

MACIAS.- Va en mi poca ventura para que acabe de abrasarme sin ningún remedio.

CORNELIO.- No se congoje vuestra merced, que ella se nos pondrá presto delante: y cuando no se cate, le hará ver la luna en el pozo.

MACIAS.- En ventura el cuidado duerme y reposa: mas triste de el que no sabe en cuantas brazas de agua se halla, teniendo la alma colgada de un hilo, sin ver donde está asido. A lo menos supiésemos de otra, que me pudiese dar algún remedio, para que mi fantasía, preñada de tan vano deseo, muriese, o abortase.

CORNELIO.- Resistir las pasiones viene de varonil esfuerzo: y a los corazones flacos, les falta en las aflicciones mayores.

MACIAS.- Dichoso se puede llamar, en esta vida, el que tiene dolor que se puede resistir.

CORNELIO.- El enojo mata quien no le estima. En una noche nace un hongo: haga vuestra merced ánimo de león, que con ser el mío de oveja, me basta para hacer que su fantasía haga presto trece hijos varones.

MACIAS.- Está bien, yo veré lo que haces.

CORNELIO.- Verá que soy como la higuera, que da fruto y no hace flor.

MACIAS.- Con todo eso, temo no seas antes como la lechuza, que tiene mucha pluma y poca carne.

CORNELIO.- Esta carne nos destruye.

MACIAS.- ¿Estaría en casa Lena, cuando dijo aquel que había salido?

CORNELIO.- Si hubiera ido solo algún pobrete como yo, no fuera mucho negarla: mas viendo esa presencia de emperador, considerando el provecho, se la quitara de los brazos para dársela: que estos rufianes siempre hacen de semejantes viejas mulas de alquiler: y porque no pierda viaje, cuando ellos caminan los dejan en casa, para entretener con palabras a los que vinieren. Allí veo al señor Damasio, y a mí parecer alegre: debe traernos algo de bueno.

DAMASIO.- ¿De dónde vienen los vagabundos?

MACIAS.- De buscar a Lena, que nos trae perdidos.

DAMASIO.- No sois buenos podencos.

MACIAS.- Vos, hermano, tenéis tanta ventura, que si intentásedes volar, saldríades con ello.

DAMASIO.- En este punto se acaba de ir: habiéndome recreado el corazón con agua de ángeles.

MACIAS.- Para vos es el mundo, dadnos alguna buena nueva.

DAMASIO.- Y tal como la que yo os traigo. Veis aquí la respuesta de mi carta.

MACIAS.- ¿Es posible? Mostrad por vida de quien la envía: dejame leer, que me habéis resucitado.

DAMASIO.- No se dan semejantes cosas en otras manos.

MACIAS.- A mí, que soy vuestro hermano y secretario, no se me ha de esconder nada.

DAMASIO.- Hay pocos renglones.

MACIAS.- Pocos o muchos leedlos ya, si me queréis bien.

DAMASIO.- No puede alargarse, porque está con mucho recelo de su marido.

MACIAS.- Al fin ha escrito.

DAMASIO.- Cuatro renglones.

CORNELIO.- Mucho se puede decir en pocos: y si esta vez ha tenido tiempo para escribir cuatro, la segunda será de ocho, la tercera de dieciséis, y la cuarta ya de vencida, estando más asegurada, será viniendo a los pactos, porque debe, a lo que sospecho, de andar bien cerca de rendirse.

MACIAS.- Ea, acabemos ya, que yo os prometo que debe de ser bonísima según la vendéis cara.

DAMASIO.- Ahora quitaos los sombreros, hincaos de rodillas, y sin pestañear, estad atentos. ¿Dónde vas tú, desalumbrado?

CORNELIO.- Voy por un par de candelas, para que se lea la epístola con todas sus ceremonias.

DAMASIO.- Escucha, loco:
«No tengo, esperanza mía, ingenio ni tiempo para agradecer con palabras dignas el amor que vuestra merced en su dulcísima carta significa tenerme, ni el contento y satisfacción con que quedo de mi dichosa suerte: por tenerme este enemigo con tanta tiranía y recato, que es maravilla haber podido tomar la pluma: y así, deseadísimamente bien mío, diré cortamente, que la afición con que lo correspondo es tan grande cuan pequeña la comodidad para podérsela mostrar con las obras y brevedad que deseo: a que me esforzaré por todos los medios posibles. Entre tanto, note bien alguna persona de confianza, lo que saliere cantando mi pajecillo: que desta manera, iré dando aviso de mis pensamientos, a quien será siempre el único sujeto de ellos: en cuya memoria me encomiendo».

¿No te parece, Cornelio, que es carta digna de una reverencial atención?

CORNELIO.- Y aun porque lo sospechaba, y estar más devotamente, querría yo encender candelas a pie de grulla.

MACIAS.- Ahora conozco ser verdad lo que las mujeres dicen; que no

es amor el que presto no corresponde: y así el de esta dama es, sin duda, plus quam perfecto.

DAMASIO.- Todas las deudas reciben recompensa de diversas maneras, sino ésta, que no se puede pagar sino con el mismo amor.

CORNELIO.- Vuestra merced será pagado a lo menos en gentil moneda. ¿Qué dice ahora vuestra merced, señor Macias? ¿No me concederá que quien escribe esto, sabrá también ponerlo por obra, y contentar ir quien teme ahogarse en un palmo de agua?

MACIAS.- No cantemos triunfo antes de la victoria.

DAMASIO.- Bien has entendido, Cornelio, el aviso; a ti toca ahora estar alerta, para que cuando el paje saliere de casa, entiendas sin perder un acento lo que cantare: lleva contigo un librito de memoria, y alguna niñería que darle, porque te lo diga y deje escribir.

CORNELIO.- No perderé punto.

DAMASIO.- Más contentos podemos ir ahora a saber la respuesta que habrá dado vuestro suegro a su suegro.

MACIAS.- Buena o mala, a lo menos vuestro negocio va en popa.

DAMASIO.- Decí nuestro, pues es camino infalible para llegar a lo que tanto deseáis. Fuera melancolía, la libertad se nos restituye, y no habrá historia que haga mención de más dichosos amantes.

CORNELIO.- Ojalá: y después a la mañana con cien moros pelease, la prisa que se dan las mujeres al mal.

Escena VIII

ARIES, VIGAMON, POLICENA, RAMIRO.

ARIES.- Vigamon, Vigamon, ah, Villanchón; ¿dónde está este animalazo?

VIGAMON.- Aquí estoy, señor.

ARIES.- No oyes, porque duermes más que un lirón: ¿no tienes vergüenza?

VIGAMON.- Pardiez, señor, poca, cuando estoy traspuesto. Vergüenza es andar salteando caminos: mas el dormir no daña a otros, y aprovecha al que duerme.

ARIES.- Razón de tu aljaba: basta, que te haces donoso; entrémonos, vente conmigo. Llama allí.

VIGAMON.- Ta, ta, ta.

POLICENA.- ¿Quién está ahí?

VIGAMON.- ¿Quién manda vuestra merced que diga?

ARIES.- Pregunta si está en casa Ramiro.

VIGAMON.- ¿Está en casa el señor Ramiro?

POLICENA.- ¿Quién le busca?

ARIES.- Yo le quiero hablar.

POLICENA.- En este punto acaba de salir, no puede estar un tiro de piedra.

ARIES.- Corre, dile que le estoy esperando. No pensé que tenía Ramiro hija tan hermosa.

POLICENA.- No lo soy poco, para quien bien me quiere.

ARIES.- ¿Queda sola en casa?

POLICENA.- Más de lo que yo querría, ¿por qué lo pregunta vuestra merced?

ARIES.- Por entrar a hablarle de más cerca: abra, mi alma, la puerta.

POLICENA.- ¡Hay gracia como ésta! Ya no hay vicios en el mundo.

Espere un poco, que mi padre le meterá en casa, allí viene.

ARIES.- Vengáis en buen hora, amigo Ramiro: estaba preguntando a vuestra hija, si es acomodada esta casa, que me parece bueno el puesto.

POLICENA.- ¡Hay embustero como éste! No le crea, padre, que ha querido entrar, requebrándome como si fuera de veinticinco años.

RAMIRO.- Calla, picotera, que eres una chorlita sin juicio.

ARIES.- Querría entrar a esperaros en casa, ¿fuera mal hecho?

RAMIRO.- Vuestra merced es señor de cuanto yo tengo, y como tal puede entrar, y salir cuando fuere servido.

POLICENA.- Quien oye a mi padre, y después le espanta su misma sombra y el menor viento que se mueve en casa. Mal lograda me coma la tierra, si por sólo eso, negare de hoy más la entrada, venga quien quisiere.

RAMIRO.- No lo digo por tanto, bachillera, no suba yo allá. ¿Ha visto vuestra merced la cólera de la rapaza? Es pintipara de la madre que la parió: pero tras eso la honestidad del mundo.

ARIES.- Bien se le parece. Vámonos paseando, que tengo un poco que deciros.

RAMIRO.- ¿Puedo servir en algo a vuestra merced?

ARIES.- Ya vos sabéis en qué me podríades hacer amistad, y no habéis querido: mas quiero que queráis en todo caso.

RAMIRO.- ¿Todavía está vuesa merced en aquel propósito?

ARIES.- Y no puedo hacer menos. Ya sabéis, Ramiro, cuánto desea mi señora Violante contentar a Macias su hijo, que está perdido de amores por Casandra, hija de mi yerno: y está en mi mano darle la doncella en las suyas, o desahuciarle. Y así tengo por cierto que si lo dais a entender esto, se resolverá de favorecerme como deseo.

RAMIRO.- ¿Es posible que Ramiro Corvato haya oído de la boca de Catón semejante cosa? No quisiera por cuanto tengo, que hubiera llegado a noticia, aunque creo que es por probarme, o no conocer bien aquella señora.

ARIES.- Querría conocerla mejor.

RAMIRO.- Pues si deja de saber algo, yo se lo diré a vuestra merced de p a pa. Es biznieta de don Álvaro, nieta de don Beltrán, hija de Rodrigo de Cabrera el bueno: y de parte de madre es...

ARIES.- No me sé dar a entender: digo que la querría conocer de más cerca.

RAMIRO.- Y yo responderé a eso, que no soy bueno para tal efecto, porque nunca ha habido traidores, ni alcahuetes en mi linaje.

ARIES.- A fe que os tenía por más amigo.

RAMIRO.- No tiene vuestra merced mayor servidor para cualquiera otra cosa. Dé un tiento a Cornelio, criado de sus hijos, que me parece a propósito para semejantes embajadas, y podría ser que

aceptase la empresa: más por descargo de mi conciencia digo que tampoco él no hará nada.

ARIES.- Ahora bien, paciencia. Con todo eso quiero ir a referirle lo que con Cervino he tratado.

RAMIRO.- ¿Anda vuestra merced en contratos con ella, y busca otros medios tan flacos?

ARIES.- Y aun por eso, he menester tercero que nos concierte.

RAMIRO.- Vuestra merced, con su mucha prudencia y autoridad, lo podrá guiar todo, de manera que llegue al puerto deseado.

ARIES.- Pues habiéndome fiado de vos, no me queréis dar este contento, muera esto aquí. Y mirad bien que hagáis lo que suelen los de vuestro oficio, que son todos orejas y lenguas: porque nos pesaría a ambos dello.

RAMIRO.- Ya vuestra merced me conoce.

ARIES.- Vigamon.

VIGAMON.- Señor.

ARIES.- Vete a casa de mi señora Violante de Cabrera, sabe si le podré besar las manos. No soñaba el que pintó niño a Cupido, porque propiamente el amar es de los mozos. Ahora acabo de entender que la prudencia y el amor no pueden estar juntos, porque contra este tirano no vale edad, sexo, ni gravedad: pues donde hace pie, no deja su furor, sino con el azadón y la pala: cuyo placer se acaba en un punto, y la vergüenza, acompañada de un frío arrepentimiento, dura para siempre. Vanas esperanzas, daños más que ciertos, cortas alegrías, pesares perpetuos, dulzores contrahechos, confitados en penosa amargura, liga donde caen los desdichados, cruel y desesperada enfermedad, afistolada llaga, eterno daño, pasión que enloda al mozo, y anega al viejo, y en fin que devora y consume todo bien, con suspiros que importunan lo poco que nos queda de tan miserable vida. Conociendo yo esto, he intentado hacer conmigo como los médicos, que cuando pierden la esperanza de la salud del enfermo, estudian solamente en dar alivio a su pena, al mal de dentro y apostema escondida, aplicando epitimias y fomentos con que el dolor menos le fatigue. Mas es, ¡oh gran vergüenza de mis años! Echar leña al fuego en que abraso: pues en lugar de disminuir mi penoso cuidado, va por momentos creciendo. ¿Pero qué maravilla? Pues Sócrates, hablando de un sujeto amoroso, dice que estando viendo un libro con una doncella, hombro con hombro, llegando su cabeza a la della, sintió en aquel punto una puntada en un lado, como picada de araña, que cinco días después, hormigueando, le llegó al corazón una comezón continua. Mas a mí diré yo haberme mordido el ardiente apetito, que sin sentir, se ha apoderado de mis entrañas; o la sangre femil que sin defensa, con el dulce movimiento de su vista, me asaltó tirando invisible sangre, que al punto se me entró por los ojos en las venas: y no consintiéndome tocarla, queriéndose volver por donde vino, me hace seguir, por fuerza, a quien podría sacarme de pena. Mas por ser mi sangre tan espesa y fría, no puede penetrar por aquellos divinos ojos, a mezclarse con la suya purísima, sutil y dulce: de donde, a más no poder, nace el deseo que me deseca y consume, de transformarme en ella. Heu patior telis vulnera facta

meis. ¿Está en casa?

VIGAMON.- Sí, señor, y esperando a vuestra merced.

Acto III

Escena I

CORNELIO, POLICENA, BEZERICA.

CORNELIO.- Gran contento es servir a estos mancebilletes barbiponientes: porque fuera de que siempre me dan que reír, son afables y de provecho, pues caen liberalmente con lo que tienen. Acuérdaseme ahora, y es verdad, de lo que dijo un cierto poeta o filósofo a un año mío, estando en buena conversación, tratando de amores: que era de opinión ser el amor un ramo de profecía, porque cuando vienen aquellas frenesías, o fantasías, el enamorado acierta a decir cosas, que si no lo estuviese, no las alcanzaría. Como Macias mi amo, que teniendo la cabeza como cuando su madre le parió, cuando le toma la tirria, o le asalta el accidente del amor, le oigo algunas sentencias, que después de pasado, creo que no las entiende más que su caballo. Allí veo a mi linda Policena: quiérela recrear con un poco de viento de lauslandis, que es el que más contenta a las mozas, que siempre quieren más al que mejor las sabe engañar. Será bien hacer como que no la he visto.

POLICENA.- Ah, buena pieza, ah, gentilhombre: Dios me perdone el testimonio que te levanto.

CORNELIO.- Perdóname tú, amores, a mí que no te había visto, por vida desos ojos, garfios de corazones.

POLICENA.- Bien creo yo que no me has visto, y aunque es lo que menos deseas, porque hay otra que te hace ir traspuesto, pensando en ella, sin acordarte de mí.

CORNELIO.- Cómo podré acordarme de otra, si desde el punto que te vi, mi alma, dejando sus propios pensamientos, colocó en su lugar los de tu persona: la cual no me deja acordar, ni aun de la mía, tanto que aun durmiendo, la imaginación para en ti, como me aconteció la noche pasada, que soñándome contigo, y queriendo abrazarte, me hallé burlado: y así creo sin duda, que ahora despierto lo soy de ti.

POLICENA.- No es tiempo de burlas, embustero. Tos, amor y fuego, no pueden estar secretos. ¿Piensas que no sé lo que pasa con Florina, la hija de maestre Machín el sastre? ¡Ay, buena pieza, cuál eres!

CORNELIO.- ¿Quién te ha echado esa pulga en la oreja, mi alma? ¿Qué Machín? ¿Qué sastre? ¿Qué Florina? ¿Qué me dices?

POLICENA.- Tal provecho te haga como el aceite a las sardinas, que sí hará, por ser castaña que de fuera engaña, y tú buitre, pues dejando lo bueno, te abates a lo corrupto y hediondo: mas el mal francés me vengará de ti y de la señora coja.

CORNELIO.- ¿Eso tiene más la pieza? Quien no conoce coja, de Venus no goza.

POLICENA.- ¿Qué dices entre dientes?

CORNELIO.- Acuérdomo altera de que estando un malhechor en la escalera, le presentaron una moza perdida coja, para librarle si se quisiese casar con ella; y al punto que la vio, volviéndose al verdugo, dijo: Haced presto, hermano, vuestro oficio, que zanquea. ¿Qué hará un hombre libre como yo? No me vuelques el estómago con esos merdosos celos; pues podría estar antes la marsin peces, que yo sin amarte una hora; y cualquiera palabra que enojada me dices, es de perro rabioso que me arranca las entrañas. Los árboles, amores, que tienen profundas las raíces no se pueden transplantar como quiera. No me aparte de ti el espacio de una uña. ¿Dime, por vida mía, dónde está tu padre?

POLICENA.- ¿Y para qué lo quieres saber?

CORNELIO.- Para, si no ha de volver tan presto, entrarme un rato a desenojarte.

POLICENA.- Quiero me reír sin gana. Ha, ha, ha! ¿Entrar, o qué? No se hizo la grajea para los puercos: ya, ya: antes te vea yo haber cuartos.

CORNELIO.- Mejor sería reales, pues soy todo tuyo.

POLICENA.- Ay, cara de salteador de caminos, no sé porque no te tiro algo a esa cabeza de hurdemalas.

CORNELIO.- Perro hambriento, vida, no hace caso del palo. Quien se quema, se sople. Yo sé que de las injurias que me dices, te quedará la pena.

POLICENA.- Tú, traidor, falso enemigo. sabes que las mercedes peores.

CORNELIO.- A fe de hidalgo, que no tienes razón, y que te haces agravio, en pensar que hay en esta tierra otra ninguna por quien yo diese un paso, ni el menor pelo que traigo acuestas. Cuanto más, que no conozco, por los anales de Roma, tal hombre ni mujer, y si hallares lo contrario, toma esta daga, y sácame la lengua con ella.

POLICENA.- Bien lo sabes fingir: mas si primero no atas, como dicen, el asno a la puerta, jurando de casarte conmigo, no te creeré, si me dijese el credo, ni atravesarás más, estos lumbrales. No, por el siglo de mi madre.

CORNELIO.- ¿Pues tras qué ando yo? Para luego es tarde: dame acá esa mano. Mas escucha, amores, que oigo cantar.

BEZERICA

No desmaye el amante, porque vea
cerrada su esperanza en fuerte muro;
sea constante y fiel: pues si desea,
del recíproco amor está seguro:
piense que tanto más dulce el bien sea
cuanto el camino por do viene es duro:

que el ánimo resuelto, impedimento
no puede hallar que estorbe su contento.

CORNELIO.- Paje, ah, paje.

BEZERICA.- ¿Decís a mí?

CORNELIO.- Sí, hermano.

BEZERICA.- ¿Hermano, y de cuándo acá? Debéis de ser de aquellos
hermanos por quien me envían a mí sin herrezuelo a estas horas.

CORNELIO.- Capeador querrás decir.

BEZERICA.- Maldita otra cosa.

CORNELIO.- Dios me guarde: ahora veo que no me conoces.

BEZERICA.- Ni vos a mí.

CORNELIO.- Mas que sí.

BEZERICA.- Mas que no. ¿Quién soy yo?

CORNELIO.- Eres el paje de la señora mujer del señor Cervino.

BEZERICA.- Es verdad: mas yo no caigo en vos: alzád el sombrero.

CORNELIO.- No puedo, que estoy con un chichón en la frente.

BEZERICA.- Pues no os conozco.

CORNELIO.- No poco dulce se debe de comer en tu casa.

BEZERICA.- ¿Poco? No debéis vos tampoco de conocer a mis amas.

CORNELIO.- ¿Pues cómo es posible que no se te acuerde del hijo del
confitero flamenco, como entras en la especiería, a mano izquierda?

BEZERICA.- ¿Confitero sois?

CORNELIO.- Sí, amigo, a tu mandado. ¿Quién te ha enseñado tan
lindo cantar?

BEZERICA.- Lindo sí, por cierto, harto mejor es la seguidilla que
sé yo, mas no quiere mi señor que la cante en casa, so pena de media
docena de otra colación que la vuestra: porque dice que es
deshonesta.

CORNELIO.- ¿Y ésa hátela oído tu amo?

BEZERICA.- Yo me guardaré de eso, como de comer solimán; mi señora
si que me la ha enseñado y hecho decir mil veces.

CORNELIO.- ¿Quieres me la dejar escribir, y te daré una muy linda
pelota?

BEZERICA.- Venga.

CORNELIO.- Vesla aquí.

BEZERICA.- Dádmela.

CORNELIO.- Di primero, que te me huyeras con ella.

BEZERICA.- No haré, por vida de mi madre, tenedme vos de la
faldilla.

CORNELIO.- Toma, di pues presto.

BEZERICA.- ¡Oh, qué linda pelota! Háseme olvidado.

CORNELIO.- No querría yo más, para que fueses a casa en puerro.

BEZERICA.-

Tras eso andáis, ya os entiendo. Escribí, escribí
aprieta:

No desmaye el amante, porque vea, etc.

Dejáme ir ahora.

CORNELIO.- Que me place: si nos encontramos otra vez yo sé lo que te daré, y más si vas a mi tienda.

BEZERICA.- Tómoos la palabra.

CORNELIO.- Daca la mano; pues somos ya amigos, bien es que nos sepamos los nombres: ¿cómo te llamas?

BEZERICA.- Bezerica, a vuestro servicio: ¿y vos?

CORNELIO.- Yo Manso, a tu mandado; no te detengas, amigo.

BEZERICA.- A Dios, Manso.

CORNELIO.- A Dios, Bezerica. Este muchacho y yo vendremos presto a hacer un buen perfecto, porque no le faltan a su amo sino los cuernos, que ya me parece se los veo apuntar.

POLICENA.- Ahora que tienes la canción, la harás cantar a la puerta de tu Florina.

CORNELIO.- Hallado has el musiquero; acaba ya, no seas boba, ablándate, que fuego no se mata con fuego.

POLICENA.- ¿Pues para qué la has escrito?

CORNELIO.- Para mis amos, que como son músicos, tienen el seso con ventanas, y quieren haber cuanto se canta, y así me envían, a media noche, a caza de sonetos.

POLICENA.- Dime lo que has escrito.

CORNELIO.- ¿Cantando?

POLICENA.- No, porque no lo oyan los vecinos.

CORNELIO

El que os viese, y no cegase,
peor que ciego sería;
si perdido no quedase,
más perdido quedaría.
Para poder escapar
de cegar, o se perder,
no esté donde os pueda ver,
ni vos le podáis mirar:
mas quien así se librase,
¿cuán desgraciado sería?
Y el que os viese, y no os amase,
mal, Policena, vería.

POLICENA.- Tú me das la raposa por marta, y me haces creer cuanto quieres.

CORNELIO.- ¿Pues por qué no crees cuanto te quiero?

POLICENA.- Ésas son otras quinientas.

CORNELIO.- Oye, amores, por vida mía; mas yo volveré a la hora que suelo, si gustas de ello.

POLICENA.- ¿Si gusto? ¿En condición me lo pones? Hazme rabiar esperándote, como sueles.

CORNELIO.- Ya sabes que no soy mío.

POLICENA.- ¿Pues cuyo eres?

CORNELIO.- De mis amos, y tuyo.

POLICENA.- ¿Mío?

CORNELIO.- Así fueses mía, que no puedo llamar mío un cuerpo privado de afición.

POLICENA.- Troquemos.

CORNELIO.- Eso no, mi alma, bésote las manos. ¡Mira hasta dónde encaja los celos el demonio! Como si no tuviese que hacer con los casados. ¡Cuánto remedia y daña una copla a tiempo! Cosa extraña es lo que me quiere esta moza: mas tal burla le hago; por vida del marqués de la Cornia, que no la trocase por la más repicada de la ciudad. Es cosa de burla, sino andase el hombre tras estas ovejitas de prima tonsura. Mas estimo aquel cuello que me dio el otro día, que cuanto mis gallipavos esperan de sus emparedados. Andense ellos a coplas, que yo no estaré entre tanto las manos a la cinta. Quiero les llevar esta profecía, y allá se avengan.

Escena II

LENA, VIOLANTE, DAMASIO, CORNELIO.

LENA.- No veo persona en esta calle. El señor Damasio me dijo que me dejase ver, que me quería dar un regalo para mi enamorado. El diablo le ha dicho que te tengo. Al fin no hay cosa secreta, por más que la persona mire por su honra: a fe que tengo de abrir los ojos de aquí adelante, que por menos se suelen perder buenos casamientos. Sin duda lo habrá sacado el cascolucio por discreción, entendiendo que aunque se corte la cola al perro, siempre queda perro: que de otra manera sería imposible saberlo él ni nadie, porque no entra en mi casa sino secretamente, al punto de medio día, cuando no parece persona viva, por evitar el escándalo de la vecindad. A lo menos si no soy casta, tengo esto bueno que de cauta me he preciado siempre: porque el mal es siempre mal, mas peor cuando con mal ejemplo se acomete. Si todas se gobernasen con el recato que yo, no andarían hoy tantas honras por los tableros. Piense lo que se lo antojare, que tampoco él anda ahora para hacerse ermitaño: que yo no me enmendaré mientras pudiere comer mi pan con corteza, y aun después veremos. Echá la natural inclinación a palos, que no por eso dejará de volver. No sé con todo esto si le espere aquí, o si me llegue a su casa. Si le aguarde, podrá ser que como mozo descuidado, se esté entreteniendo en otra parte, y que me deje plantada hasta la noche oscura: y no puedo perder tiempo, teniendo tantos negociantes que me esperan como agua de mayo: aunque las más veces soy la de San Juan, que quita el vino, y no da pan. Si voy a su casa, podrá la madre preguntarme lo que quiero: y no sabiendo qué responder, sin duda me enviará jabonada. Pues no es nada soberbia la señora: dícenme que cuando le pica la mosca, no hay quien pueda esperar sus reciuras. ¡Pero como soy necia ahora, estando más llena de cautelas, que un huevo de clara y yema! ¿No sabré darle el pan por hogaza? No, que soy una boba. Ea pues, cabeza mía, Dios te me guarde de pan de

ventana: hela aquí a las mil maravillas, al fin no se hizo la silla para el astio. En aquella casa hay tres que me conocen, Cornelio y sus amos: será desgracia si en llamando, no responde alguno de ellos; si fuere otra persona, o la misma madre, diré que traigo a vender alguna cosa, la primera que me viniere a la boca; está que no hay más que pedir, con buen pie vamos: ta, ta, ta.

VIOLANTE.- Perdóneos Dios, amiga, ese llamar tan recio, que toda me habéis turbado.

LENA.- Ay, qué ligera de sangre es la señora.

VIOLANTE.- ¿Qué es lo que buscáis?

LENA.- Ayúdame, lengua, si no mira que te corto. Cuitada de mí, no debe ser ésta la casa que busco. El otro día me encomendó una señora que le trajese un poco de estoraque y benjuí, para hacer unas pastillas, y no acordándome de la casa, lo pregunté a tiento a una mujer que acertó a pasar por aquí, y me encaminó a ésta, diciendo que sin duda sería vuesa merced, porque, dijo, es la más curiosa señora de la ciudad. (Qué lamedor.)

VIOLANTE.- Ay, amarga de mí, cómo se engañó en todo, ya pasó ese tiempo; mas aunque no soy la que buscáis, yo tomaré un poco, si es bueno.

LENA.- Es bonísimo cuanto puede ser. El diablo me trajo a la memoria esta mercancía.

VIOLANTE.- Subí arriba, hermana, o esperáme ahí.

LENA.- Espérete un toro. No lo traigo aquí.

VIOLANTE.- Pues sí no lo traéis con vos, ¿para qué llamáis?

LENA.- Para saber la casa, avisar que la tengo ya, y volver por ello a la mía. ¿Tan gran pecado ha sido? Perdóneme vuesa merced.

VIOLANTE.- Andad en hora buena, que no debe de ser eso lo que buscáis.

LENA.- No ha sido muy mal el encuentro, y deshecha, para de balde: ¿qué haré ahora? Dar de la sartén en las brasas.

CORNELIO.- Allá va la bienhadada.

DAMASIO.- Es ella.

CORNELIO.- La misma. Daranos ahora, sin duda, tres ovejas negras por una blanca ya nos ha visto.

DAMASIO.- Déjame con ella. Loada sea la hora en que habéis parecido, acabo de haberos buscado todo el día. Mas tenéis que hacer que pastelero en tiempo de carnestolendas: bien se debe correr el oficio.

LENA.- También que estoy por llamarle, sino por lo que por servir a vuestra merced traigo entre manos, peor que mecánico. Pobre de mí, que para poderme sustentar y mantener en la gracia de los que bien me hacen, he de cumplir con todos, y ser como el sol, que así alumbra a los buenos como a los malos, y a los pícaros como a los señores: aunque deben pensar algunos, no lo digo por quien tanto se acuerda como vuestra merced de hacérmela, que vivo como camaleón.

DAMASIO.- Huélgome de entrar en esa cuenta.

CORNELIO.- No; la primera partida de su manual.

LENA.- Aun hasta ahora, no sé, ni puedo decir de qué color es la ingratitud.

CORNELIO.- Ha hecho como el tirador de arco, que para llegar al punto va tomando la mira gran espacio sobre el blanco.

DAMASIO.- ¿Queréis ir a hacer lo que os dije?

LENA.- A vuestra merced toca mandar, y a mi obedecer.

CORNELIO.- Ahora vende la salsa.

DAMASIO.- Tomad este par de escudos, y si yo veis con algo de bueno, yo sé lo que haré.

CORNELIO.- No digo yo que nunca cantó en vano, y con todo eso hace siempre como la gala, que sin quitar los ojos de las manos come y gruñe.

LENA.- Bástame la gracia de tan bueno caballero.

CORNELIO.- Es a punto, el médico, que diciendo: no es menester hacer eso conmigo, abre la mano y aprieta más que una tenaza; pero tienen ambos esto de bueno, como el lobo, que nunca toman por cuenta.

DAMASIO.- Esta carta y anillos habéis de dar al bachiller, diciéndole lo que más al propósito os pareciere, para que llegue a buen puerto.

LENA.- Pierda vuestra merced cuidado.

DAMASIO.- Todo lo remito a vuestra discreción.

LENA.- Beso las manos a vuestra merced.

DAMASIO.- Con bien volváis.

LENA.- Queda en buen hora, Cornelio hijo.

CORNELIO.- Lena madre, todos los cuclillos os acompañen; como hayáis concluido este negocio, haremos los dos otro aparte.

LENA.- Ay loco, loco: ya no me quiere ninguno, sino para lo que traigo entre manos, pues siempre me dejan a la luna, como tablilla de mesón. Mas con todo eso, ya hablaremos más largo y tendido, que aunque se acabe el vino, el barril es el mismo.

CORNELIO.- Créolo, porque la zorra muere en su pellejo, si no la desuellan viva.

LENA.- Pulla es ésa, basta, lo demás para otra vez, a Dios, mi... no lo quiero decir.

CORNELIO.- Pues direlo yo, fa, sol, la, mayor puta vieja que ha parido esta ciudad. Burlaos y veréis lo que pasa; tender se quiere la niña. Con todo eso he de procurar pescarla algunos realejos, contentándola, cuando más no pueda, a ojos cerrados, acabando de comer mi pan con la salsa de más agradable imaginación.

DAMASIO.- ¡Cuán de asiento lo tomas!

CORNELIO.- También, señor, ando yo casi enamorado, y quiero tenerla contenta, porque es aparejadísima para sacarle cuanto alcanza.

DAMASIO.- ¿La razón?

CORNELIO.- Como estas calloncas tienen la carne tan mal acostumbrada, dan liberalmente lo que les queda al que tiene paciencia para ensillarlas.

DAMASIO.- Sacarete el vientre de mal año.

CORNELIO.- ¿Por qué piensa vuestra merced que se dijo: bueno está chillón si la vieja le dura?

DAMASIO.- Por lo que guarda su quiñón, la vieja madura: y así vendrá a salir tu designio el sueño del perro.

CORNELIO.- Todo será aventurar dos idas y venidas, y cuando la suerte salga en blanco, a lo menos no tendremos que reñir sobre el partir de la cadenilla: porque le damos a comer por onzas, y así quedaremos amigos como de antes.

DAMASIO.- Gran hablador eres.

CORNELIO.- Lo que escuecen las verdades.

DAMASIO.- A la fe sospecho, que debes de ser a la parte.

CORNELIO.- Nunca me pasó por pensamiento, porque ya murió Calisto, y nuestra Melibea se da tanta priesa a sacarnos de pena, que la mercancía vendrá a salir poco más que de balde.

DAMASIO.- ¿Poco precio te parece el corazón que le he dado?

CORNELIO.- Es de los que se pesan en las carnicerías de amor, que se hallan a cada paso.

DAMASIO.-

No es para ti esta materia, puedo cantar con verdad:
Quisiera yo tener diez corazones,
y que llevara uno en cada dedo.

CORNELIO.- Y porque no tenemos más de uno, le conservamos cuanto podemos.

DAMASIO.- Ya ves lo que dice la estanza.

CORNELIO.- Véolo, pero como soy tan grosero no lo entiendo.

DAMASIO.- Buen principio es para salir de tu necedad el conocerte. Dice que no desconfíe, por verla tan encerrada, que sea constante en la comenzada empresa; fiel, entiéndese secreto, que es la mejor parte en un enamorado, y que más satisface a las damas. Asegúrame del recíproco amor, y poniéndome delante, que las vitorias más trabajadas hacen el triunfo mayor, concluye con esta verdadera sentencia, que el amor rompe y allana todas las dificultades, a quien con pecho valeroso se resuelve, para llegar al fin que pretende. ¿Qué te parece?

CORNELIO.- Que la ha vuestra merced interpretado muy a su propósito, pero quisiera yo que todo eso lo dijera la copla.

DAMASIO.- Mucho más da a entender, que para ti sería algarabía.

CORNELIO.- ¿Pues qué concluye?

DAMASIO.- En que está determinada de poner a ejecución lo que le pide el deseo.

CORNELIO.- ¿Cuándo?

DAMASIO.- Más tarde que yo querría. Eso estudiará ahora, y sin pensar nos lo cantará el ruiseñor.

CORNELIO.- Como gusta la fortuna de cosas tales, y para hacer bien no se hallará agua en el Danubio. Bien ha hecho vuestra merced en no decir nada del cantar a esta buena mujer.

DAMASIO.- De semejantes no se ha de fiar sino lo forzoso, y eso con gran escaseza y recato. Vámonos a casa a consolar a Macias con esta buena nueva, que no la creará según es el viento favorable.

CORNELIO.- Yo tengo que hacer en la plaza. ¿Mándame vuestra merced algo?

DAMASIO.- Que no te descuides de acudir al pajecillo, ya ves lo que nos importa.

CORNELIO.- No perderé punto.

Escena III

CORNELIO, VIGAMON.

CORNELIO.- Si una es buena es por ventura, y si mala de natura. En dos palabras, ha dicho la señora cuanto es menester más claro que el sol: mas yo hago del aturdido, por dejar saborear a mi amo y darle ocasión de devanear. Allí veo a Vigamon, mi amigo viejo; quiero desentrañarle para tomar un rato de placer.

VIGAMON.- Vinos más a punto que la gracia a un condenado cuando está en la escalera, porque iba derecho a buscarte.

CORNELIO.- Ya era tiempo de que nos viésemos, ¿hay algo en que te pueda ser de provecho?

VIGAMON.- Mi amo me envía a llamarte.

CORNELIO.- ¿El señor don Galcerán a mí?

VIGAMON.- ¿Cuánto ha que mudé dueño?

CORNELIO.- ¿Pues con quién estás ahora?

VIGAMON.- Con el señor Aries de... par Dios, no sé de dónde.

CORNELIO.- ¿Es un caballero, padre, de una señora que se casó poco ha con un Cervino de tal, que vive a las Tenerías?

VIGAMON.- Él mismo.

CORNELIO.- ¿Pues de dónde me conoce él a mí?

VIGAMON.- No te lo sé decir.

CORNELIO.- Mira no te hayas entendido mal.

VIGAMON.- ¿No eres tú Cornelio, criado de aquella señora viuda hermosa, que tiene dos hijos y una hija, que vive a la antigua?

CORNELIO.- ¿Qué me podrá querer?

VIGAMON.- Menos lo sé, él te lo dirá: ¿de qué te congojas?

CORNELIO.- ¿Sabes qué cosa es ser llamado, sin pensar, un pobre mozo de personas tales? Hace revolver en un punto cuanto el hombre ha hecho y pensado en toda su vida: la vergüenza me empacha y hace decir esto, pero con todo eso vamos. ¿Cómo lo pasas, Vigamon hermano? ¿Estás bien acomodado?

VIGAMON.- Casi bien, como vela a medio árbol.

CORNELIO.- ¿Cuánto haces de daño?

VIGAMON.- Doce grullejas pagadas, que no hay más que pedir.

CORNELIO.- ¿La cama?

VIGAMON.- De la fábrica de unas parrillas, no la trocaría por la del guardián del Abrojo: mas no sé qué se tiene, que aun durmiendo me bambeo, sin poder hallar remedio, aunque he probado ciento, para hacerla estar queda.

CORNELIO.- Será sin duda algún duende.

VIGAMON.- Ojalá, si fuese como el de la otra, que se quejaba que uno no la dejaba reposar de noche, con que tenía muy amedrentada a su madre, hasta que se vino a descubrir que secretamente metía en casa un familiar encarnado, que hacía sobre ella la pesadilla.

CORNELIO.- ¡Ha, ha, ha! ¿Hay en casa alguna dueña que pueda hacer contigo de la duenda?

VIGAMON.- Si eso hubiera, medio mal, mas no hay sino una viejezuela, transparente como linterna, que gobierna la casa.

CORNELIO.- ¿No es tan sin dientes, que no se puedan sacar un par de muelas?

VIGAMON.- No hay vieja para ese menester: mas llégate a herrar a Barrabás con tocas: no ha nacido, según lo que muestra en el sacudimiento y aspereza, mula más mala de ensillar.

CORNELIO.- Habrá sido cosquillosa en su juventud, mas si yo lo dijese al oído unas palabras que me enseñó un albéitar, verías maravillas.

VIGAMON.- Como desas sé yo, pero tal que aprovecha, no queda por eso.

CORNELIO.- ¿De manera que ya le has tentado las corazas?

VIGAMON.- Una vez sola, haciendo del cortés, pregunté cómo estaba, y al punto muy escandalizada, se lo fue a decir a mi amo, añadiendo que lo había tocado el devantal; y él, más severo que Sócrates, diciendo dura cosa es, hermano, andar a discreción de un garrote, me puso perpetuo silencio. Y así paso una vida tan colérica y melancólica, que, de puro ahondar horizontes, temo al cabo venir a dar en poeta, porque me sirvo demasíadamente de la cabeza. De manera, amigo, que vivo sin más conversación que la de un negro bozal que cura el caballo, con quien paso mis ratos, hartándonos ambos de zinguerrear en una guitarra más destemplada que discante de ramera.

CORNELIO.- Vamos a la gula.

VIGAMON.- Eso no falta quien me mantenga flaco, con poco gasto, fabricando siempre en seco, tanto que a cada bocado, me veo en pasamiento.

CORNELIO.- ¿Quién compra?

VIGAMON.- Yo, por mi más negra ventura que la pez.

CORNELIO.- ¿No sabes la cuenta de siete y tres son trece? ¿Ya me entiendes?

VIGAMON.- Demasiado, pero lo más que se come es de su cosecha, y andan tan despacio los banquetes, que se puede hacer poca hacienda.

CORNELIO.- Arrima la navaja y rapa donde pudieres, no ves cuanto han encarecido las cosas, que todas han crecido, si no nuestros salarios, y no bastan para zapatos. ¿No tienes algunos percances?

VIGAMON.- ¿Qué cosa buena puede haber en casa donde no se juega? Así me tengo por casi enterrado.

CORNELIO.- Tú que eres amigo de placer habías de estar con mis amos, dos puros locos de atar, que siempre me traen de acá por allá haciendo el amor: dando músicas, saraos, en comedias, en banquetes, y en otros mil pasatiempos. No ha Dios amanecido, cuando asidos de mí, comienzan a luchar conmigo, arrastrándome por aquellos suelos, y haciéndome pedazos cuanto traigo acuestas.

VIGAMON.- No me parece esa buena conversación.

CORNELIO.- Qué importa, si cuanto traigo es suyo, y cuanto ellos mío. El uno: toma tal jubón; y el otro: ponte aquellos calzones;

vengan los torreznos, la fruta, el beber fresco, y todo con unas entrañas, que me tendrían los que no nos conociesen por su hermano mayor.

VIGAMON.- No son esos caballeros como los malaventurados que dicen que para ser bien servidos conviene tener los criados pobres.

CORNELIO.- Tras esa hoja hay otra, que no sirvamos tanto, que de puro obligados los amos, no sepan con qué pagarnos.

VIGAMON.- Así vemos criados que lo pueden ser del rey, envejecidos y rotos, esperando los montes de oro, que nunca corren, con que los entretienen. Dejaríame yo echar un virote de semejantes amos como los que tú tienes. Llégate, a ciertos confesos revestidos, con cuatro reales que los dejaron los padres, ganados como Dios sabe, que les parece matar a sus madres, si dejan a los pobres mozos un momento en reposo, como si los hubiesen comprado por esclavos: no lo puedo llevar en paciencia. ¡Oh!, si, como lo he deseado mil veces, me tocase por suerte una, ser amo de alguno de estos pelones, verías cómo me servía de él, haciéndole correr, trotar, sudar y trabajar tanto, que no le parase mosca encima cada día; por ahorrar el mozo, levantaría cosas nunca soñadas, para descontar del salario, y por quitarme aquella paja, hermano, otro poco a otro cabo. Mas es el dialilo que para eso es menester argent, y yo no lo puedo esperar en los años de Matusalén: porque no hay en todo el mapamundi tanta tierra como ocupa una hormiga que sea mía: al fin no viene a ser puerro sino el que se trasplanta. ¿Habría lugar para otro criado en casa de esos señores?

CORNELIO.- Es su madre tan avarienta que antes mira a despedir, que a recibir de nuevo.

VIGAMON.- Buena ventura fue la tuya, en topar con tales amos; daría cuanto tengo por servirlos.

CORNELIO.- ¿Con cuántos ducaditos caerías, si te metiese en mi lugar? Que deseo ya asentar, y dejarme de tantas mocedades.

VIGAMON.- Para eso mi amo.

CORNELIO.- Pues troquemos.

VIGAMON.- Ojalá, ¿mas cómo?

CORNELIO.- Concertémonos, que después yo lo encaminaré.

VIGAMON.- ¿Búrlaste, o díceslo de veras?

CORNELIO.- Respóndeme al cuanto, y déjame el cargo.

VIGAMON.- No me hallo con más de cuatro, y el mes que va corriendo, aunque no tanto que no me parezca un año, darate los dos: que lo demás es para cambalachear unos calzones con estos que andan por dejarme.

CORNELIO.- Oh, eso es poco, porque te valdrán más de cinco al mes los provecho, mas por lo que te quiero me contento. Déjame concluir un negozuelo en que ando, que será presto: yo te avisaré al punto, y entonces haremos de esta manera. Yo me despediré, resuelto, de mis amos en buena paz, fingiendo alguna ocasión, y les diré que en mi lugar les quiero dejar un criado de toda broza, tal como bueno, y sin duda holgarán de ello: y al mismo tiempo harás otro tanto con tu mismo amo, diciéndole que soy un mozo diligente, virtuoso, que nunca dejo el rosario de la mano, y tan amigo de quietud que pienso

meterme fraile.

VIGAMON.- No anda él tras otro, doilo por hecho; cuando quieres el dinero.

CORNELIO.- Eso, amigo, cuanto antes será lo mejor, porque no nos podemos arrepentir.

VIGAMON.- Vesle aquí, toca la mano.

CORNELIO.- Fiar.

VIGAMON.- No nos detengamos, que te espera mi amo, con más deseo que las coles de agosto la agua. Voy a decirle que te estás aquí.

CORNELIO.- En buena hora. No ha sido mala esta jornada, tendré con que probar la mano: si ganare, volvérselos he, y sino, trampear y a ello.

VIGAMON.- Sube arriba.

Escena IV

INOCENCIO, LENA.

INOCENCIO.- Omnes in omnem culpam prolabuntur. Gran pecado acomete mi señor, de que ha de dar estrecha cuenta, en tener tan encerrada y descontenta a una mujer ejemplo de virtud como la suya: tengo por cierto que si por él no fuese, no dejaría pobre desconsolado, y que daría todo cuanto tiene a quien se lo pidiese, ocupándose y entreteniéndose siempre en hacer caridad. Mirad qué bondad de señora, ha entendido el desastre de la prima, con que otra se hubiera escandalizado y dicho, que si ha hecho mal con su pan se lo coma: y en hallándose sola, con una angustia grande, da cien suspiros de pena, por no poderla ver y consolar como querría. Pues con qué gracia me rogó que vaya a dar un recado de su parte a aquella buena mujer, con estos tres ducados, por el menoscabo de su ropa, con que voy contentísimo a socorrerla, porque quien esto te envía, no dejará de ayudarle adelante. Parécenle la que allí está, si ella es. El Señor os tenga de su mano, hermana Lena, pensábadas que no os había de venir a ver algún día.

LENA.- ¿Y por qué había yo de cometer tan gran pecado, pensando tal cosa de quien tiene por oficio las obras de misericordia, y principalmente la mayor de todas, que es consolar los tristes? Así se alegre conmigo quien mal me quiere, como yo con su gentil presencia: sin duda que mi ventura le ha traído de aquí, porque en este punto pensaba ir a buscarle, para lo que oiré. Mas antes quiero saber a qué ha sido la buena venida, porque deseo mucho que me emplee en su servicio.

INOCENCIO.- Cierto que debéis esa voluntad a la afición que yo os traigo. Mutuo antamus inter nos. Mi señora está tan afligida por la desgracia de aquella señora, que dende el punto que le di su carta, anda como fuera de sí: fantaseando tan tocada, que me trae lastimado: y así me envía a saber cómo está la buena doncella, y a rogaros que le vais luego a visitar y a decir de su parte que tenga buen ánimo, porque con mucho calor va tratando de remediar su pena: y también os da estos tres ducados por la que tomáis en ser

medianera entre ellas, y dice que la disculpáis de el no le escribir: que no lo hace por evitar sospechas.

LENA.- Bendita sea tal señora: al fin donde está la nobleza hay largueza: en más tengo esta memoria de su mano, que un tesoro de otra. Ay, hijo mio, cuánto se consoló aquella criatura con la carta que le llevé: no pareció sino que veía el cielo abierto. Díjome que fuese otro día a verla, como lo hice ayer, recibíome con mil caricias, besádome estas pecadoras manos y después de mil demandas y respuestas, me dio esta carta, con estos dos anillos, para la señora Marcia, con los cuales dice que su merced se enternecerá mucho, porque son los que le envió con el padre, cuando vino a sus bodas. Por caridad que vuesa merced se los dé: encareciéndole mucho la memoria que ha tenido de ésta su devota y humilde criada.

INOCENCIO.- Yo lo haré muy de veras.

LENA.- Si tiene, mi alma, algunas camisas que aderezar, mire que me las traiga, si no quiere que me enoje.

INOCENCIO.- Istam tuam voluntatem semper in ore animoque habeo. El Señor quede con vos.

LENA.- Él vaya contigo, que te sobre la bondad como la cresta del gallo.

Escena V

DAMASIO, CORNELIO, LENA.

DAMASIO.- No se me cuece el pan, por saber lo que ha hecho Lena de la carta y anillos, y el modo que habrá tenido: ¿quieres, Cornelio, que nos vamos paseando hacia su casa?

CORNELIO.- Si vuesa merced lo desea mucho, yo muero por ello: y me parece cada hora más estrecha y larga, que el mal año: aunque estoy casi cierto de que habrá hallado camino a propósito, porque no son tres ases peores que ella, ni tiene el infierno más astuto demonio.

DAMASIO.- Su oficio lo requiere. Llama, que aquí te espero.

CORNELIO.- Llegue vuesa merced conmigo pecador de mí, por si acaso está allí su rufián.

DAMASIO.- Ya te entiendo, perro cobarde no quiere ver lobo. Pareces de los soldados de trencha, que eran treinta y seis a arrancar un nabo.

CORNELIO.- Mucho me pesa de oír esas palabras: mal conoce vuestra merced al segundo Fierabrás. Dígolo porque nos la negará, no viendo persona de respeto.

DAMASIO.- No es la deshecha mala.

CORNELIO.- El diablo me ha metido entre el martillo y la bigornia.

DAMASIO.- Miedo ha payo que reza: no lo digo yo: ¿qué estás murmurando?

CORNELIO.- Que estoy por dar a aquel bellacón, en abriendo la puerta, una cuchillada que le derribe ambas orejas, aunque sea otro Orlando.

DAMASIO.- A lo menos burlando. Quien león mata en ausencia, del topo teme en presencia. No más Fierabrás, yo te marco por un deceno

de la cama: aunque sospecho que tomarás tú ahora unas paredes por jaco, porque todo Milán no armaría tu miedo.

CORNELIO.- Ya eso pasa de burla, no haga vuesa merced que se me suelte alguna mala Palabra.

DAMASIO.- Antes creo que se te ha soltado otra cosa peor: no me espantaría, porque perro escaldado, después tiene miedo de la agua fría.

CORNELIO.- A fe de pobre mozo, que si no fuese por cierto respeto que yo me sé... basta, mejor es callar. Sepa vuestra merced, que hasta ahora nadie me ha quebrado nueces en la cabeza. Bien dicen que la familiaridad del señor es capirote de loco para el criado.

DAMASIO.- La rana hace del león.

CORNELIO.- Dejémonos de motecicos y chufetas, que por menos que eso, he visto yo venir a buenas cuchilladas. ¿Llamaré o no?

DAMASIO.- ¿Pues a qué venimos? ¿De qué hablamos? Ánimo, vesme aquí para morir a tu lado, aunque como te muestras tan fiero, temo no hagas en el furor con la cólera, de la ballesta gallega, que tira a enemigos y a amigos.

CORNELIO.- Ta, ta, ta.

LENA.- Quien llama tan recio, algo nos trae.

CORNELIO.- Con que nos recibe la maldita.

LENA.- ¿Señor mío, es posible que los caballeros se humanan tanto? ¿Qué buena ventura ha traído este bien a mi pobre cabaña?

DAMASIO.- La mía, si hallo lo que me he prometido siempre de vuestra discreción y diligencia.

LENA.- No puede faltar a persona dotada de tantas gracias. Estando tomando el manto, para ir a dar aquel recado, entró por mi puerta el buen bachiller, que está vestido y calzado con todas sus letras, en el limbo, con tres ducados que me envió la reina de las mujeres, mandándome que fuese luego de su parte a consolar a la prima, y a asegurarla de que en breve concluirá el negocio muy a su gusto: con otras mil buenas palabras, y ceremonias de nunca acabar; jurándome el cuitado, que desde el punto que leyó la carta, no parece más la que antes era. Y como que lo creo yo, que cuando por mis pecados, navegaba por los accidentes de amor, no reposaba hasta dar fondo. Téngase lo demás por dicho, y pues que está ya hecho el pico al tordo, aparájame esas manos.

CORNELIO.- ¡Cómo se encaja la puta vieja!

LENA.- Ay, ojos encantadores, que tiempo se os va llegando, como se le cae al oso la pera madura en la boca, ¿ya me entiende?

CORNELIO.- Harto claro lo pide, pero mi Durandarte hace orejas de mercader, y vuélvese a su negocio.

DAMASIO.- ¿Haos dado alguna carta?

LENA.- No, señor.

DAMASIO.- ¿Qué recado distes a la mía y anillos?

LENA.- El mejor del mundo, a mi parecer: diciéndole que su prima se los envía, fingiendo ser unos que la señora Marcia le envió con el tío, cuando volvió de sus bodas.

DAMASIO.- Bueno, a fe de quien soy; no hay más que hacer, sino esperar lo que Dios hará.

CORNELIO.- ¡Ha, ha, ha!

DAMASIO.- ¿De qué te ríes, insensato?

CORNELIO.- Ríome de que quiere vuestra merced esperar de Dios lo que suele hacer el diablo.

DAMASIO.- Tienes razón, por necio que uno sea acierta a decir algo bueno, ya podrás ser predicador, y hacerme dar con mis amores en un convento.

LENA.- Lo que más ahora hemos menester son las bragas de un motilón, que quitan los malos deseos como con la mano.

CORNELIO.- No lo digo por tanto, yo enmudeceré por quince días.

DAMASIO.- Acaba ya, majadero, que no son los donaires para todos tiempos.

CORNELIO.- Antes en este que esperamos, de tanta alegría y consuelo, no ha de haber otra cosa.

DAMASIO.- Está bien. Amiga Lena, comete al sabio y déjale hacer: en vuestras manos me he puesto, dad buena cuenta de mí.

LENA.- Viva vuestra merced, que todo se hará bien.

CORNELIO.- O mal, otro nudico a la bolsa.

Escena VI

MACIAS, CORNELIO, BEZERICA, DAMASIO.

MACIAS.- Ea, Cornelio, aunque creo que estás cansado por haber ido a cien partes, vamos, que cuando el amo tiene trabajo, no debe reposar el buen criado.

CORNELIO.- Por mí vamos donde y cuando vuestra merced mandare.

MACIAS.- Es burla lo que leía anoche mi hermano en aquel libro: pues dice, que la alma del amor es la esperanza, y que en faltándole muere, como la criatura careciendo de leche.

CORNELIO.- Quien lo escribió debía hablar de experiencia. Y porque viene a propósito diré una estanza, que cierto sabio y prudente envió a que conforma con lo que dice el libro que leía anoche su hermano, y por contentarme, la encomendé a la memoria: note vuesa merced.

MACIAS.- No querría que fuese de las que sueles cantar.

CORNELIO.-

Ésta es contemplativa:

Nace de ociosidad el ciego arquero,
que vive alimentado de esperanza,
dale los pechos el deseo primero,
y pensamientos vanos la crianza,
ser y vigor, muy poco duradero,
el comento, que está siempre en balanza,
y siendo escaso en dar, promete largo,
muestra ser dulce, y es en todo amargo.

MACIAS.- A fe que es buena: mas volviendo al propósito, digo que

pruebo en mí lo contrario, pues sin alimento de esperanza ha crecido, y con más fuerzas que de gigante me atormenta, y va privando de la vida.

CORNELIO.- La causa es vuestra merced, pues le ha criado a los pechos de sus pensamientos, que le han servido en lugar de leche de esperanza, deteniéndooos en ellos sin acordarse de otra cosa.

MACIAS.- Dices bien, porque la afición me la pintó tan hermosa, dende el punto que la vi, que siendo defendido a los ojos, el exterior refrigerió: la mente se retira dentro, y viendo impresos en sí mesma los rayos de aquella sobrenatural belleza, hace de ella el manjar que dices, de que se sustenta.

CORNELIO.- Eso debe inquietar más a vuesa merced.

MACIAS.- Antes al contrario, porque la figura que señorea y gobierna mis sentidos, enamorada de sí misma, me fuerza a ir donde naturalmente reside, y no pudiendo, con los dientes de amor me roe el corazón, ahogándome los espíritus.

CORNELIO.- Paso que oigo cantar al pajecillo, apártese vuestra merced.

BEZERICA

Vístase mi esperanza, como viere
que el bien del que más ama va vestido,
tome presto el camino por do fuere,
júntase a tiempo con quien ha seguido:
después, si ya fortuna no impidiere,
envidiosa de amor, tan buen partido,
llevará su contento mano a mano:
y el consuelo que espera el cuerdo insano.

CORNELIO.- Bezerica, amigo caro, ya era tiempo de que nos viesemos, ¿qué es de la pelota que te di el otro día?

BEZERICA.- Veisla aquí, no os la daría por un real, mirad cómo salta.

CORNELIO.- ¿No jugaremos un poco?

BEZERICA.- No tengo dineros.

CORNELIO.- Yo te prestaré, no quede por eso.

BEZERICA.- Oh, cuántos reales; ¿son todos vuestros?

CORNELIO.- ¿Pues cuyos habían de ser? Toma, toma uno. Si tú fueses a mi casa, yo te daría tantas de las cosas que tengo.

BEZERICA.- ¿Qué tenéis?

CORNELIO.- ¿Qué? Eso es largo de contar. Confituras de todas suertes, mazapanes, rosquillas, mermeladas, turroneos, pasas,

dátiles.

BEZERICA.- ¿Dátiles tenéis? Traéis ahí algunos.

CORNELIO.- Sí, amigo.

BEZERICA.- ¿Y confites?

CORNELIO.- ¿Quieres que traiga aquí toda mi tienda? Si yo supiera que te había de encontrar, no viniera sin muchas cosas que darte, mas otra vez, yo te pondré como un trompo: abre la faldriquera: no

te los vea tu amo.

BEZERICA.- Ver, ¡oh qué mal año!, ni aunque fueran otros tantos; yo me los iré engullendo de dos en dos. ¡Oh, si se usasen los dátiles sin cuescos!

CORNELIO.- ¿Luego no los has visto?

BEZERICA.- Nunca.

CORNELIO.- Pues yo te daré una libra, que te comerás las malas tras ellos. Mas déjame escribir lo que has cantado, que perdí la canción del otro día.

BEZERICA.- Que me place, aunque voy de prisa a llamar a un criado del padre de mi señora, para que vaya con nuestro bachiller a acompañarla, que va fuera con la hija de mi amo, y él se quedará en casa, porque el otro día escalaron una junto a la nuestra.

CORNELIO.- Di pues presto, que yo escribiré en un momento.

BEZERICA.-

Vístase mi esperanza, como viere, etc.

Quedaos con Dios.

CORNELIO.- Él te guíe. Ésta es una jerigonza de palabras sofisticadas, que no las entenderá un catedrático.

MACIAS.-

Déjamelas leer, que por ventura me pondrá delante amor, lo que el rudo ingenio no alcanzare.

Vístase mi esperanza, como viere, etc.

¡Cuán presto halla camino lo que ha de ser!

CORNELIO.- Loada sea la del Villar, ¿tráenos esa enigma alguna buena nueva?

MACIAS.- Rebuena, a lo que entiendo.

CORNELIO.- ¿No lo decía yo? Al fin las más duras y acerbas se maduran, como las serbas, con tiempo y paja. Aquí viene el señor Damasio, que contrapunteará sobre el canto llano maravillosamente, porque entiende de achaque de tramas, más que cuantos abogados. ¡Oh, cómo llega vuestra merced a buen tiempo!

DAMASIO.- ¿Qué hay?

MACIAS.- Lo que ha cantado el muchacho poco ha.

DAMASIO

Vístase mi esperanza, como viere, etc.

Éste es el verdadero canto de las sirenas, que hará

dormir a Ulises: sus, a ellas. No hay tal como

perseverar con paciencia, que con ella todo se alcanza:

ni castillo hoy tan fuerte, que al cabo no se venga a

perder, por vigilante que sea el que está a la defensa,

si sólo ha de combatir contra muchos. ¿Quién hiciera

creer esto a Macias?

MACIAS.- No os espantéis, hermano, que lo debe causar la falta que tengo de experiencia, fuera de que cuanto más uno desea, tanto más anda envuelto y atado en temores y dificultades: porque siempre de lo que se pretende, es menor la esperanza, que el miedo de no poderlo alcanzar.

DAMASIO.- Ea pues, Cornelio, ya que hasta aquí se ha navegado prósperamente, no nos perdamos a la entrada del puerto: cuenta con el timón, ándame listo, échate una anguilla en el cuerpo.

CORNELIO.- No me faltaba sino tratarme, tras bachiller, de lerdo; mas a propósito sería echársela a quien yo digo.

DAMASIO.- Pierde cuidado; aquí dice, que tengamos cuenta cómo sale vestida la señora Casandra, que es vuestro bien, y vos, hermano, el que yo más amo, llamándoos discretísimamente cuerdo loco, porque la sabiduría del amante es furia: que vestido yo de aquella manera las sigamos, y cuando me pareciere tiempo, me junté con ellas, donde nos trocaremos, quedándome yo con mía dama en lugar de la vuestra, a quien llevaréis a ensartar aljófara, y ella a mí donde fuere servida, si ya alguna desgracia no lo impidiere: mirad qué suerte. Sin duda habrá hallado el modo, para que podamos seguramente pagar el diezmo al celoso. Ea, Cornelio, haz ojos de linco, no las pierdas de vista por descuido: mira que no hay cosa de más ligeras alas que la ocasión: que mientras el lobo caga, la oveja se salva, ven en un salto a avisarnos: mira por dónde van, que es lo que más nos importa para juntaros. Entre tanto vamos nosotros a rogar a Lobata que nos preste el vestido que fuere menester: fingiendo querer hacer una burla a un amigo muy enamorado, haciendo como que una dama le va a buscar a su casa.

MACIAS.- Embuste de Lena; buen discípulo ha sacado: al fin quien trata con malos se hace malo. No nos viene ahora poco a propósito tener mi señora aún todas sus galas; no sé qué es su intención.

DAMASIO.- No me espantaría si de treinta y cuatro años que puede tener, a su cuenta, viéndose parada como el molino sin agua, y a nosotros derretidos de amor, siendo del mismo metal, se le antojase algo: ya lo veremos.

CORNELIO.- Yo me voy a poner en una saetera, que de bien lejos descubre su casa.

DAMASIO.- Ya habías de ser ido y vuelto, según mi deseo.

Escena VII

CORNELIO.

CORNELIO.- En conclusión este Cervino no merece la mujer que tiene: semejantes hombres habrían de arar con aquellas simplonas que los plantan de azul ultramarino y oro, que a tiro de arcabuz se parecen. No como la señora Marcia, que se los engerirá de verde oscuro, que son ciertos cuernecitos, que no salen un pelo fuera de los cascos, más ligeros que el mal francés moderno, el cual no hace aquellos

espantajos que el antiguo, dándoos un leva ejus por las narices, y es más dulce que la sarna, casi gentileza tenerle, y tan poco temido, que hasta las damas sin miedo le acometen, y ninguno por él con ellas vale menos: como bullen las arenicas del rubio Tajo. No puede dejar de ser ésta, una de las más solemnes burlas que se hallan escritas en el Boccaccio. En fin cualquiera debe enseñar a leer, escribir y hacer coplas a sus hijas: porque son de tanta virtud como las alcachofas, y según dicen las comadres, de gran utilidad contra la pudicicia: que es una trabajosa enfermedad. Dicen mil groseros, que poder escribir los pensamientos es comodidad para saber ser malas. Lo que haría al caso es, que no tuviese ojos, ni orejas, que son las ventanas del mismo corazón, que a la que canta por natura, si gusta de las cosas del mundo, tanto le importa saber leer y lo demás, como no saberlo. No echan los necios de ver que las ignorantes fiando los secretos de los criados, se hacen sus esclavas, y que se hallan algunos tan atrevidos, que presumen también ir a la parte, con amenazas de que descubrirán sus faltas, o sobras; y si no lo alcanzan, ellas se lo saben, mudando hoy de un amo, y mañana de otro, van publicando las desgracias de las tontas inocentes. Mas estas sibilas, estas doctas, saben gobernarse de manera, que apenas ellas mismas entienden lo que hacen. Veis aquí ahora el ejemplo, que por tener esta señora tantas letras, ha sabido engañar a un hombre tan sabio como el bachiller Inocencio, que le podrían poner, como dice, inter oves et boves, et retiqua pecora campi; pues siendo el principal ministro de la transformación que esta noche se hará, piensa ayunar a pan y agua. Mal haya el diablo, que no me ha de tocar sino el escribir simplemente los avisos: porque los criados somos como la campana, que suena para otros, y para sí no le quedan sino los golpes del badajo. Allí salen las salidas damas, de morado va la de Macias: jurarelo yo sin verla; porque tengo por menos pesado un coselete a prueba, que un virgo. Quiero darme prisa, para avisar a mis amos, que están espiritados.

Escena VIII

CERVINO, MARCIA, INOCENCIO, CASANDRA.

CERVINO.- Marcia, amores, ya veis que me dejáis solo; por amor de mí, que os vengáis en acabando las vísperas.

MARCIA.- Yo os lo prometo, que no me querría quedar tan presto en la iglesia.

CERVINO.- Oíslo, Inocencia, no os apartéis de ellas, mirá no las pisen, que habrá mucha gente.

MARCIA.- Por cierto que parecería tan bien el bachiller entre las mujeres, como nosotras en el coro.

CERVINO.- Oh, qué donosa razón; haced, hermano, lo que os digo. No me contenta nada Casandra, ¿ese tu manto bajo les está mejor a las doncellas?

CASANDRA.- ¿Y la premática?

CERVINO.- Yo pagaré la pena.

MARCIA.- Así habrá ello de ser. ¿No queréis que vea donde pone los pies?

CERVINO.- Dejaldá caer, que Inocencio la levantará.

CASANDRA.- El corazón me dice que será ello así antes que vuelva a casa.

CERVINO.- Marcia, mirad que os pongáis en parte oscura; apartaos cuanto mas pudiereis, que andarán cien insolentes, que os quitarán la devoción que lleváis.

MARCIA.- No hayáis miedo: en nombre de Dios, vamos. ¿Qué os parece, Inocencio, de la mala condición de éste mi hombre? Por vuestra vida, ¿no me tenéis lástima?

INOCENCIO.- Y cómo, señora: Summa est hominum perversitas. Mil veces he dicho entre mí, que es vuesa merced mártir: en verdad que me tiene razón. Habría de tener otra mujer que le hiciese padecer del mal que tanto teme: mas no lo permita Dios. Es más que verdad lo que decía mi maestro, que de todo cuanto la tierra produce, con alma vegetativa y sensible, no hay cosa a quien la mujer no pase en miseria: pues sola ella ha menester comprar con sus bienes a quien ha de ser señor de su persona.

MARCIA.- Paciencia.

INOCENCIO.- Sí, señora, por amor del Señor. Ahora que tengo tiempo, quiero encomendar a vuestra merced aquella pobre doncella, que es una obra meritoria.

MARCIA.- Yo os prometo que por eso he salido de casa, que no me siento con el ánimo reposado, ni nada buena. Vamos poco a poco: no sé qué me tengo, dende el punto que entendí su desgracia. Ahora pienso hablar a una grande amiga mía, prima de la abadesa del monasterio donde pienso ponerla, que vendrá a encontrarnos sola por no dar nota, y espero que todo se hará bien.

CASANDRA.- Ya no puedo más, que se ha alargado una cinta del chapín y se me sale del pie. Entremos, si vuesa merced es servida en esta casa a apretarla.

MARCIA.- En hora bueno.

Escena IX

RAMIRO, POLICENA.

RAMIRO.- Si me vendiese por esclavo en una galera; tengo de comprar una casa para no andar en estos alquileres. ¿Siempre has de estar a la ventana, rapaza? Mirando los vencejos se junta el ajuar: ¿no lo has aprendido cierto de tu madre?

POLICENA.- Estaba mirando, padre, si venía para saber si se ha de hacer la cena en esta casa, o en la otra.

RAMIRO.- Confundido me ha con la respuesta. ¿De manera, tarabilla, que por estar a la ventana, vendré más presto, y se hará de cenar con lo que aún está en la plaza? Policena, mira que no se me antoje jugar de pretina, que si comienzo, me comeré las manos tras ello.

POLICENA.- Eso sería de pesar de haberme castigado sin culpa.

RAMIRO.- Antes me daría contento: no más, picotera; limpiame luego

esos bacines y aguamaniles como un oro, y mételos con los paños y estuches en la arca grande; y sea presto, no me pagues hecho y por hacer. Huela la casa a hombre: no la tocaría a un pelo de la ropa más que las niñas de mis ojos: porque es la misma bondad. Mas es menester aparejar la medicina, antes que venga la dolencia: y así, porque no se me estregue, quiero procurar de sacudir la pesadumbre que traigo, por su causa, a cuestras: no quiero que me suceda alguna desgracia, que no puedo tener oficial que me ayude sin sospecha; y solo, gano tres veces menos de lo que solía. ¿Qué se puede esperar de mercancía que, como cañafístola, baja ciento por ciento de precio y que a duras penas, aun dando dineros con ella, halláis quien os la quiera sacar de casa? Sino lo que de la otra Policena hija del rey Priamo: pues cuanto más hermosas, tanto mayor es la desventura del que ha de lidiar con ellas. Quiero resolverme de tomar mujer que mire por mí y por ella: mas, pobre de mí, ¿quién sufrirá el infierno de daca la madrastra, toma la hijastra, si ya el diablo no las concierta? No sé qué me haga; cierto la vida que paso no es para llegar a nietos. ¿Qué tentación la tornó a mi madre, cuando quitándome de sastre, por ser como dicen oficio de ladrones, me puso a barbero? Debió sin duda de topar con alguno, que le acertó a poner la madre en su lugar: que padecía mucho de ella; pues si esto no fuera, ¿qué me faltaba a mí, dejándome libre, para venir a ser alguacil? Al fin ese mundo todo anda errado, pues poseen en él las cosas aquellos para quien no se hicieron. Como yo mismo ahora, que con más altos pensamientos que un príncipe de Salerno soy un pobre barbero. ¿No acabas, Policena?

POLICENA.- No me falta sino un aguamanil.

RAMIRO.- Cuando quieres, todo lo haces en un pensamiento: pero es el diablo, que eres antojadiza.

POLICENA.- Y más ahora que me muero por unos botines.

RAMIRO.- No te faltarán.

POLICENA.- ¿Y de cena no dice nada? Yo bajo allá.

RAMIRO.- No, que voy por recado, y quiero cenar en la otra casa.

POLICENA.- Vuelva presto, padre, que tengo miedo, si no estoy a la ventana.

RAMIRO.- ¿Pues de cuándo acá ha la niña temor del coco? A buen seguro que tú le pierdas presto. Paréceme que oigo a la madre, que no podía estar un momento sin compañía.

Escena X

RAMIRO, CERVINO, MARCIA, INOCENCIO.

RAMIRO.- Beso las manos a vuestra merced.

CERVINO.- Dios os guarde, Ramiro; ¿qué buscáis tan tarde por estos barrios?

RAMIRO.- Soy ya más vecino de vuesa merced.

CERVINO.- ¿Cómo así?

RAMIRO.- He alquilado aquella casita de la esquina.

CERVINO.- Sea en hora buena, mucho me huelgo de teneros por vecino.

RAMIRO.- Estaré más cerca para servir a vuestra merced. Ya me parece que se va haciendo hora de cenar.

CERVINO.- Por eso espero aquí a mi mujer y a mi hija, que han ido a vísperas, y habrán topado con algunas comadres que se las tendrán hablando cuanto han soñado, desde que nacieron.

RAMIRO.- Ya no podrán tardar, aunque sí están en las Huelgas, acaban muy tarde. La pobreza, señor, excusa un criado: con licencia de vuestra merced me voy a comprar de cenar, que por ser recién mudado, no hay nada en casa.

CERVINO.-

Vais norabuena. cómo lo entendió bien el que oyendo predicar ser necesario para salvarse, que cada uno lleve su cruz se fue a gran prisa a tomar a su mujer cuestras teniéndola por tal.

Mal entendido lazo de la gente,
que las más veces junta
dos contrarios humores,
con sola una pregunta,
y un sí, sencillamente

Dado, que en mil cuidados y temores
tiene siempre después al más valiente.

Si no fuera por el negro respeto del mundo, que dice que buena mujer, y buen casamiento, se entiende, no de serlo, sino del que no se habla, me fuera ahora a traer a la mía, arrastrando por aquellos cabellos, dándole mil puntillazos. Huélganse, pues hacen hoy carnestolendas. Quiero que mi suegro se ría de mí, si puede otro día tanto conmigo, que las deje oír otras vísperas este aire: es verdad, que me quitará que no enclave la ventana que, por amor dél, dejé abierta. Allí vienen, deles Dios tanta gota, que nunca más se levanten, amen, amen, amen.
¿Sin duda que habéis ayudado a coger las sobrepellices?

MARCIA.- Maravilla fuera, si no me saliérades a recibir con vuestros pudrimientos: veis aquí al bachiller y a Vigamon, que os dirán si son acabadas las completas.

CERVINO.- Pregunta a mi compañero si yo soy ladrón.

INOCENCIO.- Es cierto, por esta ánima pecadora, que se levantaron al nunc dimittis.

CERVINO.- De aquí adelante serán las vísperas rezados en casa, que no las quiero tan largas fuera.

MARCIA.- Yo sufriré cuanto pudiere; subíos arriba, Casandra.

INOCENCIO.- Ya está en su cámara. Señora, no sea parte el marido para que vuestra merced pierda lo que hoy con tanta devoción ha ganado: que siempre el insidiador anda más solícito, cuando nos ve ir por el camino de nuestro verdadero descanso y contento.

MARCIA.- Dios se lo perdone a quien tan bien me empleó.

Acto IV

Escena I

VIOLANTE, CORNELIO.

VIOLANTE.- ¿Cornelio?

CORNELIO.- Señora

VIOLANTE.- ¿Dónde está Damasio, que no ha dormido en casa esta noche?

CORNELIO.- Lleváronle unos amigos suyos que han venido de Salamanca, y por ser tarde se quedó con ellos: no tenga pena vuestra merced, que en parte está donde no le habrá faltado regalo y contento.

VIOLANTE.- ¿Pues cómo no me has dicho nada?

CORNELIO.- Mandó me que no lo hiciese. La juventud, señora, ha de pasar la carrera, porque cuando el mozo es viejo, es viejo mozo, y lo que ahora disculpa la edad, en la madura da que reír a las gentes.

VIOLANTE.- Ay, Cornelio, Cornelio, qué retoricadas excusas de traidor descarado son éstas: en mal punto pusiste los pies en mi casa; tú, bellaco, eres el inventor y maestro de los vicios de mis hijos, tú se los tramas y me los has, de dos palomas sin hiel, vuelto milanes.

CORNELIO.- Nuestra Señora de Prado me valga con vuestra merced; deme licencia, pues tan mal parezco ante sus ojos, y con esto saldremos ambos de pena: parece que me ha visto vuestra merced el juego, porque no deseaba sino semejante ocasión para irme con Dios, porque a un mozo le sobra un amo; por eso vuestra merced mande hacer cuenta conmigo, y también yo la haré, de haber perdido el tiempo en parte de donde pensaba salir con otro pelo.

VIOLANTE.- Eso es lo que yo he más menester; yo voy a misa, en volviendo lo haré de muy buena gana, porque la muerte del lobo es la vida de los corderos.

Escena II

MACIAS, CORNELIO.

MACIAS.- Bien me puedo, oh Amor grande y benigno señor, dar de hoy más por bien pagado de cuanto por amar he padecido, y si culpándote con impaciencia vanamente, he pronunciado algunas palabras contra ti, ahora, arrepentido de todo corazón, confieso que la mayor de tus penas es pequeña, y muy fácil de llevar en comparación de tan grandes premios, pues de la tempestad de los suspiros, y del

infierno de los afanes, llevas a la luz y gozo de todos los deleites desta vida. En este punto oí hablar a Cornelio, y no parece; bueno es que se descuide, cuando más es menester; ¿dónde habrá ido? No sé cómo podremos sacar a mi hermano, y volver a mi alma a su casa. Mal haya el diablo, a fe, que se podría Cervino dar con un canto en los pechos, antes que me sacara la presa de las manos, a no tener tal prenda en su casa. Oh qué terrible cosa es, haber por fuerza de refrenar el apetito y gusto, y privarse de su contento: mas quien siembra, ha de compensar la esterilidad con la abundancia. Pero lo que más me lastima es ver que esta pobre señora, como tiene en tanto la honra, no ve la hora de volverse a su casa, asegurado ya de tenerme por suyo.

CORNELIO.- No estaría más un sólo día en esta casa si me dorasen.

MACIAS.- Cuitado de mí, ¿qué oigo?

CORNELIO.- ¿Es éste el galardón de mis servicios?

MACIAS.- Parece que se está quejando Cornelio: hermano Cornelio.

CORNELIO.- Ya es la hermandad acabada.

MACIAS.- Vienes con un gesto como si te hubiese mordido una víbora.

CORNELIO.- Hame mordido otra peor que sierpe: yo me voy, señor, a sacar mi hato, que estoy resuelto de no sufrir más insolencias de mujeres.

MACIAS.- Este veneno me faltaba, para hacer amargas todas mis dulzuras: bien dicen que la A, B, C, que hace comedia, hace tragedia. ¿Cómo, Cornelio, es posible que en tan gran necesidad nos quieras desamparar?

CORNELIO.- Yo no soy bueno para necesidades, sino para hacer malos a vuestas mercedes, como acabo de oír de boca de mi señora, con palabras que no se podrían decir a un capeador, y por esto me quiero alargar sin ninguna réplica.

MACIAS.- Extraño eres en mirar a sus palabras, conociéndola: ¿no sabes ya cuán terrible es con nosotros cuando se enoja?

CORNELIO.- Si ellos se quieren estar como pollos en cesta, yo no, porque estimo mi honra, aunque pobre mozo, como el más estirado.

MACIAS.- Por vida de Damasio, que sé que le quieres más que a mí, que dejando aparte la cólera, veamos cómo nos debemos gobernar, para que salgamos bien deste negocio.

CORNELIO.- Yo no me quiero empachar más en cosas de vuestas mercedes, pues soy, según dice mi señora, quien los distrae, antes irme con Dios en haciendo mi cuenta.

MACIAS.- No esperaba yo cierto esa respuesta de ti, ni menos mi hermano, pues me dijo ayer que como volviese a casa, te quería dar un vestido, y diez ducados. De mí no digo nada.

CORNELIO.- ¿Y dónde los tiene él para dármelos?

MACIAS.- ¿No tiene la renta de Toro, y la de Boezillo, que es herencia de un tío nuestro, y ha cuatro años que goza della?

CORNELIO.- ¿Y tiene cierto los diez ducados?

MACIAS.- Y aún más de ciento y cincuenta.

CORNELIO.- Pequeña lluvia gran viento aplaca; del amor del señor, nace la obediencia del criado, y el que es fiel, nunca se mueve a

hacer bien por la esperanza del premio: y así no lo haré ni por diez, ni por mil, sino por mi buena ley, y porque no se diga por mí: cuando el malo ayuda, los deja el peso a cuestras; y aun oso decir, por dar disgusto a mi señora, perdoneme vuestra merced si le pesa de ello.

MACIAS.- Nosotros queremos más para ti, que para cuantas madres hay en el mundo. ¿Qué te parece que hagamos?

CORNELIO.- Yo lo remediaré todo, déjame el cargo. He pensado esta noche; más perdemos tiempo, que la experiencia es maestra en los casos que ocurren. Una cosa quiero de vuestras mercedes, que si acaso yo diere en manos de la justicia, me ayuden a diestro y a siniestro.

MACIAS.- ¿Por qué temes de ella?

CORNELIO.- Porque no querría dar del humo en el fuego, y que el verdugo me deshiciese las lechuguillas con los pies. Si vuesas mercedes han esta noche estado en el placer de Niquea, yo no he llorado mis pecados, antes gozado de mi Policena como un paladín: la cual me ha dado la llave de la casa donde han morado hasta ahora, y otra contrahecha, además de la que tiene su padre, de una arca grande, que dejaron de mudar ayer por ser tarde; para que es remuneración de mi trabajo, tome lo que hallare dentro: efectos de amor, que hace, los hijos ladrones y enemigos de sus padres. No quiera vuestra merced saber más: mi señora es ida a la iglesia, y la casa está sola: lleve vuestra merced a la señora Casandra a la que he dicho de Ramiro.

MACIAS.- ¿Y si acaso él estuviese allí?

CORNELIO.- Quien mucho mira al viento, ni siembra, ni planta a tiempo: haga vuestra merced lo que le digo, que cosa hecha cabeza tiene. No hay otra llave de la puerta, sino ésta, y Policena está prevenida, para que si el padre se la pidiere, le entretenga con: aquí estaba, allí la puse, acullá os la di; hasta que yo vuelva y se la dé a ella: y estamos seguros, porque no hallará quien se la mude, sino después de misa mayor.

MACIAS.- Ay, ay.

CORNELIO.- No hacen al caso los suspiros, cuando se trata del remedio.

MACIAS.- Suspiro por lo que pierdo y podrá suceder.

CORNELIO.- En el camino se endereza la carga: conforme a lo que viniere nos gobernaremos. Haga vuestra merced lo que digo presto, pues no hay tiempo para más consideraciones. Dios da hilo a tela urdida.

MACIAS.- Yo voy por ella.

CORNELIO.- Vaya vuestra merced, que el palo torcido se endereza torciéndole al revés: yo me adelanto a tener abierta la puerta.

Terrible simpleza es la de los que servimos: que ponemos la vida a cada paso en mil peligros por nuestros amos, no esperando de ellos otro galardón, sino al primero descuidado un: No os he menester en mi casa. Mas gran necio sería yo, si por las palabras de la madre dejase, mientras dura el granillo, a los que me son tan compañeros liberales. Quien no soba, buen pan no coma: quiero cogermé ahora

estos diez ducaditos, vengan de do vinieren, que con ellos, y el vestido, me pondré como un Palmerín de Oliva. A fe de pobre mozo, que se podrá dar a éste, si se nos logra, el precio de los tiros. Andaos a ser celoso, y enviaros han adonde ni el papa, ni el emperador, no tienen embajador: no quiero decir, con perdón de quien me oye, a la maldita y decomulgada región de Cornualla. Yo prometo, si me caso, que tengo de llevar a beber mis patos, cuando llueva: que la violencia de no dejar hacer su curso a la naturaleza trae semejantes accidentes. ¿Mas qué no acomete una persona, cuando siente que no se fían de ella? Cuanto a mí, yo me confieso de mi parte que todo lo echaría a doce: y por ventura han pasado las agraviadas; de trece, porque mis gallipavos no se habrán dormido, yo los fío, con las purgas. Esta cerradura, señora mía, es de golpe, y se abre por de dentro, tirando así el pestillo: pruebe vuestra merced, esté diestra, para que no se embarace al salir, y esto ha de ser en oyendo toser. Súbase presto a su aposento: baje al punto el señor Damasio, y métase en la arca: que con el mismo ardid se sacará, y será llevado a casa de Ramiro.

MACIAS.- Mucho me cuadra: más temo no se desmaye de congoja.

CORNELIO.- No tenga miedo, que hasta los ratones desta casa son enamorados, y como tales nos han ayudado con agujeros que han hecho, para que pueda respirar: y ya yo lo he probado más de cuatro veces; cuanto más que ha de durar poco. Ahora sálgase vuestra merced, déjeme cerrar la puerta: esté a la mira: yo llevaré las llaves a Policena y me encerraré con ella, en yendo el padre por el arca: que vale ahora como la de Noé, cuando buscando nuevo mundo andaba rellena de todas las reliquias de la tierra.

MACIAS.- La de Marsella te guíe.

Escena III

CERVINO, RAMIRO, INOCENCIO.

CERVINO.-

La casa de César no solamente ha de estar sin mácula, mas sin sospecha de ella. Digan mi suegro y cuantos me tienen por extremado celoso, lo que quisieren: que lo he sido, lo soy, y lo seré: dando siempre gracias a quien me da conocimiento para serlo: en que me tengo por rey de los hombres; pues sé tener a mis mujeres de manera que no me puedan hacer de los juegos de pasapasa, que suelen las que tienen algunos buenos Juanes por maridos.

Aténgome al cantarico portugués que dice:

O homem que a molher não guarda
merece de trazer albarda.

Presto se engaña quien mal no piensa: tú que tienes que hacer en tu caso, no te alejes de ella. Dicen que andan en un predicamento el celoso y el cornudo: porque actu vel potentia, el que no lo es lo puede ser. Y si esto es así, como lo es, no sé yo qué razón hay, para que un

hombre que tiene mujer moza y hermosa como yo, no guarde su cabeza de tan extraña metamorfosis. Es verdad que os toca una enfermedad comunicable, sino para haceros vergonzosa conseja del vulgo. Mejor están los cuernos en el pecho, que en la frente.

Fors et tam nostris, invidit quæstibus aures.

Porque a qué amigo osareis quejaros que, si no río de vos, no se aproveche de la ocasión, instruido y encaminado para tomar su parte de la visceración. Esta mañana en la plaza, me dijo uno en secreto, que cierta doncella principal se salió anoche de casa de su padre, y que se está a placer con su enamorado. ¿Qué atrevimiento del demonio? A no haber contado mis ovejas, descuidaos y veréis lo que pasa: perro viejo no ladra en vano.

RAMIRO.- Ta, ta, ta. Habrase la rapaza subido a los desvanes. Ta, ta, ta; por mi fe que le tengo de dar, en abriendo, dos repelones. Tatata, tatata, tatata.

CERVINO.- ¿Ramiro, queréis vos, sin para qué, dar con la puerta en tierra? Si hubiese alguno en casa, ya os habría oído presto, aunque estuviese sordo.

RAMIRO.- A mi hija dejé aquí ahora poco ha, no sé cómo no responde, habrá salido fuera la loca a buscarme. Suplico a vuesa merced permita, mientras vuelvo, que aquestos gentiles hombres descarguen en su casa.

CERVINO.- Lo que más he menester.

RAMIRO.- Que la quiero ir a buscar.

CERVINO.- Hora buena. Amigos, aliviaos, que no sabéis cuanto ha de durar la fiesta.

RAMIRO.- Ios a beber y volví luego a mi puerta, que yo os pagaré vuestro trabajo. Mándeme vuestra merced y perdoneme, que se mire por esa arca, que tengo dentro un gran tesoro.

CERVINO.- Yo voy fuera, Bachiller, dad buena cuenta de ella.

INOCENCIO.- Yo la guardaré como el día del domingo.

CERVINO.- No me viene poco a propósito la vecindad de Ramiro, porque con una mira apuntará a dos cosas. Quiero encomendarle que tenga cuenta con quien entrare o saliere en la mía, y estoy cierto de que me será fiel espía. Mas como dice el judío, de quien me fío, de guarde el Dio: de quien no me fío, me guardaré yo.

Escena IV

MACIAS, LENA, INOCENCIO.

MACIAS.- Lo peor de desollar, es la cola: todo cuanto os he dicho, Lena, no vale nada, si no hacéis de manera que Inocencio salga a la calle, que con esto la cosa sucederá como deseamos. Mirad que en

teniéndole fuera de casa, habéis de toser, que es la seña que tiene para salir al punto.

LENA.- Hasta aquí la mar está sosegada, pues no se oye rumor de marineros. No se muestre vuestra merced, apártese, y déjeme hacer mi oficio. Santo Viceto in secula, amén. Señor licenciado, ¿cómo está vuestra merced? Que me parecen años los días que no tengo ventura de verle.

INOCENCIO.- No creo yo menos, Lena, de vuestra bondad: estoy bueno para lo que os cumpliere, gracias sean dadas al Señor. Huélgome de haberos encontrado, porque os sé decir que ayer tarde, volviéndome a casa, me dijo mi señora que ya había concertado el negocio de su prima, y que se habla puesto en manos de quien lo hará muy a su gusto, de que venía alegrísima: y después acá no he sabido otra cosa, porque no la he visto.

LENA.- ¿La causa?

INOCENCIA.- Fue haber reñido con nuestro amo, anoche sobre cena.

LENA.- ¿Qué me cuenta? Llégueseme acá, por amor de mí, no nos oiga algún espíritu maligno de allá dentro.

INOCENCIO.- Aún no había yo mirado en tanto; tenéis más que razón.

LENA.- ¿Dígame, amor mío, lo que hubo? Hem, hem, hem.

INOCENCIO.- Vinieron a tratar del bienaventurado san Juan, y diciendo mi señora que san Juan Evangelista es digno de grande veneración, le respondió: Es así; mas hoy no es sino Baptista. A que le replicó ella, que sabía bien ser el evangelista: y aunque yo le hacía señas que se engañaba, con todo esto porfié tanto, diciendo: que no ignoraba el calendario, que él, ya amostazado de haber vuelto casi de noche a casa, se levantó enojado profiriendo: Bien dijo el sabio rey don Alonso, que para ser uno buen matrimonio, había de ser el marido sordo, y la mujer ciega: *Beatus vir qui habitat cum muliere sensata*: y entendiendo ella que le llamaba insensata, comenzó más alterada a injuriarle; y él entonces vuelto a mí, dijo: ¿No os parece, bachiller, ocasión ésta, para renegar de este sexo? Y dióle un bofetoncillo, que no matara una mosca: con que ella se entró gritando en la cámara de la señora Casandra, y se encerró con ella, donde aun se están juntas. Mas yo sospecho que andaba, como los médicos, buscando el mal, y así cuando yo estuviera en lugar de su marido, quizá que hiciera más con ella.

LENA.- Hem, hem, hem. Por eso dicen que es más fuerte el vinagre de vino dulce, pues vuestra merced, que parece un silo de paciencia, la hubiera meneado los huesos a fe que lo había de merecer. Hem, hem, hem. Vuestra merced la ponga en razón, que no le estará bien si le comienza a perder el respeto: yo sé bien la tempestad que se levanta, citando el enemigo de nuestra frágil natura se mete entre marido y mujer. Hem, hem, hem. Mas espero que esta riña de san Juan será la paz de todo el año: porque pasada la furia, la señora se aplacará, procediendo adelante como quien es: que al fin se ha de servir al marido como a señor, y guárdese de él como de un traidor. Hem, hem, hem. Estoy muy resfriada.

INOCENCIO.- Bien se os parece.

LENA.- ¿No me sabría dar algún remedio?

INOCENCIO.- Y tal como bueno. Tomaréis esta noche en una escudilla lo más caliente que pudiéredes, y muy atropada dormí sobre ello, que amaneceréis como una manzana.

LENA.- ¿Pues qué tengo de tomar caliente?

INOCENCIO.- ¿Ya no os lo he dicho?

LENA.- No por cierto.

INOCENCIO.- No os espantéis, porque voy enunciando algunas arduas cuestiones, que nuperrime se me han movido en la especulativa, las cuales me traen desvelado, y como fuera de mí.

LENA.- Mucho me pesa de su desasosiego, ¿y con quién han sido las cuestiones?

INOCENCIO.- No es eso, hermana. Cuestión viene de quero, que es buscar, disputar, dudar, et similia.

LENA.- La cuestión del cuero se apacigua con el sueño. Otra gracia me hiciese.

INOCENCIO.- Ya sabéis lo que tenéis en mí. Omnia prorsus officia debeo.

LENA.- Deseo mucho saber en qué mes cae la Epifanía este año.

INOCENCIO.- Ya es pasada, mas viene siempre en enero.

LENA.- Oh pecadora de mí, quise decir la Ascensión.

INOCENCIO.- Mucho va de uno a otro, es menester verlo en el calendario, o tabella temporaria festorum mobililuin, y no oso estar más aquí; la primera vez que nos veamos os lo sabré decir.

LENA.- ¿A lo menos dígame cuándo hace la luna?

INOCENCIO.- Cierto que sois curiosa, esperad. Áureo número seis, epacta veinte y seis. Miércoles a las siete de la tarde: y esta noche pasada ha habido eclipse; comenzó a las diez, y duró hasta las cuatro de la mañana, que habrá causado grandes dolores de cabeza.

LENA.- ¿No me haría merced de darme alguna oración de su mano contra los duendes? Que en la casa donde vivo andan.

INOCENCIO.- Acabad por amor de mí, no os detengáis más, que aún no estando mi amo en casa lo temo.

LENA.- El Señor le acompañe.

INOCENCIO.- Y vaya con vos. ¿Hay sinceridad como la desta buena mujer en el mundo?

Escena V

RAMIRO, POLICENA, CERVINO, BEZERICA, DAMASIO.

RAMIRO.- ¿Adónde has estado hasta ahora, chorlita? No me vería yo sin ti.

POLICENA.- Antes que digan, digáis: y el padre donde anda, que no ha tenido lástima de dejarme sola en una casa donde anda una fantasma, que de miedo he estado tendida más de una hora desmayada, y cómo volví en mí, le fue luego a buscar a la otra casa, y no osara tornar a esta si no me hubiera encontrado Cornelio, el criado de aquellos caballeros, que me ha enseñado una oración, la cual se ha de decir en los temores, por la alma del postrero ahorcado.

RAMIRO.- ¿Y cómo era la fantasma?

POLICENA.- E, e, era una cosaza, la, larga: que me pareció abrazarme, y me cubrió el co, co, corazón, tanto que me caí de mi estado como muerta.

RAMIRO.- Ta, ta, tartamuda te ha dejado el espanto; fue, necia, tu sombra: baja, baja acá, abre la puerta, que voy a pasar la arca de casa del señor Cervino, donde la puse hasta que parecieses, o muerta o viva. Servidor, señor doctor.

INOCENCIO.- En buena hora feamentado.

RAMIRO.- Vengo por mi arca.

INOCENCIO.- Señor.

CERVINO.- ¿Qué hay?

INOCENCIO.- Viene Ramiro por su arca.

CERVINO.- ¿Pareció ya vuestra hija?

RAMIRO.- Sí, señor, tuvo no sé qué miedo de verse sola. Y fue a buscarme a la otra casa.

BEZERICA.- Oh qué espada dorada tan linda que está en esta arca.

CERVINO.- ¿Qué espada? ¿Qué sabes tú?

BEZERICA.- Tiénela un señor que está dentro.

CERVINO.- ¡Señor que está dentro! ¿Qué dices?

BEZERICA.- Sí, señor, yo le he visto.

CERVINO.- ¿Qué es esto, Ramiro?

RAMIRO.- ¿Mira vuestra merced a las palabras de los mentirosos niños?

CERVINO.- Pues ellos suelen decir las verdades, y muchas se descubren con la mentira. A buena cuenta, yo quiero ver lo que hay.

BEZERICA.- Sí, señor, dentro está.

RAMIRO.- Son mis estuches dorados, y recado de la tienda; estás borrachito, merdoso.

CERVINO.- Digo que abráis, si no queréis que nos oigan los vecinos.

RAMIRO.- Que me place.

CERVINO.- Así, mal hombre, traidor, infame, cornudo.

RAMIRO.- ¿Qué insolencia es ésta? ¿Desta manera se tratan los hombres honrados en esta casa? Tras haberme robado mi hacienda. Justicia hay en la corte.

CERVINO.- ¿Y a vos qué os parece? ¿Es buena gentileza, meteros desta suerte en casa ajena?

DAMASIO.- Hablad con quien me metió. Mas ¿qué tenéis vos que ver, en que yo me hago llevar por toda la ciudad, como me diere gusto?

CERVINO.- Llévenos a casa del diablo, pero no a la mía.

DAMASIO.- ¿Hay más, si os pesa tanto, que pagaros el alquiler del tiempo que ha estado la arca en vuestro portal?

RAMIRO.- Señor Cervino, haga vuestra merced que parezca mi hacienda, pues me ha faltado en su casa; dejémonos de cuentos, no seamos tras cornudos apaleados.

CERVINO.- Ambos me lo pagaréis con las setenas, a pena de ruin hombre. Al fin la mujer y el vino engañan al más fino.

Escena VI

CERVINO, INOCENCIO, BEZERICA.

CERVINO.- ¿Inocencio?

INOCENCIO.- Señor.

CERVINO.- ¿No os he yo dejado en guarda de mi casa?

INOCENCIO.- Sí, señor.

CERVINO.- ¿Habéis estado siempre aquí?

INOCENCIO.- Sin apartarme un minuto.

CERVINO.- ¿Pues cómo se ha hecho esta maldad?

INOCENCIO.- ¿Qué maldad puede cometer un hombre-cerrado en un arca?

Tuviésemos así a todos los malos, y podríamos dormir a sueño suelto, sin temor de los ladrones. Cuanto más que son cosas de mozos, y habrán querido hacer alguna burla al barbero y a su hija. ¿Nunca vuestra merced, siendo estudiante, hizo la ánima pecadora? Como desas le podría yo contar.

CERVINO.- Mirá a quien he yo encomendado mi honra.

INOCENCIO.- No está mal guardada, cuando el que la podría quitar viene debajo de llave.

CERVINO.- Quitáosme de delante, insensato, no me hagáis...

INOCENCIO.- Mire vuestra merced que se debe tener respeto a un hombre graduado como yo: porque deste palo nacen los oidores y presidentes, que mandan el mundo. Sí que yo no soy zahorí, para ver lo que está en las arcas cerradas, ¿por qué no lo adivinó vuestra merced cuando la hizo descargar en casa? Auctor horum malorum prater te nemo fuit.

CERVINO.- ¡Oh Ramiro traidor! Ven acá, Bezerilla, ¿bajó abajo Macias?

BEZERICA.- No, señor.

CERVINO.- ¡Hombre en arca, y en mi casa! Inocencio, id luego a llamar mi suegro, que nunca él lo fuera, decidle que se llegue luego aquí, que me importa mucho. ¿Dime, muchacho, cómo viste aquel hombre?

BEZERICA.- Dende la ventana de la despensa.

CERVINO.- Dilo todo, no tengas miedo.

BEZERICA.- Abriéndose aquella arca, salió de ella la señora Casandra.

CERVINO.- ¿Y quién abrió a Casandra?

BEZERICA.- No sé, señor, ella creo que venía abierta.

CERVINO.- ¿Y qué hacía entonces el bachiller?

BEZERICA.- Estábase a la puerta de la calle hablando con un fraile.

CERVINO.- ¿Y después qué hizo Casandra?

BEZERICA.- Subiose arriba.

CERVINO.- ¿Y subida ella?

BEZERICA.- Bajó aquel señor, con no sé qué ropa en el brazo, la espada dorada en la mano, y metióse en la arca.

CERVINO.- Ésta ha sido una de las mayores maldades que se han visto en el mundo; sus manos, a la sangre. Quiero matar primero el traidor enarcado, y después daré tras estas malvadas que no se me irán sin castigo. Éstos eran los casamientos del señor Aries.

Bezerilla, si viniere mi suegro, dile que me espere, que luego

vuelvo.
Escena VII

DAMASIO, MACIAS, CORNELIO.

DAMASIO.- En un punto están dicha y desdicha, y las desgracias siempre aparejadas. No hay contento en esta vida que no traiga consigo el disgusto, ni alegría sin mezcla de llanto. Es tan cierto esto, como seguir la sombra a quien al sol camina. Al fin lo que menos se teme, es más de temer. Mas ya que nuestra mala suerte ha querido que aquel rapaz haya descubierto el más gracioso caso que de amores ha sucedido, habemos, hermano, de procurar que aquellas señoras no padezcan, porque su pena nos sería de perpetua infamia. Es menester prevenirnos, y comenzar a reparar el daño porque las desdichas son como los peces que por maravilla vienen solos en la redada.

MACIAS.- Cortad de mí por donde quisiéredes, tengo por mejor obrar antes con peligro, que padecer después con vergüenza. El daño que hace la mala suerte se ha de remediar con valerosa mano, haz tu deber, y venga lo que viniere. Vamos luego a sacárselas de casa.

DAMASIO.- Gentil emendar de avieso; bien dicen que naturalmente la juventud, como poco experta, no mira ni considera los peligros: y así no me maravillo de que vuestra resolución sea más gallarda que prudente.

CORNELIO.- Si hubieran considerado lo que pudiera suceder, a buen seguro que aún se estuvieran en los jardines de Tántalo.

DAMASIO.- ¿Qué dices, Cornelio?

CORNELIO.- Digo, señor, que corriendo inconsideradamente, en negocio tan arduo, sería vestir antes el jubón que la camisa.

DAMASIO.- Es como dices, pero mano, velocitatem sedendo tempera.

MACIAS.- Eso se entiende cuando el tiempo da lugar, y porque falta, diré antes yo, tarditatem surgiendo tempera, pues no se ha de perder momento en consultas, cuando la necesidad constriñe a menear las manos.

DAMASIO.- Estemos a la mira para socorrerlas, si fuere menester, y así cumpliremos con ambas cosas. ¿Qué te parece, Cornelio?

CORNELIO.- Que vuestra merced habla como un Séneca, y el señor Macias como un caballero de la Tabla Redonda, cuyo parecer se ha de ejecutar, cuando no haya otro remedio. Mas yo espero ponerle, por vida del señor Aries: y por ventura la fortuna no nos será tan enemiga ni pasará la cosa tan mal como tememos. Mas entre tanto, un ojo en la sartén y otro en el gato: ténganme buen ánimo: que en el templo de Júpiter dicen que había dos cubas de vino, una de bueno y otra de malo: no nace rosa sin espina: ya es hecho: busquemos unguento bueno que podamos poner en la llaga, antes que se venga a encancerarse. Yo quiero que vuestras mercedes vean ahora quien es Cornelio Cervantes de Pisuerga: que un hombre a las veces vale por ciento; y que muchas, ciento no valen por uno.

DAMASIO.- ¿Pues qué medio tienes tú con Aries?

CORNELIO.- Por lo menos el de la señora doña Lujuria, que a la vejez le hace jugar de lomo.

DAMASIO.- ¿Es posible?

CORNELIO.- Eslo tanto que me ha prometido unas Indias, porque le sirva de tercero.

DAMASIO.- ¿Sepamos con quién?

CORNELIO.- No, que se enojarán vuestas mercedes, si se lo digo.

MACIAS.- No podrás tú decir ni hacer cosa de que nos pese; dilo libremente.

CORNELIO.- Con mi señora, cuando menos, por quien bebe los aires, dende el día que le habla sobre el casamiento.

DAMASIO.- ¡Ha, ha, ha! ¿Y tú, qué le has dicho?

CORNELIO.- No le quise dejar sin esperanza, adivinando que los pasos en que andamos nos llevarán a haberle menester: que por eso también tengo yo hecho con Vigamon, su criado, un cambalache de dueños: con que se tiene más de vuestra merced que de su amo. Allí viene, debe de ir a reñir nuestra pendencia: déjenme con él.

MACIAS.- Al fin no hay negocio tan perdido, que poniéndole en manos de un prudente, no se pueda esperar algún remedio.

ARIES.- Dios os guarde, Cornelio.

CORNELIO.- Beso las manos a vuestra merced. ¿Qué alteración es ésta?

ARIES.- Es por de ir de prisa a casa de mi yerno.

CORNELIO.- Tengo que decir a vuestra merced sobre el negocio que me encomendó.

ARIES.- Venid a hablarme a la tarde.

CORNELIO.- No será posible, porque tengo mucho que hacer.

ARIES.- Esperad un poco. Bachiller, váyase delante, diga a mi yerno que luego seré con él. Pues, amigo, ¿qué tenemos?

CORNELIO.- Tratela, señor, del negocio, en bonísima coyuntura con tan grata audiencia, que quisiera, a lo que sospecho, que durara mi plática hasta ahora.

ARIES.- Al fin.

CORNELIO.- ¿Podré creer, me dijo poniéndose de mil colores, que hay en el mundo quien se acuerde de mí? Y aunque no me dio el sí, ni me dijo de no, eché de ver que tiene perdida la mala voluntad a vuesa merced; pero como mujer prudente no quiere descubrir su corazón tan presto.

ARIES.- Mucho contento recibo de oír: eso volveos ruego a darle otro tiento.

CORNELIO.- No será posible, de que, señor, me pesa mucho, porque me he de partir mañana en amaneciendo, a cierta romería: y ahora está mi señora muy enojada contra su hijo mayor.

ARIES.- ¿La causa?

CORNELIO.- A vuestra merced todo se le puede decir. Estando Damasio enamorado de la hija de Ramiro, el barbero, por orden de la moza, para lo que vuestra merced puede pensar, se metió en un arca donde han vivido, se había de mudar ayer a otra que ha tomado, y por ser tarde, la dejó hasta esta mañana: que llevándola, halló la puerta cerrada, por haber salido la hija no sé a qué, y mientras volvía, la pusieron los ganapanes en casa de aquel caballero yerno de vuesa

merced, con su buena licencia, por no dejarla en la calle: y queriendo después sacarla, no sé cómo vino a echar de ver lo que había dentro. De que mi señora está muy congojada, no hayan sospechado haber sido por hacer algún mal en aquella casa: mas la pura verdad es ésta.

ARIES.- ¿Es cierto lo que me habéis dicho?

CORNELIO.- Certísimo, así yo tenga buen viaje o nunca de él vuelva.

ARIES.- ¿Luego de la hija de Ramiro andaba enamorado el Damasio? Y aun por eso me dijo Vigamon un día, que era toda vuestra.

CORNELIO.- En el cuya se engañó. Es como tengo dicho, yo sé bien lo que hay entre ellos.

ARIES.- Al fin la inocencia es seguro escudo, y creer muy presto ligereza. Vos me habéis dado dos nuevas una mejor que otra, conque me he alegrado mucho. Tomad este doblón para guantes.

CORNELIO.- No, suplico a vuestra merced.

ARIES.- ¿Qué cosa es no? Tomaos, digo.

CORNELIO.- Vuestra merced me quiere echar una argolla al cuello, yo me doy por su perpetuo esclavo: beso las manos a vuestra merced. Yo le aseguro de que si aprieta, vendrá presto al fin de su intento.

ARIES.- ¿Y vos no ayudaréis a ello?

CORNELIO.- Estos, señor, son dos mozos muy libres, como todos los hijos de viudas, y quiérenme mal de muerte, porque les digo lo que les conviene: y así yo no quiero estar con ellos por ninguna cosa; aunque mi señora no me quiere dar licencia.

ARIES.- ¿Pues cómo, eso tengo en vos? Tampoco, yo quiero que os salgáis de su casa, y me obligo a daros más al doble en ella de lo que ganáis; ¿queréis otra cosa?

CORNELIO.- No he servido tanta merced como recibo de vuestra merced. Mas no es posible dejar de partirme, por la obligación de cumplir un voto de ir a Cerveros, que hice ya muchos días: y como soy mortal, no es justo perder la buena ocasión que se me presenta ahora, de un gentil caballero que ya a lo mismo, y me hará la costa a la ida y la vuelta, porque le acompañe.

ARIES.- Digo que no os habéis de ir en ninguna manera: sufrí sus mocedades con discreción, pues la tenéis, y cualquiera mala palabra que os dijeren, la pondré a mi cuenta, y el voto se cumplirá otro año: podrá ser conmigo: porque también si me caso pienso hacer ese camino.

CORNELIO.- Si vuestra merced me mandase ir a Roma descalzo, yo lo haré mejor que por el rey.

ARIES.- Yo os lo agradezco con mucho. Con esto quiero ir a sacar a mi yerno de la opinión que debe tener.

CORNELIO.- Es tanto el odio que tengo contra Damasio, que me holgoría, en alguna manera, de que aquel caballero creyese que se había hecho llevar así, por amor de su hija, para que le hiciese matar.

ARIES.- No suceda tal, que iría la honra de la mía de por medio.

CORNELIO.- Encargo a vuestra merced por quien es, la de Policena, que es una doncella honesta, y muy recogida.

ARIES.- No os dé pena, que hasta ser mujer para excusar lo que le

puede hacer daño: y mirad que no me olvidéis.
CORNELIO.- Yo lo deseo más que vuestra merced.

Acto V

Escena I

VIOLANTE, CORNELIO, RAMIRO.

VIOLANTE.- Salid acá, Lobata, llamad esa gente, dadme mi manto, y tomad el vuestro, veníos conmigo: ¡desdichada de mi! No sé qué me he oído, a unos que a mi puerta estaban tratando de una pendencia que han tenido mis hijos. Bien me dijistes vos que habían salido de casa de mala manera. Estos son los embustes de aquel embaidor de Cornelio: que de los más modestos y obedientes, me los ha hecho los más libres y viciosos de toda esta ciudad. Estoy resuelta de acabar de echarle de mi casa, o dejarlo con él, y meterme en un monasterio. Cuitada de mí, ¿qué ruido es éste? Desuella caras, traidor, enemigo, ¿qué has hecho de mis hijos?

CORNELIO.- Ellos quedan sanos y en salvo, y yo por defenderlos traigo mi pago.

RAMIRO.- Es como dice Cornelio, y lo que él tiene no será nada.

VIOLANTE.- ¿Decidme, amarga de mí, adónde los dejastes?

RAMIRO.- En la plazuela de San Lorente.

VIOLANTE.- Veníos conmigo, Ramiro, dejad ese mal hombre.

CORNELIO.- No lo digo yo.

Escena II

ARIES, MORVECO, CORNELIO.

ARIES.- En efecto éste mi yerno es un mal hombre, bien dicen las obras con el bestial nombre que tiene.

MORVECO.- Ya vuestra merced lo ve.

ARIES.- Vámonos por amor de mí a saber cómo está el herido, que por ser criado de aquella casa lo siento mucho más. Allí nos sale al encuentro, de que no me huelgo poco. ¿Cómo estáis, amigo; qué ha sido esto? Creed que me ha dado tanta pena vuestra desgracia, cuanto contento recibo ahora de veros en pie.

CORNELIO.- No esperaba yo menos de vuesa merced. Íbanse, señor, mis amos a pasear; y sin por qué, Cervino, acompañado de diez y doce escapados de las horcas, nos asaltó en aquel paso estrecho que va de la Bueyeriza al Espolón, junto a las casas del duque de Bejar. Viendo esto hecimos los tres una hilera, cargando los más sobre el señor Damasio, y trayéndole acosado: viéndole en mal término, arrebaté del carro de un serrano un tozuelo, que me deparó mi

ventura, y dime con él tan buena maña que los hice retirar más que de paso, tanto que habiéndome cebado en ellos, me hallé a Cervino al lado, el cual, a traición, me dio un rey de que me ha mancado esta mano. Sobrevino luego el teniente, y prendióle: los demás ladrones, de alguaciles y porquerones seguidos, se encomendaron a sus pies: no sé lo que después ha sucedido.

ARIES.- ¿Qué le parece a vuestra merced, señor Morveco, de la temeridad de este atronado? Que se haya ido, sin más verificación, a poner mano a las armas, deshonrándose con tanto escándalo del pueblo.

MORVECO.- Mucho ha que le tengo yo pronosticado este desatino.

ARIES.- Andad, hijo, gobernaos bien, y avisame lo que os fuere menester, que yo tendré cuidado de saber de vos.

CORNELIO.- Beso las manos a vuestra merced.

ARIES.- Quiero, en todo caso, proveer lo que a mi hija conviene: que la sangre, y su mucha virtud, en que imita bien a su madre, me obligan a mirar por ella, y a sacarla de tan disgustada vida, como este loco le hace pasar. Y descubriré a vuestra merced ahora un secreto, de donde conocerá la mucha virtud de Marcia. Hame jurado que se está tan virgen, como el día en que nació, porque Cervino no es hombre, excusándose con que una amiga que ha tenido de viudo le ha ligado.

MORVECO.- Yo lo creo por mi fe, téngalo vuestra merced por certísimo, porque ha muchos días que le veo andar tras Sánchez, el boticario de la Rinconada, que tiene fama de gran hechicero, y nunca me ha querido decir lo que con él tiene, aunque se lo he preguntado.

ARIES.- Pues para con vuestra merced yo quiero escribir luego a monseñor de Cornibus, que es todo mío, que me avise si la podré casar con otro, atento la impotencia deste malventurado.

MORVECO.- Haga vuestra merced que conste, que yo se la daré libre en quince días, sin enviar tan lejos.

ARIES.- Tanto que mejor.

MORVECO.- Pues vuestra merced pretende anular el matrimonio, será bueno que yo también le apriete para que case a mi sobrina, ya que se ofrece tan buena ocasión, y que entre tanto la meta en un monasterio, o casa, donde esté tratada como quien ella es: que no querría verla caer por desesperación en algún inconveniente, de los que cada día acontecen. Tengo por gran desatino e imprudencia, no dar cuanto antes dueño a las doncellas, quedando sin madre que mire por ellas: cuanto más con las partes de mi sobrina, y la que tiene de nuestro abuelo en el monte de Torozos.

ARIES.- Si le parece a vuestra merced, vamos juntos a hablar al licenciado Cervera, mi letrado, sobra ambas cosas, y según su consejo nos gobernaremos.

MORVECO.- Por mejor tengo al doctor Vaca, que trata ante el provisor de muchos casos matrimoniales.

ARIES.- Vamos a ambos, que no dañarán dos consultas y pareceres: no perdamos tiempo.

Escena III

DAMASIO, VIOLANTE, RAMIRO, MACIAS.

DAMASIO.- ¿No es, señora, gran indignidad, venir una persona como vuestra merced a semejante cosa?

VIOLANTE.- ¿No es mucho peor que vosotros me deis ocasión para ello?

RAMIRO.- Señora, esté vuestra merced muy contenta, que le ha dado Dios dos hijos como leones, porque lo han hecho tan valerosamente, que han ganado hoy mil voluntades.

VIOLANTE.- Querría yo, triste de mí, que ese valor se mostrase siendo más virtuosos que otros, y que se echase de ver en el buen gobierno de sus personas, y de tanta hacienda como su padre los dejó, y yo les he conservado y aumentado. Madre desconsolada, viuda de veinte años, que he consumido la flor de mi juventud, criándolos con perpetuo cuidado, sin haberme, por su causa, querido volver a casar, con salirme muchos buenos partidos, y últimamente el de un caballero, que está a pique de heredar el estado de Monte Agudo.

RAMIRO.- No lo ha querido Dios, porque vuestra merced criase con más afición a estos caballeros, y a mi señora Valentina: él se los guarde; que se prosiguen como han comenzado, por todo el mundo se hablará de ellos.

VIOLANTE.- Pobre de mí, si estas pendencias suceden una vez bien, a la segunda o tercera salen mal dellas.

RAMIRO.- Ésta no ha sido por su culpa, yo me hallé casi presente, pues vi ir aquel desatinado, con una manada de rufianes, que robarían la peste a san Roque, y metiendo mano contra ellos, ¿qué había de hacer?

VIOLANTE.- El enojo que yo tengo es con aquel maligno de Cornelio.

RAMIRO.- ¿Contra Cornelio, señora? Ahora digo que el hacer bien no aprovecha todas veces: por vida de mi Policena, que merece ser bien querido de todo el mundo, cuanto más de vuestra merced, porque lo ha hecho como leal y valiente criado. Arriscar la vida el mozo por el amo, ya ha mucho que no se usa en Valladolid.

DAMASIO.- ¿Sabe vuestra merced cómo ha de ser de aquí adelante?

VIOLANTE.- Peor que peor, si no hay emienda.

DAMASIO.- Digo que si nos quiere bien a mi hermano y a mí, ha de hacer cuenta que tiene tres hijos, poniendo en este número a Cornelio a quien tenemos más obligación que a ninguno de nuestro linaje. Porque al tiempo de las necesidades, los parientes son poco fieles, los amigos se desaparecen, y éste entonces se muestra más desentrañadamente, en cuanto nos toca.

RAMIRO.- Cierto que lo merece.

VIOLANTE.- Tenedle vosotros en el lugar que quisiéredes, que yo os dejaré en su tutela, apartándome, yo sé bien de qué manera, de ver y oír tantas desvergüenzas.

RAMIRO.- Enojada se ha entrado mi señora, vuestra merced es mal sufrido, y ella impaciente, porque como tan buena madre, le duelen estas cosas que oye.

DAMASIO.- El sufrimiento y la obediencia es muy justa y debida

cosa: mas no hemos de dormir, como dicen, hasta los treinta años con nuestra madre, ni ella ha de tirar tanto la cuerda que se rompa, porque ya no somos niños, y según las edades han de ser los castigos.

RAMIRO.- Es así, señor, que los niños, porque no entienden ni temen otra cosa, se castigan con el azote: mas los hombres con las reprensiones, las cuales se deben oír de los padres con humildad y respeto, teniéndoles siempre en la memoria, para guardarse de allí adelante de darles ocasiones de pena: pues todas sus asperezas van enderezadas al bien de sus hijos, y la cura del riguroso cirujano es más segura, que la del blando y piadoso médico.

DAMASIO.- Habláis como un Catón: cierto que no he oído sacamuelas que tan apuntadamente diga lo que alcanza: ¿quién pensara que de la boca de Ramiro podía salir razones tan acicaladas, que bastan a convertir los más descaminados y perdidos? Salid acá, Macias, oiréis maravillas.

MACIAS.- ¿Qué hay? ¿Estamos seguros?

DAMASIO.- Hame predicado Ramiro obediencia y humildad, despabilándose tanto el senescacho, que con gran admiración he dicho: Bendito seas tú, señor, que así como Balan oyó la voz del que llamaba, me has hecho sentir la del mentecato Ramiro.

MACIAS.- ¿Y vos qué decís a esto?, ¿no habrá para mí algo?

RAMIRO.- Vuestas mercedes andan de torneo, no me espanto de verlos aturridos: dejémonos de donaires, acuérdense de que quien debe de resto, no está libre, que es lo que hace el caso: hagamos de manera que se cobre mi ropa, que no sé imaginar cómo me la sacaron del

arca.

MACIAS.- Como quiera que hay asido, aquí os la pagaremos si se perdiese: ¿queréis más?

DAMASIO.- Yo os lo aseguro, vengamos a lo que nos importa más. Ya sabéis la amistad antigua que tenéis en nuestra casa, la cual habéis conservado con vuestra buena servitud; y conociendo el amor que nos tenéis, deseamos que saquéis el fruto del que os tenemos: y así buscamos ocasión en qué poderos aprovechar. Conocéis también las buenas partes de nuestro Cornelio, quien tenemos en el lugar que habéis oído, y desta manera creo que abrazaréis la voluntad con que os daré parte de lo que mi hermano y yo habemos tratado: y es, cuan bien os vendrá que le casemos con Policena vuestra hija, y para esto nosotros ayudaremos, de manera que no les falte nada.

RAMIRO.- Entendiendo así lo que vuestas mercedes me han dicho y propuesto, no haría lo que debo, si llanamente no sometiese mi voluntad a su disposición, y así los dejo el cuidado, y doy a mis veces, para poder libremente hacer de ella lo que fueren servidos. Pero con una condición.

DAMASIO.- ¿Y es?

RAMIRO.- Que mi señora Violante piense también en casarme, que por si puede juzgar la melancólica vida de los viudos: esto se entiende cuando vuestas mercedes la hayan aplacado.

MACIAS.- Ya yo la he desenojado y está muy contenta.

DAMASIO.- Todo lo que pidió está bien pensado: y así os daremos una

mujer que os vendrá de perlas.

RAMIRO.- Vea yo a vuestras mercedes señores de dos grandes ciudades.

MACIAS.- ¿Qué tan grandes, por vida mía?

RAMIRO.- Por lo menos, como la de Suntiém de la China: que, si no miente el que escribe, ha menester un hombre, para atravesarla de puerta a puerta, caminar con buen caballo todo un día sin parar, esto sin los arrabales, que son otro tanto, y es de tanta gente, que en media hora se pueden juntar doscientos mil combatientes, los cien mil a caballo.

DAMASIO.- Ésa sea la mía.

MACIAS.- ¿Y la mía?

RAMIRO.- La Cestiernega, fundada al pie del alto monte de San Cristóbal, media legüecita de aquí, porque no se canse: que no tiene alcalde, alguacil, porquerón, escribano, médico, boticario, cura ni sacristán, falta para vivir en paz y con salud mil años; abundantísima de quijones y turmas de tierra, que son bonísimas para los abogados, procuradores y novios.

MACIAS.- Agraviado quedo, y con todo eso cuando lo seáis, yo os haré el banquete y daré esa fruta.

RAMIRO.- Como quiera que sea no veo la hora. Al fin es verdad que mujer, ni mal año, nunca faltan. Mas de veras, ¿a quién me quieren dar vuestras mercedes?

DAMASIO.- ¿Qué nos daréis porque os lo digamos?

RAMIRO.- Cuanto tengo, sino a mi hija.

MACIAS.- Ésa ya se ha dado.

DAMASIO.- Ahora yo os lo quiero decir, aparejad la colación.

RAMIRO.- Sepamos antes si lo vale.

DAMASIO.- Vale un Perú. A Lena Corcuera de Cienfuegos, y aun Valverde, la corredora.

RAMIRO.- Mucha gente es ésa, para tan pobre despensa como la mía, y más si trae la cola.

DAMASIO.- No, que es rabona. y una fénix que nunca ha parido, y fuera de ser honrada, cuanto otra de su manera, es la misma diligencia, para hacerlos de oro en poco tiempo.

RAMIRO.- No sea como la ave de caza, de quien dijo aquel, ser bastante para mantener una casa en hambre y lacería, aunque tenga veinte personas. En conclusión, se flores míos, no me descontenta el partido por ser de la edad que yo he menester: para no andar asombrado, dentro y fuera de casa, metiendo en ella alguna tortolica de las que ahora se usan, ¿Mas de hacienda, cómo está?

MACIAS.- No sabe lo que se tiene.

DAMASIO.- Eso me hace poner en duda el quererlo hacer: pero nosotros, que es toda nuestra, haremos que venga en ello por fuerza: cuanto más que no es Ramiro para desecharlo: y así podéis perder cuidado. Pero una cosa queremos de vos.

RAMIRO.- ¿Y es, señor?

DAMASIO.- Que no alcéis la queja de aquel traidor de Cervino.

RAMIRO.- Como vuestras mercedes me favorezcan, antes haré instancia para que le corten la cabeza.

VIOLANTE.- ¿No acabáis de entrar en casa?

DAMASIO.- Ya vimos, señora.

VIOLANTE.- Por amor de mí, que tengáis de aquí adelante más asiento y seso: no andéis en estas revueltas, que me quitáis la vida.

DAMASIO.- Ramiro, entrad a refrescaros con nosotros.

RAMIRO.- Vuestas mercedes me perdonen, que es tiempo de acudir a casa: que aunque tengo buen oficial, para mi hija es tarde.

DAMASIO.- Regalalda mucho, que presto la echaremos de casa, haciendo nuestro deber con ella, como buenos amigos.

RAMIRO.- Con esa confianza voy: vivan vuestas mercedes mil años.

MACIAS.- Dios os guarde.

Escena IV

ARIES, RAMIRO.

ARIES.- ¿Ya habréis sabido la pendencia de Cervino con los hijos de mi señora Violante?

RAMIRO.- Como quien se halló presente a cuanto ha pasado: y si vuesa merced supiese la causa que tuvo, lo tendría por mayor desconcierto y locura. Para decir verdad, este yerno de vuestra merced es un terrible hombre.

ARIES.- Siempre he temido, viéndole tan desatinado, que le había de suceder alguna desgracia.

RAMIRO.- Yo temo no vaya esta vez en ruina cuanto tiene, y aún dudo de la vida. Asaltar a dos caballeros tan emparentados con la casa de Cabra donde está el rey, y tantos de los alcaldes, es otro que palabras. Pues burlense con el licenciado Bicornis, que le prendió; a fe que apretándole los cordeles, le haga alargar los cerraderos de la bolsa, y aun de la boca. Veremos ahora cómo sale del insulto, de la herida del criado, del hurto de mi hacienda, de haberme tocado en la honra, con tanto vituperio, y de lo que más importa, que son las blasfemias, que se le prueban con cien testigos, tan honrados como él.

ARIES.- Yo vengo ahora de verle, y le he hallado tan manso, que porque le ayude a salir de este trabajo, me ha confesado todas sus menguas. Y así habiéndome informado de que sin litigar, podré dar a mi hija otro marido, lo pretendo hacer cuanto antes me sea posible.

RAMIRO.- ¿Qué es lo que oigo, sueño, o qué me tengo? ¿Casar con otro a la señora Marcia? ¿Puedense ya tener dos maridos juntos? Que les faltaría a las locas.

ARIES.- No va por ahí. Quiero que sepáis una cosa de que os quedaréis abobado.

RAMIRO.- ¿Qué es, por vida de vuestra merced?

ARIES.- Que Cervino aún no ha podido pagar el débito a mi hija.

RAMIRO.- ¿Cómo es eso? ¿Pues a fe que es ella para hacerse pagar en otro que doblones tiene, acaso, algún menoscabo en su persona, que le ha impedido?

ARIES.- Dice que con un hechizo le han hecho impotente.

RAMIRO.- Basta, ya estoy al cabo, crea vuestra merced que siempre estos extremados celosos tienen algunos defectos, que los traen con

aquellos espantos.

ARIES.- No tengáis duda. ¿Habéis visto a Cornelio?

RAMIRO.- Sí, señor.

ARIES.- ¿Tiene más de aquella herida?

RAMIRO.- No otra cosa, y aquella es pequeña.

ARIES.- ¿Cómo le podría yo ver?

RAMIRO.- ¿Ha dado a vuestra merced alguna buena esperanza?

ARIES.- La esperanza en que me ha puesto es tan pequeña, cuan grande el deseo: y para que sepáis mi intención os digo que si por el modo intentado no hay remedio, quiero tratar por otra vía de casarme con esta señora.

RAMIRO.- Ése sí, señor, que es el camino real y seguro.

ARIES.- Quiérole enviar a llamar; si le veis antes, decidle, os ruego, que me hallará en las Arrepentidas.

RAMIRO.- Yo se lo diré, encontrando con él.

Escena V

LENA, MACIAS.

LENA.- No será bien, pues quien primero toma no se arrepiente, dejar enfriar el amor de mis escaramuzantes, porque no dura más en ellos, que de Navidad a san Esteban. Más pierde quien más vergüenza tiene. Bueno sería haberles enseñado el camino, y perderme yo en el bosque. No quiero, porque no hay cosa que tan fácilmente se quiebre, como la voluntad del hombre, aguardar más, a peligro de que les dé fastidio: el pedirles la buena pro les haga: y que usen conmigo, como el que mientras llueve, se mete debajo del árbol, y pasada la agua, le hace leña para su fuego. Querránseme ahora, si viene a mano, esconder en un trigo segado. A punto llega el menor, de cuyas palabras se puede fiar tanto, como de una sogá podrida señor Macias, el enamorado, dichoso, rico, y gentil hombre.

MACIAS.- ¿Qué hay por acá, Lena, bella, discreta y agraciada?

LENA.- Parece que comenzamos a tirarnos las verdes. Vengan mis chapines y tocas.

MACIAS.- Rato ha que los vi pasar.

LENA.- Pasador malo me atraviere si lo dejare pasar. ¿Y el señor Damasio está también con modorra?

MACIAS.- Por eso vengo de tomar un poco de aire, que me he sentido esta noche algo pesado.

LENA.- No hay sordez peor que no querer responder a propósito. Pues no me hagan entonar tan alto que nos oigan los mudos.

MACIAS.- No son los tiempos siempre de una manera; sería mejor atender, de hoy más, a lo que conviene a nuestras almas, pensar lo que somos, y a qué habemos de venir: dejándonos de vanidades que tan caro cuestan.

LENA.- Éste es el primer sermón que ha hecho pollo a raposa: que no se hallará en Esopete. Estoy por reirme sin gana; ha, ha, ha. Ahora digo, que también se toman zorras viejas, de las que han otras veces dejado la cola en el lazo. Después de pan y vino cogido, y lo que

peor es comido y bebido, damos en santidades. Antes se ha uno de olvidar de sí, que del prójimo. De aquí adelante yo ataré mejor mi dedo: quien tal hace que tal pague.

MACIAS.- Ya me parece que os vais entonando, como dijistes poco ha: guardaos de oír esa canción a caballo.

LENA.- ¿Qué me dice vuestra merced? Hablemos claro, no hay para que mascarme las palabras; aunque se olviden las buenas obras, siempre ha de durar el respeto que se debe a las tocas.

MACIAS.- Y aún por no haber olvidado yo las vuestras, digo que os guardéis.

LENA.- A lo menos guardarme he de tratar con gentes que traen las cabezas tan llenas de aquello que no es bueno, sino para navegar.

MACIAS.- De viento queréis decir: mirad cómo corremos las parejas. Quien os sufre esa injuria, ¿no merece algo?

LENA.- Digo que se ha de cumplir lo prometido, porque desta manera se aumenta y conserva el crédito: y vuelvo a decir que quiero mi buena estrena.

MACIAS.- Dos cosas son prometer y cumplir. ¿Mas qué cosa es buena estrena? Que antes nosotros la pretendemos de vos.

LENA.- ¿Ir de en hora buena? Aún sería por eso que lo del que emplaza a su acreedor, sé bien lo que me deben, y lo que por ellos he hecho.

MACIAS.- Pero no lo que nosotros pensamos hacer por vos: que andamos desvelados por daros contento y descanso, y no lo acabáis de entender, la una mano tira y la otra hila.

LENA.- Señor mío, al orinar se conocen las yeguas: tanto me dirá, que me cosa la boca. ¿Sepa yo pues, antes que muera, lo que me tiene la ventura guardado?

MACIAS.- No es poco.

LENA.- A lo menos viene poco a poco.

MACIAS.- No habéis oído decir: ¿nunca mucho costó poco?

LENA.- Con eso me destetaron. Mas no sé lo que me espero, y bien que me costará ya muy caro.

MACIAS.- Eso más es que descoser la boca. Quiérooslo decir, por no venir a las manos.

LENA.- ¿Pues tras qué ando yo? Daría la esperanza por verme con vuestra merced a la melena, pegando de mi mano en contado.

MACIAS.- Mas lo querríades sin contar. Dejemos esto, que ya son amores. Queremos casaros, ea, acabemos yo.

LENA.- Vuestra merced me parece que tiene en la una mano el pan, y en la otra el palo. Ojalá, que ya mi requebrado hizo flux.

MACIAS.- Es posible.

LENA.- Al confesor y al médico se ha de descubrir todo. He descubierto que cubría una andrajosa y que la tiene preñada, y como amor no puede sufrir acompañado, al punto le di pasaporte. No hay, señor, que fiar de rufianes, pues habiendo yo sacado a este traidor, oliendo a estiércol, de rascar la mula del canónigo Frechilla, trayéndole como un palmito, y dádole cuanto tenía, a qué quieres boca, me ha dado este pago.

MACIAS.- Alguna secreta virtud debe tener, pues Lena, maestra

destas labores, ha hecho tanto por sus pedazos.

LENA.- Mas pensé que por sus ojos bellidos. Daría lo que me queda, porque fuese de veras lo que vuestra merced me dice, para olvidar a aquel bellaco. Mas a fe búrlase vuestra merced.

MACIAS.- Mi hermano os dirá. Como quien soy, que os queremos casar.

LENA.- ¿Con quién? ¿Con quién, por vida mía?

MACIAS.- No menos que con Ramiro, barbero, cirujano, aun algo físico: hombre maduro, acreditado y bien acondicionado.

LENA.- ¿No es el de la hija bonita, donde ya me entiende?

MACIAS.- El mismo.

LENA.- No me parece mal, mas no sé si me querrá con tan poco dote.

MACIAS.- Todo lo suple vuestra persona y buenas partes; ya le tenemos medio convertido.

LENA.- Haríanme vuestas mercedes su perpetua esclava, si no me olvidan no faltará en qué servirselo.

MACIAS.- Dejanos el cuidado, y también de regalaros, por lo que os habéis fatigado en guiarnos la danza: y cuanto os he dicho ha sido por tentaros.

LENA.- Bueno sería pensar otra cosa: no querría ser tenida por tan necia, todo se me alcanza. Beso las manos a vuestas mercedes.

MACIAS.- Con bien vais.

LENA.- Con esta buena esperanza, quiero comenzar a ordenar mi ajuar, esforzarme cuanto pudiere a salir de pecado, y huir de que se diga por mí, que no hay ninguna ramera, ni alcahueta, que no venga a morir en el hospital, o de hambre. ¡Cómo se mejoran las horas, cuando Dios quiere, y cuánto aprovecha servir a los buenos! Al fin no queda carne en la carnicería, por mala que sea: y en efecto, la mujer es como la hiedra, que arrimada al tronco, se sustenta verde y fresca, y apartada se seca. Bueno será ponerme de veinte y cinco alfileres para echar mejor garabato a Ramiro, que aunque no soy para desechar, todo lo habré menester, porque me parece que ha dado mucho de sí. Mas si cenare solamente una ensalada, no se dirá que me voy a dormir ayuna.

Escena VI

CORNELIO, ARIES, INOCENCIO.

CORNELIO.- Cierta sabio dijo que cada uno tiene cierto defeto, y que el suyo era la mujer que tenía: sin la cual en todo lo demás era bien afortunado. Debe, sin duda, de ser un pesado inconveniente: pues un hombre tan justo y prudente sentía alterada toda su quietud y vida, por la mala cabeza de su mujer. ¿Qué debemos pensar los pobretes como yo? Verdaderamente que me pone en cuidado el humorcillo de Policena: y así estoy entre si me casaré, o no me casaré, como pinaza en la mar, combatida de dos vientos. No querría hacer lo que muchos necios, que primero hacen las cosas y después las piensan. Esta mañana, al salir de casa, la primera cosa que oí fue toser un cabrón, que, aunque me dicen lo suelen hacer por la

mudanza del tiempo, lo he tomado por mal agüero. Mas otra cosa me da mucho que pensar, y es, haber oído que los casamientos y partos del verano son muy peligrosos. La razón desto debe de estar en la experiencia, pues no hay astrólogo que la sepa adivinar, sino con dos dedos. Echome a nadar a la ventura, como hizo mi padre, en el lago tocado del Unicornio. Quiero poner las manos en el rostro, por no topetar con la frente, y hacer lo que mis amos me aconsejan; que si Ramiro no tiene casa, tampoco yo gozo de hogar ni viñas: ellos me prometen lo que es bueno, y mi señora casi el ajuar entero: Ramiro no tiene otro heredero, y hállase con granillo: la moza es cortada a mi medida; débola, según me jura, su honra, y está espiritada por mi gentileza: buenos señores y amigos, puédome pasear poco menos que a caballo, pelando cada día mis patos: ¿qué quiero más? Ramiro me ha dicho que el señor Aries me desea hablar, debe de labrar el fuego. ¿Después burla qué tendré mala rentilla en él? Quiero ir a buscarle, y cargarle he de palabras, que sean como el estruz, quien ni es bestia ni ave: gobernándome de manera que le vaya chupando sin sentir, y aumentado el deseo con falsas esperanzas, sin acordarme dél, mas que de las nubes de antaño: allí está, quiero hacer del dolorido para que valga más la mercancía.

ARIES.- Vengáis en buen hora, pues, amigo, ¿cómo está la mano? He entendido que la herida es pequeña, de que me huelgo mucho.

CORNELIO.- Qué importa, si quien me la dio la hace grande, pues iba con ánimo de cortarme cercen el brazo.

ARIES.- Él está donde lo pagará todo. ¿Hablastes más a mi señora Violante?

CORNELIO.- No ha media hora, haciendo un largo razonamiento sobre vuestra merced.

ARIES.- ¿En [...]76

CORNELIO.- En [...]77 señor, está de manera, que un ciego echaría de ver de qué pie cojea pues da señales de lo mucho que gusta de oír mentar a vuestra merced.

ARIES.- ¿Podré creer eso?

CORNELIO.- Bueno sería dudar en cosa tan puesta en razón: si que no se hallan a cada paso las calidades que mi señora ha entendido de vuestra merced. Ella es persona muy sabia, y como tal, por no mostrar ligereza, no se quiere declarar tan fácilmente, mas presto nos desengañará el cojo. Entre tanto sepa vuestra merced que le tiene perdida la mala voluntad.

ARIES.- El tiempo trae las cosas a quien con más razón puede esperarlas; mas el mío es tan corto, cuanto larga en ella esa buena voluntad; y así, no siendo para mi esperanzas tardías, ni menos pretender inclinarla con los amorosos términos de que se suelen pagar las mujeres, aunque no las que son tan cuerdas como ella, estoy resuelto de pretenderla por vía de casamiento, si ya no hallamos otra más corta.

CORNELIO.- Esa, señor, es infalible, si no se atravesase el deseo que tiene de casar antes a la señora Valentina, que dice comienza ya a parecer mal en casa. De los hijos vuestra merced lo sabe de su boca. Mas he pensado una cosa, dende que Ramiro me dijo que Cervino

es impotente, y que vuestra merced pretende dar otro marido a aquella señora: y es, que sea el señor Damasio, si quisiese venir en ello: pero póngolo en duda, por verle tan embarazado en aquella doncella.

ARIES.- No más, basta esto por ahora, que viene el bachiller; no quiero que entienda lo que vamos tratando. Anda en buena hora, y de cuando en cuando una puntadica, por amor de mí.

CORNELIO.- Ya estoy al cabo.

ARIES.- ¿De dónde viene ahora el buen Inocencio?

INOCENCIO.- Ya vuestra merced lo puede pensar.

ARIES.- ¿Pues qué hay?

INOCENCIO.- Nunca le falta mala ventura al desgraciado. Ha ido al corregidor un caballero mozo, nomine Macias Curuca, echando chispas, haciendo grandes requerimientos, diciendo que el herido tiene el pasmo, que está ya en las manos de Dios.

ARIES.- Eso es así.

INOCENCIO.- Por otra parte el padre de Bezerica., que no parece, pidiéndole cuenta dél, y que hasta que se le dé, le tengan a buen recado. Y así le han vuelto a estrechar la prisión. Y hallándome afligido, me envía a suplicar a vuestra merced que por amor del Señor, no le desampare, y que se vaya tratando del casamiento de la señora Casandra, que él gustará de que se efectúe. Y que en lo que toca a mi señora, él mismo hará fe bastante, para que sin más averiguación, la pueda vuestra merced dar a quien la quisiere. Que él pretende, cansado ya de las cosas del mundo, retirarse a vida solitaria. Encomiéndoselo a vuestra merced amore Dei.

ARIES.- Porque se allane, y el nombre que ha tenido de mi yerno, iré a entender lo que hay, y si puedo te haré dar en fiado una casa por cárcel, como no sea la suya.

INOCENCIO.- Eso no importa, pues no quiere entrar más en ella.

ARIES.- Yo huelgo mucho de eso. Váyase, bachiller, haga buena compañía a las mujeres, y dígales lo que pasa, que yo iré a verlas.

Ahora sí, que a mi gusto podré cortar y juntar, con menos daño y costa mía, a la de Cervino: quiero encajarme adonde deseo, para pasar mejor la enojosa vejez. Será bien acudir a Macias para que apriete a su hermano, y que de tres casas, hagamos sola una; de consuelo y alegría no quiero dormir mientras esta el hierro

caliente.

Escena VII

DAMASIO, MACIAS, CORNELIO.

DAMASIO.- Hermano, ¿adónde ha ido Cornelio?

MACIAS.- Es tan diligente, que donde quiera, es de creer que nos está sirviendo. Veisle allí.

CORNELIO.- ¿Adónde iban vuestras mercedes?

MACIAS.- A buscarte que no sabemos estar sin ti un momento y vamos cortando de tus pedazos.

CORNELIO.- No hay pocos de que asir, según ando destrozado. Pagados

quedamos, pues que yo también he roído los zancajos a vuestras mercedes.

DAMASIO.- ¿Con quién las ha habido, por tu vida?

CORNELIO.- Adevínalo vuestra merced.

MACIAS.- Ea, dilo.

CORNELIO.- Con el señor Aries que anda en todo, y por todo, de nuestra parte.

DAMASIO.- ¿Qué dice?

CORNELIO.- Tanto ha dicho, y yo contrapunteado, que no lo quiero decir.

DAMASIO.- Bueno es eso, acaba de echarlo.

CORNELIO.- Que la señora Marcia será de vuestra merced, y la señora Casandra me parece que la llevará a un caballero de Tortosa.

MACIAS.- ¿Qué dices? ¿Estás loco?

CORNELIO.- Como se lo cuento.

MACIAS.- Gentil nueva me traes, para venir tan alegre, como eres necio.

DAMASIO.- ¿Díceslo de veras?

CORNELIO.- No son cosas para burlar con ellas. Así se la dejarán de dar, como el señor Aries de alcanzar lo que pretende.

MACIAS.- ¿No nos dirás qué quiere?

CORNELIO.- Por lo menos que mi señora le caliente la cama.

MACIAS.- ¿De qué manera?

CORNELIO.- Como la calentó a su padre.

MACIAS.- ¿Y cuando mi señora viniese en ello?

CORNELIO.- Entonces él lo trocará todo, y hará que vuestra merced tenga lo que desea.

DAMASIO.- ¿Cómo sabes tú todo eso?

CORNELIO.- Porque lo ha tratado conmigo, y se contentará desta manera.

DAMASIO.- Tú eres a punto el aliento que ahora calienta, y ahora enfría: como el alacrán, que hiere, y con su aceite sana. Gran cosa es tener criado que no haya menester consejo. Para decir verdad, tú mereces mejores amos que nosotros.

CORNELIO.- Yo los tengo mejores que sabría desear.

MACIAS.- Entrémonos, hermano, persuadamos a mi señora, que si yo no alcanzo esto della, me quiero ir a Flandes.

DAMASIO.- Poco será menester para esta conjunción, porque la debemos de tener de manera, con la plática de nuestros amores, que no debe desear otra cosa. Entre tanto, toma tú, Cornelio, estos diez ducados, que ha mucho que son tuyos.

CORNELIO.- Adeudarse hace al hombre esclavo. Beso las manos a vuestra merced, ¿y el señor Macias, no piensa sino injuriarme?

MACIAS.- Toma cuanto tengo, que todo es tuyo.

CORNELIO.- Sí, por cortesía, pero no querría yo ver siempre ese toma desnudo.

Escena VIII

MORVECO.

MORVECO.- Ahora acabo de entender, ser lo celos de las más violentas y bestiales pasiones que pueden tocar a un hombre: porque si una vez se asientan en la cabeza del que se consume y seca, investigando una tan oscura verificación, le hace cometer ridículos desatinos. Bien dijo aquel, que el celoso es loco de arte mayor, pues como tal tiene miedo hasta de su misma sombra, y de cosas nunca vistas, oídas, ni pensadas: mirándolas como en espejo de alinde, que se las representa muy mayores de lo que son. Viviendo él cuitado siempre, en el mal hecho un Argos, y en el bien ciego topo: con una invengable ira, que no se le puede acabar sino con la vida, por ser infinito el número de los que desea herir y matar, para satisfacer la rabiosa saña que tiene contra todo lo que teme, temiendo de cuanto imagina: y puede tanto esta frenesía, que aun contra sí mismo le vuelve: tanto que ha habido alguno que para saber si su mujer le hacía a los husos tuertos, por si se preñase poderla convencer de adulterio, se hizo, cuando menos, capar: y poco le ha faltado a nuestro Cervino, para hacer otro tanto. Veis aquí lo que resulta destes excusados celos, cuya venganza mas hiere que sana al que los tiene, como Lepido que vino a morir de pena. Mas bueno sería si Macias, que con tanta voluntad ha pedido por mujer a mi sobrina Casandra, se saliese ahora fuera. Quiero ir, a la ventura, a ofrecerla, que espero, mirará quien es, y que la señora Violante considerará cuán bien estará a ambas partes. Ríome del buen viejo Aries Gonzal, que estando el pie en la sepultura, para alargar la vida, pretende lo que citando menos se cate, le hará cantar a puerta un requiem æternam. Porque la mujer es como la hiedra, que corrompe y arruina la pared que acaricia y abraza. Cuán bien que le cuadra lo que otro viejo respondió a uno que lo reprendía porque en tal edad se casaba: No fuera yo viejo si tuviera seso, hasta que cuando la tuve, me tuve. De bien diferente humor está Cervino, pues deja tan fácilmente mujer e hija, no viendo la hora de echarlas de sí, y porque ayude, y lo dé mi granja para retirarse, me da la renta que tiene en Tordehumos: de que yo me contento, por apartarle de mí. Y ya resuelto voy a echar un lance, donde por ventura, quedaré con los demás enredado: que la señora Valentina es pieza que fácilmente hará embarcar por su servicio.

Escena IX

LENA, RAMIRO.

LENA.- Merecería que me echasen en un río, si después de haber tenido escuela de humanidad treinta años, no supiese mi cuenta, y quisiese venir a ser esclava, de la señora de mi casa y anchura. Quiero ver cómo ando el negocio, que cuando Ramiro no se contente de mi estar poco en casa, buscándome la escama en el cogote, no quiero que pase adelante el casamiento. Sería bueno venir, por no saber su condición, al cabo de mi vejez, a dar de nalgas en un prado de ortigas, que nunca fueron buenas para salsa. También será bien saber

lo que tiene, porque es menester más que manteles limpios a la mesa. Quiero capitular antes con aquellos mis señores, que cabeza sin lengua a calabaza se parece. Mas digamos ahora, que él fuese mal acondicionado y pobre, nunca coz de garañón hizo mal a yegua. No me le traeré yo como a leche a una mano: pues va la pierna donde quiere la rodilla. Y cuando la despensa no esté muy bastecida, dejaré yo las manos en el seno a Policena. Es verdad que no es la moza, cayendo en las mías, para que anden los regalos rodando por casa, aunque se case, y hacer que venga a ser la tienda de mi novio la más frecuentada y famosa de esta ciudad. Quiérome engolfar, que no puede faltar nada a quien ha sabido hacer de un celoso un sátiro: que esto me da corazón de elefante. Aquí viene mi velado y todo mi bien.

RAMIRO.- Amores, cara de pascua florida, ya que estamos tan adelante, bien te pueda pedir una cosa a crédito o como mía.

LENA.- Tal puede ser que no haya lugar.

RAMIRO.- Que me dejes besar esa boca de perlas.

LENA.- ¿Eso es? Dios me defienda del enemigo malo: la primera cosa que no se permite a los desposados, no haría por todo el mundo semejante pecado: hágase antes lo que dice el cura.

RAMIRO.- No me puedo ir a la mano, porque vienes oliendo a mil ámbares.

LENA.- El más perfecto olor de la mujer es no oler a nada. A tiempo seremos.

RAMIRO.- ¿Adónde vas, amores?

LENA.- A buscar a mis buenos señores.

RAMIRO.- Es en vano, porque están, como en consejo de estado, tratando de muchos casamientos: y ha pasado una cosa de risa.

LENA.- ¿Y es?

RAMIRO.- Que proponiendo el señor Morveco el de la señora Violante con el señor Aries, respondió ella, que antes se metería monja, que hacer tal agravio a los huesos de su marido: porque daría que decir a las gentes, si al cabo de tan larga viudez, teniendo hijos e hijas para casar, los diese antes padrastra. En esto salió aquel loco de Macias, diciendo: Señor Morveco, pues lo desea tanto, vuestra merced se casará con nuestra hermana, y mi señora con el señor Aries, a quien nosotros holgamos de tener por padre, y así le podrá vuestra merced decir de nuestra parte, que se tenga de hoy más, por señor de esta casa. En lo demás no me entremeto; pues mi señora quiere ser forzada. Mirad si habrá dado bien que reír.

LENA.- ¡Ha, ha, ha! La señora Violante no querría salir de tan largo ayuno sino con carne fresca: mas no le faltará consolador. Qué rollo de mujer: si yo fuera hombre me perdiera por ella.

RAMIRO.- Si supieses lo que hay debajo de aquel monjil, de veras lo dirías.

LENA.- ¿Y vos sabeislo?

RAMIRO.- ¿No quieres que lo sepa, si le he echado ventosas, y sangrado de brazos y tobillos cien veces?

LENA.- ¿Y tocado a... no? Quitáosme de delante, que me revolvéis la sangre en el cuerpo. No hay cosa que más cuidado me dé en este casamiento, que haber de tener marido privilegiado para poder

emplear sus cinco sentidos, donde otros no pueden uno.

RAMIRO.- No me has de ser celosa, si quieres que vivamos como dos palomicas sin hiel.

LENA.- ¿Al fin en qué han parado las pláticas?

RAMIRO.- Ya quedan todos concertados.

LENA.- ¿Decidme cómo?

RAMIRO.- El señor Aries con mi señora Violante; el señor Morvero con la señora Valentina el señor Damasio con la señora Marcia el señor Macias con la señora Casandra; el señor Cornelio con la señora Policena; y el señor Ramiro con mi señora Lena, que están presentes. Y todos quieren pedir al corregidor la libertad de Cervino: que pues las partes se contentan, es justo que se halle a las fiestas y bodas de su mujer, de su hija, de su suegro, y de su cuñado. Y porque las piensan hacer muy solemnes, me envían a prevenir los menestres de la ciudad, y así, para que se lo diga, voy a buscar al trompeta Juan Cornier. ¿Sabráme decir adónde le podría hallar?

LENA.- Sí, hermano, donde vos tenéis los pies. Mirad que con la prisa no se os caiga alguna mentira.

RAMIRO.- Si se me cayere, yo la hallaré en tu casa, donde comenzaremos a tratar de nuestros pucheros.

LENA.- Sin duda que habrá en el sarao más cornetas que violones.

Escena X

CORNELIO.

CORNELIO.- De parte del señor Cervino, guarda mayor de los montes, se hace saber a todo el insigne auditorio, que los que no se fiaren de sus consortes estarán tan seguros, como de no caer las hojas del árbol en fin de otoño. Porque los celos son contra el natural ingenio de las mujeres, coselete de araña para los arcabuzazos: la curiosidad, en todas partes viciosa, y en esta mas perniciosa. Y así, movido de piedad y celo fraterno, amonesta, que ninguno, de cualquiera calidad que sea, los tenga dentro, ni fuera de casa, so pena de que no le podrá faltar mala ventura. Antes que todo el mundo se arme de la quieta y mansa paciencia. Porque la experiencia le ha hecho tocar con la mano, que todas las sutilezas y vigilancia de los espantados lepidos, que no quieren dejar hacer su curso a la natura, son azadones con que los cuitados sacan de los centros de sus sospechas, las invisibles cornetas de la fama. Y advierte que se burlan más del que se fatiga en poner remedio, que del pacífico que lo disimula, o ignora: y que es menester gran ingenio, para evitar tan inútil y enojoso conocimiento. Por lo cual aconseja, sobre su conciencia, que cada uno renueve en su casa la costumbre de los prudentísimos romanos, a quien se debe imitar, que cuando volvían a las suyas, se lo enviaban antes a avisar a las mujeres para no cogerlas de sobresalto, descuidadas y mal compuestas. Y porque lo sereno podría hacer mal a las damas, que son más delicadas, las convida con su casa y cena, ofreciéndolas que no faltará de la fruta más agradable a sus gustos. Valet et plaudite.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo